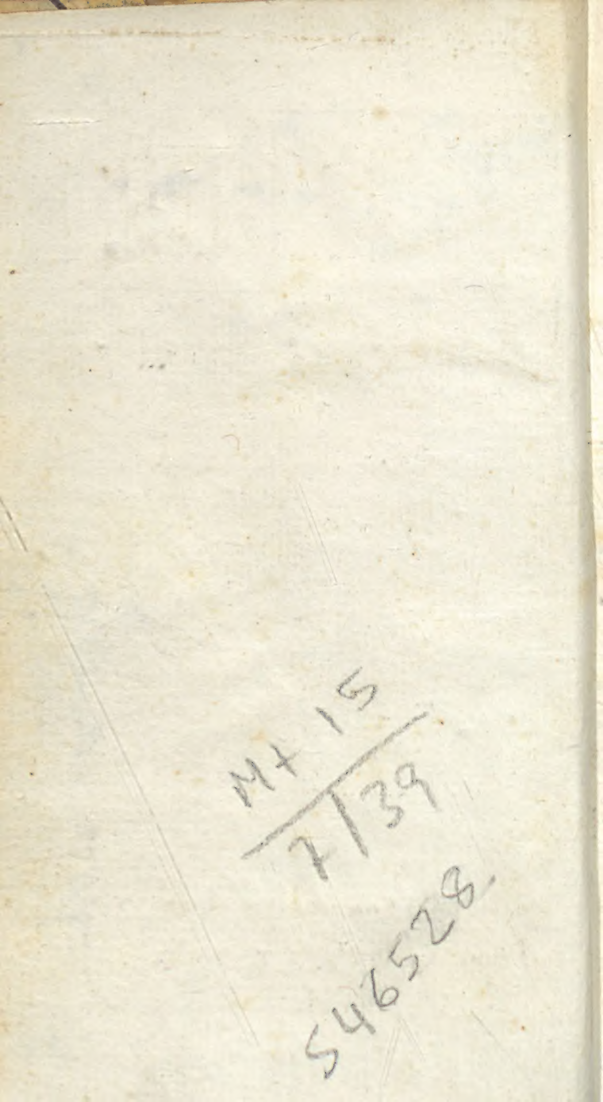
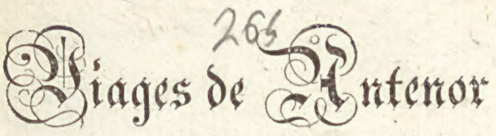







Mt 15
7/39
S46528




# Viages de Antenor

*por Grecia y Asia,*

CON NOCIONES SOBRE EGIPTO:

MANUSCRITO GRIEGO DEL HERCULANO;

QUE TRADUJO Á LA LENGUA FRANCESA

*E. F. LANTIER*;

---

Y Á LA ESPAÑOLA

*el T. C. D. Bernardo María de Calzada,*

*miembro de varios Cuerpos Literarios.*

TOMO II.




MADRID:

Imprenta de D. Pedro Sanz.

1827.

¡ *Ament meminisse periti* !

VIRG.



*Resuelve Lastenia esplicarse con Antenor.*



# VIAGES DE ANTENOR

## POR GRECIA Y ASIA.

## CAPITULO I.

*Carta de Lastenia. Enfermedad de Arístipo. Cancion de Narciso.*

En aquel tiempo me notició la muerte de Arístipo una carta de mi querida Lastenia. ,, Quince dias ha, me decia, que aquel digno amigo, aquel filósofo apreciable; dejó de pensar y de vivir. Te envio una relacion de su muerte que coordiné luego que me lo permitió el dolor. El paso de la vida á la inexistencia excita la curiosidad y la atencion de los hombres, cuando el que lo da es un gran personage. Asi que Arístipo creyó su muerte inmediata, intimó á su médico que le declarase sin rodeo cuanto tiempo podria vivir. Este, que vió su firmeza, le dijo que dentro de

algunos dias estaria muerto ó curado. — „Ya entiendo, le replicó Arístipo: quereis decirme que pronto iré á juntarme con mi maestro Sócrates, y con aquella Lais, cuya hermosura y entendimiento inflamaron tantos corazones y trastornaron tantas cabezas, no siendo hoy mas que un frio polvo." Es una grande y hermosa idea la de nuestra reexistencia, porque lisonjea el amor propio, nos sostiene en las aflicciones, y suaviza el penoso camino que nos lleva á la muerte. Su Esculapio le aconsejó que no se detuviera en pensamientos tan lúgubres. — „No temais, le dijo, que me atormenten los terrores de la muerte: yo sé apreciar la vida. Segun Píndaro *es el sueño de una sombra.* Amiga mia estimada, añadió hablando conmigo, yo te he enseñado á vivir, y quiero enseñarte á morir. Ignoro qué es lo que venimos á hacer á este globo; pero mientras Caron dispone su barca á efecto de pasarme, yo me quiero ensayar á dar un ligero salto para tomarla, con la idea de que el fin de mi viage se parezca á la noche de un bello dia."

„Puso orden en sus negocios con admirable presencia de espíritu, se hizo seguidamente transportar á su jardin, que estaba en las puertas de la ciudad, y mandó colocar su cama enfrente de la ventana para gozar, decia, todo el tiempo que pudiese

de la vista del campo y del atractivo de su verdura. Adornó su cuarto con ramas de árboles y con vasos de flores. Prohibió que, segun los estilos ridículos, entristeciese la obscuridad su habitacion. De dia estaba alumbrada por el claro sol; y de noche la luz reflejada de muchas hachas suplia la claridad del dia. Habiendo notado lo apesadumbrada que yo estaba, me preguntó de este modo: — „¿Por qué os afligis? ¿sabeis si la muerte es un mal ó un bien? El tiempo que separa al que muere del que le sobrevive es sobrado corto para que merezca excitar vuestros pesares. Solo la primera muerte y la primera noche debieron causar admiracion y tristeza. Con tan sosegados ojos debe mirarse el flujo y reflujo de las generaciones como la sucesion de las olas del mar ó la de las hojas de los árboles. ¿Qué importa que aparezcan ó desaparezcan individuos? La tierra es un teatro en que los actores y las decoraciones no son mas que sombras fugitivas y cuadros movientes. He gozado, visto y apurado todo: ya no habria cosa que fuese nueva para mí; ¿y quién sabe si viviera yo mas tiempo cual seria mi destino? Quiero, pues, terminar mi vida como digno gefe de mi secta [1]. He enviado á buscar unas cantarinas: que entren." Entonces empezó un pequeño concierto. Una de las cantoras cantó, acompañándose, con su lira, la pa-

sion que Narciso concibió hácia sí mismo. — „ Echó de su lado (asi empezó) á todas las ninfas. No amó ya mas á la jóven Eco. Ni sus gracias, ni sus miradas tiernas, ni sus dulces ruegos, ni su amor pudieron ya acalorar su indiferencia. Despechada Eco de sus desprecios fue á ocultar á los bosques su dolor y su vergüenza; pero el amor corrió tras ella y la prendió con mas seguridad. Consumióse la infeliz. En poco tiempo se puso flaquísima. Sus blandos contornos y sus bellas formas desaparecieron. No la quedaron mas que huesos, los cuales se transformaron en piedras. Eco no es ya mas que un sonido. Habita en las rocas y en las montañas. Todo el mundo la oye, y nadie la ve. — La hermosura, pues, de Narciso era la desventurada de las ninfas mas amables. Un dia que el sol en su zenit vertia torrentes de fuego volvia Narciso de caza muerto de fatiga y de calor: vió una fuente á que hacian sombra unos copados chopos, y una yerba espesa presentaba alrededor camas para descansar. Atraido Narciso por la amenidad y frescura de aquel asilo se recostó en sus inmediaciones para tomar aliento. La claridad del agua lo convidó á apagar la sed. Inclinóse para beber, y súbitamente el cristal puro y movible le reflejó su semblante. Vió sobre la superficie del agua una figura preciosa. No se conoció á sí mismo, y se ad-

miró á sí propio. Inflamósele el corazon y quedó prendado de aquella vana imágen. Echado de pechos sobre la fuente púsose á contemplar su figura, miró la dulce languidez de sus ojos, sus cabellos parecidos á los de Apolo, y su rostro agraciado, donde el suave encarnado de la rosa se mezclaba con la blancura de la azucena. Ardió en deseos siendo su misma persona el objeto: quiso besar y abrazar aquella imágen engañosa, y abrazó al agua fugitiva. ¡Necio de tí, Narciso! ¡mira que lo que deseas es la sombra de tí mismo....! Pero no hubo quien lo arrancase de aquel sitio, ni lo atractivo del reposo, ni la necesidad del alimento. Abandonado como estaba sobre la yerba hartaba, digámoslo asi, sus ojos de aquel objeto adorado. Levántose, en fin, y alargando los brazos hácia los árboles que lo circundaban dijo: ,, Bosques amados, ¿quién fue mas desdichado que yo, ni mas cruelmente maltratado por el amor? ¡Vosotros lo sabeis, vosotros que ha ya tantos siglos que vivis!" Dejó caer aquellas palabras y calló. Abatióse, se consumió, se le amortiguó el color y perdió su belleza. Se derritió del mismo modo que se derriten en el otoño las perlas líquidas de la mañana á los primeros rayos del sol. Destrozó sus vestidos, y se magulló el pecho, el cual se le puso semejante á una manzana cuya blancura

se colorea con la madurez. La ninfa Eco, que fue triste testigo de sus penas, olvidó sus rigores y su ingratitud y se afligió con él. Cada vez que el desgraciado Narciso suspiraba y decia ¡*ay de mí*! respondia ¡*ay de mí*! la ninfa; y cuando en el momento de espirar dijo á su imágen con voz débil *á dios*, *á dios*; Eco con voz mas débil todavía repitió *á dios*, *á dios*. Las Náyades, hermanas suyas, lo lloraron y depositaron sus cabellos sobre su cadáver. Prepararon la hoguera, el ataud y las antorchas fúnebres, y fueron á tomar el cuerpo; pero no lo hallaron, y en su lugar vieron una flor amarilla, cuyo centro rodeaban unos pequeños pétalos blancos: fue llamada Narciso dicha flor."

„Acabada esta cancion entró el médico, y Arístipo nos precisó á que cenáramos junto á su cama. Ordenóle el Esculapio un cocimiento de yerbas." „¡No mas remedios! exclamó el enfermo: ¡no quiero cosa que sea amarga ni desagradable! Beberé con vosotros vino de Lesbos." Y añadió sonriéndose: „¿Creeis que si sacrificara un gallo y una cordera negra al dios de Epidaura me volveria la salud? — Todo lo pueden los dioses, le respondieron. — Estoy conforme, replicó; pero soy demasiado modesto para exigir de ellos que trastornen la economía del universo y su inmutable plan por un atomillo como yo. Invocaré

únicamente al dios Mercurio, conductor de las almas, para que dé un buen alojamiento á la mia."

"Preguntámosle ¿si queria ser enterrado en Cirena su patria?" — El camino que lleva á los infiernos, respondió, no está mas cerca de un lugar que de otro. Pero yo descubrí mas de tres años ha sobre el monte Parnes, no lejos del altar donde va á sacrificarse á Júpiter lluvioso ó á Júpiter el bueno, una gruta circundada de rocas y entapizada de yedra, que es cabalmente el sitio en que quiero que mi esqueleto repose. Alli he pasado con frecuencia horas enteras meditando sobre el orgullo y la nada del hombre, sobre la causa final tan incomprensible de nuestra existencia efímera, y sobre el autor divino é impenetrable de esa inmensidad de soles y de planetas errantes en una extension sin límites. Aquel parage es pintoresco y obra de la naturaleza. Encinas tronchadas de puro viejas, vigorosos olmos, y pinos y olivos salvages varían su aspecto. Asi que lo vi lo destiné para mi última morada [a]. A lo menos si, como se dice, mi sombra vaga alrededor de mi tumba, estará alli al fresco; y los necios á quienes tanto he temido en este mundo no irán alli á perturbar mi descanso." No pararon aqui los desbarros de este filósofo Epícureo.

## CAPITULO II.

*Visita de dos filósofos. Culto de los dioses de Egipto. Costumbres de los Egipcios.*

Acabando estábamos de cenar cuando vimos entrar á Eudoxio y á Anaximandro, que eran dos filósofos amigos de Arístipo. El primero era médico, astrónomo y legislador. El segundo un discípulo del Líceo. Iban á velar á Arístipo. Eran dignos de su trato y de su amistad; porque además de sus conocimientos extensos tenian talento crítico y filosofía poco comun. Arístipo quiso persuadirme á que me retirara; pero le pedí que me dejara aprovechar de su conversacion en vez de ir en busca de un sueño que huia de mí. Entre tres filósofos amables y sabios la conversacion habia de ser precisamente apreciable é instructiva ?. Versó sobre la religion, esto es, sobre los oráculos, los prodigios, la necia credulidad del pueblo, las llamas que lleva el Flegeton, la teogonia de los sacerdotes, el sistema que, muerto el hombre reduce su cuerpo á polvo, envia el alma al tártaro ó á los campos elíseos segun sus méritos, la sombra que gira en torno del sepulcro, y finalmente el simulacro ó fantasma que habita el vestíbulo ó pórti-

co de los infiernos, y otros delirios semejantes.

„Eudoxio, que habia estado catorce meses en Egipto, nos contó que se hallaba en Menfis á cuando el buey Apis habia de morir. Preguntéle ¿qué cosa era el dios Apis, y por qué especie de ceguedad habian podido los Egipcios embrutecer su razon hasta el extremo de adorar un buey? —Ved aqui la causa, respondió: Osiris su Rey, esposo de la hermana de Tifon, fue muerto por este. Encontró Isis el cadáver y le dió sepultura. Apareciósе un buey junto al sepulcro, y se creyó que Osiris volvia al mundo bajo esta forma. La fidelidad y el agradecimiento del pueblo lo deificaron. Los sacerdotes son los que fijan el término de la vida de aquel buey-dios. A mi llegada pronunciaron sentencia de muerte contra el que entonces vivia. Llevaronlo á la orilla del Nilo, postráronse delante de él, lo incensaron y despues lo ahogaron. Sacáronlo luego del agua, lo embalsamaron y le hicieron magníficas exequias. Los sacerdotes se vistieron de negro; y se extendió por toda la ciudad la consternacion y el luto.

„Duró aquella afliccion hasta que encontraron otro dios-buey. Ha de tener una señal blanca y cuadrada sobre la frente, la figura de una águila sobre el lomo, y una media luna blanca en el lado dere-

cho. Aseguran los sacerdotes que su orígen es celestial. „La luna, dicen ellos, despide una luz fecunda, é inmediatamente que esta luz toca á la vaca concibe al dios Apis." Luego que está contestado el hecho los ministros sagrados examinan el becerro al nacer; y si le descubren las señales requeridas, Apis es reconocido, y su existencia anunciada al pueblo. Halláronlo, por fin, al cabo de tres meses. Inmediatamente cambió de aspecto la ciudad: y la alegría y el júbilo disiparon las nubes de la melancolía; pero aquella nueva divinidad no podia llegar á Menfis hasta de alli á cuarenta dias; y hasta entonces reside en la ciudad del Nilo. Unas mugeres vestidas con gracia y ligereza son las que tienen el derecho de servirle. Me aseguraron que no se podian presentar delante de aquel dios sin haberse afeitado ó quitado el vello.

„Preparáronle una barca, en la que habia un nicho primorosamente dorado. Espirados los cuarenta dias embarcaron al dios sobre el rio, y bajó á Menfis. A su llegada le salieron al encuentro los sacerdotes vestidos de túnicas de lino, con las cabezas rasas y cubiertas con sombreros de flores, llevando unos en las manos incensarios, y otros varios sistros: acompañábanlos muchos jóvenes vestidos tambien con túnicas de lino bailando y cantando;

y los seguian otras diversas gentes, que llevaban de comer al dios en unas canastas. Asi que Apis tomó tierra lo rodearon los sacerdotes y lo cubrieron con perfumes y con flores. Solo á los niños se les permitia llegar, los cuales recibian su aliento, y con él el don de la profecía inmediatamente. El dios se mantuvo inmóvil y estúpido, sin hacer ningun caso de los honores que lo prodigaban. Ya que hubo estado expuesto á la vista y á la veneracion de la multitud, le acompañaron los sacerdotes en procesion al templo de Osìris, donde tenia para su alojamiento dos establos magníficos. Alli es donde está separado de las miradas de los profanos. Se enseña rarísima vez. Mientras estuve en Egipto solo una lo vi salir. Paseáronlo por la ciudad, cuyas calles estaban alfombradas de flores. Iba circundado de muchos ministros de justicia que separaban la multitud, y de un coro de niños que cantaban sus alabanzas.

,, Los siete dias primeros de su llegada lo fueron de fiestas y de regocijos. Los Egipcios se daban entre ellos la enhorabuena de aquel feliz acaecimiento en los templos, en las calles y en sus propias casas. Yo tambien fui recorriendo mis conocidos para felicitarlos. Acompañé la multitud á consultar al dios, y le presenté una torta de harina de cebada, la cual se comió con mucha gracia, de modo que uno de los sa-

cerdotes me dijo que aquello era para mí un presagio dichoso. Dijéronme luego que arrimase mi boca á su oreja, tapándome las mias con las manos. Despues de haber estado algun tiempo en aquella postura salí con mis orejas todavía tapadas, porque me advirtieron que no las destapase hasta estar fuera del templo, y que entonces escuchase á la primera persona que oyese hablar. Apenas estuve en el atrio del templo pasaron dos hombres junto á mí diciendo el uno al otro: ,, Tengo una muger tan malvada, que quisiera verla en las tres gargantas del Cerbero." Siempre me ha parecido obscuro el sentido de este oráculo. No sé si seré devorado por las tres gargantas del Cerbero, ó si me tocará una mala muger, que todavía es peor. Cada año celebran los sacerdotes de Menfis el nacimiento de Apis, durante siete dias. Le ofrecen sacrificios, y aun le inmolan bueyes. Dícese que en aquellas fiestas los crocodilos deponen su ferocidad y no hacen mal á nadie. — ,, Sí, sí; no hay cosa mas creible, repuso Arístipo; pero necesito descansar. Mañana, si acaso Laquesis da todavía vueltas al huso de mi vida, venid á ver la sombra de Arístipo, la cual dentro de un par de dias irá á mudar de aires á su pais nativo"

## CAPITULO III.

*Diputacion del Líceo. Conversacion entre los tres filósofos.*

Al dia siguiente estuvo Arístipo algo mas animado. Convidábalo la serenidad del cielo, y por tanto quiso ser transportado al jardin bajo un cenador de mirto y de alhelíes. „Quiero gozar, dijo, de este último rayo de luz." Acompañéle, y me habló de varios sucesos de su juventud. Preguntéle ¿si cuando empezó su carrera creyó que los deleites fuesen el soberano bien? — Respondióme que sí. — ¿Y en qué lo hacíais consistir? volví á preguntarle. — „En la reunion, Lastenia, de los placeres del entendimiento y en las permitidas aficiones. El hombre mas dichoso es aquel que une al rápido gozar de los sentidos las dulzuras y atractivos del estudio. Este es el remedio mas seguro contra el tedio, esto es, contra aquel mal indefinible tan pegado al hombre. Él ha sido mi explayacion y mi consuelo. No sé que haya cosa tan enojosa que él no suavice. Adorna el entendimiento con verdades; eleva el alma; enseña á conocer á los hombres; y nos hace mas humanos, mas generosos, mas ilustrados sobre nuestras obligaciones, y mas agradables en la sociedad."

cerdotes me dijo que aquello era para mí un presagio dichoso. Dijéronme luego que arrimase mi boca á su oreja, tapándome las mias con las manos. Despues de haber estado algun tiempo en aquella postura salí con mis orejas todavía tapadas, porque me advirtieron que no las destapase hasta estar fuera del templo, y que entonces escuchase á la primera persona que oyese hablar. Apenas estuve en el atrio del templo pasaron dos hombres junto á mí diciendo el uno al otro: „ Tengo una muger tan malvada, que quisiera verla en las tres gargantas del Cerbero." Siempre me ha parecido obscuro el sentido de este oráculo. No sé si seré devorado por las tres gargantas del Cerbero, ó si me tocará una mala muger, que todavía es peor. Cada año celebran los sacerdotes de Menfis el nacimiento de Apis, durante siete dias. Le ofrecen sacrificios, y aun le inmolan bueyes. Dícese que en aquellas fiestas los crocodilos deponen su ferocidad y no hacen mal á nadie. — „ Sí, sí; no hay cosa mas creible, repuso Arístipo; pero necesito descansar. Mañana, si acaso Laquesis da todavía vueltas al huso de mi vida, venid á ver la sombra de Arístipo, la cual dentro de un par de dias irá á mudar de aires á su pais nativo "

# CAPITULO III.

*Diputacion del Líceo. Conversacion entre los tres filósofos.*

Al dia siguiente estuvo Arístipo algo mas animado. Convidábalo la serenidad del cielo. y por tanto quiso ser transportado al jardin bajo un cenador de mirto y de alhelíes. ,,Quiero gozar, dijo, de este último rayo de luz." Acompañéle, y me habló de varios sucesos de su juventud. Preguntéle ¿si cuando empezó su carrera creyó que los deleites fuesen el soberano bien? — Respondióme que sí. — ¿Y en qué lo hacíais consistir? volví á preguntarle. — ,,En la reunion, Lastenia, de los placeres del entendimiento y en las permitidas aficiones. El hombre mas dichoso es aquel que une al rápido gozar de los sentidos las dulzuras y atractivos del estudio. Este es el remedio mas seguro contra el tedio, esto es, contra aquel mal indefinible tan pegado al hombre. El ha sido mi explayacion y mi consuelo. No sé que haya cosa tan enojosa que él no suavice. Adorna el entendimiento con verdades; eleva el alma; enseña á conocer á los hombres; y nos hace mas humanos, mas generosos, mas ilustrados sobre nuestras obligaciones, y mas agradables en la sociedad."

„ Al declinar el dia volvieron Eudoxio y Anaximandro: dejamos el jardin y cenamos. Anaximandro chanceándose aconsejó á Arístipo que hiciese libaciones á Juno para reconciliarse con ella." — De mejor gana, replicó Arístipo, me reconciliara con el apetito.

A la sazon entraron á decir que unos diputados del Líceo y de la Academia llegaban á informarse de la salud de Arístipo. Mandáronlos entrar; y despues de haberles mostrado Arístipo su agradecimiento, añadió: „ Mi viage está ya decretado en el gran libro de los destinos: un dia de estos partiré de este pequeño globo sublunar: decid á mis hermanos que si en habiendo muerto encontrare por acaso á las parcas viejas, las suplicaré que hilen con lentitud la trama de sus vidas, y que no economicen en ella el oro ni la seda."

„ Ya que estuvieron fuera, nos convidó á beber á la salud de Pluton y de Proserpina: se rió, se cantó, y Arístipo, agonizando ya, parecia que se preparaba para una fiesta de boda.

Anaximandro nos participó la muerte de Anito, que fue el enemigo y el perseguidor de Sócrates. „ Despues de la sentencia de este hombre grande, aquel malvado se refugió á Heraclea, donde tuvo el justo castigo de su crímen. Lo mataron á pedradas. — „ ¿ Creeis, preguntó Arístipo, que

la especie humana se vaya degradando cada vez mas, y que los vicios y las maldades de los humanos se aumenten de edad en edad?" Segun yo, respondió Anaximandro, no varía el corazon y el carácter de los hombres, asi como no varía su conformacion física. Siempre tenemos los mismos órganos. Ni nuestra vista ni nuestro oido son mejores ni peores que los de nuestros antepasados. Algunas circunstancias como, por ejemplo, un Rey justo é ilustrado, unas buenas leyes ó un gobierno sabio, pueden modificar una generacion, excitar virtudes, ó reprimir vicios; pero esta es una agua que vuelve pronto á su curso en echando por tierra el dique que la contenia. — Me pesa, interrumpió Arístipo, de vuestra asercion; porque me acuerdo de cuatro versos que hice en tiempos pasados sobre la opinion recibida de que el mundo, mientras mas viejo, daba frutos mas amargos, esto es, hombres mas malos.

„ Crímenes en el globo aumenta el tiempo:
„ Peores son que los suyos nuestros padres:
„ Sus infelices hijos valen menos:
„ Nos ganarán los nuestros en maldades (*a*)."

(*a*) *Ætas parentum pejor avis tulit*
*Nos nequiores, mox daturos*
*Progeniem vitiosiorem.*

„ Infinitas veces he pensado en la inconsecuencia y extravagancia de la naturaleza que ha diversificado tanto el instinto y carácter de los hombres cuando se ha sujetado á un plan uniforme para cada especie de animales. Cada cual tiene su tipo moral, tan invariable como el instinto de los vegetales. El tigre siempre es cruel y sanguinario. El leon corajudo, altivo y feroz. El carácter de la paloma es dulce y tímido &c. La especie humana sola reune el instinto y las costumbres de todos los animales. Tal hombre tiene la crueldad del tigre. Tal otro la dulzura de la paloma. Aquiles era tan valiente como un leon. Térsites tan pusilánime como la liebre fugitiva. La naturaleza podia habernos hecho generalmente buenos ó malos. Siendo todos buenos, la felicidad seria herencia de todos. Siendo todos malos, los buenos no serian víctima suya. Pero dejemos esto, y venga la copa que quiero brindar por el gran Zeo (Júpiter) para darle gracias de haberme permitido disfrutar la vida humana cerca de sesenta años. El por qué es lo que ignoro; pero aguardo que me lo confiará despues de muerto. Momo no dice mal cuando dice: „ que los dioses habian bebido mucho nectar el dia que hicieron á los hombres, y que no pudieron mirar su obra sin echarse á reir.

Asi que Arístipo bebió, tomó algun des-

canso, y nosotros hablamos de otras cosas en voz baja, porque creimos que dormitaba. Pero de repente gritó: „Escuchadme, que quiero deciros cual es mi última voluntad."

„Quiero que en mi entierro se canten cosas agradables como, por ejemplo, las canciones de Datis (*a*) en vez de los himnos de la patria (*b*), porque un muerto no la tiene. No quiero que, segun la ridícula costumbre, expongais mi cuerpo delante de la casa con un vaso de agua lustral para que los transeuntes se rocien con ella y me miren de hito en hito, porque no me gusta. En lugar de guardar mi cuerpo siete dias (*c*), lo hareis llevar al dia despues de mi muerte al lugar de la sepultura; y cuando me extiendan sobre la hoguera, que me vuelvan la cara al oriente y no al occidente, como se practica, porque yo he amado siempre al sol naciente. Ruego á Lastenia que se vista de blanco y no de negro luto, visto que, segun Pitágo-

(*a*) Las canciones de Datis trataban en general de cosas chistosas.

(*b*) En Atenas se cantaban en las exequias los himnos de la patria, en los que se recordaban los sucesos importantes de los grandes hombres.

(*c*) Las exequias se hacian nueve dias despues de la muerte. Guardaban el cuerpo siete dias, lo quemaban al octavo, y enterraban las cenizas al noveno. Apagábase despues la hoguera, y se hacian aspersiones con vino sobre el sepulcro.

ras, morir es escaparse de la prision. Seria inutil evocar mi alma ó mi sombra por los Psicagogos (*a*): el camino es larguísimo para que la den tentaciones de volver. Quiero que sobre mi úrna en vez de inscripcion sepulcral se grabe un libro, un compas y unas flores con estas palabras: *Aqui yace quien os aguarda.* En aquel instante estornudó á su izquierda una esclava anciana (que era mala señal). Ved aqui, exclamó Arístipo, la Sibila que me anuncia la muerte. Ponedla un sombrero de flores (*b*). Habíase acabado la cena. La noche estaba ya adelantada, y Arístipo empezó á dormitar. Eudoxio y Anaximandro se retiraron silenciosamente prometiendo volver al otro dia.

(*a*) Eran los sacerdotes de los Manes. Sus funciones eran evocar las sombras. Su institucion con todo tenia algo de respetable. Debian ser irreprensibles en sus costumbres, no haber tratado jamas con muger, ni tocado un cuerpo muerto. Habitaban en lugares subterráneos.

(*b*) Coronaban con sombreros de flores á los que traian buenas nuevas. Aquella costumbre vino de Delfos, donde los que habian recibido del oráculo alguna respuesta favorable se ponian una corona de laurel para volverse.

## CAPITULO IV.

*Conversacion de Arístipo con Lastenia. De los Psilos. Peregrinacion de Bubasto. Del gato que alli veneran. Muerte de Arístipo.*

„Asi que despertó Arístipo me envió á llamar. Preguntéle ¿cómo se sentia?"— Muy bien me respondió, para un moribundo (y me alargó la mano). Estoy casi seguro de vivir hoy; y mas de uno de los que en este momento lo pasan bien entrará en la barca antes que yo.—Dióme gracias afectuosamente del cuidado con que lo asistia.—Vuestra presencia, me dijo, disipa las sombras de mis últimos dias. Ayer noche me dormí junto á vos con aquel placer y con aquella calma feliz que goza un viagero cansado que se queda dormido á la risueña orilla de algun arroyuelo que corre con suave murmullo. Notó que vertia yo lágrimas, y mudando luego de discurso, me preguntó ¿qué pensaban los Atenienses sobre su muerte?—Respondíle que generalmente lo lloraban.—„Sí, replicó. Esa lástima durará hasta que alguna comedia nueva ó el menor suceso político sumerjan mi nombre y mi memoria en las aguas de Leteo."

„Los dos filósofos que entraron inter-

rumpieron la conversacion. Arístipo les dijo: „Me siento débil: no podré ayudaros en la conversacion; pero Eudoxio nos favorecerá contándonos algo sobre Egipto. Todavía estoy ansioso de instruirme: véase lo que puede la costumbre." — „Gustosísimo lo haré, contestó el filósofo. Empezaré hablándoos de los psilas, y despues os narraré un precioso viage que hice á Bubasto para ver la fiesta que se celebra en obsequio de Diana. Los psilas son una especie de hombres desalmados que juegan con las serpientes. Los vi desfilar en una procesion con los brazos desnudos, el mirar fiero y en la mano unas serpientes enormes que les daban vueltas alrededor de sus cuerpos. Aquellos psilas las empuñaban fuertemente por junto al cuello y evitaban sus mordeduras, y no obstante sus horribles silbidos las despedazaban con los dientes y se las comian vivas. Destilaba la sangre de sus bocas impuras; y reñian entre ellos para arrancarse la presa y devorarla. Dícese que tienen un secreto para preservarse del veneno de las serpientes.

„Pero la fiesta de Diana presenta escenas mas agradables. Se celebra en Bubasto adonde van de todas las partes de Egipto: fui á ella acompañado de muchos. Nos embarcamos sobre el Nilo. Vimos al pasar le una multitud de barcos que cubrian el rio. En cada uno iban algunas cantarinas

que se acompañaban con Címbalos y con tambores. Algunos hombres tocaban la flauta; y las mugeres sobre la orilla se entregaban á la embriaguez de la alegria, y daban dentera á los viageros con expresiones libres, con canciones obscenas, con bailes y con actitudes opuestas al pudor. El ganado vacuno mugia en los prados. Los labradores regaban sus mieses. Las mozas acudian á las orillas del rio á lavar sus ropas y á sacar agua. Embarrábanse el cuerpo con el cieno del Nilo, se arrojaban á él y jugueteaban en sus aguas. Muchas de ellas nadaban alrededor de nuestro barco, de manera que creíamos ver unas Nereidas. Nadaban con mucha gracia. Caíanlas sobre las espaldas sus entrenzadas melenas. Tenian la piel morena y la tez tostada; pero las mas eran de hermosa y proporcionada estatura. En nuestra navegacion encontrábamos islas cubiertas de yerba espesa adonde enviaban á pacer los búfalos. Un pastor, que va sentado sobre el cuello del que marcha delante, baja al rio, da unos cuantos chasquidos con su honda y dirige el camino. Todos los búfalos siguen en hilera, y van nadando y rumiando á un mismo tiempo. Encontré en Bubasto un concurso de setecientas mil personas. Durante la solemnidad sacrificaron un número prodigioso de víctimas, y por la noche encendieron en cada palo de los barcos muchos

faroles de vidrio, cuyas luces multiplicadas formaban sobre el agua innumerables estrellas. Aquella iluminacion maravillosa, de una legua de extension, producia sobre los prados y sobre las aguas admirables efectos." — ,, Perdono, interrumpió Arístipo, una supersticion que da lugar á tan deliciosas festividades. Bueno es acercar el hombre á la divinidad por medio de los placeres inocentes y permitidos." — ,, En un templo magnífico de Bubasto, continuó Eudoxio, nutren los sacerdotes con alimentos sagrados á un hermoso gato. Cuando muere lo embalsaman, y lo llevan con gran pompa á su sepulcro." — ¿ Y no alimentan tambien crocodilos? preguntó Arístipo. — ,, Sí, respondió Eudoxio: en el alto Egipto es ese animal reverenciado y mirado como cosa sagrada. Los sacerdotes conservan uno en un lago particular. Le dan carnes, frutas y vino; y yo mismo lo he presenciado. Mi huésped, que era persona respetable; me condujo una tarde al lago; y llevaba unas tortitas, carne asada y un vaso con vino. El crocodilo estaba reposando á la orilla. Arrimáronse á él los sacerdotes, y uno de ellos le abrió la boca, y otro le metió en ella las tortas, la carne y el vino. Despues de esta comida, bajó el monstruo sosegadamente al agua, y nadó hasta la orilla opuesta." — ,, El culto que se da á ese animal informe, repliqué, es

el delirio mas pasmoso de la razon humana.",—,,Esa supersticion, continuó el filósofo, nació del miedo. Los Egipcios, que miran á Tifon como al mal principio, le han consagrado el crocodilo, el burro y el hipopótamo, á causa de su color rojo ó bermejo que los Egipcios aborrecen. Críanlos en recintos sagrados, y creen que con tales sacrificios aplacan la maldad de aquel maléfico genio."—,,En vuestra navegacion á Bubasto, preguntó Arístipo, ¿no temiais el encuentro de los crocodilos?"—,,No, Arístipo, porque baján rara vez al bajo Egipto, y nunca mas allá de Menfis. Aquellos animales, aunque tan cubiertos de escamas casi impenetrables, huyen de los parages frecuentados. Los hay desde Tebas hasta Siena. Véseles tendidos en unas islas arenosas durmiendo al sol; pero su sueño es ligerísimo, y al acercarse los barcos se arrojan al agua. Mas con todo este animal tan reverenciado tiene temibles contrarios en los habitadores de Tentira, los cuales los aborrecen y les hacen una guerra cruel. Cualquiera otro hombre se estremece de miedo al mirarlos; pero los Tentirenses los buscan y los matan. Se zabullen y nadan osadamente en medio del Nilo, se van derechos hácia el animal formidable, y cuando abre su espaciosa garganta para tragarlos, le meten dentro una tabla de pino atada con una cuerda larga. El crocodilo

al cerrar las quijadas clava de tal manera sus agudos dientes en la tabla, que no puede volverlos á arrancar. Entonces el Egipcio teniendo con la una mano asida la cuerda, y nadando con la otra, gana la orilla, donde, ayudado de muchos, saca al monstruo del agua y le da muerte. Pero si el nadador no es diestro es devorado sin remedio."

,, Estaba muy adelantada la noche (continuaba diciéndome Lastenia), y yo necesitaba descansar. Arístipo me pidió con empeño que me fuese á echar en la cama. Los filósofos no se retiraron hasta el amanecer. Yo dejé dicho que me avisasen cuando se fueran. Verificado esto, volví á ver á Arístipo, á quien hallé muy caido; mas con todo eso estaba oyendo leer los idilios de Teócrito. Mandó parar la lectura para hablar conmigo; porque como su enfermedad no era mas que el decaimiento de una planta privada de su jugo, moria lentamente sin dolor y con toda su presencia de espíritu. Entráronle recado de un amigo suyo, y yo no queria que lo recibiera. —,, Dejad que entren todos, me dijo: quiero acabar alegremente y entre buena sociedad: que hablen y que se entretengan sin ruido, pero con jovialidad, lo mismo que si yo partiera á Siracusa á dar lecciones de filosofía y de comer bien á Dionisio el tirano." Todo el dia estuvo su cuarto

lleno de filósofos, de sofistas, de poetas y de artistas célebres. Yo misma prevenia á los que entraban que no mostrasen tristeza, y que le trataran como siempre. Hablóse de noticias públicas y de piezas teatrales. Arístipo escuchaba y tomaba poca parte en la conversacion. Dijo uno que Dionisio el tirano temia á los dioses. Al oir aquello se animó algo. — ¡Qué error! dijo con viveza: yo os aseguro que era un impío. A Júpiter le quitó una capa de oro macizo diciendo, *que era caliente en verano y fria en invierno*, y le hizo poner una de lana con pretexto de que era buena para todos tiempos. A Esculapio le quitó su barba de oro, alegando que no era justo que el hijo tuviese barba, no teniéndola Apolo que era su padre. Otra vez encontró ciertas tablas de plata en un templo con esta inscripcion: *A los dioses buenos*; y dijo, tomándoselas: *aprovechémonos, pues, de sus bondades* [3]."— Cenamos en su mismo cuarto. Mandó entrar á las cantarinas, y nos dijo: „Vuestra comida se parece á los banquetes egipcios, en los que se presenta un cadáver á los convidados." Despues de algun silencio, añadió: „Estoy pensando en Nicómaco, aquel sabio que miraba la muerte con ojos filosóficos, y que decia que temer la muerte era fingir que se sabia lo que todo el mundo ignoraba." Fue injustamente preso y llevado

ante los tribunales. Solicitaron de él sus amigos que se justificase para salvar la vida, y dijo á los jueces: „Si os pido ciudadanos, que no me condeneis á morir, temo alcanzar una gracia que no me es ventajosa. Los que temen la muerte sin duda la conocen; y yo ignoro lo que es y lo que en el otro mundo se hace. Las cosas que tengo por malas, como el ofender á mi prójimo, las evito. Las que no conozco como la muerte, no las precavo; y asi me refiero á vosotros que ordenareis lo que gustáreis." — Lo mismo pienso, continuó Arístipo. Dejo á la mensagera Iris el cuidado de mi vida: que venga cuando quiera á cortar el cabello que me ata á la vida. — La conversacion se animó. Chanceáronse sobre el buitre de Prometeo, y sobre el crímen y el suplicio de Ixion. Hablóse de los signos que los sacerdotes dan á mostrar sobre los hígados de las víctimas para inferir agüeros dichosos ó infelices. — „Trazan, dijo Anaximandro, unas figuras sobre sus manos, aprietan despues el hígado, todavía caliente y tierno, y dejan en él estampadas las figuras." — Encargó Arístipo que no se olvidaran de ponerle dinero bajo la lengua para pagar el paso de la barca, y una torta de harina y de miel para apaciguar al Can Cerbero. Entre esta mezcla de proposiciones alegres y filosóficas se pasó la noche. Al apuntar el dia

noté que Arístipo declinaba conocidamente, y que estaba adormecido y que hablaba muy poco. Llegó su médico y dijo tomándole el pulso: „ Me parece que se va la calentura."—„Decid mas bien que el enfermo," replicó Arístipo; y añadió:

„El rico, el podre, el decaído, el fuerte,
„Con igualdad caminan á la muerte."

„Una hora despues le pregunté ¿si necesitaba algo?—„Quisiera volverme, respondió; pero me siento tan débil que despediré el alma si me muevo." Aseguróle su Esculapio que aun tenia mas fuerzas que pensaba.—„¿Quereis, repuso Arístipo, tener el gusto de que me vuelva?" Diciendo estas palabras hizo un esfuerzo para menearse y espiró al momento.

„¡Juzgad, mi querido Antenor, de la melancolía profunda que esta pérdida me causa! ¡cuánto vacío deja en mi alma y en mi vida la privacion de un amigo que trataba yo doce años ha! Si estuvieras junto á mí suavizarias mis penas; pero el destino me quita todos mis apoyos y consuelos, sin dejarme otra cosa que la filosofía. Voy á echarme en sus brazos, á retirarme al campo, y á dividir mis ocios entre las musas y los pasatiempos campestres. Eudoxio y Anaximandro me han ofrecido acompañarme á comer los pocos dias que estuvie-

re en la ciudad para ordenar mis negocios y los de mi amigo, que ya no existe. Eudoxio nos leerá cada tarde algunos capítulos de unas memorias que ha trabajado sobre el Egipto. Te daré noticias de ellas: pásalo bien: sé dichoso."

Mucho me apesadumbraron la muerte de Arístipo y el dolor de mi amada Lastenia. La respondí al instante y la prometí que iria á participar de sus cuidados y de las penas de su vida, y á amenizar la mia con el trato de una sociedad tan deliciosa.

## CAPITULO V.

*Culto de los dioses del Egipto. Costumbres de los Egipcios. Historia de Nícias. De la sortija de Polícrates.*

### TARDE PRIMERA.

Me cumplieron su palabra Eudoxio y Anaximandro (asi me escribió Lastenia), pues han venido tres dias consecutivos á comer conmigo. Mi puerta estaba cerrada para todos; y despues de comer nos contaba Eudoxio algo sobre Egipto. Os copiaré sus narraciones del mismo modo que nos las hizo tarde por tarde."

„Ya os hablé, nos dijo, del dios Apis. Voy á daros á conocer las tres grandes divinidades de aquel pais.

Anubis, Osiris é Isis. Anubis tiene cabeza de perro. Se crian en su templo perros sagrados, delante de los cuales se postran. El gran Osiris es el padre y el esposo de Isis. Se enamoraron uno de otro en el vientre de sus madres, y engendraron al dios Horo. Osiris es el Febo del Egipto (*a*) ó el Sol. Isis es nuestra Feba ó la Luna. Los vestidos del dios son de color de fuego. Los guardan cuidadosamente, y no se exponen mas que una vez al año á la vista de la nacion. Osiris está representado con cabeza de gavilan y cuerpo de hombre; y lo fajan como á las momias: lleva sobre la cabeza el *phallus* y dos cuernos. Hasta los sacerdotes llevan el *phallus* sobre sus vestidos sacerdotales. Osiris tiene en una mano el baston augural de un pontífice, y en la otra un látigo, como dios del sol."

La historia de aquellos dioses de fábrica egipcia nos hizo reir á costa de la necedad humana. „Aun diré mas, continuó Eudoxio: no os he hablado del dios Sérapis, ni de su magnífico templo llamado Serapion, que está en Canopa. Aquel rincon de tierra es el jardin mas risueño del Egipto; y la industria de sus sacerdotes ha hecho de él una famosísima romería. El templo está por decirlo asi, suspendido

(*a*) Herodoto dice que tambien es su dios Baco.

en el aire. Es un vasto edificio cuadrado, al que se sube por mas de cien escalones. Está sostenido por unas bóvedas divididas en muchas partes. En el interior reinan pórticos sobre los cuales se levanta el edificio adornado de columnas. Las paredes estan revestidas de mármol. Sérapis, que es el primer dios del Egipto, está representado con una fanega de medir sobre la cabeza, con una corona adornada de rayos y con cuernos de carnero; y detras de la cabeza tiene un cetro con tres puntas rodeado de una serpiente. Este templo es frecuentadísimo. Los placeres, mas que la religion, llevan á él los adoradores del dios; pero sin embargo, cura á los enfermos. Los jóvenes particularmente van allá en tropas para conseguir la gracia de que les quepa en suerte mugeres afables y dóciles. Es prodigiosa la concurrencia de gentes en las fiestas de Sérapis. Van á Canopa por un canal del Nilo, que se ve cubierto de barcos llenos de hombres y de mugeres, cuyos cantos y danzas presentan la imágen de una alegria insensata y sobradamente licenciosa. Los sacerdotes son consultados, ya como médicos, ya como intérpretes del oráculo. Son tan diestros en restablecer los órganos debilitados de sus enfermos por medio de baños perfumados, y en reparar lo arruinado de sus estómagos con alimentos atemperantes llenos de

jugos y mezclados con aromas; y en fin, son tan hábiles en acalorar sus imaginaciones con pinturas alegres, que consiguen volver los sentidos á los que los perdieron. Estas curas, que atribuyen á Sérapis, estan escritas en un registro, el cual expuesto á los ojos del pueblo da al dios una celeridad estupenda [6]."

,, Rogamos á Eudoxio que nos hablase de las costumbres y usos egipcios y de sus sacerdotes."

,, Las mugeres en Grecia, nos dijo, no salen de casa; pero en Egipto es al contrario. Sobre ellas carga todo el gobierno exterior; y los hombres se quedan en casa ocupados en echar telas. Tienen mas autoridad que sus maridos, porque se estipula en los contratos matrimoniales que ellas han de mandar, y obedecer ellos. Pero estan excluidas del sacerdocio, reservado solamente á los hombres.

,, Pueden los Egipcios casarse con muchas mugeres; pero los sacerdotes no mas que con una. Aquel pueblo no besaria á un Griego en la boca por cuanto tiene el mundo, ni tampoco se serviria de sus muebles, ni comeria la carne de ningun animal cortado con su cuchillo. En Grecia llevan nuestros sacerdotes su pelo. En Egipto los sacerdotes y el pueblo se afeitan la cabeza y todo el cuerpo cada tres dias, exceptuando el tiempo de los lutos, porque entonces

se dejan crecer el pelo. Cuando los Egipcios se encuentran se saludan sin hablar, bajando la mano hasta la rodilla: sus vestidos son de lino; y se ponen por encima una capa de lana blanca.

,,Los sacerdotes son religiosísimos, y mas adictos á su culto que los de los otros pueblos. Se circuncidan por lo mucho que aman el aseo, del que hacen mas caso que de la misma hermosura. No pueden llevar mas que una ropa de lino, ni calzar mas que zapatos de biblo ó papiro 7. Se laban el cuerpo dos veces al dia y otras dos á la noche. Algunos dicen que tres veces con infusion de hisopo; á saber, cuando se levantan de la cama, antes de comer, y al tiempo inmediato de acostarse.

,,En queriendo hacer algun acto de religion se abstienen siete dias antes de animales, de legumbres y de yerbas, y guardan castidad. Sus camas son un tejido de ramas de palmera, y un medio cilindro de palo les sirve de almoada. Se ejercitan en tolerar el hambre y la sed, y en vivir con poco. No comen ninguna especie de pescado. El dia nueve del primer mes, mientras el pueblo come pescado cocido delante de sus puertas, ellos lo queman delante de las suyas. — ¿De dónde les viene, preguntamos, ese aborrecimiento al pescado? — Los unos, continuó Eudoxio, dicen que es por aversion al mar; pero yo pienso que

és porque la carne del pescado espesa la linfa, y disminuye la transpiracion: dando con esto lugar á que acometa una enfermedad endémica, que nombran elefantíasis, y que ellos quieren evitar. Aquella nacion mira tambien con horror las habas; y los sacerdotes ni aun pueden sufrir su vista, porque creen que la tal legumbre es impura.

,, Pero los sacerdotes gozan de grandes ventajas. Poseen el tercio de los bienes de la nacion. Son jueces únicos en materia de derecho civil. Componen una clase aparte, y solamente ella puede ejercer las funciones sacerdotales. Y los hijos suceden á sus padres. — Ved ahora las ceremonias que se observan en los sacrificios. Un buey para ser sacrificado debe ser mundo, esto es, que no ha de tener ni un pelo negro. Reconocido ya tal, lo llevan al templo, encienden el fuego, derraman vino sobre el altar, y degüellan la víctima invocando al dios. La cortan la cabeza, la cargan de imprecaciones (*a*), y la llevan despues al mercado para venderla á los Griegos, ó bien la echan en el rio; porque los Egipcios nunca comen la cabeza de animal alguno.

,, Me encontré en un sacrificio que se

(*a*) En sus imprecaciones ruegan á los dioses que desvien del Egipto y de ellos mismos los males que les amenazan, y que los descarguen sobre aquella cabeza.

hizo á la diosa Isis. La funcion es magnífica. Los sacerdotes se disponen para ella con ayunos y oraciones. Inmolaron un buey, lo desollaron inmediatamente, le arrancaron los intestinos, y le cortaron las piernas y los lomos y el cuello. Rellenáronlo despues con harina de flor, con miel, con pasas, con higos, con incienso, con mirra y con otras substancias odoríficas, y despues lo quemaron derramando aceite sobre el fuego. Mientras tanto los sacerdotes se azotaban con vigor; y acabada la ceremonia les sirvieron los restos del sacrificio.

,, Los Egipcios miran al puerco como á animal inmundo: si alguno lo toca, aunque sea ligeramente, va á echarse en el rio vestido como está. Por eso los que guardan puercos, aunque sean naturales de Egipto (*a*), no pueden entrar en ningun templo; y se casan entre sí, porque ninguno quiere su alianza. Sin embargo, los Egipcios sacrifican y comen un cerdo una vez cada año en la fiesta de la luna llena y de Baco. El dia de la fiesta de aquel dios,

(*a*) Los Judíos igualmente que los Egipcios aborrecen el puerco. Este animal, que abunda tanto en grasa y lardo, transpira poco, y lleva consigo el principio de la lepra. Véase, dicen, la causa de la aversion. Pero el frecuente uso que se hace en Europa, y especialmente en España, de este sabroso animal, y la falta de lepra, prueba que la abstinencia judaica procedia de otra causa misteriosa.

que es el mismo que Osiris, cada cual sacrifica un puerco delante de su puerta á la hora de comer. Despues hacen una procesion, en la que llevan figuras de cerca de un codo de alto, las cuales se mueben por medio de una cuerda. Un flautista va delante de ellas, y lo siguen cantando las alabanzas de Baco...... — Pero por variar de conversacion voy á contaros la historia del astrónomo Nícias, que fue víctima desgraciada de las preocupaciones supersticiosas. Dicha historia nos prueba cuanto desnaturalizan al alma y cuan feroz la vuelven las mecionadas preocupaciones. La tomaré desde su orígen, porque merece ser conocido el nacimiento, la fortuna y el carácter de aquel astrónomo.

„ Nícias era un verdadero filósofo práctico, y hombre de talento chistoso y original, que ocultaba mucha erudicion bajo el atractivo del chiste y de la sencillez. Su dulzura y su franqueza lo hacian todavía mas amable: Gustaba como Demócrito de reir de las acciones de los hombres. Nació en la isla de Samos, y su padre fue un ollero pobre (a). A la edad de trece años lo perdió, y se vió sin pan y sin asilo. Partió en un invierno rigorosísimo para Samos, capital de la isla, que le habian di-

(a) Los Samienses tenian reputacion de ser los inventores de las ollas, y excelentes en su composicion.

cho caia hácia el occidente. Venia ya la noche, y viéndose extenuado de fatiga y de necesidad, transido de frio y asaltado de una calentura ardiente, pidió la hospitalidad á un pastor que habitaba en una miserable choza. Este lo alojó en su establo, le puso para cama un monton de estiercol, y le dió para que comiera un pan duro, que Nícias tuvo que reblandecer metiéndolo dentro del estiercol. Los carneros, de cuyo asilo participaba, se mostraban movidos de sus males, y lo lamian y lo calentaban con su aliento. Su juventud y una complexion feliz le ayudaron á sostenerse. Dicho pastor, sentido de su miseria, le dió á guardar sus carneros. En aquella época en que siempre estuvo á la vista del sol fue cuando nació su apego é inclinacion á la astronomía. Arrastrado por su instinto, é ilustrado por sus solas reflexiones, empezó á observar el salir y el ponerse del sol, y los diversos aspectos de la luna. Cierto dia se encontró un libro, y quedó mortificadísimo de no poderlo leer. Con todo siempre lo llevaba consigo, y nunca apartaba de él los ojos. Andando una vez con su ganado columbró á un hombre que estaba leyendo al pie de un árbol. Tuvo envidia de su felicidad y de su talento; y atormentado con su ignorancia, se llegó á él y le suplicó sin rodeos que le enseñase aquel arte mágico de adivinar el pensa-

miento por medio de unos pequeños caracteres trazados sobre hojas de papiro. „Tomad, le añadió, ese libro que me he encontrado, cuyo contenido diera yo cualquier cosa por saber. Yo nada tengo: todos mis haberes consisten en esta capa rota; pero si gano algunos óbolos, os los daré por vuestro trabajo. — ¿Y tú de qué has de vivir? — Yo, señor, de pan y agua. — ¿Para qué quieres saber leer? — Para aprender la astronomía. Tres meses ha que me estoy rompiendo la cabeza á efecto de saber por que el sol ya describe un círculo grande y ya otro mucho mas pequeño. ¿Donde va? ¿donde se encubre? Rabio por comprender lo que no alcanzo. — Maravillado el extrangero de la sagacidad y de la actividad del ingenio de aquel pastorcillo, le dijo que fuese á verlo todas las noches, y que le enseñaria á leer. Vivia á unos veinte estadios de la habitacion del pastor. Nícias, asi que entraba la noche, corria á casa de su maestro, y estudiaba con tanto ardor, que en tres semanas ya no necesitó mas lecciones. Para aprender á escribir trazaba letras sobre la arena y sobre las cortezas de los árboles. La astronomía fue siempre el objeto de sus estudios. Dispuso un observatorio sobre la copa de una gran encina; y alli pasaba una parte de sus noches; pero como no tenia dinero no podia comprar libros ni cartas geográfi-

cas. Vínole á las mientes hacer imagencitas de Juno y penates de barro, los cuales vendia á las buenas mugeres crédulas; y con su producto formó los elementos de su biblioteca. Cierto dia estaba entre sns corderos con un libro en la mano y circundado de cartas geográficas, cuando un hombre de buena traza, sorprendido de aquel aparato, que contrastaba tanto con el estado y con el vestido del pastor, acercóse á él y le preguntó ¿qué hacia? — Estudio la astronomía, le respondió. — ¿Pues qué? ¿entiendes algo de ella? — Poquísimo, señor; pero juro por Júpiter que algun dia sabré mas. Ya se que la luna gira alrededor de la tierra en veinte y siete dias [8]. — Mucho saber es pastorcillo; mas dime: ¿cómo has hecho para conocer su camino? — Primero la observé mucho tiempo: luego vi que bajaba, y como que se escondia detras de un bosque: muchas veces corrí hácia ella para arrimarme; pero me quedaba pasmado de verla todavía tan distante. Seguí su curso, y se aumentó mi sorpresa cuando la vi salir y ponerse á diferentes horas. Asi he estudiado dos estaciones enteras sin mas maestro que mis ojos. Noté que las estrellas nunca cambian de posicion; pero la de Venus fijó mi cuidado, porque me pareció que tenia un curso particular como la luna. Desapareció por bastante tiempo, y despues vi convertida en estrella de la ma-

ñana á la que habia sido vespertina. Del mismo modo seguí el camino del sol, cuya salida y entrada variaba tambien diariamente; y una y otra las señalaba yo con unos palitos. — Pastorcillo, tú me pareces un muchacho de ingenio, y quiero hacerte feliz. — Os doy señor, gracias ifinitas, porque de nada necesito. — ¿Qué dices, muchacho? ¿Pues cuánto ganas al dia? — Tanto gano, caballero, como Polícrates tirano de Samos. — ¿Pues como asi, pastorcillo? — Porque él gana su vida y yo la mia." — Aqui llegaban cuando á aquel desconocido personage lo rodeó un cortejo numeroso y lucido, tratándolo con modo respetuoso y besándole la mano. Nícias al ver aquello se levantó, pero con dignidad, sin mostrar embarazo ni miedo. Entonces el tirano de Samos (porque era el mismo Polícrates) se dió á conocer al pastorcillo, y le propuso que lo siguiera á su capital, donde se encargaba de darle estudios y de enviarlo despues á que los acabase en Menfis ó en Atenas. Nícias vaciló mucho tiempo sobre la proposicion. Ardia en deseos de adquirir conocimientos, pero deseaba mas la libertad que la ciencia. Ofreciόle Polícrates que se la conservaria, y Nícias aceptó con tales condiciones. Asi que llegô á Samos se entregó con ansia al estudio de la astronomía y de las demas ciencias. Fueron tan rápidos sus progresos, que al cabo

de cuatro años le mandó Polícrates viajar por Caldea, por Egipto y por la Grecia. A su vuelta lo nombró Astrónomo suyo, lo alojó en su palacio, y le señaló una buena renta. Pero ni los aires cortesanos, ni la blandura y atractivo del lujo pudieron alterar las costumbres de aquel filósofo rústico. Su frugalidad fue siempre la misma. Una tabla le servia de cama. No tenia hora señalada para sus comidas; y se alimentaba paseándose por el campo, con queso, leche y legumbres; y nunca pudo acostumbrarse á comer carne.... — Pero oid lo que era Polícrates. Dotóle la naturaleza de gran talento y de ambicion desmesurada. Sedujo á sus dos hermanos, y conspiró juntamente con ellos contra su patria. El dia de la celebridad de Juno, al frente de los conjurados, cayeron sobre los Samienses, que estaban congregados al rededor del templo de la diosa, mataron á muchos, dispersaron á los demas, y se apoderaron de la ciudadela. Los tres hermanos dividieron entre sí el gobierno de la isla; pero Polícrates se deshizo muy pronto de los otros dos. El uno fue condenado á muerte, y el otro á destierro.

Aquel tirano gobernó á los Samienses con mucha astucia y política; y lo primero que hizo fue asegurarse de las tropas, que son siempre vendidas al déspota que las paga. Entretuvo al pueblo con fiestas y

espectáculos. Cargó con todas las rentas del estado, sin respetar ni aun las propiedades. Hablaba siempre de probidad con la mentira en la boca. Ponderaba al pueblo su libertad cargándolo de cadenas; y lo corrompia y humillaba preconizando la virtud.

„Pero tenia Polícrates prendas esplendorosas. Cultivaba las letras y las artes, y las protegia no solo por gusto sino por ostentacion. Buscaba á los hombres grandes y á sus producciones; y las obras del ingenio tenian un asilo en su biblioteca. Pitágoras, Anacreon, y despues Nícias, seducidos por las gracias de su entendimiento, le perdonaron su tiranía, y alojaron la filosofía en su palacio.

„El tirano que gustaba mucho de la conversacion de su filósofo montesino (que asi llamaba á Nícias) se felicitaba un dia con este de su prosperidad, y del favor constante de los dioses. Representóle Nícias que aquello mismo era un motivo de temer los caprichos de la fortuna, la cual exigia tarde ó temprano un tributo de todos los hombres. Aconsejóle que procurara espontáneamente alguna desgracia para contentar á aquella maligna diosa. Creyólo el Príncipe. Tenia una sortija de una sola esmeralda que le gustaba infinito, particularmente por la reputacion y habilidad del grabador. Fue, pues, á pasearse al mar en una galera, y arrojó dicha sortija al agua. Pocos

dias despues cogieron unos marineros un pescado de extraordinaria magnitud, y lo llevaron á las cocinas del Príncipe. En el vientre del pescado encontraron la esmeralda. Transportado Polícrates de gozo y de sorpresa, exclamó: —„¡Soy el hijo contemplado de la fortuna: veo que quiere exceptuarme de la ley genera!" Pero el sabio Nícias, lejos de regocijarse de aquella especie de prodigio, empezó á temer mucho el destino de aquel Príncipe. Por lo mismo pensó en realizar sus economías, y y las envió á Menfis, que es adonde proyectaba retirarse en caso de naufragio.

„Justificó su prevision el suceso. Seis meses despues Oretes, que era uno de los Sátrapas de Cambises, que mandaba en Sardes, quiso apoderarse de la isla de Samos; y para ello envió á decir á Polícrates, que estaba descontento del gobierno, y que deseaba retirarse á su inmediacion con sus tesoros, de los que pensaba cederle la mitad si le daba un asilo; y lo convidaba á que fuese á verlo para conferir juntos. El cebo del oro tentó la avaricia de Polícrates, pero como era tan hábil desconfió, y envió un diputado á Oretes, con orden de observarlo todo, y de introducirse en el alma de aquel Sátrapa: este que era tan astuto como el tirano, embarcó delante del diputado unos toneles, donde dijo iban sus riquezas; pero no contenian mas que

una materia vil, cuya superficie cubria una capa de oro (a). Engañado el diputado aseguró á Polícrates de que todo iba de buena fe. Embarcóse, pues, á pesar de los ruegos de su hija, á la cual dijo, sin reparar en lo que hablaba, que si volvia sano y salvo no la casaria. — ,,Deseo, respondió ella, que vuestras amenazas tengan efecto, porque mas quiero vivir siempre vírgen que privada de mi padre." Luego que el cruel Oretes tuvo á Polícrates en su poder lo prendió y lo puso en una cruz. Asi aquel Príncipe, que fue famoso por su fortuna y por su talento, terminó en un suplicio vergonzoso una vida colmada de prosperidades.

,,Luego que Nícias supo aquella horrorosa catástrofe partió de Samos y se fue á Menfis, que es una famosa ciudad, de siete leguas de circunferencia, y llena de bellísimos edificios. Nícias vivió en ella como un sabio retirado en su gabinete, y dado todo á la astronomía y á la geometría, que entonces florecian en aquella capital. Sus conocimientos y descubrimientos astronómicos lo hicieron muy famoso. Determinó las diferentes alturas de polo por la sombra del sol. Vió que mientras mas se cami-

(a) Anibal se sirvió de igual èstratagema para engañar la avaricia de los Gortinianos. Llenó de plomo unas ánforas, y cubrió su superficie con oro y plata, y las deposito en el templo de Diana.

naba hácia el norte, mas aumentaban en longitud aquellas sombras, medidas en el mismo dia. De aquello concluyó que la altura del sol sobre el horizonte era ya menor; y que el observador situado hácia el norte no estaba en el mismo plan que el situado hácia el mediodia, y que por consiguiente la tierra estaba redondeada. Asegúrose todavía mas de su curvatura y de su redondez por los eclipses de luna, porque entonces la sombra de la tierra aparece siempre redonda; y tambien se aseguró de lo mismo por la marcha de los navíos, que se van desapareciendo poco á poco. Calculó que Venus volvia en conjuncion con el sol cada diez y nueve meses; y que estando entonces en su mayor proximidad de la tierra brillaba mañana y noche con un resplandor extraordinario treinta y seis dias antes y treinta y seis dias despues de la conjuncion.

,, Cerca del solsticio del verano hizo un viaje á Siena (ciudad situada verticalmente bajo el trópico de Cáncer) para ver el famoso pozo, sobre el cual pasa el sol perpendicularmente el dia del solsticio. En efecto, aquel mismo dia, á la mitad de él, vió toda entera la imágen de aquel astro en lo hondo del agua, y ningun vestigio de sombra en la ciudad; lo cual le confirmó su posicion directa bajo el trópico. — Pero habeis de saber ahora que aquel filósofo

agreste, que hasta entonces cubierto con la égide de Minerva habia rechazado los tiros del amor y de la belleza, cedió por último á su poder. Paseábase una tarde por el campo ocupado en la salida de las Pleyadas ó de Júpiter, cuando unos cantos y voces femeninas atrajeron su espíritu hácia la tierra. Miró alrededor, y vió no lejos de sí á unas jóvenes que estaban lavando ropa sobre uno de los pequeños canales del Nilo. Paróse á escucharlas. Ellas lo conocieron; y ya fuese timidez ó ya malicia cesaron los cantos. Primero le parecieron aquellas muchachas otras tantas ninfas graciosas; pero de cerca no distinguió mas que á una sola: para él fue Galatea en medio de las Nereidas. Largas pestañas y grandes ojos negros cargados de humedad (que es un accidente que da al mirar una expresion voluptuosa) hermoso pelo, y una estatura mediana, pero suelta y ligera: tal era el retrato de la que habia de abrir el corazon de Nícias al amor. Tanto mas viva fue aquella impresion, cuanto en general las Egipcias no han recibido el don de la hermosura [9]. Dirigió á ella la palabra, y quedó muy satisfecho de sus respuestas. Díjole que ella no lavaba mas que la ropa de su padre y la suya; que no vivia lejos; que ya habia acabado de lavar; y que lo ocompañaria á casa de su padre, si aquello podia complacerle. Nícias, que sabia de

memoria á Homero, se acordó súbitamente de la Princesa Nausicaa, que lavaba la ropa de Alcinoo. Su imaginacion transformó á aquella en hija de un Rey, ó en ninfa de la corte de Diana. Aceptó la proposicion, y aun ayudó á la amable lavandera á llevar el talego de su ropa. Preguntóla ¿si era casada? — „No lo soy, respondió: todavía no tengo mas que quince años: no me corre prisa; y eso que mi hermana mayor se casó á la edad de doce; y una prima mia, cuya boda se efectuó ocho dias ha, apenas llegaba á los once." Díjole despues que se llamaba Déifila, y su padre Bocoris. Halláronlo en un jardinillo adornado de sicómoras y de palmeras. Aquel Egipcio al oir el nombre de Nícias, que ya era famoso en el Egipto, se dió la enhorabuena por la visita de tan grande astrónomo. Era Bocoris uno de los mas zelosos adoradores de Apis y de Anubis, y veneraba profundamente á los crocodilos, á los gatos y á los ibis. Mostró á Nícias un rincon de su jardin consagrado á sus gatos. „Los nutro, le dijo, con pan migado en leche; y algunas veces les doy pescado del Nilo." Despues le habló del gran Osiris y de su hermano Tifon. Nícias lo interrumpia con frecuencia para hablar con Déifila: en fin Bocoris le convidó á comer para el dia siguiente. „Os daré, dijo, cerdo; porque mañana es plenilunio; y ya sabeis que es

el único dia en que podemos comerlo. Nícias pasó una tarde deliciosa, y vuelto á su casa se fijaron todos sus pensamientos y deseos sobre la amable Egipcia. Hubiera tomado á buen partido el abandonar á Venus y á Marte y á sus Ursas grandes y pequeñas por haber pasado toda la noche contemplando el nuevo fenómeno que habia descubierto en la tierra. Aquella disposicion de ánimo, que para él era nueva, le ahuyentó el sueño. Como ignoraba el arte de manejar aquellos tiros finos y delicados que penetran el corazon de las mugeres, no vió para el logro de su amor mas asilo que el del matrimonio. — Pero un filósofo, se decia á sí mismo, un astrónomo medio salvage, ¿ha de doblar su cuello á un yugo tan pesado? ¿Y particularmente Nícias, que hasta esta época ha vivido en una absoluta independencia? — Por una parte lo agitaban los placeres y dulzuras de Himeneo, y por otras sus cuidados y cadenas.

„En aquella ansiedad salió á pasear sus inquietudes al campo, y á meditar el partido que tomaria. Encontróse con un amigo suyo, quien sin levantar el estandarte de la filosofía tenia juicio sano y entendimiento exacto. Confióle su amor y sus vacilaciones, y le preguntó su opinion sobre el matrimonio. — „Si emprendiérais, le preguntó el amigo, un viage largo, ¿gustariais de ir solo ó acompañado de algun

amigo?" — „¡Bella pregunta? replicó Nícias: ¿hay cosa mas triste que viajar solo? Si se corre algun riesgo, ó si se padecen penas y trabajos, todo se dulcifica con la presencia de un amigo; y si al amanecer de un bello dia, respirando el aire fresco y puro de la mañana, se atraviesa alguna campiña deliciosa ó algun agradable valle, se dobla el placer comunicándolo." — „Pues querido mio, replicó el amigo, ya está resuelto vuestro problema. La vida es una senda áspera, tortuosa, erizada de rocas y cubierta de eriales, donde se encuentran acá y acullá algunos valles fértiles y risueños. Preciso es atravesar este camino para llegar al término. Una compañera participa con nosotros de los gustos y disgustos del viage." — En aquel instante mismo vieron á un hombre y á una muger que disputaban con vehemencia; pero el hombre, usando del derecho del mas fuerte, pegó á su antagonista. Corrieron á su socorro, y preguntaron al paisano la causa de su cólera brutal. „Esta que quiero corregir, dijo, es mi muger; pero maligna, caprichuda, perezosa, arrebatada, turbulenta y enredadora; y en fin, estoy cansado de sufrirla." La muger interrogada á su vez respondió con igual actitud: „que su marido era celoso, bárbaro, borracho y avariento, y que no podia vivir mas con él." El amigo de Nícias les propuso que se separaran

amistosamente, á cuya proposicion se convinieron ambos gustosos. Nícias dijo entonces á su amigo: „Ya veis que es mejor viajar solo, que tomar una compañera para reñir y apalearse en el camino. — Con todo, repuso el amigo, aguardad á mañana para sentar vuestro juicio." — Nícias pasó la noche agitado é indeciso entre el amor y la razon. Asi que se levantó, corrió á casa de su amigo. Alli encontró al paisano de la víspera, que le estaba suplicando que redujese á su muger á que volviese á su compañía, protestando que la amaba á pesar de sus defectos, y que ademas no queria vivir solitario como un buho. El amigo de Nícias envió inmediatamente á buscar á la muger, y la preguntó (oyéndolo el marido sin ser visto) ¿si persistia en su proyecto de separacion? A la pregunta respondió llorando y confesando que habia pasado una mala noche, y que aunque su marido tenia defectos y culpas, no podia sobrellevar su ausencia. A estas palabras salió el marido, la abrazó, y ambos esposos se volvieron rebosando ternura y alegria." — „¿Y qué pensais, dijo entonces el Egipcio á Nícias, del matrimonio y de sus borrascas?" — „Que se parece, respondió Nícias, al clima de la Grecia, que tiene nieblas, tempestades y nubes, pero tambien dias serenos que hacen agradable su residencia en ella...

Heme aqui ya determinado á casarme con Déifila." — Inmediatamente pasó á casa de Bocoris: era el dia del plenilunio. Comieron el cerdo bajo unos palmares; y acabada la comida se fueron Bocoris y Nícias á pasearse al jardin, y Bocoris le preguntó ¿si habia pasado la noche contemplando los astros? — No, Bocoris: la he pasado pensando en vuestra amable hija: me he paseado con ella á las orillas del Nilo; y al despertarme me pareció, que despues de un paseo nocturno y solitario con una muchacha, no podia menos de pedírosla en matrimonio." Bocoris se la otorgó gozosísimo. — ,, Pero me falta, le dijo el filósofo Nícias, el consentimiento de la graciosa Déifila." — No dudo que lo obtendreis, añadió Bocoris: vedla allí pensativa: idos á explicar con ella." Nícias se llegó á Déifila, y ambos guardaron silencio. El astrónomo que era tan novicio en aquella carrera, no sabia por donde empezar. En fin, se animó y la dijo: ,, Yo no entiendo ni una palabra del idioma del amor; pero lo cierto es que á la primera ojeada ofuscásteis mi razon. La salida del mas bello sol, el brillante aspecto de la primavera, y el resplandor de la estrella de Venus, no hicieron jamas en mí una impresion tan viva ni tan dulce como vuestros tempranos atractivos. Desde aquel dia está vuestra imágen estam-

pada en mi corazon, del mismo modo que en vuestros ojos lo estan la sensibilidad y la dulzura. Maravillado yo de verme en aquella situacion, conocí que os amaba. O todos los cálculos son falsos, ó vuestra posesion debe constituir la felicidad de mi vida. Tengo ya el consentimiento de vuestro padre, pero es nulo sin el vuestro: hablad: si vuestro corazon me rehusa, renunciaré al amor, y me volveré á los astros; pero si os agrado, pronuciad mi felicidad antes que la luna que ya asoma esté sobre el horizonte." Déifila estuvo pensando unos instantes; y despues apartándose algunos pasos, le dijo: „Voy á daros mi respuesta." Entonces con una varita trazó unas palabras sobre la arena, y echó á huir. Nícias se acercó y leyó con sumo gozo: „Sí, sí: me agrada el prudente y sabio Nícias."

„Se retiró este teniéndose ya por dichoso; pero aquella misma noche le acometió una indigestion violenta. Por complacer á Bocoris y á la amable Déifila habia comido cerdo, siendo asi que siempre se abstenia de carne. Tuvo cólicos, dolores de cabeza y calentura. Al instante lo rodearon tres médicos: él no queria mas que uno solo; pero le dieron á entender que eran precisos tres: uno para que lo curara de la cólica; otro para que lo curara del dolor de cabeza; y otro para que lo curara de la calen-

tura; porque aquella era la costumbre de Egipto, donde un médico no podia conocer mas que de una sola enfermedad. Cada uno de aquellos Esculapios ordenó sus remedios. Pero Nícias se medicinó á su modo y curó (*a*).

Volvió al instante á ver á Déifila, y apresuró su matrimonio, el cual se decretó para el segundo dia de la nueva luna. Nícias lo aguardó con toda la impaciencia de un amante que espera; pero un suceso melancólico atrasó sus dichas. El dia fijado para el himeneo llegó Nícias á casa de su suegro, tan glorioso como Titon rejuvenecido por la aurora; pero halló toda la casa llena de consternacion y de luto. Vió que Bocoris y su hija se rapaban las cejas, gemian, gritaban lastimeramente, y se magullaban el pecho á golpes. Asustado Nícias preguntó cual era el motivo de aquel vivísimo dolor. Dijéronle que uno de los gatos de la casa acababa de morir repentinamente. Sabido es cuanto veneran los Egipcios aquellos animales. Tomó parte Nícias en la afliccion de su nueva familia. En fin, envolvieron al difunto en un lienzo, y lo enviaron á las *Turiqueas*, que lo habian de embalsamar y enterrar

(*a*) Los médicos eran del colegio de los sacerdotes. Tenian precision de seguir las reglas que se les prescribian: y si se separaban respondian con su vida de la del enfermo.

segui lamente en los monumentos sagrados.

„Era indispensable esperar la conclusion del luto para celebrar la boda; pero el tiempo, á quien nada detiene, trajo aquel dichoso dia. Bocoris dió un gran convite, y se efectuó el motrimonio.

## CAPITULO VI.

*Continuacion de la historia de Nícias. De la iniciacion en Egipto. Historia de Orfeo.*

NOCHE SEGUNDA.

Nícias encontró en su muger una muger supersticiosa y cargada de talismanes y de preservativos. Su filosofía era muy superior á aquellas preocupaciones populares. Desembarazóla, pues, de todos aquellos dijes, y la dió á entender que para superar los miedos y terrores vulgares, y para merecer la indulgencia de la divinidad, bastaba tener costumbres puras, y ser benéficos y religiosos. Por mucho tiempo fue su vida suave y pacífica. Verdad es que Nícias no halló en su muger aquellas luces y conocimientos que hubiera podido establecer mas relacion entre ellos, y haber hecho su union mas entretenida; pero como verdadero filósofo tuvo con ella la indulgencia que se debe á la ignorancia mo-

desta y á la debilidad, especialmente cuando aquel sueño del ánimo está suplido con las prendas del corazon. Pero Déifila instaba continuamente á Nícias para que se hiciera recibir en el número de los iniciados, como un medio seguro de gloria y de felicidad en este mundo y despues de muerto.

Bocoris, que estaba infatuado con las mismas preocupaciones, é iniciado él mismo, apretaba sin cesar á su yerno para que se sometiera á aquel acto de religion, que habia de darle un nuevo ser. „Es menester valor, le decia, para sufrir la prueba. Las preparaciones que se os exigirán son terribles y peligrosas; pero el riesgo está solo en la imaginacion: atreveos á arrostrarlo, y será premio de vuestra firmeza una palma gloriosa." Nícias era un verdadero Escéptico; pero la curiosidad y el deseo de conocer unos misterios tan celebrados en la Grecia, lo determinaron á tentar una aventura que espantaba á los mas de los hombres. — Os he traido el manuscrito, donde cuenta él mismo las diversas pruebas de la iniciacion. Este mismo manuscrito, que pude haber con harta dificultad, fue lo que le costó la vida.

„ Antes de partir para el templo de Menfis, donde se hace la iniciacion, mi suegro, decia Nícias, me volvió á recordar los trabajos y los peligros que iba á experimentar, y especialmente si me faltaba el

valor. — Respondíle que estaba resuelto, y que podia contar conmigo. Marchamos á la pirámide provistos de faroles y de lo preciso para encenderlos, y llegamos allá de noche. Subimos diez y seis escalones de la pirámide, y hallamos una ventana de tres pies cuadrados: en ella se abria una entrada, donde no pudimos penetrar sino arrastrándonos: yo iba delante con el farol encendido en la mano; y despues de muchos rodeos llegamos á un pozo anchísimo: eché en él la vista á la débil claridad de mi luz, y no advertí mas que un abismo y una noche profunda: su aspecto helaba de horror, y contenia la audacia de cualquier aspirante. Bocoris para adivinar como me iba de ánimo, me estuvo mirando cierto tiempo sin hablarme; y asi que conoció que estaba firme, tomó el farolillo, se lo acomodó sobre la cabeza, metió una pierna en el pozo, puso el pie sobre un escalon de hierro que me ocultaba la sombra, se entró todo entero en el boqueron, y bajó sin decir nada otro escalon, y despues otro. Yo le seguí. Ya que hubimos bajado sesenta escalones, encontramos una ventana que guiaba á un camino cavado en la roca, y que bajaba en línea espiral el espacio de ciento veinte y cuatro pies. Tomamos dicho camino, y llegamos á una puerta enrejada, pero con dos medias puertas movedizas de bronce:

abrímosla sin esfuerzo y sin ruido; pero las semi-puertas al cerrarse produjeron un sonido metálico que se propagó por todo el edificio. Entonces estábamos en lo mas hondo del pozo, á ciento y cincuenta pies de profundidad. Enfrente de dicha puerta habia otra enrejada con rejas de hierro. Por entre ellas divisé hasta larguísima distancia, y á derecha y á izquierda, una extendida serie de arcos iluminados con muchos faroles y hachas; y oí tambien una música armoniosa mezclada de voces de hombres y de mugeres. ,,Esas galerías de arcos, me dijo Bocoris, pasan por debajo de las otras pirámides que sirven de sepulcros; y los arcos guian á un templo subterráneo, donde los sacerdotes y las sacerdotisas, cuyas voces ois, hacen todas las noches sacrificios y ceremonias que todavía no puedo revelaros. Pero ya es tiempo de descansar y de reflexionar sobre vuestro proyecto. Sentámonos sobre un banco de piedra. Entonces consideré lo soberbio y magnífico de aquellos vastos subterráneos, impenetrables á los humanos, exceptuando los sacerdotes y los iniciados. Pregunté á Bocoris ¿si aquello era obra de los hombres ó de los dioses?"—Es obra de nuestros Reyes, me respondió, y del sudor y fatiga de sus vasallos. ¡Cuántos hombres han perecido levantando esas masas enormes!" Despues de haber descansado algunos ins-

tantes, me dijo Bocoris: ,,Escoged: ved alli la puerta del norte, por la cual hemos entrado; y ved alli la del oriente, que guia á un camino paralelo á los arcos, que para vos están cerrados todavía."— Vamos, pues, le dije; y entré en un camino de seis pies de ancho. Leí de paso sobre uno de los arcos la inscripcion siguiente grababa en caractéres negros sobre un mármol blanquísimo: ,,*Todo mortal que caminare solo y sin susto por este tenebroso recinto, volverá á ver la luz, será purificado por fuego, aire y agua, é eniciado en los sagrados misterios de la diosa Isis.*"

,,En aquel mismo parage me previno Bocoris que le estaba prohibido acompañarme mas, que aquel era el momento decisivo, y que aun podia volver atras. Yo le respondí que tendria la misma intrepidez que tantos habian tenido. Entonces tomé mi farol y me despedí de él. — Abrazóme Bocoris, exhortándome á que uniera la astucia á la firmeza; pero sin noticia mia me siguió á lo lejos: acostumbrábase asi, para que en el caso de que el pretendiente tuviese alguna novedad ó le faltase valor, lo sacase fuera el conductor, le mandase guardar silencio sobre aquella aventura, y le prohibiera en el nombre de Isis, presentarse nunca mas en ninguno de los doce templos de Egipto. Caminé, pues, á la luz de mi farol por un subterráneo

de mas de una legua. Rodeábame la noche, el silencio y el terror. A cada paso creia ver espectros que al arrimarme se disipaban. Llegué en fin á una puerta de hierro, delante de la cual estaban tres hombres de estatura gigantea, armados, y con cascos que remataban en la cabeza de Anubis (*a*). Paréme temblando; pero vuelto prontamente del susto, puse mis ojos sobre ellos. Entonces uno de los tres me dijo: ,, Aun puedes volverte; pero eres perdido si, continuando tu camino, retrocedes ó vuelves la cabeza." Eché á andar sin responderle, y me abrieron paso. Aqui me abandonó del todo Bocoris, como despues me lo dijo. Andando como iba vi, á la extremidad del camino, unas llamas vivas y ondulantes. Dime priesa y llegué á un salon de cien pies de alto y otros tantos de ancho. Estaba interiormente circuido de árboles inflamados, y rodeados de ramas de bálsamo arábigo, de espino de Egipto y de tamarindo. El humo salia por unos largos tubos. Aquella pieza parecia un horno encendido. Vi en su pavimento, en el espacio que dejaban los árboles, un enrejado de hierro ardiendo, de figura romboide, que no permitia mas lugar para pasarlo, que el de una lista intermedia que no ardia, y tan estrecha que solo

(*a*) Por estos tres hombres imaginó Orfeo las tres cabezas del Cerbero.

dejaba el preciso hueco en que ir poniendo alternativamente los pies, siendo aquel el único paso, porque todo lo demas era fuego. No titubeé; puse un pie en el intervalo, despues otro; y asi fui caminando con pasos tímidos y trémulos (*a*). Ya que salí de aquella prueba sano y salvo, me encontré con un rio, cuyas aguas corrian con estrépito; de manera que, unido este al estruendo y chasquido de las llamas, redoblaba el terror. A la otra parte de aquel rio columbré debajo de unos arcos unas escaleras que se perdian entre las tinieblas con sus barandillas de hierro. Conocí que aquel era el camino que habia de tomar; y temeroso de que la debilitada luz de la hoguera dejase de alumbrarme encendí mi farol, que se habia apagado entre las llamas por la rarefaccion del aire. Quitéme los vestidos, atélos sobre mi cabeza con mi ceñidor, y atravesé el rio á nado con un brazo, llevando el otro en alto con mi farol encendido. Me vestí prontamente, y subí las escaleras de los arcos, y me encontré en un descanso de seis pies de largo y tres de ancho: el pavimento era movible: sus paredes de bronce servian de apoyos á los ejes de dos grandes ruedas del mismo metal, una á la

(*a*) Las mas de las pruebas ó experiencias de que nos hablan nuestras historias no son otras que estas.

derecha y otra á la izquierda. La parte superior de dichas ruedas estaba cargada de gruesas cadenas. Veia yo sobre mí tres grandes concavidades tenebrosas, y delante una puerta embutida toda de marfil: intenté muchas veces abrirla, pero inútilmente: hallábame embarazadísimo. En fin, divisé en lo alto de la puerta dos argollas muy brillantes. Eché mano á ellas para ver si tirando se abria la puerta: aquella era la última prueba, pero la mas terrible. Al movimiento de las argollas empezaron las ruedas á girar con tremendo ruido: me pareció que oia los bramidos infernales, ó el horrísono estrépito de mil mundos que se venian abajo. Sobrecogióme el terror, y me quedé inmóvil y helado. No pasaron muchos instantes sin que me sintiese vigorosamente sacudido por las oscilaciones del pavimento, que se iba elevando, y por un viento impetuoso, ocasionado por la rapidez del movimiento de las ruedas. Llamé en mi ayuda á toda mi firmeza, y me agarré fuertemente á las argollas. Cayóseme el farol y se apagó, y me quedé en una profunda noche colgado de las argollas. Aumentóse horriblemente el ruido; de manera que temí que todo aquel edificio disuelto me aplastase bajo sus ruinas. Poco á poco se fue apaciguando, y conocí que bajaba; y cuando la puerta estuvo ya en su primera posicion, se abrió y me descu-

brió un espacio iluminado con inmensa cantidad de luces.

,, Cuando llegué alli acababa de salir el sol: divisé al buey Apis por entre las rejas de su establo, y reconocí con admiracion que mi salida era por debajo del pedestal de la triple estátua de Osiris, de Isis y de Horo. Recibiéronme los sacerdotes formados en dos filas detras del santuario. Tenian rapada la cabeza, excepto algunos que llevaban unos bonetes con infinitos ojos pintados en ellos. Supe que eran los sacerdotes de Osiris, dios del sol; y que los ojos representaban los rayos que lanza aquel astro luminoso.

,, Vi á unos sacerdotes jóvenes sin mas vestido que unos calzones que no les pasaban de la rodilla: aquellos sacerdotes eran de una clase inferior; y los calzones de los de otro orden mas superior bajaban hasta los pies. Las pretinas de los calzones estaban adornadas de caractéres geroglíficos. El vestido de los sacerdotes de superior clase era ceñidísimo al cuerpo, y les bajaba hasta los pies; y el de los grandes sacerdotes era muy ancho y les cubria hasta las manos.

,, Todos los sacerdotes llevaban á semejanza de sus dioses, collares diferentes, segun la diversidad de sus grados.

,, Asi que me vi entre aquellos personages empezé á respirar. Púseme á los pies del gran sacerdote, quien me abrazó y me

dió la enhorabuena de mi valor y de mi dichoso éxito. Me presentó una copa llena de agua, y me dijo: ,, Este es un brebage del Leteo que os hará olvidar todas las falsas máximas del mundo." Despues me mandó postrar ante la triple estátua; y pronunció sobre mí, apoyando su mano sobre mi cabeza, esta oracion acostumbrada: ,, O gran diosa de los Egipcios, alumbra con tus luces al que ha superado tantos riesgos y trabajos, y sácalo victorioso de las pruebas del alma para que merezca ser admitido á tus misterios." Todos los sacerdotes repitieron lo mismo dándose golpes de pecho: luego nos incorporamos; y el gran sacerdote me dió á beber agua de Mnemosina, la cual me traeria á la memoria, asi me dijo, las lecciones de sabiduría que iba á recibir. Aquellas ceremonias fueron seguidas de una música armoniosa: unos sacerdotes jóvenes cantaron himnos en honor de Isis, y acabado el canto me llevaron á una habitacion de la que no habia de salir hasta despues de iniciado.

,, Supe en lo sucesivo que si pasada la puertecilla hubiera, instado del miedo, vuelto atras, aquellos tres mencionados hombrones, que eran oficiales de segundo orden, me hubieran agarrado y llevado á unos templos subterráneos, donde hubiera sido encerrado por todo lo restante de mi vida. No quieren que los pretendientes ó

candidatos revelen la naturaleza de aquellas pruebas.

,, Del mismo modo se trataban los que se detenian á la orilla del rio. Si corrian algun riesgo, ó les daba algun accidente, acudian los oficiales á su socorro, pero tambien los encerraban. Bien que sus prisiones no eran muy rigurosas, porque con su propio consentimiento los hacian oficiales de segundo orden en los templos subterráneos, y podian casarse con las hijas de aquellos aficiales [10]. Pero se les precisaba á escribir á sus padres ó parientes el siguiente papel: ,, Los dioses justos y misericordiosos han castigado nuestra temeridad: recibid nuestra despedida eterna: estamos para siempre separados del mundo; pero nuestro retiro es dulce y sosegado. Temed y respetad los dioses." Desde entonces pasaban por muertos; y no trataban mas con ningun profano. Y volviendo á hablar de la última prueba es cierto que presentaba la verdadera imágen de la muerte. El estruendo horrísono de las ruedas servia de aviso á los sacerdotes, que aguardaban al aspirante en el santuario. Entonces tapaban todas las aberturas por donde entraba la luz; y el pueblo, si lo habia en el templo, creia que eran truenos, que anunciaban á los sacerdotes la cercana presencia de los dioses. Orfeo no se atrevió con dicha última prueba, porque le faltó

el ánimo; pero le concedieron la iniciacion en favor de su ternura y de su habilidad en la lira."—Supliqué entonces á Eudoxio que nos contase la historia de aquel hombre, tan célebre por su amor y por su talento, y que abrazaba la poesía, la música y la filosofía. —,, Os obedeceré, me respondió; y sabreis con admiracion que nuestros historiadores griegos, poco fieles ó mal instruidos, nos engañaron sobre la causa de la muerte de Eurídice. Refieren que dicha ninfa huyendo de Arísteo que la perseguia fue picada por una serpiente, y que murió de la picadura. Vereis que Arísteo no tuvo la culpa de su muerte, y que no lo castigaron por ella con la pérdida de sus abejas. Y vereis igualmente lo que dió motivo á la fábula de la bajada de Orfeo á los infiernos, la cual solo ha existido en la imaginacion de nuestros poetas.

,, Aquel Griego famoso (que pasaba por hijo de Apolo á causa de haber recibido de él el lucidísimo don de los versos y de la lira), casó en Tesalia con la bella Eurídice, tan celebrada por hermosa y por amante de su marido. Algun tiempo despues de su matrimonio, Orfeo (que era aficionado á las ciencias, y que oia hablar continuamente de los profundos conocimientos de los sacerdotes Egipcios y de sus maravillosos misterios) concibió el designio de ir á iniciarse, persuadido á que

enriqueceria sus poemas con nuevas nociones de moral y de virtud. Confió el proyecto á su muger; y esta quiso absolutamente acompañarlo. Desembarcaron en el puerto de Canopa, y desde alli por un canal llegaron á Menfis. Era ya muy cerca de la noche, y pararon en una hospedería fuera de la ciudad. Yendo hácia allá sintió Eurídice una ligera picadura en el talon, de la que no hizo caso alguno. Pero apenas entró en su posada, cayó en un gran entorpecimiento, y dijo á su marido que necesitaba descanso. Pasada media hora, notó Orfeo que dormia con la respiracion violenta: arrimóse y vió que tenia la cara hinchada y lívida: quiso despertarla; pero continuó en su adormecimiento. Asustóse, y llamó al huésped á gritos. Este apenas dió una ojeada á la enferma, cuando dijo: „Vuestra esposa ha sido picada por algun animal venenoso, y no tiene ya remedio. Hubieran debido preveniros que no puede pasarse á Egipto sin llevar á prevencion un bálsamo, que es un específico infalible contra el veneno; pero basta una dilacion de pocos minutos para hacer el mal incurable."— „Desdichado de mí! exclamó Orfeo: ¡yo traia ese bálsamo; pero la desdichada Eurídice no me advirtió de su desgracia!"— Murió en efecto muy pronto; y como Orfeo no era alli conocido, fue llevada Eurídice sin pompa á las catacumbas de las mo-

mias, que era el sepulcro de los extrangeros, que estaban fuera de la ciudad. A su entrada está el lago Aquerusia, á cuyas orillas se juzgan los Egipcios muertos; pero los extrangeros ni eran juzgados ni embalsamados. Orfeo, pues, que iba diariamente á las catacumbas á llorar á su Eurídice amada, oyó decir á unos Egipcios que habia una comunicacion subterránea entre las catacumbas y las pirámides; que las almas de los muertos se paseaban por aquel espacio; y que los que habian tenido valor para penetrar hasta alli, habian oido las voces y los cantos de las sombras felices. Al oir aquello Orfeo se entregó á la dulce esperanza de ver la sombra de su querida Eurídice, y acaso á la de sacarla á la morada de la luz. Tomó, pues, un farol y su lira, que estaba ociosa tiempo habia; y cuando ya fue de noche, se entró por aquellas bóvedas sombrías, haciéndolas resonar con el nombre de Eurídice. Despues de haber dado espantosos rodeos, encontró con el pozo ya mencionado, y bajó á él. Entonces oyó, al traves de la reja fija, una música armoniosa, y entre las voces de muchas mugeres le pareció que distinguia la de Eurídice: estremecióse todo; y llamó hasta tres veces á su amadísima Eurídice: tomó su lira y la hizo entonar dolorosos gemidos, luego se puso á escuchar atentamente; pero ¡ay! nada mas

oyó. Leyó seguidamente la inscripcion del arco, y comprendió que estaba en el camino de la iniciacion, que era el objeto de su viage; y creyó tambien que aquel camino lo llevaria á la morada de las almas bienaventuradas. Alentado, pues, por el amor y por el deseo de ser iniciado, sufrió animosamente las pruebas de fuego y de agua; pero al ruido de las ruedas y á los sacudimientos del puente levadizo, en vez de no soltar las argollas, retrocedió hasta los escalones del arco. Conoció su falta; mas luego que advirtió la puerta del pedestal abierta, tomó su lira; y determinado á morir, se avanzó hácia el santuario cantando versos llenos de los nombres de los dioses y de Eurídice, y acompañándose con su lira; pero con modo tan melodioso y tan tierno, que encantó á los sacerdotes entre quienes estaba ya. Asi que acabó de cantar, se arrodilló para oir su sentencia. El gran sacerdote lo mandó levantar, y le dijo: ,, No podeis ser otro que el famoso Orfeo: vemos por vuestros cantos y por vuestras consonancias sublimes que amais y sois amado de los dioses. Isis, nuestra divinidad, os perdona en favor de vuestra devocion vuestra flaqueza en la última prueba; pero por reparacion de vuestra culpa exige que lleveis su culto á la Grecia." Orfeo respondió con lágrimas de agradecimiento y de gozo; y el gran

sacerdote le prometió que lo admitiria en el número de los iniciados despues que hubiera pasado por las últimas pruebas [11].

„ Dícese que el sepulcro de aquel favorecido de las musas, que enseñó á los hombres las ceremonias de la religion, está en Tracia; y que los ruiseñores que anidan alrededor del sepulcro cantan con mayor fuerza y melodía que los otros."

## CAPITULO VII.

*Sigue la iniciacion. Muerte y juicio de Bocoris. Conclusion de la historia de Nícias.*

### TERCERA Y ULTIMA NOCHE.

Al dia siguiente volvió Eudoxio á leer su narracion. — „ Dejáronme reposar veinte y cuatro horas, decia Nícias, pero con prohibicion de salir de mi cuarto. Al dia siguiente llegaron los sacerdotes á decirme que iba á empezar un ayuno de ochenta y un dias, mientras los cuales solamente beberia agua. Los dos primeros meses tuve pan á discrecion y frutas secadas al sol. Los doce dias siguientes tuve la misma cantidad de pan; pero no mas que tres onzas de frutas. Los nueve últimos dias el ayuno fue rigorosísimo. Diez y ocho onzas

de pan eran todo mi alimento. Los setenta y dos dias primeros me hacia mi comida solo, y á la hora que queria; pero no dormia mas que seis horas sobre una cama descubierta, aunque á medio dia podia dormir una hora sentado. Esto es por lo que mira á la purificacion del cuerpo, y á la primera de las tres partes de la iniciacion. Las otras dos son la purificacion del alma y la manifestacion.

,, La purificacion del alma consiste en la instruccion y en la invocacion. Esta se reduce á asistir una hora por tarde y mañana á los sacrificios; pero el aspirante está colocado de manera que ni puede ver ni ser visto. En la instruccion me hablaban especialmente sobre las obligaciones de mi estado. Asistia á dos conferencias por dia. En la de la mañana me explicaba un sacerdote, durante una hora, la nocion de un dios único y solo, que con solo su pensamiento dió movimiento y vida á la materia; y que puede á su voluntad destruir el mundo, y volverlo todo al caos: que su inmensidad no está al alcance de nuestra vista; pero que para mostrarse á nuestra flaqueza se nos muestra bajo la imágen del sol, y bajo la de los planetas: que él mismo es quien en la primavera, bajo el nombre de Isis, extiende sobre la tierra la magnífica alfombra de yerbas y de flores: bajo el de Ceres hace brotar las ricas mieses: á su

voz retumba y estalla el trueno; los vientos y las borrascas braman y se aplacan: y él es en fin quien recibe nuestros votos é inciensos bajo el nombre de Osiris, de Júpiter ó de Mercurio. Habláronme seguidamente de los dioses subalternos empleados por el Dios supremo para el gobierno del universo; y tambien me hablaron de Tifon y de los genios maléficos, perturbadores de la naturaleza. La conferencia vespertina es de hora y media, y en ella se trata de la moral. El aspirante tiene libertad, durante el término de cuarenta y dos dias, para entrar en los aposentos de los sacerdotes destinados á las instrucciones sagradas; porque todo el colegio se ocupa con un solo aspirante, y estudia sus costumbres y su carácter. Sus mugeres (que por honor son llamadas sacerdotisas, aunque no ejercen las funciones sacerdotales) viven en el mismo recinto, y pueden ir á ver á sus maridos, pero no en sus aposentos, ni en las piezas comunes de la casa, exceptuando los corredores, que son lugares de paso. Está prohibido al aspirante hablar y aun saludar: esta observancia me fue tanto mas penosa, cuanto las sacerdotisas (que las mas eran muy hermosas) nunca dejaban de hacerme al paso cortesías muy modestas, á las que no me era permitido corresponder ni aun con la mas leve gesticulacion. Aquello se hace para acostumbrar-

nos á resistirnos á los atractivos del sexo hermoso, y aun á privarnos hasta de las cosas lícitas cuando lo exige la obligacion.

„La noche del cuadragésimo segundo dia me advirtieron que iba á entrar por tiempo de diez y ocho dias en el mas profundo silencio, y que me estaba prohibido toda seña, ni aun para representar mi pensamiento, excepto en caso de enfermedad, la cual indicaria poniéndome la mano sobre el corazon. En tal caso el aspirante era tratado cuidadosamente por los sacerdotes médicos; pero luego de curados era preciso volver á la purificacion hasta finalizar los tres meses prescriptos. Diéronme libros y tabillas, y un punzon ó un estilo para que escribiera lo que hiciese. Pero mis demas ejercicios fueron los mismos, con la diferencia de que habia de ir á mis dos conferencias sin que me lo advirtiesen. Tenian cuidado de despertarme por la mañana y despues de comer. Los jardines estaban para mí abiertos; pero no habia de hacer reparo en nadie, ni nadie en mí. El sacerdote que me anunció el silencio de los diez y ocho dias me dijo que se me imponia con el mayor rigor, y que hasta entonces se me perdonarian algunas ligeras inobservancias; pero que la menor violacion de las reglas que acababa de prescribirme me costaria la libertad por todo lo restante de mi vida. Al dia siguiente, des-

pues que me hube levantado, vi entrar á tres sacerdotes con semblante muy austero. Reprocháronme las faltillas que habia cometido desde el principio de mi preparacion, como por ejemplo, haber saludado á una muger con la cabeza, lo cual era verdad: seguidamente me citaron muchas acciones de mi vida pasada, y entre otras que no habia querido embalsamar un gato que habia muerto en mi casa. Entonces me maravillaron sus reprensiones; pero luego cesó mi extrañeza [12]. Cerca de la noche del último dia del silencio volvieron los tres sacerdotes con semblante sereno. Uno de ellos me dijo que iba á ser admitido en un cuerpo que habia formado únicamente el mérito, y que ocupaba el primer lugar en la estimacion de los hombres; que los sacerdotes llegaban á serlo por su nacimiento distinguido; pero que los iniciados participaban del sacerdocio en fuerza de unas virtudes rigurosamente probadas, y añadió que al otro dia me volverian el uso de la palabra, y me darian doce dias para recoger por escrito ó fijar en mi memoria lo que habia aprendido en mis conferencias ó en mis lecturas; que arreglarian las horas y la duracion de mis oraciones, segun mi piedad y mi eleccion; y que desde entonces podia hablar con los sacerdotes y saludar á sus mugeres, con tal que no las hablase.

„ Al dia despues de cumplidos los doce el gran sacerdote, acompañado de otros muchos, llegó á mi cuarto: „ Hijo mio, me dijo, veá aqui las tres preguntas á que habeis de responder dentro de nueve dias. Hasta entonces os estan prohibidas cualesquiera conversaciones ó lecturas. A los dioses hebeis únicamente de pedir las luces que necesitais. Dormireis todo este tiempo en el santuario, detras de las estátuas de las tres divinidades, para que la diosa Isis os instruya hasta en vuestros sueños. Se la hará todos los dias un sacrificio antes de abrir las puertas para rogarla que vierta la sabiduría en vuestra alma. Aparte de esto podeis ir á meditar vuestras respuestas al jardin; y para suavizar vuestra soledad comereis con nosotros dos veces al dia; pero guardareis el silencio y el régimen prescripto." — El régimen era nueve onzas de pan y un poco de agua. Al ir al templo noté que reinaba en la casa un vasto silencio que duró los nueve dias. Los sacerdotes y aun las sacerdotisas callaban en mi presencia, y hasta estando lejos de mí se hablaban al oido. Antes se paseaban y hablaban en los jardines; pero mientras aquellos nueve dias no vi mas que á los sacerdotes que guardaban alternativamente al buey Apis, que se paseaba con magestad dentro de un parque murado en medio del jardin. Y como no recibian las gentes sino en unas

salas exteriores, nadie sabia que hubiese aspirantes en el templo, y asi el secreto estaba bien guardado. A la hora de comer vi, con admiracion mia, que los sacerdotes se imponian igual ayuno que me habian impuesto. — Espirados los nueve dias, comparecí delante del colegio de los sacerdotes para responder á las tres preguntas que me hicieron, y que me repitieron por su órden, á saber:

*P.* ,, ¿Está probada la existencia de Dios?

*R.* Sí lo está, del mismo modo que la luz prueba la existencia del sol, y nuestro pensamiento que existimos.

*P.* ¿Necesita el hombre una religion?

*R.* Sí: el hombre nació malo: en vano es que la moral y las leyes quieran encadenarlo: oculta el hombre mil delitos á que ellas no pueden alcanzar: ademas, está acometido por la desgracia, como la tierra lo está por el Océano. ¡Qué dulzura es para el hombre y qué consuelo cuando, en el último escalon de la vida y cercado de enfermedades, puede entregarse á la esperanza, y ver á un Dios misericordioso que lo aguarda para terminar sus males, y para recompensarlo con una vida eternamente dichosa!

*P.* ¿En qué consiste la libertad?

*R.* En dominarse y en no temer á los hombres; pero sí á su propia conciencia." —

„Quedaron los sacerdotes satisfechos de mis respuestas.

„Llegaron en fin los doce dias de la manifestacion, que era la tercera y última parte de mi iniciacion, y no tanto un ejercicio, cuanto una recompensa de los precedentes. Rompí mi ayuno, y me sirvieron vino y carnes suculentas; pero como en tres meses no habia probado aquellos alimentos, los sacerdotes médicos presidian á mis comidas á efecto de dirigir mi nutricion.

„Para la manifestacion se abre el subterráneo á los aspirantes; y es lo mismo que si se viajara por otro mundo.

„A la aurora del primer dia de los doce me llevaron á ponerme delante de la triple estátua. Me arrodillé, y el gran sacerdote me consagró á Isis en nombre de la sabiduría; á Osiris, bienhechor de los hombres, y á Horo, dios del silencio y del secreto. Despues con una hacha en la mano pronuncié este juramento: „Juro no revelar jamas á ningun profano nada de cuanto viere en los templos subterráneos; y si llegare á ser perjuro, llamo, para que venga sobre mí, á la venganza de las divinidades del cielo, de la tierra y de los infiernos, y la muerte mas terrible." — Hecho este juramento, me abrieron los subterráneos, que tienen cuatro mil pasos cuadrados. Diéronme por guia, segun costumbre, al

último Egipcio iniciado que habia en la casa. A la entrada oí como lloros de niños (*a*): eran los hijos de los sacerdotes, que las madres iban á parir en aquellos parages. Habia dos motivos para aquel retiro. Era el primero el de acostumbrar á los niños á la obscuridad de aquellas habitaciones, en que habian de pasar lo mas de su vida. Y era el segundo el de que ningun ruido distrajese á los sacerdotes de sus meditaciones y de sus estudios. Mi guia solo me permitió ver aquel alojamiento desde la puerta, y no mas que unos instantes.

Los oficiales del segundo orden forman juntamente con sus mugeres un pueblo numeroso de ministros subalternos para las ceremonias de la religion, para criados de los sacerdotes superiores ó de las sacerdotisas, para obreros de toda especie, y para todas las necesidades de la casa y del templo, porque ningun extrangero es alli admitido. Las sacerdotisas se distinguen de las demas mugeres por una túnica de lino del color de las de sus maridos. Todas las artes mecánicas, encerradas en los subterráneos, suministran una larga serie de curiosidades. No habia mucho que se habian hecho bajo aquellas bóvedas obscuras, no para alumbrarlas, sino para darlas aire, unas

(*a*) Supuso Orfeo que eran los lloros de los niños muertos cuando mamaban, los cuales ocupaban el vestíbulo de los infiernos.

troneras que iban á dar á los patios ó jardines de las casas sacerdotales. Como no podia yo recorrer aquel vasto recinto en un solo dia, me subí y entré por aquellos agujeros en las casas superiores. El cuarto dia llegué al campo de las lágrimas, que es un espacio de tres aranzadas de ancho sobre nueve de largo. Allí se castigan por sentencia de tres sacerdotes las faltas de los oficiales de segundo orden. Los hombres rodaban un cilindro de piedra mas ó ménos grueso sobre una especie de colina hácia arriba, y cuando llegaban á lo mas alto, lo dejaban rodar hasta abajo para luego volverlo á subir. Las mugeres sacaban agua de un pozo profundo para verterla en un canal de agua corriente (*a*). Ambos sexos estaban desnudos hasta la cintura. Y cuando eran faltas escandalosas, que habian podido perturbar el orden de la casa, condenaban á los culpados á pasar muchos años en aquellos subterráneos en un total silencio. Tambien vi alli sacerdotes y sacerdotisas vestidos de negro y privados de la túnica sacerdotal, los cuales se paseaban tapándose la cara. Cada uno de ellos ocupaba una celdilla, sin mas recursos que los libros, que no se les rehusaban. Mas para los que habian violado el secreto, ya fue-

(*a*) Se reconoce aquí el orígen de la piedra de Sisifo y del tonel de las hijas de Dánao en Orfeo.

sen ó no sacerdotes, estaba destinado el suplicio de abrirles el pecho y de arrancarles el corazon, el cual arrojaban despues á las aves de rapiña para que lo devorasen. Pero se pasaban siglos enteros sin que se diese un ejemplar escarmiento de esta clase.

„Entrando mas, me hallé en un sitio delicioso, llamado el Elíseo, que es un jardin de tres cuartos de legua de largo, y de ochocientos pasos de ancho. Entrase en él Elíseo por ocho grandes alamedas paralelas, adornadas por ambos lados con vasos de flores, y con arbolillos odoríferos. Los sacerdotes han hermoseado este jardin con cuanto puede haber inventado la imaginacion mas poética. Las ocho alamedas desembocan en un espacio no cultivado que sirve de arena ó de circo. Vi en él niños de ambos sexos totalmente desnudos, que se ejercitaban en correr, en saltar y en jugar al tejo. — „ En estos juegos, me dijo mi guia, adquieren aquella gracia y agilidad que los distinguen en los ejercicios de la religion; y bien que la modestia y la decencia en el porte esté particularmente de asiento en los sacerdotes y en las sacerdotisas, con todo eso llegan estos niños á superar á las gentes mas finas del siglo en la flexibilidad y gracia de los modales.

„ Despues de haberlos observado algun tiempo, entramos en un gran laberinto, cuyos caminos tortuosos y obscurecidos

por la sombra conducian á cenadores, bosquecillos y gabinetes de verdes hojas, y á varias capillas de mármol. Ya nos encontrábamos al cabo de una alameda con un parquecillo donde pacian algunas blanquísimas terneras. Ya dábamos con alguna pajarera llena de pájaros rarísimos. Aqui veia tórtolas y pichones blancos como la nieve, y de plumages varios. Y alli encontrábamos espaciosos estanques poblados de peces, que nadaban sobre la superficie del agua. No me cansaba de recorrer y de admirar aquel sitio encantador. Al salir del laberinto dimos con un ancho canal, cuya agua lenta y pacífica era imágen de la existencia del sabio, cuyos dias corren en el centro de la tranquilidad y de la inocencia. A la otra parte de este canal se desplegó á nuestra vista un vasto parque formado por unos árboles corpulentos, entre los cuales habia laureles, mirtos, granados y naranjos, cuyo delicioso perfume embalsamaba los parages circunvecinos. Aquel parque estaba adornado con infinitas estátuas, todas de mármol blanco." — „Estas estátuas, me dijo mi guia, son las de nuestros reyes, las de nuestros pontífices-reyes y las de los dioses, que nos gobiernan treinta y cuatro mil años ha. — ¿Tan viejo es el mundo? le pregunté. — Antes bien, me respondió, nosotros lo creemos muy jóven. ¿Qué son cuarenta ni cincuenta mil años comparados

con la rápida sucesion de los siglos? Es un puñado de arena comparado con las arenas de la Libia. Despues del reinado de nuestros dioses vino el de los pontífices. Cansáronse los Egipcios de ser gobernados por sacerdotes, y nombraron reyes. Contamos cuatrocientos setenta indígenas, que han reinado catorce mil años. El primero, cuya estátua está al frente de todas, es Manes, que introdujo en Egipto el lujo y las artes. Mœris le siguió: á su ingenio y á su zelo debemos la construccion del lago Mœris. Despues vino Mendés. Luego Necos, que procuró unir por un canal el Mediterráneo con el mar Rojo. Mucho despues vino sesostris, que fue famoso por sus conquistas; y ya alcanzais á ver despues las estátuas de Psammis, de Apries, de Amasis &c. — Pero, pregunté á mi guia, ¿no podemos entrar en aquel recinto? Veo un puente sobre el canal. — Está bien, me respondió; pero lo guardan dos leones, y no permiten que ninguno se acerque á ellos, sino en compañía del sacerdote que los alimenta. Por otra parte aquel es el asilo de las almas bienaventuradas: y no os es todavía permitido entrar en él."

,, Dicho parque es efectivamente la imágen de los campos Elíseos. El sol, debilitado por el espesor de las sombras que proyectan tantos apiñados follages, no introduce mas que un resplandor suave, semejante

al de una luna clarísima. Y como aquel jardin está á ciento y cincuenta pies de profundidad, no entra el sol en él sino cuando llega á la mitad de su carrera; y solo se muestra á los nuevos iniciados por la mañana, ó á la caida del dia. Lo que acaba de completar la ilusion es ver todas aquellas estátuas de alabastro y de magnitud natural, y ver los sacerdotes y sacerdotisas vestidos de blanco, paseándose por aquellas misteriosas alamedas.

„Ved aqui ahora las ceremonias que usan los ministros del templo para responder á las preguntas que se les hacen sobre las cosas futuras ú ocultas. Imaginan para ello escenas teatrales. Suelen tener esperando á los consultantes meses enteros; y mientras tanto procuran saber de ellos mismos ó por otros conductos cuanto puede pertenecerles, especialmente sobre el objeto de su consulta. Segun lo que rastrean, ordenan sus respuestas en verso, y tambien las decoraciones de sus escenas. Reciben seguidamente á los consultantes en unas habitaciones secretas, donde se les alimenta por muchos dias con carnes ligeras y con licores deliciosos, en que echan adormideras; y ademas se les admite en el templo á muchas ceremonias que se hacen de puertas adentro. Despues se meten, entre un saderdote y una muger, en un carro abierto, cuyas ruedas estan ocultas. Suéleseles

tambien dar una muger para que les sirva de consejo y de compañía. Dicho carro, impelido ligeramente por detras, baja por una pendiente suave á las alamedas donde comienza el Elíseo. Unos oficiales de segundo orden, relevados despues por otros, arrempujan el carro con velocidad siempre igual hasta el Elíseo, á cuya entrada bajan del carro los consultantes. Alli el sacerdote y la sacerdotisa, sin permitirles que se aparten de ellos, los hacen pasear el laberinto, y luego los llevan á la orilla del canal, donde les muestran las bienaventuradas sombras que se pasean por el Elíseo. Desde aquel parage se les guia al templo de la adivinacion. A la entrada se les presenta una hermosa escalera; pero por entre los escalones divisan, como dentro de un vasto subterráneo, llamas que salen de un canal de aguas sulfureas y espirituosas. Aquel canal, aunque bastante estrecho, les parece, por un efecto de óptica, un rio inflamado (*a*). Por entre las llamas y á la otra parte de ellas se ven hombres y mugeres al parecer desnudos, á quienes azotan unas figuras de Eumènides; y las bóvedas resuenan con los repetidos golpes que no causan mal alguno. Se les hacen notar aquellos objetos á los consultantes, y aun se les cuentan los delitos de los condena-

(*a*) Por aquel canal imaginó Orfeo el Flegeton.

dos; y seguidamente se les lleva al teatro, donde el sacerdote y la sacerdotisa se sientan junto á ellos; y se ejecutan sonatas de excelente música, y se representan escenas teatrales.

„ Al lado del Elíseo está el panteon: se entra en él por muchos arcos: la bóveda de aquel vasto templo tiene treinta pies de altura sobre una latitud de cuarenta; pero su longitud es extraordinaria. No menos que esto se necesita para contener las divinidades del Egipto en capillas separadas; y aun no todas la tienen, porque los Egipcios adoran cerca de treinta mil dioses. El santuario de aquel templo está consagrado á Isis, madre de la naturaleza, ó la naturaleza misma. Todos aquellos ídolos dioses ó semi-dioses estan puestos en su capilla con el rostro vuelto hácia la entrada del templo. Lo mas bajo de él está destinado para los dioses maléficos, llamados de otro modo los maléficos genios. Tifon está de espaldas y en pie contra la pared, cuya altura iguala, y sus dos brazos tocan á las dos paredes por derecho é izquierda; pero solo tiene figura humana desde la cabeza hasta el ombligo: dos enormes dragones le sirven de muslos y de piernas, y de tiempo en tiempo arroja llamas por ojos y por boca: está circundado de veinte capillas donde se ven los malos genios, cuya cara está vuelta hácia la parte contraria de los dioses benéficos, pa-

ra mostrar su oposicion. Las paredes y bóvedas del templo estan cargadas de geroglíficos, que contienen la historia y el culto de los dioses. Hácense alli todas las noches desde las diez hasta las dos, muchas especies de sacrificios y de ceremonias, á que asisten todos los habitadores del subterráneo, los prisioneros del campo de las lágrimas, y la mayor parte de los iniciados y aspirantes en los tres últimos dias de la manifestacion. Como las ceremonias nocturnas empiezan antes de acabarse el dia natural, se dirige primeramente el culto á las divinidades á quienes está consagrado el dia: las mas tienen sus víctimas propias y la leña que ha de quemarlas; la cual se enciende, segun la dignidad de los dioses, ó á los rayos del sol reflejados por un espejo parabólico, ó por el fuego que arroja un pedernal herido, ó por la luz de las lámparas.

,, Aquellos dioses tienen por sacrificadores, unos á los sacerdotes y otros á las sacerdotisas. A media noche se ve salir desde lo hondo del templo al sacrificador del dia seguido de dos filas de sacerdotes, y se dirigen hácia la estátua de Isis: los acompaña un gran coro de música, compuesto de sacerdotes y de sacerdotisas y de jóvenes de ambos sexos desde la edad de nueve años arriba. Asi que el sacrificador ha llegado á la estátua, ambas filas de sacer-

dotes se entreabren para dejar paso á la ofrenda, que llevan diez y ocho hijas de sacerdotes, las cuales van de dos en dos, desnudas, y llevando cada una su canastilla llena de frutos y de otros regalos de la estacion. Aquellas muchachas ejercen dicho ministerio desde la edad de trece años hasta que se casan. El sacrificador vuelca todas las canastillas sobre un gran altar cuadrado, en cuyo frente exterior se lee esta inscripcion: *A vos, Isis, divinidad única y universal* (a). Cuando las niñas se retiran del santuario entran los sacerdotes en él para acabar sus ceremonias, las que duran mas de dos horas, y siempre con música instrumental y vocal. Los ritos difieren segun las estaciones. La música pasa desde los templos subterráneos á los superiores, y desde estos pasan, por la belleza de los versos y del canto, á la boca de todos los Egipcios [13].

,,Todavía dormí en el subterráneo los últimos dias de mi iniciacion. Prepararon para el dia siguiente la magnífica procesion, llamada la gran pompa Isíaca, ó el triunfo del iniciado.

,,La víspera seis oficiales de segundo orden se presentaron á caballo delante del palacio del Rey, situado enfrente del templo á la otra extremidad de la plaza, y

(a) *¡ Tibi, una quæ es omnia dea Isis !*

anunciaron á son de trompa que al otro dia verian un nuevo iniciado. La misma publicacion hicieron por todas las calles de la procesion. Cuando el iniciado es Egipcio lo declaran asi: pues para un extrangero la procesion es menos pomposa, y la publicacion se hace solo delante de él. Como solian pasarse muchos años sin que se recibiese un iniciado, habia en todos muchas ganas de ver la ceremonia. No hablaré, pues, de la procesion que se hizo para mí que era extrangero, sino de la que vi un año despues para un Egipcio.

„ Empleóse toda la noche del último dia de la iniciacion en adornar lo interior del templo con lo mas magnífico que hay en el tesoro de los sacerdotes; y los ciudadanos de Menfis decoraron el exterior de sus casas con sus mas preciosos muebles. Asi que salió el sol se expuso en el templo en medio del santuario el tabernáculo de Isis subido del subterráneo: es un cofre grande, cubierto con un velo de seda blanca y sembrado de geroglíficos de oro, sobre el cual hay extendida una gasa negra para denotar el secreto de los misterios de la diosa. Ofreciéronla antes de salir un sacrificio, mientras el cual las hijas de los sacerdotes, que no se dejaban ver sino en las fiestas de Isis, danzaron alternativamente danzas graves al toque de instrumentos. Abrióse despues la marcha con los seis

oficiales que anunciaron la ceromonia puestos al frente, y tocando de tiempo en tiempo sus trompetas; dos filas de guardias del mismo orden custodiaban por ambos lados la procesion en toda su longitud. Las cuatro clases de los sacerdotes, la de los matemáticos, la de los médicos y la de los jurisconsultos eran las primeras, precedidas de sus hijos que iban vestidos como ellos. Los sacerdotes llevaban un vestido negro sobre la túnica de lino fino; pero el de las tres primeras clases ó es azul, ó rojo, ó de color de violeta; y un paño de aquellas ropas les cubre las cabezas. Entre las dos filas marchaban uno á uno los sacerdotes llamados pastóforos, que llevaban en vez de túnica una capa del color de su clase, y en las manos los libros de Mercurio, que son en los que aprenden su ciencia.

En seguida de esta parte de la procesion iba un sacerdote de la primera clase con capa negra, llevando la famosa tabla Isíaca presentada al pecho: es de cobre, pero cubierta con una hoja de plata, sobre la cual estan grabados los emblemas de los misterios de Isis bajo figuras de mugeres, de las que algunas tienen cabezas de animales. Seguíanlo hijas de sacerdotes, que llevaban sobre una túnica de lino fino vestidos del color de la clase de sus padres, y por encima unos mantos, cada uno de

diferente color, bordados de oro, con borlas tambien de oro, anudadas sobre el hombro izquierdo con una piedra preciosa. Llevaban el pelo muy graciosamente peinado y con plumas; y no las faltaban tampoco pendientes, collares de perlas y brazaletes de mucho precio. Formaban cuatro filas, y marchaban asidas del brazo de dos en dos. Las sacerdotisas directoras, vestidas de negro á exepcion de la túnica, iban en medio; y al rededor de aquellas bellezas se habian doblado las guardias. En seguimiento de ellas venia un grandísimo coro de música compuesto de sacerdotes y de sus hijos, el cual anunciaba el tabernáculo de Isis, llevado en hombros de ocho sacerdotes, y precedido inmediatamente por muchachas del segundo orden vestidas de lana blanca y finísima, y adornadas de flores, ejecutando delante del tabernáculo danzas ligeras al sonido de sistros y de crótalos: otras muchachas del mismo orden quemaban por ambos lados perfumes, cuyo humo formaba una nuve que envolvia al tabernáculo. Seguia despues el gran sacerdote solo, que llevaba sobre su túnica blanca una capa de púrpura forrada de armiños, cuya cola sostenian dos niños del segundo orden: cubríale la cabeza una especie de mitra, que solo él tiene derecho de llevar, asi tambien como él solo lleva en la mano el baston augural, que los de-

mas sacerdotes arriman á un lado en presencia suya. Venian despues los sacerdotes de la primera clase, que eran intérpretes de las letras sagradas, cuyos libros tenian los pastóforos: dos de ellos llevaban en hombros unas andas, en las que iba el vaso augural ó divinatorio, que contenia un astrolabio, un cuadrante y un compas. Todos los sacerdotes de aquella clase llevaban una capa negra sobre la túnica blanca: seguíanlo sus hijos, cuya fila cerraban los cuatro sacerdotes de la educacion. La última parte de la iniciacion ó del triunfo del iniciado tenia aspecto militar. Despues de un cierto intervalo se veian marchar al toque de timbales y pífanos tres estandartes desplegados. El primero presentaba al dios Apis, símbolo del reino de Menfis. El segundo el símbolo de Egipto, que es un sfinx. Y el tercero el símbolo del mundo, que es una serpiente, la cual para morderse la cola gira en círculo. Despues venian todos los iniciados del Egipto, que formaban un solo cuerpo: marchaban uno á uno con su vestido ordinario, que siempre llevan, y es una chupa de lino que les baja hasta las rodillas; y sobre aquella chupa traen el vestido de su dignidad ó ejercicio: á su lado y fuera de las filas iban los iniciados extrangeros, de cuyo número era yo.

,,Compareció en fin el nuevo iniciado

llevando á su derecha al mas jóven de entre los sacerdotes, y á su izquierda al mas antiguo de entre los iniciados: iba vestido solamente para aquel dia de una túnica blanca, con una cola arrastrando de la longitud de su cuerpo: llevaba por encima un tahalí blanco, bordado de negro, del cual pendia una espada, cuya guarnicion era de acero: llevaba un cinturon de color de fuego, bordado de oro, y una corona de mirto sobre la cabeza, y en la mano una gran palma, símbolo de la paz: por último, llevaba la cabeza cubierta con un velo blanco que le bajaba hasta el pecho; y aunque aquel velo le tapaba lo bastante para no ser conocido, tenia la transparencia necesaria para poder andar sin guia: seguíalo un carro triunfal tirado por cuatro caballos de frente: cuatro virtudes llevaban sobre el sitio vacío una corona triunfal: y unas figuras que representaban á los vicios aterrados y aherrojados ocupaban toda la circunferencia del escabelo. Aquel carro se parecia á los que paseaban por Egipto á los Generales de ejército despues de alguna gran victoria. Pero el iniciado nunca subia á su carro, para mostrar que no aspiraba á los honores que podian merecerle sus grandes acciones. El iniciado fue acogido al ruido de las aclamaciones: lo cargaron de flores, y lo inundaron con preciosas esencias que arrojaban desde las

ventanas y por encima de las guardias.

,, Despues de haber dado del modo que se ha dicho una gran vuelta por la ciudad, llegó á ponerse delante del palacio del Rey, quien lo aguardaba entre infinitos cortesanos sobre un balcon cubierto de riquísima tapicería. Subió el iniciado á un tablado dispuesto delante del balcon, arrodillóse sobre un almohadon, inclinóse profundamente ante el Rey, incorporóse despues, y sacó la espada como para ofrecérsela á su Príncipe; despues de lo cual bajó del tablado, y se volvió al templo, llevandó en una mano la espada desnuda, y en la otra una rama de palmera cruzada sobre ella. Asi que entró en el templo subió á una especie de trono elevadísimo: dos oficiales de segundo orden lo acompañaron, y se metieron con él detras de dos cortinas. Alli, mientras se cantaban himnos, le pusieron sus vestidos ordinarios sobre la chupa blanca, y al cabo de media hora descorrieron las cortinas y presentaron al nuevo iniciado, quien fue acogido por el congregado pueblo con vivos aplausos."

,, Ahora voy, continuó Eudoxio, á contaros la muerte de Bocoris. (Nícias es quien sigue hablando). ,, Mi suegro murió el mismo dia que se publicó en Menfis la elevacion del Nilo á diez y seis codos. Yo no tuve parte alguna en las fiestas ni en la

alegria pública; antes al contrario, fue preciso por someterme á la costumbre, llenarme la cabeza y la cara de lodo: mi muger y yo nos ceñimos el cuerpo, nos descubrimos el pecho, nos lo golpeamos; y dejando al muerto en casa, corrimos á la ciudad, acompañados de nuestros parientes. A nuestra vuelta enviamos el cadáver á los embalsamadores [14], y fijamos, de acuerdo con los parientes, el dia de las exequias y del juicio de Bocoris, para que concurriesen asi ellos como sus amigos. Y como las funerales nunca se hacen mientras dura la inundacion, aguardamos á que el Nilo entrase en su madre. Entonces hicimos publicar, segun la fórmula ordinaria, que Bocoris iba á pasar el lago. Hay dos que atravesar para transportar los muertos á las llanuras donde los Reyes han establecido sus mausoleos. En aquel parage estan las tres famosas pirámides; y cada una tiene su templo y sus sacerdotes. Aquellos lugares silenciosos son unos asilos inviolables, y se castiga de muerte á todo impío que se atreve á profanarlos; y por eso los mas de los Egipcios quieren ser alli enterrados. Cada familia abre su sepultura en la roca cubierta de arena. La hermosura de las llanadas que estan mas allá de aquella vasta soledad de arena, los canales que las riegan, y sus lugares sombríos siempre verdes, dieron a los viajadores Grie-

gos las primeras ideas del Estigio, del Leteo y de los campos elísios. A la otra parte del lago está el templo de Hécate la tenebrosa; las puertas del Cocito y del Leteo cerradas con barras de bronce; y muy cerca de allí se ve una estátua de la justicia sin cabeza, y otra de la verdad.

„ Llegado el dia entramos con el cadáver en la barca nombrada *baris*, y dimos por el paso un óbolo á Caron el barquero 15. Encontramos á la otra parte del lago á los jueces en número de cuarenta y uno sentados en semicírculo. Aquellos jueces, ya lo sean de los reyes, ó ya de los particulares, tienen mucha fama de providad. Han de nombrarse entre los iniciados, y son cada vez elegidos por los ciudadanos. Como jueces llevan sobre su túnica blanca, que es el vestido de los sacerdotes ó el de los iniciados, una capa encarnada, y al cuello una cadena de oro. de la que cuelga un záfiro, sobre el cual está grabada la figura de la verdad. La ley permite á todo hombre acusar al muerto; y si se prueba que ha vivido mal lo condenan los jueces, y queda privado de sepultura; y si la acusacion es falsa ó calumniosa, el acusador es severamente castigado. En fin, como nadie se presentó á marchitar la memoria de mi suegro, hice su panegírico. No hablé de su nacimiento, porque todos los Egipcios se tienen por nobles; pero me extendí

sobre su educacion y sobre los conocimientos que habia adquirido desde su niñez. Celebré su piedad, su justicia, su templanza y sus demas virtudes, y acabé rogando á los dioses infernales que lo admitieran en la morada de las gentes piadosas. Hechó este discurso, mandaron los jueces que Bocoris fuese sepultado. Entregáronnos el cuerpo, y como no teníamos monumento alguno destinado para su sepultura, hicimos construir un cuarto en la casa, donde depositamos su ataud arrimado á la parte mas sólida de la pared......" — „Aqui dijo Eudoxio, acaba el manuscrito de Nícias."

## CAPITULO VIII.

*Danza de la gimnopedia. Asesinato de los Ilotas. Ceremonia nocturna. Su salida de Esparta.*

Acercábase el tiempo de una fiesta de Esparta, en la cual se ejecutaba la danza de la gimnopedia, tan famosa entre los Lacedemonios. La aguardábamos con impaciencia. Llegado el dia, nos llevó Démonax á un salon público. Apenas estuvimos colocados, cuando vimos salir de una pieza una crecida tropa de muchachos desnudos. El que iba á su frente, llevaba una corona de hojas de palma. Casi en el mismo instante salió de otra pieza opuesta una par-

tida igual de hombres hechos, y tambien desnudos; y su gefe llevaba igual corona de palma. Ambas tropas se mezclaron, anduvieron, se rompieron y se reunieron, y siempre saltando en cadencia. Los movimientos de sus manos imitaban los de la lucha y los del pancracio: al mismo tiempo que bailaban cantaban poesías líricas ó *pœanas*. Démonax nos dijo que aquel baile mezclado de cantos componia parte de una fiesta que estaba consagrada á Apolo en cuanto á la poesía, y á Baco en cuanto á la danza. — Dicha fiesta extravagante entretuvo poquísimo á Fánor, quien era de dictámen que la desnudez de los hombres, y su piel tostada y erizada de pelo, solo era bueno para hacer su papel en un monte entre las fieras. Pero en fin, aquella danza nada tuvo de aflictivo ni de lúgubre. Lo que sí nos indignó y horrorizó mucho fue el espectáculo que nos dió algun tiempo despues aquella nacion soberbia y feroz.

Acababan de ser nombrados los nuevos Éforos. Subieron á su tribunal, y publicaron que todo Espartano podia sin ningun escrúpulo matar cuantos Ilotas atrajese al lazo de una emboscada. Maravillado yo de aquella proscripcion, pedí á nuestro huésped que me explicara el motivo. — „Esa es la costumbre, me respondió: todos los nuevos Éforos tienen precision de hacer una proclamacion semejante. Ya sa-

beis que los Ilotas, que cultivan nuestros campos, son nuestros esclavos (*a*). Su demasiado número pudiera hacerlos temibles. Por eso les está prohibido tener armas, y para contener su sobrada poblacion los hacemos matar ocultamente. Nuestros jóvenes, armados de pies á cabeza, van á caza de esos infelices, les arman emboscadas, se ocultan en parages escabrosos, los acechan como á fieras, los sorprenden y los matan. De aqui á poco sereis testigos de un suceso terrible. La república ha notado que se aumentan sobradamente, y piensa en los medios de minorarlos."— En efecto, á los ocho dias de esta conversacion mandaron los Éforos poner carteles, concediendo libertad á dos mil Ilotas, y previniéndoles que se juntaran cerca del templo de los dioses penates. Corrieron en tropas los desdichados. Eligieron entre ellos dos mil de los mas robustos y mejor proporcionados; y los coronaron de flores como á los libertos. Salíales al rostro la alegria. Lleváronlos á los templos de los dioses, como para darles gracias de los buenos servicios que aquellos Ilotas habian hecho á la causa pública. Aguardando estaban la ceremonia de su libertad, cuando súbitamente, á una señal

(*a*) Los Espartanos los llaman Ilotas ó Helotas, y no solamente á los habitadores de Hélos, á quienes destruyeron; sino tambien á los prisioneros de guerra que hacen esclavos.

dada, cayó sobre ellos un batallon numeroso de Espartanos armados con puñales, y los exterminaron desapiadadamente. Los agudos gritos de aquellos desventurados difundian hasta muy lejos el espanto y el horror. Fánor y yo dimos á huir con el corazon partido de lástima. ,, ¡ Qué monstruos! exclamó Fánor. ¡ Dejemos esta abominable tierra, en donde las leyes, el orgullo y preocupaciones desfiguran el instinto del hombre, y lo asemejan á los tigres y á las panteras!" — ,, Bien sabia yo, le dije, que los intereses y las pasiones hacen al hombre feroz é injusto; pero la barbarie de esta reducida nacion, que se llama civilizada, admirará las futuras generaciones; y si algun dia hubiere en ella filósofos, que preconizaren su legislacion y sus costumbres, será precisamente con la idea de satirizarla, y por tener el gusto maligno de desacreditar el gobierno de su patria, y de humillar á sus conciudadanos."
— Partamos, repitió Fánor: dejemos esta guarida habitada por tigres. — Pero ¿ y la jóven Aspasia, amigo? ¿ Y aquella Venus de tan exactas porporciones? — Verdad es, Antenor, es la única que perdono en su pais: mucho la echo menos. — Difiramos nuestra partida, Fánor, hasta pasada la fiesta de Hiacinta á que hemos ofrecido asistir." — Fuimos á la plaza pública, donde vimos á los mas de los asesinos que se

pascaban con semblante sosegado y sereno. —.. Asi es como, dije entre mí, las preocupaciones ahogan los remordimientos, ó los remordimientos nacen de las preocupaciones."

La noche de aquella carnicería horrible nos convidó Démonax, despues de cenar, para ir al campo, á dos estadios de la ciudad, á asistir á una ceremonia nocturna que se hace cada nueve años. Preguntéle ¿si se derramaria en ella sangre humana? Me aseguró que no. Encontramos en un gran recinto descubierto á los cinco Éforos sentados en el centro, muy callados, fijos los ojos en el cielo, y circundados de muchísimos espectadores en igual postura. Yo nada comprendí de aquella escena muda; pero no me atrevia á hablar. Fánor, que se impacientaba ya, me dijo en voz baja: ¿Qué hacen esos papanatas con la boca abierta? ¿Buscan el juicio en los astros?" Pasáronse dos horas en aquella postura ridícula. Por último, excitóse repentinamente un gran murmullo. Démonax nos dijo: ¡Mirad, mirad! ..¡Ved allí una estrella que atraviesa el cielo!" — .. Por cierto gran maravilla, repuso Fánor: si en vez de una estrella fuera algun burro. seria mas estupendo el prodigio." Vimos entonces pasar á los Éforos, que se retiraban con aire taciturno y los ojos bajos. Metímonos entre la multitud; y llegados á casa de Démonax, exclamó este:

„mucho siento lo que va á suceder á nuestros dos reyes, porque son buenos y honrados!"—¿Qué desgracia les amenaza? le pregunté: descifradme el enigma.—Cada nueve años, me respondió, eligen los Eforos una noche en que el cielo esté claro y sereno, pero sin luna. En la tal noche, profundamente silenciosos, y con los ojos clavados en el cielo, observan si alguna estrella lo atraviesa ó no. Si el fenómeno se verifica, ¡desgraciados de nuestros reyes! porque es una prueba de que han ofendido á los dioses [16].—Esa prueba, le dijo Fánor, no es tan clara como el dia. ¿Y qué es lo que harán á vuestros reyes?—Se les pondrá en juicio, y serán suspendidos de sus funciones hasta que algun oráculo de Delfos ó de Olimpia los absuelva y los restablezca."

Contábamos con aguardar la decision del oráculo para saber la suerte de los dos reyes; mas el destino ó el hado precipitó nuestra partida. Démonax nos dijo, que de alli á tres dias iban á casar doce doncellas de veinte años de edad con doce hombres de treinta: aquellas eran las edades prescriptas por la ley para ambos sexos. Y añadió, que la hermosa Aspasia, que acababa de completar su cuarto lustro, era una de las prometidas.—„¿Quién es el dichoso que ha de poseerla? preguntó Fánor.—Todavía no puede saberse, le res-

pondió Démonax: yo quisiera que fuese mi amigo Lisandro, el ladron de vuestros perdigones, porque se merecen uno á otro, y aun yo sospecho que los une ya secretamente una recíproca inclinacion. — Pero, le pregunté, ¿han de sortearse esas hermosuras? — Casi viene á ser lo mismo, respondió Démonax, porque las encierran en un cuarto obscuro, adonde tambien van los doce jóvenes, y alli entre tinieblas y á tientas ponen la mano sobre la que ha ser su esposa." Aquella suerte de matrimonios nos pareció extrañísima; pero quizás salen mejores parejas que las que forman los intereses y razones de estado.

Vimos pasar á las prometidas acompañadas de matronas: iban sin sombreros, pero coronadas de flores, cubiertas de un velo ligero y transparente, en silencio, y con los ojos bajos. Despues pasaron los novios. Démonax abrazó á Lisandro, y le deseó una buena suerte. Túvola en efecto felicísima, pues la casualidad le dió á la bella Aspasia. Pero yo sospecho que el acaso fue dirigido por su inteligencia.

Hecha la eleccion, ó mas bien el sorteo, se celebraron sus matrimonios; y los nuevos desposados volvieron sosegadamente á pasearse á la plaza pública; y esto nos sorprendió mucho. — ,, Vuestro grande amigo, dijo Fánor á Démonax, me parece muy apático: si estuviera yo en su pellejo no

me mantendria con los brazos cruzados." Satisfízole Démonax diciendo, que los recien casados tenian precision de aparentar aquella indiferencia, y de mostrarse al público en las mismas horas que antes. — Pues ¿por qué? preguntó Fanor: ¿se avergüenzan en Esparta de casarse cuando hacen vanidad de robar astutamente? — „No se avergüenzan, respondió Démonax; pero Licurgo, con el fin de hacer mas sabrosos sus favores, y mas duraderas sus felicidades, quiso que el casamiento tomase prestado el misterio del amor. Un marido Espartano, en los años primeros de su matrimonio, no puede ver á su muger si no á hurtadillas, y debe, lo mismo que un amante que solicita, cubrirse con las sombras del secreto. Asi que sea de noche, vereis como Lisandro se escurre bonitamente, y va á buscar á su querida Aspasia, para acompañarla á la casa en que ha de coronarlo el himeneo." — Con efecto, asi que la noche extendió sus sombras desapareció Lisandro. Las calles de Esparta no estan alumbradas, y aun se ha prohibido llevar luz por ellas. — „Esto se hace, dicen ellos, para acostumbrarlos á caminar entre tinieblas." Todos tres lo seguimos. Asi que llegó á la puerta de su futura, entró y salió con ella dándola la mano, y ambos echaron á andar muy de prisa, como si temieran ser perseguidos. No los

perdimos de vista. Paráronse delante de una casa, donde los aguardaba una anciana matrona, y el nuevo esposo le entregó á su muger y se retiró. — „Ahora va á cenar, como acostumbra, nos dijo Démonax, y despues volverá por poquísimo tiempo, pues es preciso que vaya á dormir en el cuarto de sus camaradas. Mientras estará ausente, la matrona cortará el pelo á Aspasia, y la rapará bien la cabeza, la vestirá de hombre, y despues la dejará sin luz sobre un jergon, donde aguardará á su esposo.

Añadiré aqui, para finalizar el cuadro de Esparta, que muchos Espartanos ni saben leer, ni escribir, ni contar. Dicha nacion no tiene idea alguna de la astronomía, ni de las matemáticas, y desdeña la retórica y la elocuencia. Algunos, menos ignorantes, leen las poesías de Homero. No tiene tampoco aquella ciudad teatro alguno para representar los dramas inmortales de Sófocles y de Eurípides. Miran las ciencias como cosas superfluas, y aun las llaman vicios. Como si el hombre salvage valiese mas que el civilizado; ó como si la luz no hubiera sido hecha para los ojos del hombre. Un Espartano me dijo cierto dia que ellos no conocian el tedio. — „Tampoco lo conocen los brutos, le repliqué."

# CAPITULO IX.

*Viage á Argos. Noticias sobre Micenas. Conversacion con Crísopo el Estoico. Residencia en Delos. Historia de Latona. Pasan por delante de Quio y de Samos.*

Despues de haber descansado dos dias en Belmina, partimos para Argos (*a*). De camino visitamos las ruinas de Micenas destruida por los Argivos. Todavía se muestra alli la fuente de Perseo y unos subterráneos, donde dicen que Átreo y sus hijos ocultaron sus tesoros. Alli cerca estan tambien los sepulcros de Atreo, de Agamenon y de Electra: Clitemnestra y Egisto tienen sus sepulcros extramuros. Á quince estadios de Micenas merece ser visitado un templo de Juno que está fabricado al pie del monte Eubeo. El rio Ásterion corre por mas abajo, y luego se precipita dentro de un boqueron, y no vuelve mas á parecer. En sus orillas crece una yerba que se llama *lasterion*, con la cual adornan los altares de la diosa, y la tejen coronas. Sostienen el edificio unas columnas en que hay representados varios pasages de la fábula y de la historia. Delante de la puerta del templo hay muchas estátuas de héroes

(*a*) Hoy Planizza.

y de mugeres sacerdòtisas de Juno. La que mas se echa de ver es la de Orestes. En el vestíbulo se ven las gracias, la cama de Juno, y el escudo que Menelao quitó á Euforbio delante de Troya. En medio del templo se levanta la estátua de Juno, de extraordinaria magnitud, y toda de oro y de marfil, que es obra de Polícletes. Tiene sobre la cabeza una corona, y sobre esta se ven las horas y las gracias. Tiene tambien en la una mano un cetro, y en la otra una granada. Del cetro cuelga un cuco. Dícese que Júpiter tomó prestada la figura de este pájaro para que lo persiguiese la jóven diosa, de quien estaba prendado, y á quien queria divertir. Junto á la de Juno está la estátua de la jóven Hebea, que tambien es de oro y de marfil. Admírase tambien en aquel templo un altar de plata, sobre el cual estan grabadas en bajos relieves las bodas de Hércules y de Hebea.

Satisfecha nuestra curiosidad pasamos á Argos. Supimos al llegar que Crísipo, filósofo del Pórtico, estaba alli, pero cruelmente atormentado de la gota. Tuvimos la curiosidad de saber como sufria el dolor un Estoico. Fuimos á verlo. Estaba tendido sobre una mala cama, junto á una mala mesa, sobre la cual habia unos cuadernos, que era una obra empezada, y un vaso de agua. Despues de habelo saludado le mostré la parte que tomaba en su situacion

desagradable. „Estoy, me repuso, en el puesto en que me ha colocado la Providencia: si me quejara la ofenderia. En cualquier estado en que el hombre de bien se halle, siempre es dichoso." Mientras asi hablaba se le notaba en el rostro la expresion del dolor; pero fingia no sentirlo. Guardamos silencio algunos instantes para dejar que se apaciguara aquel violento paroxismo. — „¡No te canses, dolor! exclamó súbitamente: ¡nunca confesaré que eres un mal! En medio de mi padecer soy feliz." — Pero sin embargo, le repliqué, nos confesareis que el dolor no es un bien. — „No hay mas bien que la virtud, añadió Crísipo: con ella llevamos con nosotros la felicidad hasta lo mas profundo de los calabozos, hasta entre los tormentos, y hasta bajo los andrajos de la miseria." — En tal caso, interrumpió Fánor, debeis ser el mas dichoso de todos los nacidos. — Fuera de que, continuó el filósofo, la fatalidad es la que gobierna el mundo." — De manera, le dije, que segun vuestro modo de pensar Páris se vió precisado á robar á Helena; y Egisto á asesinar á Agamenon; y segun vuestro raro sistema, ni hay virtud ni libertad sobre la tierra. — „Existe la libertad, replicó Crísipo: el hombre es libre." ¿Y cómo concordais, preguntó Fánor, esa libertad con el fatalismo? — „Del modo que puedo, respondió el filósofo.

¿Comprendeis qué cosa es el sol?" — No lo comprendo, le respondí. — „ Y con todo, añadió Crísipo, creeis su existencia: pues del mismo módo creen los Estoicos en un destino inevitable y en la libertad, sin comprender como pueden conciliarse." Preguntéle ¿si era cierto que aprobaba los matrimonios llamados incestuosos? — „ Los apruebo sin duda, replicó Crísipo. ¿Por qué no ha de casarse un padre con su hija, y una madre con su hijo? No es la naturaleza quien á ello se opone, pues ella les inspira inclinacion mútua, sino la opinion y las preocupaciones. Tambien han gritado contra mí porque he dicho que mas valia comerse los cadáveres humanos que enterrarlos. Los bueyes, los carneros y las aves, cadáveres son cuando estan muertos, y no obstante los comeis. ¿En qué se diferencian?" Aqui se interrumpió el filósofo gritando: ¡Gota maldita, soy feliz á pesar tuyo!" — Vuestra felicidad, le dije, no tendrá envidiosos. Ya veo que no sois de la opinion de Epicuro, quien sostiene que solo el placer hace dichosos. — „ Dice bien, contestó Crísipo; pero ha de ser el placer procedente del alma. El testimonio de una conciencia pura constituye la felicidad y la recompensa de un Estoico verdadero. El que lo es huye de las alabanzas y de los honores, gusta de la obscuridad, y ama igualmente á todo el mundo,

y hasta sus mismos contrarios. Al Estoico, finalmente, ni le dominan afectos ni pasiones. El año pasado perdí un hermano que me queria mucho. Murió de noche, y por la mañana fui al teatro de Baco. Pero permitidme que abrevie esta conversacion: quiero acabar un tratado de dialéctica que urge." — Asi que hubimos dejado aquel extravagante discípulo de Zenon, me preguntó Fánor ¿qué es lo que pensaba yo de él? — ,, Soy, le respondí, del mismo dictámen de aquel sofista que compara á los Estoicos á unos niños que se esfuerzan á saltar mas allá de su sombra."

Lo que vimos de mas importancia en Argos fue una estátua apoyada, á la entrada del templo de Venus, á una columna, que representa á Telesila, muger celebrada por sus talentos y por su valor: tiene en sus manos un casco en actitud de ponérselo sobre la cabeza, y un volúmen de poesías á sus pies. Oid el rasgo de valor que nos contaron de aquella heroina.

,, Fueron los Argibos completamente vencidos por los Espartanos, y Cleómenes fue al instante á embestir á Argos, que estaba privada de sus guerreros. Determinó Telesila defender la ciudad. Echó de ella á los esclavos y á las bocas inútiles, distribuyó armas á todas las mugeres, y se puso á su frente. Animadas aquellas matronas con semejante ejemplo, sostuvie-

ron un asalto con tanto valor, que los Lacedemonios (reflexionando que su victoria seria odiosa, y que su derrota los cubriria de vergüenza eterna) mandaron cesar el asalto, y levantaron el sitio. Para recompensar, pues, á aquellas heroinas se las permitió erigir una estátua al dios Marte, y se instituyó una fiesta anual, en que las mugeres se presentan vestidas de hombres y los hombres vestidos de mugeres." En medio de la plaza hay un gran edificio de mármol blanco, que es un trofeo erigido en honor de Pirro, en el mismo parage en que estuvo su hoguera; pero sus cenizas reposan en el templo de Ceres junto al parage en que lo mataron. Subimos á la ciudadela para ver el templo de Apolo. Su estátua es de bronce y está en pie. Allí se profieren oráculos. La sacerdotisa que preside ha de ser vírgen. Sacrifica todos los meses y de noche una cordera, y bebe de la sangre de la víctima, é inmediatamente se apodera de ella el espíritu profético. Estuvimos poco tiempo en Argos. Bajamos por el Inaco hasta Náuplia: esta ciudad no vale mucho; pero su puerto es comodísimo (*a*). Entramos en el templo de Ceres al mismo tiempo que sacrificaban. Como aquella diosa presidia á toda la economía campestre, la ofrecian frutas, miel, lana,

(*a*) Hoy Napoli di Romania.

serpientes, una trucha preñada, y especialmente adormideras, á causa de la fecundidad de su simiente; pero vino no. Estaba representada sobre un carro tirado por dos dragones alados, y tiene adormideras en una mano, una antorcha ardiendo en la otra, y sobre la cabeza una corona de espigas de trigo. Vimos la fuente llamada Cánatos, donde se dice que Juno bañándose en ella recobra todos los años su virginidad. Fánor prometió revelar la virtud de aquella agua milagrosa á cuantas mugeres conociese. Un habitante nos mostró junto á la misma fuente un burro grabado sobre una piedra. „Le debemos, nos dijo, la fecundidad de nuestras viñas: un dia se comió este animal las hojas y las ramas tiernas de una cepa, y se notó que al año siguiente dió aquella cepa misma mucho mas fruto. Desde entonces se podan las viñas anualmente, lo que no hacíamos antes."

Nos embarcamos al siguiente dia para Delos. Esta isla poco fértil solo es célebre por el nacimiento de Diana y de Apolo (*a*). Nos aseguraron los habitadores que en un terremoto habia repentinamente salido del centro del mar.

Encontramos en ella infinita gente. Aca-

(*a*) Delos se llama hoy Sdili. Esta isla, que es una de las Cicladas, es pequeñísima, y esta inhabitada. Aun se ven en ella las ruinas del templo de Apolo.

baban de celebrarse las fiestas de Diana y de Apolo. Todas las islas y naciones vecinas estan obligadas á enviar á dicha fiesta hombres y mugeres para asistir á las solemnidades y sacrificios, los cuales se terminan con cantos y danzas.

Estábamos en el templo de Apolo cuando vimos entrar á una jóven, sin mas ornato que un velo, en medio de dos sacerdotes, y acompañada de algunas mugeres. Asi que llegó al altar, uno de los sacerdotes le quitó el velo, y el otro le cortó el cabello, que era hermosísimo. ,,¡Qué lástima causa, dijo Fánor, ver despojar á la primavera de sus adornos!" Pedimos la explicacion de la tal ceremonia, y n s dijeron que aquella jóven iba á casarse, y que el dia del himeneo tenia precision, conforme á las leyes del pais, de consagrar su melena á Diana y á Apolo.

Reparamos en una capilla del templo un cuadro grande y hermoso. Considerándolo estábamos atentamente cuando se nos arrimó un sacerdote. Suplicámosle que nos lo explicase. ,,Es una aventura, nos dijo, sucedida en Licia á Latona, madre de Diana y de Apolo. Mirad, mirad á esa diosa, qué caida está, qué deshecha: mirad como lleva en sus brazos á los dioses niños: está delante de un lago lleno de ranas. Oid su historia.

,,Iba Latona huyendo de la cólera de

Juno. Estaba el sol en su zenit quemando la tierra. Llegó Latona al lago extenuada de cansancio, seca de sed, y sin una gota de leche en sus pechos. Unos campesinos estaban cortando juncos para hacer cestos. Acercóseles Latona, y les rogó que la dejaran sacar agua para apagar la sed que la consumia. Aquellos hombres bárbaros la repelieron con dureza de las orillas del lago. Díjoles la diosa con voz suavísima: ,,¿Cómo os atreveis á reusarme una poca de agua, siendo cosa que pertenece á todos los humanos como el aire y el sol? Con todo eso, os la pido por favor. No quiero bañarme en vuestro lago, sino templar una sed ardiente: os deberé la vida. Se me extingue la voz, el ardor me diseca el pecho, y apenas puedo hablar: tened á lo menos lástima de mis hijos infelices, que os alargan sus tiernos brazos." Con efecto los diosecillos extendian sus brazos inocentes. ¡Qué corazon de hierro no se hubiera ablandado con la dulzura de tales palabras! Pero ellos permanecieron insensibles. Los mónstruos insultaron á la diosa, y la amenazaron con un castigo si no se apartaba. Hicieron mas: con palos y con manos y pies enturbiaron la pureza del agua. La cólera suspendió la sed de la diosa; y levantó sus manos al cielo: ,,¡Desventurados, exclamó, vivid eternamente en esa laguna cenagosa!" Dijo; y repentinamente se obró la metamór-

fosis. Todos aquellos rústicos quedaron convertidos en ranas. Ya los veis en el cuadro bajo aquella horrenda figura zambullirse en el lago, donde todavía con su ronca voz parece que quieren insultar á la diosa."

Nos llevaron al sepulcro de Ferécides, educado por Pitágoras, que está en el centro de una gruta, cuya entrada cubre una techumbre verde: la tal techumbre está formada por unos árboles, á cuyo alrededor serpentean tiernas y flexibles ramas de espesa yedra. Ferécides fue el filósofo que sostuvo que los animales son puras máquinas. ¡Qué absurdo! ¡Llamar máquinas á los que tienen recuerdos, adhesion y combinacion de ideas¡ ¿Qué tiene de mas el hombre? recuerdos mas largos é ideas mas luminosas y complicadas. Pero el árbol que nos da la aceituna, y el que da las flores odoríferas, que se truecan en manzanas de oro, ¿tienen una alma vegetativa superior á la de la humilde zarza? ¿La esencia de la rapesa es mas pura que la de la cordera?

Nos contó nuestro Proxenes ó guia la extraña muerte de aquel filósofo. Era de carácter tétrico y taciturno. Habia pasado su vida en la soledad y en la meditacion, y murió como habia vivido. Conociendo que se le aproximaba la muerte, la miró sin susto, y se encerró en su cuarto. Inmedia-

tamente acudieron sus amigos para cuidarlo y dulcificarle los horrores de aquel amargo paso. Nunca quiso abrirles la puerta. Dióles gracias por el agujero de la llave, les protestó que no necesitaba de socorro alguno, y los convidó para la mañana siguiente á sus funerales. Cumplió su palabra, pues murió al otro dia.

Nos alejábamos del sepulcro de Ferécides á tiempo que nos advirtieron de que el viento era favorable, y que iban á desplegar las velas. Pero Fánor se habia desparecido. Lo llamé inútilmente, y fue menester buscarlo. Al cabo de una correría harto larga, lo hallé en medio de una pradera danzando alegrísimamente con unas muchachas la danza llamada Dédalo, del nombre de su inventor, quien la imaginó para la hermosa Ariadna, en memoria del famoso laberinto de Creta. Teseo fue el primero que la bailó en Delos con ella. La tal danza se propagó despues en la Grecia; pero está mas particularmente en uso en dicha isla. Ved aqui como la ejecutaban. Un jóven y una jóven, que llevaban una cinta agarrada por sus extremos, eran los corifeos de la fiesta, y la gobernaban. Los demas seguian por parejas. Ya componian una fila larga, dándose todos de las manos; ya formaban una rueda bailando en círculo; y ya daban mil vueltas y revueltas, haciendo figuras complicadas y enredosas.

El talento de la primera bailarina consistia en entrar y salir, por entre tan varias figuras, sin tener que soltar de la mano la cinta que llevaban entre ella y su compañero, para hacer alusion al ovillo de hilo que salvó en otro tiempo á Teseo.

Mientras danzaban hice mil señas á Fánor, para darle á entender que íbamos á partir; pero no quiso dejar de bailar. Fue, pues, necesario aguardar á que acabara, y á que se despidiera tiernamente de su compañera, que era una moza de Naxos de linda persona.

Navegamos hácia Esciros. Llevónos el viento delante de Naxos, aquella isla que fue testigo del infortunio y de los llantos de Ariadna. Vimos á Paros y á Ceos, donde los hombres cuando llegan á los sesenta años de edad se quitan la vida avergonzados de sobrevivirse y de ser inútiles á su patria, como si la patria no necesitase mas que de brazos. Pasamos por delante de Teos y de Andros. Desembarcamos en este último puerto. Uno de sus habitadores nos rogó mucho que nos detuviésemos á ver la fiesta de Baco que debia celebrarse de allí á quince dias. „Vereis, nos dijo, un suceso milagroso. En aquella época un manantial, que lo es de agua todo el año, arrojara á borbotones el vino.“

Baco es el autor de aquel prodigio, que se opera y dura por siete dias enteros; y

despues vuelve el agua y toma su curso. No fuimos de dictámen de quedarnos para ser testigos del milagro; y Fánor Dijo al habitante, que él volveria á ver la sagrada fuente cuando los sacerdotes pusiesen agua en su vino.

Todas las islas sembradas por aquel mar parecen otras tantas estrellas que la hermosean. Gozábamos de los placeres de lá variedad como aquellos viageros que encuentran sobre su camino valles, montes, bosques, ciudades, lugares y aldeas. Un viento fresco y benigno, que impulsaba ligeramente nuestro navío, nos hizo arribar á Esciros al tercero dia de nuestra salida, y á la hora en que tocaba el sol la línea del occidente. Dicha isla no contiene mas que un pueblo y algunas aldeas. Los habitadores se apresuraron á mostrarnos el sepulcro de Teseo. Aquel monumento ostenia toda la sencillez de los tiempos heróicos. En Esciros fue donde aquel guerrero tuvo su último dia. Habia robado á la famosa Helena cuando no contaba aun mas que diez primaveras. Indignados los Atenienses, lo arrojaron del trono y de Atenas: se refugió á casa de Licómedes, Rey de Esciros, quien violó la hospitalidad que le habia dado, pues lo llevó consigó á lo alto de una roca, y desde alli lo mandó precipitar. Asi acabó el vencedor del Minotauro.

No olvidamos en Esciros los primeros amores de Aquiles, quien disfrazado de muger sedujo á la crédula y tierna Deidamia.

No estuvimos en Esciros mas que un solo dia; y nos embarcamos para Quio; que es una isla montuosa, pero pobladísima y fértil en exclentes vinos y bellos mármoles. Sus habitadores descienden de Neptuno. Desierta estaba su isla cuando aquel dios se enamoró en ella de una ninfa, de la cual tuvo un hijo. El dia de su parto cayó tanta nieve, que llamaron á la isla Quio (*a*). Tuvo tambien Neptuno otros dos hijos de otra ninfa; y aquellos fueron los primeros habitadores de la isla.

Quio fue la patria de Escilis, uno de los buzos mas diestros que se han conocido. Enseñó á Ciana, hija suya, el arte de zabullirse como él en los mares mas hondos. Cuéntase que habiendo sobrevenido una gran borrasca á la flota de Xerxes junto al monte Pelion, se arrojaron al mar juntos padre é hija, arrancaron las áncoras que aseguraban á las galeras, y las hicieron perecer sobre las costas. Para eternizar la memoria de servicio tan grande erigieron los Anfictiones estátuas al padre y á la hija en el templo de Delfos.

Apenas coloreaban el oriente algunos ra-

(*a*) Quio significa nieve en griego.

yos de sol, cuando ya nuestro navío se apartaba del puerto. Saludamos desde lejos á Samos, isla muy amada de Juno. Un Samiense de la tripulacion nos aseguró que la diosa habia nacido en dicha isla á las orillas del rio Imbraso, y bajo un arbusto llamado Agnus Castus, que aun existia contenido en el recinto del templo fabricado en el lugar mismo de su nacimiento. Aquel templo ha gozado siempre del derecho de asilo. La diosa está representada con vestido de boda, porque Samos fue el dichoso testigo de su himeneo con Júpiter; y como abunda tanto la Isla de pavos reales, la han puesto dos á sus pies.

Desde Samos nos llevaron en poco tiempo á Éfeso los vientos y Neptuno.

## CAPITULO X.

*Llegada á Efeso. Descripcion del templo de Diana. Rasgos diversos de Heráclito.*

Teníamos vivísimos deseos de visitar el templo de Diana, que es una de las maravillas del mundo. Era yo muy niño cuando lo vi; y carecia entonces de los conocimientos y luces necesarias para discernir y apreciar las delicadezas y bellezas del arte. Entramos en el puerto al ponerse el sol. Efeso está situado entre el Caistro y el Meandro. Es una de las doce grandes ciudades de

la Jonia. Al dia siguiente nos levantamos con el dia; pero Fánor retardó nuestra salida por lo mucho que se estuvo adornando. Hízose rizar á la moda, le dividieron el pelo, y se lo dispusieron en puntas, como si fueran cuerno; y colocó sus cigarras de oro entre su hermosa melena. ¡Cuanto vale el tiempo y la ocasion! Estábamos recomendados al sabio Hermodoso, filósofo de gran renombre. Fuimos pues, á su casa. Hallamos á su familia llorosa, porque un decreto lo habia desterrado de Efeso, que era su patria, y acababa de marchar. Preguntamos ¿cual era su delito? — „Su mérito" nos respondieron. Los de Efeso no quieren sufrir en su ciudad á ninguno que les sea superior. Pero aquel mismo pueblo, demostrando una inconsecuencia extraña, ha publicado una ley que obliga á cada particular á recorrer su memoria para producir el nombre de cualquier filósofo de que tenga noticia, recomendable por su sabiduría.

Para consolarnos de la ausencia de Hermodoso fuimos á visitar el templo de Diana, que fue el único de la Asia menor que Xerxes respetó en su paso. Está edificado entre el puerto y la ciudad. Su longitud es de setenta y una toesas sobre treinta y seis de latitud. Contamos ciento veinte y siete columnas de mármol, de sesenta pies de alto dadas por otros tantos Reyes.

Toda el Asia contribuyó á su fábrica. Es del órden jónico. La estátua de la diosa es de un mármol tan resplandeciente, que un uxier comisionado para aquello llegó á advertirnos que no la miráramos cara á cara. Sobre la cabeza tiene una torre; y su cuerpo, que termina como metido en un estuche, está adornado con figuras de animales y otros símbolos. Pasamos una parte del dia en aquel sumptuoso edificio. Al otro dia preguntamos á Ceto, nuestro huésped, ¿si podríamos ver á su compatriota el celebrado Heráclito? „Es de difícil abordage, nos dijo, le llamamos *el filósofo tenebroso y lloron.* En efecto, llora continuamente por nosotros y por nuestras necedades. Aborrece tanto á los hombres, que se ha retirado al monte Pion para vivir allí con yerbas entre las fieras, que es una sociedad digna de él." Esta pintura picó mas nuestra curiosidad, y suplicamos á Ceto que nos llevase á la montaña. Llegamos á una especie de plazoleta donde nos mostró su habitacion. Era una gruta metida bajo una gran roca, y cerrada con una mala puerta de madera, que estaba abierta entonces. Entramos, pero no encontramos á Heráclito. Visitamos sus muebles, que consistian en una mesa vieja, en un plato roto, que contenia algunas raices, en una escudilla de barro llena de agua, y en dos tablas cubiertas con unas pieles de carnero,

que le servian de cama. Salimos de aquella espelunca para buscar á su triste poseedor. Lo alcanzamos á ver en fin sentado sobre una piedra con semblante lúgubre y melancólico, y los ojos preñados de lágrimas. Asi que nos columbró, echó á huir. Ceto instó á Fánor para que lo siguiera y le presentara *¿qué cosa era el hombre?* Al oir la pregunta, se paró y nos dijo gritando desde lejos: „Su sabiduría no es mas que ignorancia; su altivez es bajeza; su fuerza enfermedad; y lo que llama placer dolor." Dicho esto, echó á correr como un gamo. Dos dias despues corrieron voces en la ciudad de que habia bajado á ella para consultar con un discípulo de Esculapio, pues su método de vivir le habia causado una hidropesía. Corrimos á verlo, y cabalmente lo alcanzamos cuando entraba en casa de un médico á quien preguntó: „¿Puedes volver sereno un dia llovioso?" — Supimos despues de nuestra partida que se habia metido en un estercolero, creyendo hallar remedio para sus males en aquel calor prestado; pero la enfermedad se agravó de dia en dia, y se dejó morir á los sesenta años de su edad. Demasiado vivió para ser tan original. A haber tenido mas filosofía, se hubiera reido de las necedades humanas, lejos de afligirse por ellas (a). Vi-

(a) *Mirandum est unde ille oculis suffecerit humor.* Juven.

mos tambien al célebre Parrasio, que era de aquella ciudad, y su mejor obra el cuadro alegórico del pueblo de Atenas. En él expresó aquel pintor los vicios y las virtudes de los Atenienses. Llevaba Parrasio una corona sobre la cabeza, y un riquísimo baston en la mano. Los lazos ó hebillas de los zapatos eran de oro; su vestido de púrpura; y sus borceguies exquisitos. Díjonos que era el rey de la pintura. Nos separamos al instante de él fastidiados de un orgullo que rebajaba mucho su raro talento.

Partimos de Efeso en primera ocasion, y nos embarcamos para Mileto.

## CAPITULO XI.

*Descripcion de Mileto. Amores de Fánor. Riesgos que allí corrió. Su partida. Aventuras de Filisto.*

Levántase dicha ciudad junto á las embocaduras del rio Meandro. La llaman hija del cielo y de la tierra. Las orillas risueñas y sinuosas del rio, y las voluptuosas costumbres de sus habitadores la hacen digna de la curiosidad y atencion de los extrangeros. No es ponderada su reputacion. Los de Mileto son amables; y acaso aventajan á los Atenienses por su cortesía, por su amenidad y por sus prendas intelectuales. Se les reprende, y con razon,

aquella negligencia y aquella molicie de costumbres que suele equivocarse con la licenciosidad. Cuanto hay en aquella deliciosa morada es un encanto de los sentidos. La pureza del aire, la hermosura de las mugeres, lo gracioso de sus adornos, las continuas fiestas que se celebran, su música, sus danzas y sus juegos, todo infunde deleite, y empapa al alma en una sabrosa languidez. Fánor se acordó con gusto de que aquella era la patria de Teofánia.

Nos dimos prisa á visitar cerca de Mileto la fuente nombrada como la desgraciada Biblis. Corre y nace en un valle, bajo una vieja encina, cuya espesa sombra abraza un vasto espacio. Nuestro conductor nos contó la historia de aquella infeliz, que tenia por abuelo al rio Meandro, y por padre á Mileto, hijo de Apolo. Estaba ocultamente muy apasionada de su hermano Cauno. Engañada con el nombre de amistad, y sin sospechar todavía de que era presa del amor, lo llenaba de ternísimas caricias. ¡Error fatal que la arrastraba al precipicio! Un sueño en fin, que embriagó sus sentidos con nuevos y culpables deleites, la advirtió de que amaba, y de que existian delicias para los amantes dichosos. La impresion todavía reciente de su felicidad, irritó sus deseos y ardores. Quiso escribir á su hermano, y comunicarle su llama. Tomó su estilo y sus ta-

blillas. Temblóla la mano, titubeó, condenó su intento, trazó algunas palabras, se detuvo, temió, deseó; y finalmente, vencieron sus pasiones, y revelaron las tablillas el secreto de su corazon. Quiso justificarse con el ejemplo de los dioses. „Saturno, dijo, y el viejo Océano se casaron con sus hermanas Cibeles y Tetis. La augusta Juno es hermana y muger del dueño del Olimpo." — Cauno rechazó con horror aquella carta incestuosa. Biblis, avergonzada y loca de amor, abandonó sus paternales lares, y huyó. Desmelenada y furiosa como las Tíadas, recorrió los bosques, los valles y las montañas. Por último fatigada y arrastrándose trabajosamente, cayó de puro cansancio en este mismo lugar. Las ninfas del Meandro quisieron consolarla y dulcificar sus males. Estaba muda y amortecida, y helados todos sus sentidos á fuerza de su desesperacion. Sus abundantes lloros eran los que únicamente daban indicios de algun resto de existencia. Pero poco á poco se la fue petrificando el cuerpo. Biblis, pues, no es mas que una fuente, de la cual corren sin cesar las lágrimas de aquella desventurada.

A nuestra llegada iban á celebrar la fiesta de Cibeles: vimos pasear su estátua sobre un carro. Hacíase la procesion al toque de címbalos. Los sacerdotes de la buena diosa se desfiguraban con extrañas contorsiones.

Fingian actitudes lascivas, aullaban, y se descoyuntaban el cuerpo para atrapar limosnas: pedian en el nombre de la madre de los dioses, y llevaban colgado al pecho muchas figurillas. Al otro dia salieron de la ciudad vestidos ridículamente de colores varios y horrorosos, con el rostro enlodado, los párpados teñidos, con una especie de mitra en la cabeza, con zapatos amarillos, con ceñidores, y con los brazos desnudos hasta los hombros. Iban armados con grandes cuchillos y con hachas. Saltaban y bailaban al toque de címbalos, al ruido de tambores, y al compas de una música frigia. La gran diosa, cubierta con un velo de seda, iba sobre un asno.

La curiosidad nos agregó á su acompañamiento. Llegaron de aquel modo á la casa de campo de uno llamado Filemon, hombre religiosísimo, el cual asi que los oyó les salió al encuentro. Entraron en su casa furiosos como bacantes, sacudiendo é inclinando la cabeza á derecha y á izquierda, y torciendo el cuello en diversos sentidos. Se mordian los brazos y se sajaban el cuerpo con un cuchillo de dos filos. Uno de ellos, para hacer creible que estaba poseido de la divinidad, exhalaba largos suspiros; y despues confesando que habia cometido muchas faltas contra la religion, se pegó mil latigazos, y se desolló en varias partes con firmeza feroz. La tier-

ra estaba cubierta con su sangre y con la de los otros sacerdotes. Despues de aquella ceremonia bárbara, tendieron sus túnicas para recibir limosnas. Diéronles dinero, vino, leche, quesos y otros géneros, y se lo llevaron todo en sus sacos. Continuaron asi sus correrias por las casas de campo de aquellas inmediaciones; pero nos separamos de ellos al salir de casa de Filemon, disgustados de su torpeza. Pasamos á visitar el templo de Apolo, que es uno de los mas famosos de la Grecia.

Nos enseñaron la obscura y mísera casa donde nació la célebre Aspasia. ¡Qué asunto para reflexiones! ,,Bajo este techo humilde, me decia yo, salió al mundo la que habia de casarse con Pericles, gobernador de Atenas; la que habia de encender guerras en la Grecia; la que babia de instruir á Sócrates; y aquella en fin, cuya hermosura, ingenio, habilidades y elocuencia habian de llevar la gloria de su nombre hasta lo mas lejos del Asia! Asi como la gota de agua, que cristalizada y vuelta diamante va á brillar sobre la frente de los monarcas y sobre la de las bellezas.

No tardó mucho Fánor en resentirse de la influencia del clima y de las costumbres de los habitadores. Se enamoró apasionadamente de la cortesana Friné, cuya persona era tan seductora, que habiéndola citado ante los jueces por delitos de irreli-

gion, consigió ser absuelta solo con descubrirse el pecho (a).

Fánor me hablaba de ella sin cesar con todo el entusiasmo de un amante: la preferia á Teana, á Teofania, y aun á la bella Aspasia de Esparta: la prodigaba festejos y regalos; y finalmente, se juzgaba un hombre dichosísimo, aunque aun no habia llegado al último período de la felicidad. Un anciano sacerdote, que era gefe del templo de Cibeles, se declaró su competidor; y este asediaba y acechaba á Friné, y estorbaba el cumplimiento de sus dichas. Aconsejé á Fánor que desconfiara de las caricias de una cortesana y de las astucias del viejo sacerdote. Me aseguró que no podia dudar de la sinceridad y de la ternura de su amante; y que en cuauto á su competidor, él se divertiria muy bien á costa suya. No le contesté, pues, otra cosa sino que le deseaba un desenlace feliz.

No estaba lejos. Cierto dia, despues de comer, se llegó á mí gozoso y triunfante á decirme, que tenia una cita con su amada Friné, y que iba volando á disfrutarla. Era tal su enagenamiento que no aguardó á decirme mas. Díle la enorabuena, y le en-

(a) Esta Friné no es la célebre Friné que mucho tiempo despues que esta ofreció edificar á sus expensas la ciudad de Tebas, con tal que la permitiesen poner por inscripcion: „*Alexandro destruyó á Tebas: Friné la reedificó.*"

cargé que fuera escoltado de la duda y de la prudencia. Lo aguardé inútilmente hasta la segunda vigilia de la noche. Al despertarme todavía no habia parecido. Llegó el sol al meridiano, se puso, y aun no habia venido Fánor. Inquieto y asustado corrí á casa de Friné para informarme. Respondióme, que habia visto en efecto algunas veces á un jóven llamado Fánor, pero que nada sabia de él. Aterróme la respuesta. Recorrí la ciudad, los arrabales y las cercanías, y todo en vano. Yo estaba inconsolable, sin poder imaginar que habria sido de él. Al dia siguiente quedó tambien frustrada mi esperanza. Una semana pasé entre terribles angustias. Al noveno dia, entrando en mi casa tardísimo, apurado de cansancio y de dolor, exclamé tendido en mi cama y derramando lágrimas: „¡ Sin duda ha muerto asesinado mi querido Fánor, aquel amigo jovial, cuya alegría, amistad y dulzura eran el consuelo y la amenidad de mi vida! ¿ Dónde estás? ¿ cuál ha sido tu suerte?" — En esto llamaron á mi puerta. Acudí á abrir; y ¿ qué fue lo que vi? ¡ Un espectro! Di un paso atrás; él se arrojó á abrazarme, y me estrechó contra su pecho sin proferir ni una palabra. Al fin, conocí que era el mismo Fánor. „¿ De dónde venis, le pregunté, cruel amigo, tan lívido, tan desfigurado, tan lleno de sangre? ¿ Salis del sepulcro?

¿estais vivo ó muerto? — Ni sé donde estoy, me respondió, ni si existo ó si no existo. Amado amigo, no me abandoneis; partamos de Mileto ahora mismo, porque nos circundan riesgos y muertes. — Partamos sin diferirlo, le contesté; y al momento, á pie, y con nuestras maletas al hombro, salimos de Mileto." — Henos ya aqui en camino á media noche; pero Fánor iba transido y casi sin poder moverse. Ocho dias habia que no dormia, ni habia tomado mas alimento que un poco de harina desleida en agua. Al amanecer divisamos una casita apartada del camino. Fuimos á ella á pedir auxilio en nombre de los dioses hospitalarios. El amo de casa, que era hombre de unos cincuenta años de edad, nos lo concedió generosamente, y nos dió de almorzar. Despues nos dejó para irse á sus queaceres. Fánor se echó sobre una cama, y se quedó al instante profundamente dormido. Pero su situacion, y lo singular de su aventura alejaban de mis ojos el sueño. Empezaba ya no obstante á adormecerme, cuando nuestro huésped entró muy azorado y me dijó: ,, Extrangeros, yo os he dado la hospitalidad: cualquiera que fuereis aqui estais bajo la proteccion de mis dioses Penates; pero mirad que os buscan. Atrabesaba yo el camino, y unos satélites me preguntaron, ¿si habia visto pasar dos vagabundos fugitivos? Respondí que no, y respondí la ver-

dad. Estan haciendo pesquisas en la casa inmediata, y no tardarán en venir á visitar la mia. El tiempo urge: seguidme, que yo os ocultaré en lugar seguro." Desperté corriendo á Fánor, le arranqué á su pesar de aquel peligroso descanso, y seguimos á nuestra guia. Llevaba una escalera larga: paróse á doscientos pasos de su casa, y nos hizo bajar á un pozo. ,,No tiene agua, nos dijo: estareis algo frescos; pero confio en que no lo habitareis mucho tiempo." Retiró despues la escalera, y tapó la boca de la cisterna con tablas y piedras.

Vednos, pues, á los dos llenos de vida y sepultados. Fánor estaba mudo, inmóvil y aterido; y mi inquietud era tanto mayor cuanto ignoraba la causa de tantos sucesos, y los peligros que me amenazaban. No eran aquellos los instantes oportunos para preguntar á Fanor, el cual estaba intensamente despavorido y perdido de sueño. Dejéle dormir sobre unas piedras. Estuvimos metidos en el pozo hasta declinar el dia. El honrado Filisto, que este era el nombre de nuestro huésped, vino en fin á anunciarnos que ya estaba pasado el peligro, y nos echó la escalera. Desperté á Fánor y le ayudé á subir, porque estaba debilísimo, y aun noté que tenia una calentura ardiente. Filisto le cedió su cama. Asi que lo acostamos, la muger de nuestro huésped, que venia de Mileto, nos dijo que la ciudad

estaba consternadísima porque habian asesinado la noche anterior al gefe de los sacerdotes de Cibeles: que temian la venganza de la diosa, y que habian prometido una suma considerable á quien denunciase al asesino, y añadió con mucha vehemencia, que era menester desollar vivo al impío, al malvado que habia tenido osadía para poner sus parricidas manos sobre un ministro de los dioses.

Mientras aquella narracion estaba yo espeluzado y trémulo, porque sabia que el gefe de los sacerdotes de Cibeles era el competidor de Fánor; y lo que mas aumentaba lo embarazoso de mi situacion eran las miradas de Filisto, que se fijaban sobre mí. Yo veia que nos acusaba de aquel parricidio Preguntóle su muger ¿quiénes éramos? „ Unos viageros, la respondió, de los cuales uno ha caido enfermo, y me ha pedido la hospitalidad." Me sosegó aquella contestacion oficiosa, dándome á conocer toda la honradez de Filisto. Pero luego que su muger salió me instó para que le confesara si éramos los delincuentes que se buscaban, y me juró por Cástor y Pólux, dioses de la hospitalidad, que, lejos de abusar de la confianza, haria cuantos esfuerzos pudiese para salvarnos. „ No he querido explicarme delante de mi muger, continuó, porque no entiende de chanzas en tratándose de los sacerdotes, á quienes mi-

ra como á imágenes de la divinidad." — ,, Estoy, le dije, inocentísimo de ese asesinato; pèro por corresponder á tanta honradez y franqueza, no os ocultaré que tengo sospechas de mi amigo. Ese sacerdote anciano era su competidor en ciertos amores. Puede haberlo sorprendido con su manceba: habrá querido vengarse, y mi amigo, como jóven y vigoroso, habrá triunfado fácilmente de un viejo hierofanto; pero estas no son mas que conjeturas. Aparte de esto, Fánor es de genio benigno, hombre de bien, é incapaz de un delito; y no tengo duda en que si ha cometido ese asesinato, habrá sido por su seguridad y natural defensa." Seguidamente di gracias á Filisto con todo mi corazon, asi por su generosidad como por su caritativo acogimiento. ,, ¡ Ay! exclamó entonces Filisto, ¡ una leccion que no olvidaré mientras viva me ha enseñado á socorrer y respetar á mis semejantes, y sobre todo cuando son desgraciados! Yo era antes indiferente, apático, ó por decirlo mejor, el egoismo habia endurecido mi corazon. Cierta noche se presentó á mi puerta un hombre fatigadísimo y extenuado de necesidad, y me pidió le hospedase aquella noche. Se lo rehusé durísimamente, tratándolo de vagabundo y de ocioso. — ,, Ni lo uno ni lo otro soy, me replicó con dulzura: pero no estais obligado á conocerme: dadme á lo menos un asi-

lo en vuestra caballeriza, porque la noche es obscurísima, y la lluvia amenaza. No os pido de comer, porque he cogido algunas raices y me bastarán." Fui tan bárbaro que desatendí sus ruegos; y únicamente le permití que se acostara bajo un cobertizo que habia contiguo á la casa, sin presentarle ni un mendrugo de pan; pero él se contentó con aquello.

A media noche me despertaron con sobresalto unos gritos que decian: ¡al asesino! ¡al ladron! Me asomé á la ventana, y vi á la claridad de la luna al desgraciado mendigo riñendo con mucho vigor y ánimo contra tres hombres que le habian acometido. No tenia mas arma que un gran garrote nudoso, y sus contrarios tenian puñales. Asi que me oyó me dijo á voces: ¡Armaos, armaos, porque estos pícaros vienen á quitaros la vida!" Mientras voceaba, le ví dar tal garrotazo á uno de los foragidos que lo derribó en tierra. Yo me armé con una pica vieja, y salí á su socorro. Huyeron los asesinos, llevándose consigo al maltratado. Mi muger y un criado sacaron una luz: y advertí que mi huésped estaba lleno de sangre. — ¿Estais herido? le pregunté. — Lo estoy, me respondió; pero no es nada: ya estais salvo, que es lo que importa." Llevámoslo á mi cuarto, y lo cuidé cuanto pude. Cuando ya tuvo alguna fuerza, me contó: que es-

tando bajo el cobertizo, donde le estorbó el dormir lo frio de la noche, aquellos tres ladrones se pararon cerca de él sin verlo, y combinaron el modo de entrar en la casa para asesinarme y robarme; que, armado con su garrote, se arrojó á ellos y se trabó la pelea. Asi que me refirió lo dicho empezó á empeorarse. Dejélo entre las manos de mi muger, y corrí á Mileto á buscar un médico. Este, luego que registró sus heridas, me las declaró mortales. Al oirlo vertieron lágrimas mis ojos, que estaban secos tanto tiempo habia. El infeliz que las vió correr presintió su muerte; y alargándome una mano, me dijo: „Bienhechor mio, no lloreis mas: nada me importa perder la vida; pues nada poseo que me apegue á ella: no me ha sido posible vencer mi contraria fortuna: siempre he vivido pobre y desventurado." Entonces le pedí perdon de mi inhumana acogida. — ¡Ay! exclamó el mendigo: no es esa culpa de vos solo, porque es de todos los hombres que tenemos el coracon amasado con una levadura muy corrompida." — Preguntéle ¿cómo se llamaba? — „Inútil os seria mi nombre, me respondió, pues se va á borrar del libro de la vida. Cincuenta años he vivido en el mundo, luchando siempre contra la adversidad. He sido virtuoso, y por recompensa me ha cabido la miseria. Unos piratas me robaron el fruto de un

comercio asiduo; la guerra me devastó y arruinó una granja que me quedaba; y mi casa se me quemó. Hice cuanto bien pude, y no he hallado mas que ingratos. Un amigo me negó un considerable depósito. Y otro en pago de una hospitalidad, sobornó á mi esposa. Quedábame un hijo único, que era mi dulce esperanza, y se huyó con un vil esclavo, y pasó á Egipto á perecer de libertinage y de miseria; y para complemento de infortunios, muero hoy víctima de mi obligacion y de mi humanidad. ¿A qué viene esta preferencia de los dioses? ¿A qué este fatalismo, que me sujeta á mí personalmente á la mala fortuna, mientras tantos hombres, cargados de crímenes, ó deshonrados por su improbidad, pasan felices dias entre opulencias y placeres?" — Contestéle á aquello, que las felicidades de los malos eran aparentes, porque si pudiéramos registrar las almas de aquellos seres inmorales, no veríamos en ellas mas que tribulaciones y gusanos roedores. Fuera de que, aun cuando fuera verdadera su felicidad, les aguarda la justicia de los dioses despues de muertos; y que él lograria en los Elísios campos de las dichosas recompensas prometidas á la virtud." — Dejé la conversacion por no fatigarlo demasiado. A la siguiente noche se le levantó el pecho, se le entorpeció el pulso, y dió señales de su cercano fin. Yo que

me habia vuelto humano y sensible, lloraba sobre él con amargura. Antes de espirar me alargó la mano, y me dijo con voz muy caida: „ A dios: sed justo y caritativo, que es lo único que queda y consuela al hombre á la hora de la muerte.” Viendo yo entonces que iba á despedir el postrer suspiro, le extendí un velo sobre la cara, le corté la extremidad del pelo, y un suspiro débil que exhaló me anunció la despedida de su alma.

„ Le enterré en el jardin que está enfrente de mi casa, para tener sin cesar á la vista aquella leccion terrible. Púseme luto, cortéme el pelo sobre su sepulcro, corté tambien á mis caballos las crines, como si hubiera perdido un padre ó algun amigo estimado, y juré sobre su tumba volverme mas humano y caritativo.... — Pero la noche está ya adelantada, y necesitareis descansar. Vuestro amigo estará sin duda restablecido muy pronto. Por algunos dias os creo seguros en mi casa; pero no obstante mañana por la mañana iré al puerto á buscar alguna embarcacion para que os embarqueis ocultamente.” ¿Adónde quereis ir? — „ Antes de internarnos en el Asia quisiéramos ver á Rodas.” — „ Basta, pues: creo que podré serviros.”

Me levanté muy tarde: encontré á Fánor sentado sobre su cama hablando con Filisto, y con aire risueño y sosegado. El

bálsamo de un largo sueño habia restaurado sus fuerzas y apagado la calentura. Nos abrazamos derramando lágrimas de gozo. Filisto me dijo que habia encontrado en el puerto á un marino amigo suyo que se hacia á la vela de alli á tres dias para Rodas, y que se encargaria de transportarnos allá.

Me propuso que nos desayunáramos junto á la cama de Fánor. — „Pero á condicion, le dije, de que nos contara la catástrofe que ha terminado sus amores: estoy ansioso de saberla; y ademas de esto debe dar á conocer á Filisto que no es indigno de su generosa acogida." De muy buena voluntad lo haré, me dijo Fánor. „Oid, y luego juzgad."

## CAPITULO XII.

### *Aventura de Fánor.*

Ya os acordareis de que fui muy alegre á noticiaros mi cita con Friné. El parage señalado era una capilla del templo de Cibeles, y la hora á la entrada de la noche. Me trasladé allá con mucha anticipacion, y escondido en una rinconada aguardé á Friné. Estaba agitadísimo cuando vi entrar á una muger tapada, de la estatura de Friné: arrojéme á abrazarla, y ella dió horrorosos gritos: no era la voz de Friné: co-

nocí mi equivocacion; pero muy tarde. Inmediatamente me asaltaron tres hombres mandados por un sacerdote, que gritaba: ¡al sacrílego! ¡al sacrílego! quise defenderme, pero me hallaba sin armas. Entre aquellos tres bribones me echaron en tierra, me ataron las manos, y me llevaron á un subterráneo obscurísimo, donde me dejaron abandonado á mis meditaciones y á mi despecho. . . . . . . . . .

Los dos dias primeros no vi mas que á un esclavo, que me llevaba una poca de harina cocida y desleida en agua, y que respondia á todas mis preguntas: *No sé nada*. Un dia que me encolerizó tanto laconismo, le pregunté ¿si era hombre ó mulo? y me respondió friamente: *No sé nada.*"

Al tercero dia los mismos satélites que me prendieron fueron por mí, y me llevaron al tribunal de los sacerdotes. Encontré seis coribantos, ó mas bien seis monos viejos, sentados y fingiendo una gravedad hipócrita. Mi pícaro competidor los presidia, y fue quien me reprochó mi irreligion. — "¿Cómo os atrevisteis, exclamó haciendo visages, á insultar á una muger en el templo de la madre de los dioses, perdiéndola asi el respeto? ¡Qué abominacion! ¿Ignorais la venganza que tomó Cibeles de Hipómenes y de Atalanta, que profanaron aquel santo lugar con sus imprudentes ca-

ricias? Pues sabed que los transformó en leones, y los unció á su carro; y eso que su culpa era menos grave que la vuestra, pues los unian legítimos lazos. El mismo castigo hubierais experimentado si nuestras oraciones no hubieran suspendido sus vengadores rayos. ¿Qué respondeis para vuestra justificacion?" — „Nada mas sino que no reconozco la competencia de vuestro tribunal, y que os intimo que me volvais la libertad, y que dejeis á Cibeles el cuidado de sus venganzas; y si ella metamorfoseó á Hipómenes y Atalanta en leones, temed que para castigar vuestra barbarie os transforme en ximios ó en buhos." Al oirme hablar asi gritaron todos á una que yo era un impío, un ateo, y que no merecia indulgencia alguna. „Pero, amados dáctilos, añadió el presidente de aquellos castrados, opongamos la dulzura y la justicia á la insolencia y á la impiedad. Hijo mio, vuestro delito está averiguado, y mereceis la muerte; pero por un efecto de zelo y de caridad queremos conmutar vuestro castigo, ó por mejor decir ofreceros una recompensa, un estado de felicidad, en vez de un castigo. Os proponemos el honraros con la cualidad de ministro de Cibeles: participareis de nuestras dignidades, de nuestra gloria y de nuestras riquezas; pero si habeis de conseguir este favor, es preciso que os sometais á la operacion que todos hemos

sufrido, y que sacrifiqueis á la buena diosa los órganos que producen en vos los deseos carnales é impuros." Maravilladísimo de la proposicion respondí: „ La buena diosa no necesita para nada mis órganos: si os han privado de los vuestros, tanto peor para vosotros; mas yo estoy mejor siendo profano y hombre, que siendo coribanto y mutilado. Guardad vuestras honras para otros mas dignos, porque yo necesito de todo cuanto me constituye." Esta respuesta firme é irónica irritó á mis jueces. Significáronme que iban á volverme á la prision hasta que la resignacion y el arrepentimiento me merecieran el perdon de Cibeles. Lo cierto es que por mas que grité y protesté, me fue preciso someterme á la fuerza, y volverme á mi espelunca.

Acudieron á sitiarme negras reflexiones. Víame colocado entre dos extremidades crueles, esto es, ó una eterna prision, y acaso la muerte, ó la privacion de aquello que da mayor precio á la existencia.

Tres dias sempiternos pasé en aquella situacion; y al cuarto me llevaron en casa del anciano dáctilo mi competidor. Preguntóme con voz suave y meliflua ¿si continuaba obstinándome en mi repulsa? y me ponderó las felicidades de un sacerdote de Cibeles. — „ ¡ Por cierto linda felicidad, le dije, verse privado del manantial de la vida y del placer! Cuando me vea yo im-

potente ¿será Cibeles mas poderosa?" — „No nos toca, me replicó, investigar los secretos de los dioses. Vemos los resultados; pero las causas se nos ocultan." — „¡Vive Hércules, repuse á mi competidor, que no alcanzo por que los dioses nos han de haber hecho tan apreciable regalo para colgarle despues en las paredes de un templo! ¡Famosa tapicería!" Vien lo mi obstinacion aquel viejo dáctilo, me despidió diciendo: „Cuando os cause tedio la prision, y cuando penseis ya mas razonablemente, me avisareis."

Vedme aqui ya nuevamente atormentado de otra horrorosa perplexidad. ¡Yo hacerme, exclamé enfurecido, sacerdote de Cibeles! ¡Yo vivir degradado y desposeido de aquel sagrado fuego, alma de la naturaleza! ¡O, de no, vivir encerrado en un calabozo sin gozar mas de la luz del dia! ¿Puede haber una perspectiva mas terrible?" Perecia, pues, angustiado de mi pena. Al salir el sol del dia noveno de mi cautividad divisé un rayo de luz, que desde lo alto de una escasa lumbrera daba sobre una piedra blanca que habia en la pared. Aquella claridad, que penetraba por entre las sombras de mi calabozo, despertó en mi alma un ligero sentimiento de placer. Acerquéme maquinalmente á la piedra y la miré con cuidado. Reparé en algunas letras medio borradas, me apliqué á desci-

frarlas, y me pareció que habia leido *busca*: aquel enigma me embarazó: la piedra resaltaba de la pared: procuré arrancarla, y cedió fácilmente: metí la mano en el hueco que dejaba, y saqué un puñal y el siguiente papel: *Aqui morí víctima de los sacerdotes sanguinarios de este templo, los cuales se esfuerzan con horrorosos medios á asociarse compañeros de su infortunio. Como sé que he de tener algun sucesor, le dejo este puñal, ya sea para vengarse, ó ya para terminar sus desdichas.* Me estremecí con tal lectura. ¡Ay! dije: ¡con que estos sacerdotes fanáticos son los verdugos de la divinidad! Pero esclareció mi entendimiento una idea repentina: concebí que aquella arma podia romper mis hierros y vengarme. Aguardé á que declinara el dia; y comisioné á mi carcelero para que dijera al gefe de los coribantes que yo deseaba tener con él una conferencia secreta. Envióme inmediatamente á buscar con sus satélites. Oculté bien mi puñal. Habia yo notado en la conferencia primera que mi escolta se habia quedado de puertas afuera, y yo solo encerrado con el anciano. En esta segunda conferencia sucedió lo mismo. Asi que estuvimos solos me dijo con voz hipócrita: ,,Sin duda, hijo mio, que la razon ilustra vuestra alma, ó por mejor decir la gran diosa ha tenido lástima de vos: mis concolegas estan irritados de vuestra obsti-

nacion; mas yo espero conseguir vuestro perdon, y aun su gracia." Mientras hablaba observaba yo sus movimientos, su postura, y el parage donde podia herirlo mejor. Pero como yo continuaba callando, me dijo: ,,¡Qué! ¿No me respondeis?" — Toma la respuesta, le dije, y le dí una puñalada en el pecho: quiso luchar conmigo; pero lo derribé en tierra, le cerré la boca, y con otra puñalada acabé su abominable vida: dime prisa á ponerme sus vestidos, salí, hice señas á las guardias para que custodiasen bien la puerta, y se levantaron y me saludaron profundamente. Luego que salvé aquel paso, que era mas peligroso que el de Escila y Caribdis, vagué extraviado por aquel vasto edificio, cuyas salidas no conocia. Reinaba en él la obscuridad. Por fortuna encontré á un esclavo que llevaba una hacha. — ,, Alúmbrame hasta la puerta", le dije con voz imperiosa, porque voy á salir para un asunto urgente." Engañado aquel hombre con mi trage, me acompañó con mucho respeto. Asi que me vi fuera me despojé corriendo de mis vestidos sacerdotales, y casi desnudo y ensangrentado recorrí las calles de Mileto tan turbado que con dificultad atiné con mi alojamiento, donde volví á ver á mi Antenor amado, á quien abracé bañándolo con mi llanto." — Alabamos la conducta y la intrepidez de Fáner, y le felicitamos del éxi-

to, que habia coronado una accion tan atrevida.

## CAPITULO XIII.

*Proyecto de retiro de Fánor. Su llegada á Rodas.*

Noticié á Fánor que teníamos ya nuestro pasage sobre un navío que partia para Rodas. ,, Pero, Fánor, le añadí, en nombre de los dioses os pido que seais mas circunspecto en vuestros afortunados sucesos amorosos. Cuéntase que la locura fue condenada por Júpiter á servir de lazarillo al amor, á quien habia dejado ciego. Apelad de la sentencia, y haced que la prudencia le sirva de guia." — ,, Ya está tomada mi resolucion, Antenor mio: renuncio á todas las mugeres: la sonrisa del amor se parece á la sonrisa de los primeros dias de la primavera, á quienes siguen las tormentas. Quiero vivir para mí y para la filosofía. He formado un plan que espero poner en ejecucion muy pronto. No solamente quiero huir de un sexo peligroso, sino tambien de toda la sociedad humana. Participad por mitad de mi proyecto, y asegurareis la felicidad de mi vida. Oid cual es. Sé que hay un monte Atos, circundado de una cadena de otros montes. En él se encuentran asilos salvages y escondidos. El tal monte, que está cubierto de bosques espesos, se ve regado

por manantiales y arroyuelos que forman frecuentes cascadas (*a*). Alli, pues, á las orillas de una agua pura escogeremos una situacion agradable, y fabricaremos una casa que mire al mediodia. La sencillez, dirigida por un gusto fino, distribuirá el edificio y dispondrá los muebles. Nuestra sociedad consistirá únicamente en seis ú ocho personas dignas de verse reunidas, asi por sus buenas costumbres como por su entendimiento, y por aquella filosofía dichosa, que no tanto consiste en un fárrago inútil de erudicion, cuanto en la práctica de las virtudes amables. Las mugeres quedarán excluidas de la comunidad, porque son palomas con garras de buitre. Tendremos una biblioteca selecta. Cultivaremos un gran jardin, que nos dará para la mesa alimentos sanos y abundantes. De diez en diez dias habrá una junta en la biblioteca, y cada cual llevará sus reflexiones, sus versos, y en fin, el fruto de sus trabajos. Las horas de las comidas serán horas fijas, y no se impondrá mas ley que esta. En lo demas del dia cada cenobita usará del tiempo á su placer, con tal que llene los empleos de la comunidad, los cuales ejerceremos cada uno á su vez. Sobre el frontispicio de la puerta se leerá: *liber-*

(*a*) El Alos se llama hoy *monte Santo*, porque está lleno de monasterios del Orden de S. Basilio.

*tad*, *reposo*, *filosofía*. Todos los meses se nombrará un gefe para que entienda en los negocios de la república. Allí, exentos de inquietud, de ambicion y de amor, y comprimiendo aquella actividad devoradora que atormenta al hombre, y aquellos deseos fogosos que lo arrebatan y engañan sin cesar, y ejercitando nuestra alma y cuerpo con trabajos y estudios moderados, sin echar menos lo pasado, contentos con lo presente, y tranquilos sobre lo venidero, correrá nuestra vida como aquel rio del valle de Tempé entre sus orillas solitarias y risueñas." — „Vuestro plan en perspectiva, le dijo Antenor, presenta una vida dulce y feliz, aunque acaso algo monótona; pero me temo que sea hija del humor negro, de la desesperacion y de la misantropía. Los mas de los hombres, oprimidos con el peso de la vida, y punzados por las espinas de la sociedad, graduan de soberano bien á la soledad y al descanso; pero desengañados antes de mucho de su quimera, y mas cansados de sí mismos que del mundo, son lanzados otra vez al centro del torbellino por el arrepentimiento y por el fastidio. Y asi, Fánor, creedme, y tomaos un par de años para madurar vuestro proyecto; y entonces, si os mantuviereis firme en él, os prometo, á imitacion de lo que Apolo y Neptuno hicieron para Troya, ayudaros á edificar sobre el mote

Atos vuestra fortaleza filosófica."

Llegada la hora de nuestra partida, nos llevó el honrado Filisto por la noche al puerto de Mileto; y nos despedimos de él con sentimiento, despues de haberle dado cordialísimas y debidas gracias.

Un viento fresco y favorable nos llevó en muy poco tiempo á Rodas.

## CAPITULO XIV.

*Descripcion de Rodas y del Coloso. Costumbres de los habitadores. Marcha precipitada. Tempestad. Su llegada á Sidon. Descripcion del monte Líbano.*

Nos sorprendió á nuestra llegada el magnífico cuadro que presenta aquella ciudad. Se levanta en anfiteatro, y se extiende hasta la orilla del mar. Píndaro llama á dicha isla la hija de Venus y la esposa del sol. Sus puertos y arsenales son excelentes y bien construidos. Sus murallas, guarnecidas de torreones, son elevadísimas. La vista de su inmenso Coloso, por entre cuyas piernas pasó nuestro navío á toda vela, nos admiró tanto, que suspendió nuestro pensamiento. Es de bronce, y estriba sobre dos rocas enormes á la entrada del puerto, y está dedicado al sol. Tiene setenta codos de alto: pocas personas pueden abrazar su

dedo pulgar, y cada uno de sus dedos tiene la longitud de una estátua regular. Es obra de Cares de Lindo, quien trabajó en ella doce años 17.

Nuestro capitan nos alojó en casa de un comerciante anciano, hombre limitadísimo, que se habia enriquecido en el comercio, no tanto por su industria cuanto por su severa parsimonia. Pero sea como fuere, sus riquezas lo babian envanecido hasta lo sumo; y por una de las dulces ilusiones del entendimiento humano, no dejaba de atribuir los favores de la fortuna á la elevacion de su ingenio.

Tenia una hija de diez y seis años de edad, á la que celaba con ojos de argos, creyéndola un prodigio de habilidades y de gracias. Su estatura era pequeña, sus formas voluminosas, y su pecho hubiera podido disputar la amplitud al de la madre Cibeles. Las rosas de su tez se veian sembradas sobre un fondo muy moreno: su boca distaba poco de sus orejas; y en sus ojos pequeñuelos y redondos chispeaba el fuego del placer. Luego que la vi dije á Fánor: „Me lisonjeo de que esta ninfa no nos hará salir de Rodas tan rápidamente como salimos de Mileto." — „En cuanto á eso, replicó Fánor, yo os aseguro que esta Venus *Calipige* (*a*) será para mí una cosa

(*a*) Calipige significa en griego bellas N....S.

sagrada: es el paladion de Rodas, cuyo robo seria un sacrilegio.

Fuéle dado á la ciudad el nombre de Rodas á causa de las infinitas rosas que perfuman y hermosean sus campos, los cuales estan alfombrados de ellas. Vense en la isla un centenar de colosos, muy inferiores al del sol, pero que no obstante darian celebridad á otros paises. Los templos, los edificios, las calles y los teatros, todo tiene en Rodas el sello de la grandeza y de la hermosura. El aire es tan sereno y tan puro, que uno de sus habitadores, hombre de abanzada edad, me aseguró que no habia pasado dia ninguno sin ver algunos rayos de sol. La tierra es de admirable fertilidad: los árboles de la mayor hermosura, y la uva, el vino y la miel, tienen mucho nombre.

El porte de los habitadores es grave: su vestido es sencillo y modesto: andan lentamente, y no se precipitan unos sobre otros como los Atenienses.

Rodas es la morada de la filosofía y de las ciencias. Su academia es una de las mas florecientes de la Grecia. Cuéntase que Arístispo, el Filósofo, naufragó en aquella isla; y que no sabiendo donde se hallaba, advirtió en la arena de la playa figuras de geometría, y que exclamó asi: „¡ Animo, amigos mios, que veo aqui pasos de hombres!"

Aquella isla se glorifica de ser la patria de Protógenes, que fue uno de nuestros mas celebrados pintores. Por desgracia nuestra estaba en Corinto. Nos contaron el como trabó amistad con Apeles. Llegó este á Rodas para ver á Protógenes, y como no lo encontrase en su casa, bosquejó una figurilla, y salió sin dejar dicho quien era. Vuelto Protógenes, vió aquellos rasgos ligeros y espirituales, y exclamó admirado: „¡Apeles está en Rodas!" Tomó entonces el pincel, y trazó un contorno mas correcto y delicado. Repitió Apeles la visita, y tampoco encontró á Protógenes; pero le mostraron lo que habia hecho. Conocióse Apeles vencido, y dibujó nuevos rasgos. Protógenes los graduó de tan superiores á los suyos, que corrió á buscar á su competidor, y contrajo despues con él una amistad muy íntima.

Dijéronnos tambien que Protógenes habia empleado siete años para hacer su Jaliso, cazador famoso, nieto del sol, que es su mas celebrado cuadro; y que todo el tiempo que trabajó en aquella pintura vivió sometido á un régimen muy rigoroso.

Quince dias habia que estábamos en aquella ciudad disfrutando de todas sus delicias. Visité con frecuencia cuantas maravillas encerraba: cada mañana iba á ver aquel famosísimo Coloso que no me cansaba de admirar. Al salir el sol del dia dé-

cimosexto entró mi huésped en mi cuarto con el rostro encendido, y me dijo con harta grosería que me fuese á vivir á otra parte. Preguntéle el motivo, y me respondió: „Id á buscar á vuestro amigo, que él os lo dirá. — ¡ Pues qué ! repliqué al huésped, ¿ no está en su cuarto ? — No está en él, me repuso: la noche pasada salió por la ventana: ¡pluguiera al cielo que se hubiera quebrantado los huesos! Me asusté de oir al huésped, y le supliqué que se explicara con mas claridad; pero en vez de contestarme me volvió la espalda diciéndome, segun la fórmula acostumbrada: „*A dios, hasta la vista.*"

Heme aqui ya en la calle maravilladísimo de aquel suceso, y muy inquieto por no saber que era de Fánor. Di por cierto que habia recaido en su pecado habitual con la hija del comerciante, sin embargo de ser tan fea. Lo aguardé en la plaza pública, presumiendo que alli acudiria. En efecto, de alli á poco lo vi venir con aire muy risueño, lo cual me tranquilizó, y me dijo: „Cuatro horas ha que os busco. — ¿ Y para qué, le pregunté, salísteis tan de madrugada? — A motivo, me respondió, de una súplica muy apretante de nuestro amado huésped. — Pues él me ha dicho, Fánor, que habiais saltado por la ventana. — Digo, Antenor que es un hombre que no miente; pero el salto no es tan peligroso

como el de Léucades. Os contaré el asunto en tiempo mas oportuno. Vengo del puerto, donde he encontrado un navío que parte para Tiro. Nuestro pasage ya está ajustado: vámonos á embarcar. Desde Tiro iremos á la Palestina."

Asi que volvimos á pasar por entre las piernas del Coloso, un viento suave y fresco, que jugueteaba en las velas del navío, nos llevaba ligeramente por las aguas. La tarde era deliciosa. El aspecto del ocaso del sol y de un mar sosegado y vastísimo presentaba un cuadro magnífico y maravilloso.

Volvimos á encontrarnos en el navío con el desgraciado Diágoras, que, perseguido por los Griegos, vagaba de ciudad en ciudad. Aquel encuentro nos pareció de peor agüero que el entorpecimiento del dedo meñique, ó un estornudo oido á nuestra izquierda (*a*). Con todo eso, favorecia nuestra navegacion un viento propicio: el piloto, muy tranquilo junto al timon, cantaba con agradable tono el himno antiguo de los argonautas. Pasamos por delante de la isla de Chipre, que se vanagloría de ser la patria de Homero. Pero súbitamente, á eso de media noche, al ponerse las pléyadas, se amontonaron las nubes, soplaron,

(*a*) Entre los Atenienses era esto presagio siniestro.

silbaron y se entrechocaron los vientos, desaparecieron las estrellas, espesáronse las tineblas, y nuestro navío, arrebatado por la corriente, corria á flor de agua ya vencido de un costado y ya del otro: montes de agua se levantaban, y se precipitaban sobre nosotros: el piloto, pálido y trémulo, mandaba la maniobra y llamaba en su socorro al timon: los marineros no se entendian, y gritaban é imploraban á los dioses. El intrépido Fánor los exhortaba y alentaba sus ánimos, y ya se agarraba al remo, y ya se ponia al timon. Diágoras, echado sobre un cofre, callaba. Acerquéme á él y me dijo: ,, ¿Creeis que los dioses hayan enviado expresamente esta tormenta para que perezcamos? ,, Respondíle que yo no alcanzaba á penetrar sus secretos. — En horabuena replicó Diágoras; pero si los dioses existen, ¿á qué viene este desorden y este trastorno de la naturaleza? ¿á qué tantas desgracias?" Como yo no le contestaba añadió: ,, Perezcamos pues, si ese es nuestro destino; que despues de muerto acaso penetraré tan terribles misterios." Llevónos el viento hácia las costas de Siria. Al amanecer descubrimos la tierra: espumaban las furiosas olas, y chocaban contra un vasto monte de peñas: el horrísono estruendo de estas, el de los vientos, los clamorosos gritos de los marineros, el aspecto de un naufragio ine-

vitable, y el de la muerte, atemorizaban todos los corazones. Unas veces alternando, y otras todos á una, nos agarrábamos á los remos, y hacíamos esfuerzos increibles para alejarnos de aquellas peligrosísimas rocas; pero el mar y los vientos, mas y mas impetuosos, arrebataban nuestra nave como una paja ligera: ya el naufragio era cierto, y la muerte estaba encima. Yo nadaba muy mal, porque habian descuidado esta parte de mi educacion. Un jóven Cretense me dijo: „Apoderémonos de este tablon y nos salvaremos ambos." Fánor al contrario era un nadador diestrísimo. Teníamos entre los pasageros dos mugeres madre é hija: esta se llamaba Mónica: Fánor las dijo que salvaria á una de las dos como se agarrase bien á su pelo, que era espeso y largo. Puesta la jóven Mónica de rodillas ante su madre, la rogó que se aprovechara del generoso socorro de Fánor. La madre llorando, la dijo que habia vivido ya bastante." ¡Tú, hija mia, continuó diciéndola, apenas empiezas á vivir: no querria yo por cuanto hay la vida á expensas tuyas! ¡No te di la existencia para quitártela! ¡Sálvate, amada Mónica, que asi lo quiero y te lo mando!" Mientras esta tan tierna competencia, vino un terribilísimo viento y nos llevó con violencia á dar contra un enorme escollo: partióse la nave, se abrió, y el mar penetró en ella enfurecido.

*

Los sollozos, los llantos y los alaridos aumentaron los terrores: el Cretense y yo nos agarramos á la tabla, que era nuestra única esperanza. La madre de Mónica suplicó á Fánor que salvara á su hija; esta se negó, retrocedió y resistió; pero Fánor la tomó en sus brazos y se precipitó con ella á los abismos del mar. Veíale yo sumirse, levantarse sobre las olas, y luchar con vigor y esfuerzo, tirando de la muchacha Mónica, que lo tenia fuertemente asido por el pelo, amando aun la vida al aspecto de una muerte inminentísima. Yo que iba sobre mi tablon, siendo juguete de las irritadas olas, no atendia á otra cosa que al peligro de Fánor. En fin, casi moribundos y agotados de fuerzas, aunque no de valor, tomamos tierra todos cuatro casi á un mismo tiempo. ¡Qué gozo cuando nos vimos sanos y salvos á la orilla! No acababan nuestros abrazos y caricias; pero las interumpimos para socorrer á Mónica, que se habia desmayado. Lo primero que sentimos al mirarnos fuera del riesgo fue alegría; pero de alli á poco la vista de los cadáveres de nuestros compañeros, que sobrenadaban, nos suscitó la lástima y el dolor: lloramos su desventurado destino. El blasfemo é infeliz Diágoras pereció tambien sin duda, ó negando la existencia de los dioses, ó maldiciéndolos. La sensible Mónica, anegada en lágrimas, buscaba el

cuerpo de su madre. La arrancamos de aquellas funestas orillas, nos internamos en el pais, y supimos que estábamos á cien estadios de Sidon. Descansamos en casa de un labrador, que nos dió cuantos socorros caben en un corazon humano y compasivo, y partimos luego para dicha ciudad, acompañados del Cretense y de Mónica. El piloto y algunos marineros se escaparon del naufragio. Al entrar en Sidon, exclamó Fánor: ¡Saludo á la madre de Tébas! ¡Nosotros somos una colonia de Sidon!

Mónica nos aposentó en casa de un hermano de su madre; pues para verlo se habian embarcado. Aquel honrado sidonio nos mostró una gratitud muy viva, y nos ofreció su casa y sus bienes, de cuyas ofertas nos aprovechamos para rehacer nuestros equipages: su amable sobrina (á quien un agradecimiento sumo y una sensibilidad extremada arrastraban á un modo de sentir mas dulce y peligroso) hubiera pagado los servicios de Fánor con un premio que solo al amor es debido; pero mi amigo anduvo tan pundonoroso, que no quiso aceptar el salario por no deslucir el beneficio.

Sidon está en una hermosa llanura, y su puerto es muy bueno (*a*). Los Sidonios

(*a*) Aquella ciudad, en el dia decaidísima, se llama Zaide ó Seide.

son aptísimos para las artes, y las Sidonias sobresalen en las obras de bordado.

El monte Líbano es lo mas curioso que hay en aquella comarca: unos cedros antiquísimos penetran por los aires, hasta que sus copas se pierden en ellos de vista: la superficie de la tierra se ve cubierta de yerbas balsámicas y odoríferas: tambien se encuentran canteras de mármol blanquísimo: asimismo da abundante incienso. Vimos alli innumerables víctimas que se estaban engordando para los sacrificios. Seis rios, y entre ellos el Jordan, nacen en aquellas montañas.

Estuvimos poquísimo tiempo en Sidon á pesar del tierno amor de madre que Fánor la daba, y á pesar de la amistad de nuestros huéspedes; y aun renunciamos el proyecto de ir á Tiro, que en otro tiempo fue la reina de las ciudades. Nos punzaba el deseo de ver á Jerusalen y á aquellos Hebreos conocidos en el Asia menor, pero ignorados en lo demas del mundo, y mirados por los Griegos como un pueblo agreste y bárbaro.

## CAPITULO XV.

*Costumbres de los Hebreos. Descripcion de su templo. Venganza de su Dios.*

Conocimos que la Grecia despreciaba jus-

tamente aquella nacion, la cual, ademas de estar infestada de una supersticion baja y ridícula, está degradada tambien por la rusticidad de sus costumbres. Su vicio dominante es la avaricia. Son los Hebreos orgullosos en su misma miseria, y altivos por su orígen fabuloso, y se atreven á despreciar á las otras naciones, que con justicia los tienen por enemigos del género humano. Viven separados de todos los habitantes del mundo, sin querer parecerse á ellos, ni en la mesa, ni en las libaciones, ni en el orar, ni en los sacrificios. Desdeñan las artes, las bellas letras, y particularmente la escultura. „Las estátuas, dicen ellos, son producciones de la ociosidad." Toda su industria se limita al cultivo de las tierras, y aun pudieran ser felices en su vida patriarcal si la supersticion, al mismo tiempo que los envilece, no perturbase su felicidad. Las mugeres amasan el pan, preparan la comida, hilan la lana, fabrican las telas, y se hacen sus vestidos. Sus comidas son frugales. Les está prohibido comer cerdo (segun ellos animal inmundo), sangre, grasa, pescados sin escamas, y animales que tengan el pie redondo y dividido en muchos dedos.

Su gobierno es teocrático. esto es, su Rey y Gefe supremo es su dios Adónai; pero como este dios es invisible, ni guardan constitucion ni economía política: sus sa-

cerdotes tienen con ellos grande influencia, y hacen hablar á Adónai segun sus caprichos é intereses.

Fuimos bastante mal acogidos en Jerusalen, porque los judíos huyen de los extrangeros. Jamas logramos comer con ninguno de ellos; porque temian que hubiésemos comido puerco, ó tocado algun animal inmundo.

Nos alojamos en casa de uno llamado Jonatás, que tenia cuatro mugeres. Puede la poligamia lisonjear los deseos de un hombre voluptuoso; pero el sabio no ve en ella mas que una carga pesadísima. Contínuamente habia entre aquellas mugeres divisiones, cabalas y guerras intestinas. Un hijo tiene tantas madrastas, cuantas mugeres tiene su padre.

Aquel pueblo, igualmente que los Griegos, hace mucho caso de la fuerza del cuerpo, pero descuida la cultura del entendimiento. Desprecia el estudio de las lenguas extrangeras. Su biblioteca se reduce al libro de la ley (que todo Hebreo está obligado á meditar cada dia, especialmente el que ellos llaman dia de sábado), y á algunos otros libros y á los escritos de su Rey Salomon, que contienen tres mil parábolas, mil y quinientos cánticos, y algunos tratados sobre plantas y animales.

Jonatás me contó que sus antepasados habian huido de Egipto, llevándose la va-

jilla de los Egipcios; que habian vagado cuarenta años por vastos desiertos antes de llegar á la Palestina; y que, por una proteccion especial de su Dios *Jehovat*, sus vestidos y zapatos no se gastaron en todo aquel tiempo; y que las túnicas de los niños se alargaban y se ensanchaban en razon de lo que medraban y crecian; y que los barberos les habian sido inútiles, porque ni la barba, ni el pelo, ni las uñas vegetaron mas, quedándose en el mismo estado (*a*).

Su luto es rigurosísimo. Nuestro huésped perdió á su hermano mientras estábamos en su casa. Se desgarró los vestidos, se magulló el pecho, se puso las manos sobre la cabeza, y se echó en ella polvo y ceniza en vez de los perfumes con que se embalsamaba en tiempos de alegría: se rapó el pelo y la barba, no se lavó mas, y se puso por vestido una especie de saco sucio y roto. Andaba con los pies desnudos, con la cabeza descubierta, y con la cara tapada. Algunas veces se embozaba en una capa para no ver la luz, y ocultar las lágrimas. Ayunó cerca de un mes, no comia hasta puesto el sol, y entonces pan y legumbres con solo agua por bebida. Todo el dia se estaba sentado en el suelo, ó recostado sobre la ceniza; y ya guardaba

(*a*) San Justino y S. Gerónimo confirman sólidamente lo que dijo Jonatás.

profundo silencio, ó ya entonaba un cántico lúgubre, el cual era tan parecido al quejido del buho, que melancolizaba á cuantos lo oian.

Asistimos á una prueba muy extraña, cuyo efecto, segun ellos dicen, es infalible. Una muger, á quien su marido sospechó de adúltera, fue condenada á beber del agua de los zelos. Esta agua, consagrada por el gran sacerdote, se mezcla con ceniza. Nos aseguraron que asi que una muger culpada la bebe, se hincha y muere al momento. Aquella muger ni se hinchó ni murió. No tuvimos la fortuna de encontrar una muger adúltera para juzgar del efecto de dicha agua. Otro de sus usos extravagantes es que un marido puede repudiar á su muger cuando ha dejado cocer sobradamente la carne.

Fuimos á visitar el templo edificado por su Rey Salomon. Uno llamado Acás, pariente de Jonatás, nos llevó á él. El edificio no tiene mas que ciento y cincuenta pies de largo, sobre otros tantos de ancho. Nadie entra en él sino los sacrificadores que estan de servicio, y á horas arregladas por tarde y por mañana para encender las lámparas, y ofrecer panes y perfumes.

Solo el gran Pontífice puede entrar en el santuario donde reposa el arca de la alianza, y solo una vez al año.

Todo el templo está revestido de madera

de cedro, adornado de esculturas, y cubierto con láminas de oro. A los pies del templo se levanta una torre cuadrada, donde está colocado el altar de los holocaustos: vense diez grandes vasijas de bronce puestas sobre unas basas movibles. „La vasija de la derecha, llevada por doce bueyes, me dijo Acás, se llama la mar de bronce: los sacerdotes estan obligados, bajo pena de la vida, á lavarse en ella manos y pies antes de los sacrificios."

Llevónos seguidamente nuestro guia á las salas donde estaban los tesoros, los vasos sagrados de oro y de plata, y los vestidos de los sacerdotes. Nos mostró los almacenes en que se guardan las ofrendas destinadas al alimento de los sacrificadores, de los levitas, de las viudas y de los huérfanos. En otros parages conservan el vino y el aceite para las libaciones, la sal con que deben sazonarse todas las ofrendas, y los corderos para los sacrificios. „Se ofrecen, me dijo, dos por la mañana y dos por la tarde; y esto es lo que llamamos sacrificio perpetuo. Los dias de sábado y de fiesta se multiplican, sin contar las ofrendas de los particulares. Nuestro gran Rey Salomon sacrificó un dia en este templo veinte y dos mil bueyes gordos, y ciento y veinte mil carneros."

Visitamos las cocinas, las salas de comer de los sacrificadores, los cuerpos de guardia de los levitas que custodian el templo de

dia y de noche, las habitaciones de los levitas músicos, y la sala en que se junta el consejo soberano de los senadores.

Estuvimos presentes á un sacrificio. Los particulares degollaron las víctimas, las prepararon y las cocieron. Los sacerdotes derramaron la sangre alrededor de la víctima, encendieron el fuego, y pusieron encima las partes que se habian de ofrecer.

Su gran Pontífice no solamente es el gefe de la religion, y el juez ordinario de las dificultades relativas al culto, sino tambien de todo cuanto concierne á la justicia civil.

Creen los Judíos que su Dios identifica con el gran Sacerdote al oráculo de la verdad; que responde á sus preguntas; y que le descubre las cosas ocultas y futuras cuando está revestido con todos sus ornamentos.

El gran Sacerdote no puede llevar luto por nadie, ni aun por sus padres mismos, ni entrar en parte alguna en que hubiere un cádaver por no contaminarse.

No se puede casar sino con una vírgen. Su vestidura es mas magnífica que la de los otros sacerdotes: consiste en una túnica de lana de particular tejido: sobre la túnica lleva un manto largo, de color celeste ó de jacinto, adornado por abajo con una guarnicion de campanillas de oro, y de granadas hechas de lana de varios colores.

Los Hebreos tienen un dia en cada semana consagrado á la devocion y á la sociedad, y lo llaman sábado. Respetan tanto aquella fiesta, que en uno de aquellos dias llegaron á decirle á mi huésped, que se habia pegado fuego á su caballeriza, y aquel hombre no se atrevió á dar ninguna providencia, y la dejó quemarse, juntamente con dos burros, que fueron inocentes víctimas de la necedad de su dueño.

Jerusalen en aquella época era blanco de intestinas divisiones. Dos hombres ambiciosísimos, y enemigos uno de otro, encendian el fuego de la discordia. El uno se llamaba Onías, que era gran Pontífice; y el otro Simon, sacerdote sencillo. Este, para perder á su competidor, envió á decir al Rey de Asia, que el templo de Jerusalen estaba lleno de tesoros. Con este aviso envió aquel Monarca á Heliodoro con tropas para que se apoderara de él. El General entró en el templo al frente de su ejército. Fánor y yo nos metimos entre el tropel consternado que daba horribles gritos. Las mugeres se arrancaban los cabellos y se destrozaban la ropa. Iba el templo á ser saqueado y robado; pero su Dios Adónai hizo un prodigio para salvarlo. Bajó del cielo un hombre á caballo, derribó en tierra á Heliodoro, que estaba en el coro todavía, y lo pisó y maltrató; y al mismo tiempo dos jóvenes de bellísima fi-

gura, que los Hebreos llaman ángeles, lo acometieron vigorosamente, y lo echaron del templó á varazos; y lo que hizo mas estupendo el milagro fue que sus soldados permanecieron inmobles de espanto y de respeto.

Dada esta correccion ejemplar, salió de la ciudad Heliodoro, jurando por Belo, su dios, que nunca mas se meteria con Adónai ó Jehovat, Dios de los Judíos, cuyos emisarios tenian tanto poder.

Nos disgustamos pronto de estar en una ciudad tan miserable, y propuse á Fánor (en caso de que no estuviese enamorado de alguna hermosura hebraica) partir para Babilonia. Convínose á ello, diciéndome que mas queria su Calípige de Rodas, que la mas hermosa muger de Jerusalen.

Fuimos testigos, antes de nuestra partida, de un prodigio todavía mas maravilloso que el de Heliodoro.

Mi huésped Jonatás entró una mañana, y me despertó con mucho ruido.— „Levantaos, me gritó, subid al terrado, y vereis en los aires el fenómeno mas raro. ¿Qué cosa es? le pregunté: ¿son grullas, cuervos ó langostas?— No es nada de eso, me respondió: son ejércitos de infantería y de caballería que pelean sobre las nubes. — ¡Hombre, qué decis! le repliqué: ¡en gran peligro estamos si se nos caen encima!" Al oirme Jonatás hizo un gesto tan

feo, que me espantó. Conocí que no convenia reirse descaradamente de las necedades humanas. Me vestí de prisa, y subí al terrado, donde ya estaba toda la familia junta. Las calles, las plazas y los techos y terrados de toda la ciudad estaban cargados de espectadores, los cuales con los ojos puestos en el cielo miraban el choque de los dos ejércitos. Aquel espectáculo causaba admiracion y espanto á un mismo tiempo. Hombres y mugeres voceaban, daban alaridos, é imploraban con gritos desentonados á su Dios Adónai. Jonatás, que estaba junto á mí, me decia: ,, Reparad en aquellos arrogantes caballos y caballeros cubiertos de oro, que se impelen y se entrechocan: mirad á estos otros como huyen vencidos, y ved á aquellos infantes, con espada en mano y escudos de oro, como se defienden, como retroceden, como vuelven á cargar, y como retiran al contrario." _ Yo habria tantos ojos y un palmo de boca para ver todo aquello; mas no veia sino nubes, que se mecian en los aires bajo diferentes formas. Díjeselo á Jonatás, quien me respondió que seguramente era yo corto de vista. Convine en ello por no echarlo á perder. Pero Fánor, menos prudente ó menos político que yo, preguntado por una vieja, ¿qué era lo que veia? respondió: que *muchos tontos con el pico al viento*. Por poco no nos apedrean

por la bufonada; pero con un poco de dinero, que es el primer dios de aquel pueblo, desviamos la tempestad. Duró dos dias la batalla que se daba en los aires.

Mientras tanto no cesaron en la ciudad los sacrificios, las oraciones, los alaridos y los lloros. Finalmente, los dos ejércitos se retiraron, el aire se purificó, y la paz bajó del cielo. Como miles y miles de testigos vieron y certificaron los dos mencionados prodigios, no me empeñaré, con un pirronismo fuera de próposito, en negar la posibilidad ó la existencia: séale permitido á cada cual creer lo que quisiere segun su gusto, ó segun la extension de su vision física ó moral.

Casi por todas partes está cubierta la Palestina de áridas rocas, sobre las que los habitadores han transportado alguna tierra para plantar viñas. Aquella tierra, ligada con el cascote de las mismas rocas, está sostenida con pequeñas tapias. El terreno es aridísimo; y los pastos, que son muy pocos, solo pueden alimentar borricos. Los bueyes son flaquísimos; pero los carneros no parecen tan mal. Los olivos dan buen aceite. Llueve rara vez en aquel pais. Hay pocas fuentes, y se suplen á grandísima costa con cisternas. Tuvimos la curiosidad antes de partir de ir á ver, á tres estadios de la ciudad, la sepultura célebre de una muger llamada Helena. La puerta de dicho

sepulcro, que es de mármol como todo él, se abre por sí misma cierto dia del año y á cierta hora por medio de una máquina, y se cierra poco tiempo despues. En cualquiera otra época no se podria abrir sin romperla.

## CAPITULO XVI.

*Viage por el Eufrates. Comida en casa de unos labradores. Narracion y aventuras del Nestor de la aldea.*

Llegamos á fines de Febrero á las orillas del Eufrates. Aquel rio, que es profundo, grande y rápido, tiene su orígen en la Armenia. Bajamos por él hasta Babilonia. El cielo estaba sereno, el calor era templado, y las hojas de los árboles presentaban varios cambiantes ó visos. Descubriamos á lo lejos inmensidad de trigos, cuya superficie hacia ondear el viento. El lino y las habas estaban ya casi en sazon, y los árboles vestidos de flores. Tal era el delicioso pais que presentaban á nuestra vista las orillas del Eufrates.

Nuestro barco, redondeado como un escudo, estaba construido con sauces, y revestido por afuera con pieles. Lo mismo son cuantos barcos navegan sobre el Eufrates. Llenan el fondo de paja, y los abandonan á la corriente del rio, cargados de mercadu-

rías, y especialmente de vino de palmas. Dos hombres los gobiernan. Transportan un asno en cada barco regular; y en los grandes llevan muchos. Llegan aquellos hombres á Babilonia, venden los géneros, la armazon del barco y la paja, cargan despues las pieles sobre sus burros, y se vuelven á Armenia de donde partieron.

Todavía distábamos cien estadios de Babilonia. Era el medio dia. Alcanzamos á ver un bosquecillo, que nos pareció delicioso. Grupos de sauces corpulentos y altos se extendian por las márgenes del rio. Sus ramas largas y flexibles se bañaban en el agua. Granados y palmeras, plantadas sin simetría, formaban en ambas orillas del rio bosquecillos mezclados con arbustos coronados de flores. Al lado del sicómoro crecia el cañafístolo, ostentando sus manojos de flores amarillas semejantes al citiso. Veíamos algo mas lejos algunas cabañas y un agregado de chozas de tierra de figura redonda sombreadas por palmeras. Y al lado opuesto del rio habia algunas aldeas, circundadas de bosquecillos y de grupos de árboles, que presentaban cuadros graciosos y pintorescos

A este jardin de las Hespérides bajamos á comer. La frescura de la yerba; la diversidad de los árboles; las zarzas esparramadas; una multitud de tórtolas y de otros pájaros, que se ocultaban y jugueteaban

entre los espesos follages, celebrando á coros la juventud del año; y los ganados numerosos que volvian de pastar; todo aquel conjunto producia una escena risueña y animada. El cielo, la tierra, las aguas, los sombríos bosquecillos, la verde yerba, y la vista de las cabañas y chozas parecia que estaba dispuesto para recrear los ojos y el alma. Fánor y yo, sentados uno junto á otro, callábamos y disfrutábamos; y solo exclamábamos de tiempo en tiempo: "¡Cuántas bellezas! ¡Qué instantes tan deliciosos!" Sentíamos aquel deleite imprevisto, aquellas dulces conmociones, aquel gozo puro y sosegado que el aspecto de la hermosa naturaleza vierte en un alma sensible, inundándola, por decirlo asi, con plenitud de vida.

Despues de una meditacion ó éxtasis de media hora nos encaminamos hácia las cabañas de los labradores para pedirles leche y huevos. Las mugeres, sentadas alrededor de las cabañas, trabajaban en varias obras: al acercarnos se retiraron, asustadas de nuestras armas y de nuestros vestidos extrangeros. Solo quedaron los hombres, y tambien desasosegados con nuestra visita; pero al instante los tranquilizamos.

Entonces volvieron las mugeres, que nos rodearon y consideraron de pies á cabeza. Algunas eran bonitas, aunque en general su tez es sobrado morena. Todos nos con-

„ Aquellos voluptuosos jardines, que costaron inmensas sumas, fueron imaginados por la Reina Nitocris, que amaba ciegamente los bosques y el campo. Dicha Reina tenia un entendimiento despejadísimo y capaz de vastas empresas. Muerto Nabucodonosor, su esposo, formó un bellísimo proyecto y de ejecucion difícil, cual fue el de levantar un puente de piedra sobre el Eufrates, para unir la ciudad que aquel rio dividia en dos partes. Su rapidez y profundidad oponian gravísimos obstáculos; pero no hubo cosa que arredrara á Nitocris. En el término de un año ¡cosa increible! existió el puente. Mandó excavar un hoyo inmenso, que se tragó, digámoslo así, al rio; y despues saliendo de aquel depósito volvió á su madre antigua. Estaban preparados todos los materiales: fabricóse el puente; y acabada la obra volvió el Eufrates á tomar su curso ordinario.

„ El agua del rio, por medio del contínuo juego de las bombas, riega aquellos jardines varias veces al dia, como asimismo las calles. Encontrareis en las plazas fuentes con abundantes caños de agua fresca y pura, que mantienen verdes y copados árboles, cuya agradable sombra es muy necesaria en nuestros ardientes climas.

Aquel anciano hablaba con tanta noble-

za y finura, que supusimos desde luego que era algun hombre de nacimiento, retirado en aquellas soledades ó por filosofía ó por juegos de la fortuna. Dímosselo á entender asi. — „Os engañais, nos dijo el anciano: nací en esta cabaña labrador é hijo de labrador; pero apenas entré en mi adolescencia cuando un vano deseo de curiosidad y de ambicion, ó acaso la inquietud de la edad y del entendimiento humano, y la engañosa esperanza de una felicidad fugitiva, me impelieron á dejar á mi padre y á estos mis bosques amados que dieron su sombra á mi niñez; y ¿por qué los dejé? por la morada de los Reyes. Empleáronme en los jardines de la Reina; y en prémio de mis trabajos y de mi constante asistencia me nombraron intendente de ellos. Alli vi á los grandes de la corte, y aprendí á conocerlos. No tardé mucho en cansarme de su altivez, en desengañarme de su política falsa, en sentirme humillado con su proteccion, en conocerme agitado del desasosiego que reina en los palacios, y en verme hecho blanco de los zelos de mis inferiores, que me envidiaban el empleo y mi creida felicidad. Empecé, pues, á echar menos la afortunada sombra de mis bosques, su dulce reposo, su dichosa calma y su amable sencillez. Pero diferia siempre sacar los pies del lodazal en que estaba metido. Teníame atado á la cadena

la ambicion y el amor de las riquezas. Tal es la debilidad del hombre, que ve el bien y no puede seguirlo! Por último, el amor consiguió un triunfo que la razon no pudo conseguir.

,, La hija de uno de los oficiales del Rey fue un dia con su madre á pasearse en los jardines de la corte. Llamábase Cléora. Miradla, que delante la teneis. Entonces era la azucena de la primavera, y el adorno y la gloria de nuestros jardines. Hoy es un despojo del tiempo, marchitado y arrugado por la decrepitud; pero no por eso la amo menos. Cuando jóven vertieron sobre mi vida delicias y placeres su hermosura y sus gracias. Cuando anciana todavía alegran mis dias su fidelidad, su dulzura y sus cuidados. Si alguno privado de la vista por mucho tiempo, la recobrase súbitamente y volviese á ver al sol en lo fuerte de sus resplandores, no quedaria sin duda tan sorprendido del pasmo y de la admiracion como lo quedé al ver á Cléora. La serví de cuanto pude en el jardin, la mostré lo mas curioso y agradable que habia, la presenté las mejores frutas y las mas hermosas flores: y alcancé de su madre permiso para llevárselas diariamente. Desde entonces me dió el amor nuevo ser, vivió mi alma reunida á la de Cléora, y circuló fuego por mis venas. Antes de mucho sospecharon sus padres el motivo de mis re-

galos y de mis visitas. Me cerraron la puerta aquellos esclavos de la corte, porque creyeron que un hombre honrado y libre era indigno de su alianza. Asaltóme una desesperacion, y estuve quince dias sin alimentarme, vagando todas las noches alrededor de la casa de Cléora. Las vigilias, la agitacion, la pesadumbre y el ayuno me extenuaron. Lo flaco que me puse secó las flores de mi juventud: alargóseme el rostro, y envejecí de treinta años; pero aquel decaimiento me fue favorable. Despues de mil proyectos, hijos de la desesperacion, abracé el siguiente: vestíme de mágico, y me rodeé á la cabeza una especie de tiara grande, bajo la cual desaparecia mi cara. Transformado de esta manera me presenté á la madre de Cléora, y me nombré enviado de parte del gran Arquimágico: "Ya sabeis, la dije, que mantenemos el fuego sagrado en nuestros templos. Mitra, ó el Sol, es el fuego mas perfecto, y es el soplo del mismo dios: despues del sol, el fuego elemental es el símbolo y la viva imágen de la divinidad. El gran Zoroastro nos lo trajo del cielo, y se repartió entre todos nuestros templos. Nuestras obligaciones son vigilar sobre él noche y dia, y alimentarlo con leña sin corteza. Rendimos nuestros homenages al sol en campo abierto, despues de habernos purificado: llevamos vestidos largos de lino, so-

bre la cabeza la mitra, y un velo de un tejido delicado ante la boca, para que nuestros alientos no empañen sus rayos. Despues de este sagrado fuego, ¡qué fuego hay mas bello que el del amor y el del himeneo, que es un don celestial! A nosotros, que somos sucesores del gran Zoroastro, nos toca propagarlo sobre la tierra. Asi, pues, vengo en nombre de nuestro gran Arquimágico, á proponeros un casamiento para vuestra hija. Mandadla venir, que yo me explicaré. Asi que llegó, la dije: ,, Bella Cléora, el dios Mitra, que es alma del universo es tambien principio de todas las generaciones, y tiene puestos los ojos sobre vos como sobre uno de los ornamentos de la naturaleza. Estoy comisionado para ofreceros un esposo igual en nacimiento á los mayores Sátrapas, y tan rico como cualquiera de ellos, pues posee mas de lo que desea; y ademas tiene buenas costumbres y probidad, y os ama ternísimamente, que son cosas superiores á la riqueza y al nacimiento." -- No engañé cuando dije que era igual á los Sátrapas en el nacimiento, pues nuestro orígen es el mismo, y tambien hablé verdad cuando dije que mis riquezas sobrepujaban á mis deseos. A todo esto me miraba Cléora atentamente, como queriendo conocerme, aunque no se atrevia á dar crédito á sus ojos. Preguntóme su madre el nombre del esposo. ,, Solo á vues-

tra hija se lo puedo confiar, le respondí, bajo la fe del secreto: tal es mi orden." Entonces separé á Cléora aparte, y la dije: „Reconoced al amante que os adora: recibid este papel. aguardo vuestra respuesta, ó para vivir desdichado, ó para tenerme por muy dichoso." Dicho esto. saludé á la madre, y salí con mucha gravedad. prometiendo volver de allí á dos dias. Mi papel decia asi: — „Abjurad todas las preocupaciones de la vanidad: igual á todos soy, pues soy hombre y honrado, y tengo un amor puro, ardiente é inmortal, que me eleva hasta vos. Os ofrezco unos bienes que no son como vuestra madre los ambiciona; pero que se reducen á un asilo campestre y agradable, donde tendremos reposo y lo necesario: y donde cultivaremos á la sombra de nuestras arboledas la virtud, los verdaderos placeres, la naturaleza y el amor. Si quereis seguirme, volveré esta noche, y y aguardaré debajo de vuestras ventanas la respuesta." — No os pintaré mi situacion en lo restante del dia: devorábame la fiebre. En fin, llegó la obscuridad: corrí á ponerme debajo de las ventanas de Cléora: aguardé: y ¡ay dioses! veo caer á mis pies un papel: lo arrebaté al momento: eché á correr de tal manera que derribé á un hombre en tierra sin dejar de correr. Decíame Cléora: „A vuestra probidad y al amor confio mi destino: mañana, á la tercera

hora de la noche, hallaos delante de mi casa, que yo saldré á unirme con mi esposo." ¡O dulce escrito! ¡O enagenamiento de una felicidad inefable! Al dia siguiente acudí á la cita á la primera hora de la noche: pasóse: empezó la tercera y acabó, y Cléora no parecia. La impaciencia extravió mi racionalidad, y abrasó mi sangre. Por fin, escuché pasos: oílos ya de mas cerca: me adelanté tambien, con ojos vigilantes y atento oido, palpitando de susto, y agitado de esperanzas. „¿Sois vos Oretes? me preguntó una voz blanda y temerosa." Conocí que era Cléora, y me arrojé á sus brazos, y la estreché en los mios sin poder articular ni una palabra. Aguardábame un caballo á la puerta de la ciudad: volamos á buscarlo: corrimos toda la noche; y llegamos al amanecer á una soledad en que vivia uno de mis parientes, donde nos unimos para siempre con los lazos del himeneo y de la felicidad. Ya que creimos la tempestad pasada, fuimos á vivir bajo mis paternales techos, y entre los bosques amigos que habitamos y cultivamos cincuenta años ha."

Escuchamos con la mas viva complacencia la historia de aquel anciano respetable.

Acabada la comida nos rodeó la juventud de ambos sexos: unas llevaban canastillos de flores; y otros sus instrumentos: oíamos el sonido de los címbalos, de las

flautas y de las panderetas: aquello era una fiesta que nos daban: nos convidaron á bailar, y aceptamos con gusto el convite. A Fánor le tocó la bailadora mas bonita: brillaba en los ojos el placer: su talle flexible y airoso, sus movimientos agraciados y sus ligeros saltos, la pintaban á nuestros ojos como la diosa del baile.

Fánor estaba embelesado; y yo creo que hubiera enfermado del corazon y de la cabeza si hubiéramos residido mas tiempo en aquella tierra feliz.

Dejamos á aquellas buenas gentes, despues de mil tiernas despedidas, y volvimos á nuestro barco para continuar el viage al apuntar del siguiente dia.

## CAPITULO XVII.

*Reflexiones de Antenor. Llegada á Babilonia. Costumbres de sus habitadores. Su cosmogonía, sus templos.*

Agitado Fánor con la impresion reciente del placer que acababa de disfrutar, se apartó de mí y se fue á pasear por aquellos bosques solitarios, y yo me senté en medio del barco para gozar de la belleza de la noche.

En ningun clima las habia yo visto tan hermosas. Sus sombras parecian velos transparentes, que solo quitaban á medias la

vista de los objetos. Por entre un azul purísimo se veia el brillo y titilacion de las estrellas. Parecíanme mayores que las de los paises que habia yo recorrido. No me admira que los Caldeos hayan sido los primeros astrónomos. Unos pastores ociosos y pacíficos, en el sosiego y silencio de las bellas noches, habian de fijar sus ojos sobre aquella bóveda magnífica, seguir el curso de sus astros, observar sus fases, y por grados adivinar su teoría.

Gozaba yo en aquel instante de la frescura del aire, de la vista y del ruido de las olas que jugueteaban en torno de mi barco, del brillante espectáculo de los cielos, y de aquella echicera soledad, la cual encadenando mis sentidos me metió dentro de mi propio corazon, y me dispuso á existir conmigo mismo. Entreguéme á varias meditaciones, ya consoladoras, ya tristes. ... ¿Quién ha creado, me pregunté, esa inmensidad de estrellas, de soles y de planetas? — Un Dios poderoso, me respondí. — ¿Quién es este Dios? — No lo alcanzo. — ¿Creó la materia? ¿es esta eterna? — Nada sé. — Y el hombre ¡estupendo problema! padece. — ¿Por qué padece? ¿es por culpa suya? — Sin duda que no, porque nació con pasiones que lo arrastran y lo dominan. — ¿Está todo bien acá abajo? — No; pues vemos que el hombre sufre y gime. — Pero en este momento soy dichoso, luego todo está

bien..... No lo está porque ignoro lo que me sucederá mañana y los dias sucesivos.... Y aparte de esto, ¡cuántos desventurados me rodean!..... ¡Pero yo veo que las desgracias humanas son una consecuencia del órden y del movimiento dado al universo! ¡Pues como! Aquel que pudo crear tantos soles y tantos mundos, ¿no pudo hacer una obra perfecta ni establecer la armonía sino á mi costa?..... No lo creo: no. — Nuestros vicios, nuestras extravagancias y nuestro orgullo son la causa de nuestras desdichas. — ¿Pero heme yo dado á mí mismo esos vicios y ese orgullo?..... No; que nacen en lo interior de mi alma, del mismo modo que nacen las víboras y los reptiles en lo hondo de los pantanos. — ¿Es un bien la existencia?..... Calculemos los males de la infancia, las pasiones y errores de la juventud, las enfermedades y dolores de la ancianidad, los males, los cuidados que devoran, las solicitudes y las penas que nos persiguen y nos sitian en todas las edades; y despues calculemos la muerte, con cuya sola idea nos estremecemos. Tal es el fatal círculo que hemos de describir en entrando en la vida..... Pero al traves de dias tan tristes y nebulosos, brillan instantes de alegría y relámpagos de placer acordándonos de nuestro último fin en el seno de un Dios misericordioso: por este solo gran objeto es la existencia

un bien; y esta memoria nos anima en las miserias de la vida, asi como la afligida naturaleza se consuela cuando entre las escarchas y nieves del invierno suelen venir algunos dias serenos y puros." — Estas meditaciones cubrieron mi alma con un velo sombrío; pero por fortuna acudió á terminarlas un dulce sueño; á lo menos fui dichoso durmiendo, si se puede ser dichoso cuando no se siente pena ni placer.

Al entrar en Babilonia quedamos estáticos de admiracion. ¡Qué contraste hacia Jerusalen con aquella reina de las ciudades!

La atraviesa el Eufrates, revestido de magníficos muelles. Ibamos andando bajo tiendas de púrpura: veíamos junto á las fuentes, bajo árboles copados, grupos de gentes que tomaban el fresco y bebian licores con nieve.

El reposo, la mesa, las mugeres y los espectáculos públicos ocupan los ratos ociosos de los Babilonios, y son sus únicos cuidados. El bello sexo opina que ser fieles en el amor es un yugo insoportable, y una ley contra la naturaleza. El vestido de los Persas es una túnica de lino que les baja hasta los talones, sobre la cual ponen otra de lana, y despues se embozan con una especie de capa corta blanca. Se dejan crecer el pelo, llevan en la cabeza una mitra, y se dan friegas por todo el cuerpo con perfumes. Llevan todos un sello, y tam-

bien un baston en la mano, cuyo puño figura uña manzana, ó una rosa, ó una azucena, ó cualquiera otra cosa; pues no les es permitido llevar baston sin algun ornamento característico. Los grandes y los ricos se visten de tejidos de oro, de púrpura y de seda. Particularmente las mugeres ostentan un lujo inaudito, y llevan el pelo suelto, entrelazado con flores, con piedras preciosas, y con esencias y perfumes. Nunca se las ve á pie por las calles, porque solo andan sobre alfombras; y en sus jardines estan las alamedas cubiertas con arena finísima. Y los hombres de calidad tampoco se atreverian á ir á pie.

Examinaba yo atentamente á cuantos pasaban. Veia yo que al saludarse, unos se besaban en la boca, y otros en el carrillo, y algunos se prosternaban delante de ciertas personas. Excitó mi curiosidad aquella diferencia en las ceremonias. Pronto supe que el beso sobre la boca solo se daba entre iguales; que el beso sobre la mejilla solo se daba entre dos personas desiguales en clase, y que la prosternacion tenia lugar entre inferior y superior.

El uso que mas nos paró fue el de los muchos enfermos que transportaban á las plazas públicas para consultar sobre sus males con los transeuntes, quienes los examinaban y prescribian remedios cada cual segun sus luces ó sus preocupaciones. A

grosísimo? Su manejo y sus astucias me divierten; pero me finjo engañado por excusarme el trabajo de quejarme y de hacer el celoso."

Azema era morenilla, de fisonomía expresiva y alentada: la bullia en los ojos el fuego de los deleites y las chispas del ingenio: lo tenia en efecto, pero lo sabia y abusaba: hablaba á roso y belloso de las obras del arte y del entendimiento; y gustaba de narrar y narraba con gracia, aunque no siempre encontraba con las frases oportunas. Nos preguntó ¿si habíamos visto el templo de Belo, que era la primera divinidad de los Asirios? — Hemos admirado, respondí, la inmensidad de sus tesoros, la estátua colosal de Belo, que tiene cuarenta pies de altura; y hemos recorrido el observatorio que está colocado en medio del templo. — He oido hablar, dijo Arsamo, de un Júpiter famoso que hay en una ciudad de Grecia: ¿quereis hacernos su descripcion? — Está en Olimpia, contesté á Arsamo; y es obra de Fídias, uno de nuestros mas hábiles estatuarios: tiene sesenta pies de alto; y aunque está sentado sobre un trono, toca casi al techo. — De manera, replicó Arsamo que si se levantara, se llevaria con la cabeza la techumbre. — Justa es vuestra crítica, Arsamo: sigo adelante: colocó Fídias en lo alto del trono sobre la cabeza del dios por un lado á las

tres gracias, y por el otro á las horas en número tambien de tres. Las horas son hijas de Júpiter, y guardan las puertas del cielo. Sobre la base, mas abajo de los pies de Júpiter, se ven leones dorados, y el choque de Teseo con las Amazonas. El pedestal, que sustenta toda aquella masa, está enriquecido con varios ornamentos. Aquel sabio estatuario grabó en él sobre oro por una parte al sol guiando su carro, y por esotra á Júpiter y á Juno. Junto á Júpiter está una de las gracias, y luego sigue Mercurio y despues Vesta. Venus parece que sale de lo hondo del mar, y que la recibe el amor, y la corona Pito, diosa de la persuasion, que es la cosa que mas aumenta los quilates de la hermosura. Tambien se ve sobre aquel bajo relieve á Apolo, á Diana, á Minerva y á Hércules.

„ Asegúrase que Fídias, asi que hubo dado la última mano á su obra, rogó á Júpiter que le manifestara su aprobacion con alguna ligera señal; y que inmediatamente cayó un rayo sobre el pavimento del templo. Está circundado el pedestal con un círculo de mármol negro que tiene un ribete cóncavo, destinado á contener el aceite con que se riega continuamente el pavimento del templo, para precaver al marfil de la humedad. En Atenas, al contrario, se derrama agua en el templo de Minerva, que está en un parage seco y le-

vantado, para preservar al marfil de la sequedad.

,, Aquel Júpiter es una obra magistral, y una de las maravillas del mundo. El que lo mira se siente sobrecogido y pasmado como si viera á Júpiter mismo." — ,, Quiero referiros, dijo Arsamo, nuestra cosmogonía, esto es, la bella historia de este Belo, dios de los Caldeos. Sostienen que nacieron en el caos muchos animales monstruosos, y que obedecieron á una muger llamada *Omerca*; que el dios Belo cortó á dicha muger en dos partes, con las que crió el cielo y la tierra; que seguidamente todos aquellos animales murieron; y que Belo, despues de haber formado el mundo y otros animales, se hizo degollar; y que entonces los demas dioses empaparon la tierra con sangre de su herida; y que de alli salieron los hombres dotados de inteligencia, y con una porcion de la divinidad." Lo que os admirará, dijo Azema, es que este dios ha sido mi primer amante. Replicóla cortesanamente, que un tesoro tan precioso era cosa para un dios, y no para un simple mortal. Pero decidme os ruego ¿qué figura tiene vuestro dios? ¿qué forma toma para coger una flor tan bella? Nuestro Júpiter, para entrar en posesion de herencias tales, se ha transformado en toro, en cisne, en águila y en lluvia de oro. — Pues nuestro Belo, re-

puso Azema, es menos inconstante, porque toma bonitamente la figura de hombre; y cada noche honra á una vírgen. Dichosa aquella, dicen los sacerdotes, que obtiene la preferencia, porque atrae sobre ella y sobre su familia el celestial rocío y la proteccion de aquella divinidad. Mi madre envejeció en estas preocupaciones; y asi que di las primeras señales de mi madurez, corrió al templo á ofrecerme en sacrificio al dios libertino. Tres venerables me quitaron el velo, me miraron atentamente, despues fueron á echarse á los pies de la estátua de Belo, y volvieron á anunciarnos que estaba aceptada mi ofrenda. ¡ Qué felicidad para mi madre! Dijéronla que me llevase el tercero dia de la luna, asi que la noche obscureciese á Babilonia.

Despues se habló del culto del sol, del gran Oromazo, principio del bien, y de Arimano, causa y autor de los males del mundo. El primero es hijo de la luz pura; y el segundo de las tinieblas. Y ved ahí por que, nos dijo Arsamo, adoramos al sol, á la luna, á las estrellas y al fuego como emanaciones de Oromazo. Estos dos principios pelean sin cesar, y de su pugna dimana la mezcla del bien y del mal. Nuestros sabios sacan de esto la consecuencia de que cada individuo tiene dos almas; la una buena, emanada de Oromazo; y la otra mala, que viene necesariamente del

principio malo. Cuando el alma buena es mas fuerte obra el bien; y cuando triunfa la otra son nuestras acciones viciosas. Paréceme muy razonable este sistema; porque ¿cuántas veces nos sentimos agitados con contrarios deseos, unos que nos incitan á una buena accion, y otros que nos arrastran hácia el vicio?

Noticiáronnos que presto se celebraria la fiesta de Milita ó de Venus. Hice á Azema algunas preguntas sobre aquella funcion. — ,, Se celebra, nos dijo, en un templo llamado *Socoth-Bonoth.* No se inmolan víctimas, ni la sangre corre jamas por el altar. No respira la diosa sino el olor de inciensos y perfumes: está representada sobre un carro guiado por los amores, y tirado por cisnes y palomas."

Contónos Arsamo el como se celebraban los matrimonios antes del establecimiento de la fiesta de Milita. Juntaban á todas las vírgenes en un sitio público, y los amantes ó pretendientes las ponian en puja. Erales permitido examinarlas con escrupulosa exactitud, y el pregonero las adjudicaba á quien mas ofrecia. Pasaban primero las mas hermosas, y despues las otras, segun su grado de parecer. — ,,Esa costumbre, le dije, era ventajosísima para las bonitas; pero ¿qué haciais de las feas? ¿las enviávais á alguna isla desierta? — No éramos tan bárbaros como todo eso, pues tambien las ca-

sábamos. — ¿Y encontrábais compradores? — No los encotrábamos; pero se las daba un dote del dinero que se sacaba de la venta de las hermosas; y el pueblo ó las gentes de medianas conveniencias se casaban con ellas por su dinero. Desde la institucion de la fiesta de Milita quedó abolida aquella costumbre; pero se ha impuesto á las mugeres una nueva especie de tributo. Tienen precision de ir una vez en su vida al templo de Milita. Hecho este sacrificio, tienen que pasar lo restante de sus dias en la continencia. — „ Esa última ley, dijo Fánor, lo echa todo á perder, y me parece lo mas difícil de observar en la piadosa votacion." — „ Os engañais, replicó Arsamo: preguntad á Azema, que ha pasado por la tal prueba, si la cuesta mucho la observancia de aquella ley: ni siquiera una vez se ha desviado de ella." El músico Tersistes quiso rechazar la ironía y defender el honor de Azema. — Mi querido Orfeo, le repuso Arsamo, alguna vez me atrevo á dudar de la virtud de las mugeres; pero nunca dudaré de la de aquellas que pudieren resistiros.

# CAPITULO XVIII.

*Azema agrada á Fánor. Vida ociosa de los Babilonios. Retrato de Atosa.*

Prometiónos Arsamo que nos llevaria á la fiesta de Milita, y nos convidó á comer á su paraiso para el dia siguiente, juntamente con otra manceba suya (*a*).

Asi que nos quedamos solos me dijo Fánor que Azema le parecia graciosa y viva, y que estaba prendado de los adornos de su entendimiento. — „No es verdad, Fánor, que supera á la bella Teana de Atenas, á la persuasiva Teofánia de Mileto, á la famosa Aspasia de Esparta, y á la graciosa Focílida de Rodas? — No hay duda, Antenor: es tan superior á todas esas cuanto lo es una hermosura que tenemos á la vista á su retratro, ó al simple recuerdo de sus perfecciones. — Pero, Fánor, teneis dos competidores. — No los temo, Antenor: Arsamo aunque gran señor y poderoso, no es de peligro, porque es un ser descuidado y apático: el cantor Tersistes es tenaz é irascible; pero un competidor semejante pronto se echa por tierra."

Pasamos la mañana del otro dia en las

(*a*) *Paraiso* llaman los Asirios á sus parques ó jardines.

calles de Babilonia en medio de cuadrillas de hombres ociosos, que sentados á la sombra, gradúan de suprema felicidad el reposo y la inercia. Ni la inquietud activa que agita á los Griegos, ni la ambicion, ni los deseos de gloria: ni lo pasado, ni lo futuro los inquieta, viven ceñidos á la fruicion del momento, y llegan sin conmociones ni peligros al último sueño. Escuchaba yo su conversacion, y toda ella giraba regularmente sobre el arte de multiplicar y de prolongar sus deleites: toda su filosofía y su estudio se reduce á vivir agradablemente, sin ocuparse en los negocios de este mundo."

A la hora de comer llegó Arsamo á buscarnos en un carro lucido, y volamos á su paraiso. En el camino nos habló de Atosa, que era una jóven con quien habia pasado una parte de la noche, y con quien íbamos tambien á comer. — „Es preciosa, nos dijo: me parece que la amo mas que á Azema: esta tiene mayor talento; pero Atosa la excede en gracia y en lozanía: en las mugeres busco mas el físico hermoso, que las prendas morales: las busco solo para mi placer: ni las veo sino en la mesa y en sus gabinetes: en cualquiera otra parte me fastidian."

Encontramos á la bella Atosa cubierta de piedras preciosísimas y de flores, paseándose y cantando bajo una fresca som-

bra. Lo suelto de su talle, lo florido de su juventud (pues no tenia mas que tres lustros), su persuasiva gracia y su hechicero mirar, hubieran merecido, para su retrato, el pincel de Apeles ó el de Zeuxis; pero, debajo de aquel bellísimo sobrescrito, yacía una alma fria y sosa. Aquella hermosura reia siempre, cantaba mucho, hablaba poco, no pensaba en nada, cuidaba incesantemente de su persona, de sus muñecas, y del adorno y del peinado de las otras mugeres; y en fin, era como un bello pajarito en su jaula, que trinaba, comia, bebia y vegetaba.

Comimos en un salon ovalado, incrustado de conchas, donde se veia una Mílita ó Venus totalmente desnuda, de magnitud natural, y del mas exquisito alabastro, y recostada sobre un colchon de mármol negro. Nunca he visto imágen mas voluptuosa. La comida fue delicada y suntuosa, á pesar de que no éramos mas que cuatro convidados. Veinte esclavos, magnífficamente vestidos, nos servian atentos á la menor señal.

## CAPITULO XIX.

*Carta de Lastenia refiriendo varias cosas.*

Al entrar en mi casa, despues del convite, hallé una carta de Lastenia que me

colmó de alegría, porque habia ya mucho tiempo que no tenia noticias suyas:

„ Alegría y prosperidad.

„ El sol, querido Antenor mio, ha recorrido sus doce casas sin que yo haya recibido una carta tuya que me consolase en mi retiro. Mas puntualidad me ofrecistes. Los Sibaritas convidan á comer un año antes para tener tiempo de buscar manjares exquisitísimos y raros. ¿Querrás hacerme esperar tanto tiempo tus cartas para alimentarme mas llenándolas de mayor número de hechos y de relaciones? Gusto mucho de ellas, porque las cuentas con gracia: cada dia se va perfeccionando mas tu estilo; y lo vas viendo todo como buen observador; pero aun cuando no tuvieras que hablarme mas que de tí mismo no por eso serian tus cartas de menos aprecio para mí.

„ Atenas continúa siendo el cuadro del movimiento: es un teatro en que se representan escenas ya graves, ya cómicas, ya tristes, y frecuentemente ridículas y risibles.

„ Drama cómico solo es este mundo,
En que hace cada cual papeles varios."

„ Dos singulares catástrofes ocupan hoy el ocio y la locuacidad de este pueblo. El pórtico, el liceo, la academia, las plazas,

los convites y las tiendas, disertan sobre ello á pérdida de vista, y á veces de razon. Se trata de la muerte de dos hombres de caracteres y costumbres muy opuestas. El uno es el famoso Diógenes, que ha ido á entretener los muertos con sus dichos picantes, y con su cinismo ó pública desvergüenza. Su extraña originalidad, y su absurda filosofía, le dieron ruidosa celebridad. El otro es Terámenes, cuyo carácter es tan contrario al del Cínico, como el del ligero habitador de los aires al del animal inmundo que se revuelca en el lodo. Este era un hombre de entendimiento pronto, acomodado y amable, poeta ligero y anacreóntico, que mezcló su dulce incuria con mucha filosofia y erudicion, que tuvo una propension vivísima á los placeres, que jamas quiso aceptar empleo alguno, que decia que los hombres no eran dignos de que se hablara de ellos, y tambien que conviene vivir para sí mismos, y que no cambiaria él un dia de gusto por diez siglos de gloria. Este mismo hombre era por otra parte generoso, desinteresado, benéfico y humanísimo, y miraba la vida como un instante de estar despierto entre dos sueños, y opinaba que convenia gozar lo mas que se pudiese de dicho instante. Es autor de la siguiente escolia, que no deja de ser filosófica :

„Si la vida prolongara
El oro tan deseado,
No tuviera yo otro anhelo
Ni otro afan que el de juntarlo;
Y en viniendo á visitarme
Átropos la diera ufano
Mis allegados tesoros,
Y ella me dejara en salvo;
Pero si el oro es inútil,
Y dar no puede á mis años
Aumento, vivir elijo,
Aunque pobre, sosegado
Entre el vino y los amores,
Cantando á Venus y á Baco."

„Por un raro acaso murieron en un mismo dia aquellos dos hombres de ingenio y de tan diversos humores; el uno viejo y descrépito, y el otro en la mitad de su carrera. Diógenes se despachó á sí mismo. Atormentado de la calentura algunos dias habia, y cansado de una existencia solitaria y triste, procuró alejar á un amigo que lo asistia, y habiendo detenido la respiracion, se ahogó él mismo; y cuando su amigo volvió lo halló ya fuera de este mundo.

„Terámenes bajó al palacio de Pluton por otro camino. Por desgracia suya fue cómplice de Alcibíades en aquella famosa comida, en que diez ó doce libertinos, aca-

lorados con la algazara y con el vino, fueron á mutilar las estátuas de Hermes (Mercurio). ¡Qué escándalo! Atribuyólo el pueblo á impiedad y á irreligion, y pidió á voces el castigo de los culpados. Alcibíades huyó á refugiarse á su flota; y todos los demas cómplices suyos huyeron, ó se ocultaron. Terámenes desapareció asimismo; pero estaba muy enamomorado de las delicias de Atenas, y se atrevió á comparecer en ella cuando ya le pareció que estaba disipada la borrasca. Prendiéronlo al instante, y lo encarcelaron. Amotinados los sacerdotes y los sofistas, persuadieron al Consejo de los Quinientos á que era un impío, y á que no creia en Mercurio ni en los demas dioses. Fue condenado á beber la cicuta (*a*). Su muerte fue tan sosegada y tan valerosa como la de Sócrates, y mas alegre. Dispuso una gran comida, á la que convidó á sus amigos: colocóse entre ellos, y los excitó al placer y á la jovialidad: hizo circular muchas copas de vino: les habló de su próximo fin como de un viage muy divertido que iba á hacer al pais de los muertos, ó como si bajara, á imitacion de Piritóo, á robar á Proserpina.

„Habia empezado á cantar unas coplas compuestas en la prision, cuando el envenenador público le trajo el funesto breba-

(*a*) Mezclaban la cicuta con el opio.

ge. Todos los convidados perdieron el color á semejante vista; pero el intrépido Terámenes se levantó, tomó la copa, finalizó su escolia, bebió la cicuta, y dijo riéndose: „Brindo por el bello Critias:" (el autor de su muerte). Despues entregó lo restante de la copa á un esclavo para que se la llevara, que es lo que se hace en un convite con el que se tiene al lado. Asi jugaba aquel hombre admirable con la muerte que abrigaba en su seno. Parece que profetizó la de su contrario, pues no le sobrevivió mas que tres meses.

„Asi que salió el esclavo despidió Terámenes á sus amigos, y los abrazó diciéndoles: *Hasta la vista.*

„Me olvidaba de un dicho agudo de Diógenes. Preguntáronle sus amigos ¿dónde queria que lo enterrasen? — En el campo, respondió. — Pero quedareis expuesto, le replicaron, á las aves de rapiña y á las fieras. — Pues bien, repuso Diógenes: ponedme cerca un garrote, que yo las ahuyentaré. — ¿Y cómo, le añadieron, si careceis de sentido? — Pues si no siento, concluyó Diógenes, ¿qué importa que las fieras me devoren?

„Hoy se pregunta ¿cuál de estos dos hombres mostró en su muerte mas firmeza filosófica? Yo sostengo que Terámenes: y es en vano que me objeten que su muerte fue forzada, y que Diógenes se la dió vo-

luntariamente. Digo que está bien; pero Diógenes terminaba una vida triste y penosa, y estaba ademas lleno de años y de enfermedades; cuando el otro al contrario gozaba de salud perfecta, del vigor de la edad y de las delicias de la vida, y no obstante miró la muerte con igual indiferencia que hubiera mirado el fin de una comida, de la cual saliese satisfecho.

,, Todavía disputamos en nuestras comidas semifilosóficas sobre qué es lo que mas resalta en el carácter moral de aquellos dos individuos. El uno se reviste de andrajos, doma á la naturaleza, y ostenta costumbres extravagantes y un cinismo impudente para que hablen de él. Y el otro se muestra indiferente á las opiniones humanas, desecha todas las cargas de la sociedad, matrimonios, empleos, negocios, y solo existe para él y para sus placeres. Entre estos dos extremos ¿cual merece mas nuestra censura? Los que abogan por Diógenes sostienen, que esta necesidad voluntaria de hacerse el hombre célebre en el mundo es el principio, raiz y orígen de las virtudes y de los talentos. ,, Apagad, dicen ellos. esa sed de un gran nombre, y todo cambiará: la sociedad quedará sin resorte: cada cual vivirá para sí; y el instante que pasará perecerá para siempre sin utilidad del tiempo futuro. Los hombres, enamorados de la fama póstuma, marchan

al frente del género humano para hermosear la tierra, y llenarla de las maravillas del ingenio y del arte; en vez de que el dejamiento y el egoismo de Terámenes lo constituyen nulo para la causa pública. — ¿Nulo Terámenes? No convengo en ello. Las producciones de su entendimiento, su aticismo, y la finura de sus costumbres, suplen la falta de sus virtudes políticas, y esparcen por el mundo aquel buen modo de portarse entre las gentes, y aquella amenidad que templa el amor propio y la ferocidad de los humanos, y que hace de un ser rústico y duro un ser compasivo y sociable. Fuera de que acaso es mas dificil beber y cantar como Terámenes, que filosofar como Diógenes, ó aun como Platon. Tú dirás que esto es una paradoja; pero vamos poco á poco: no te arrebates, y escucha. ¿Por qué se da á Anacreon el epitecto de sabio, cuando pasó su vida entre la pereza y los placeres?..... Porque para vivir como él era preciso haber purgado al alma de los placeres inmoderados, haberla dado un temple tal, que arrostrase las tormentas y penas de la vida, y haberla elevado sobre la ambicion y la avaricia. He aqui lo que tengo por mas dificil que componer bellos tratados de moral ó de retórica.

„Pero un largo raciocinio fastidia. Hablemos algo de tu última carta, la cual

tiene un artículo que merece una reprension mia. Despues de haberme dicho injurias, y haberme calumniado sobre los consejos que te doy de continuar tus viages, y de no volver hasta pasados dos años; concluyes con un elogio sobre mi creida hermosura. ¿Me juzgas del mismo modo de sentir que aquella Reina de Siria que descontentó á un pintor? Este por vengarse la pintó en los brazos de un soldado, expuso el cuadro al público, y huyó. Toda la corte indignada queria que se quemase el cuadro; pero como aquella Reina estaba pintada bajo una figura celestial, no obstante la indecencia de la postura y el ultraje hecho á su virtud, se opuso á que se quemara, y mandó volver al pintor, y lo perdonó. Á su ejemplo, pues, te perdono las injurias, no en favor de tus alabanzas, sino por el deseo que manifiestas de verme. Con todo eso, Antenor, viaja, instrúyete. Los viages son como los libros, esto es, inútiles á los que leen sin gusto ni reflexion, y por pasar el tiempo, como dicen; pero al contrario provechosos á los que leen atentamente y con el deseo de instruirse. ¿Quieres que te regale con un cuento enteramente nuevo? El héroe de la escena es el poeta Lacon, aquel hijo de leche de las musas, tan verboso, tan frio, tan fecundo, tan satisfecho de sí mismo y tan poco de los otros, tan imitador y tan poco imita-

do, tan apasionado á leer sus obras, y tan temeroso de ser oido. En fin, todo este grande hombre ha producido un poema sobre el robo de Proserpina, que tendrá de diez á doce mil versos. Este padre tierno corrió de puerta en puerta para leerlo; mas todos se escamaban y huian al ver tan enorme fárrago. ¡Qué gente tan bárbara! Por último, el despecho y el pesar lo melancolizaron en términos que se moria. Dirigióse para su curacion al Esculapio Eudamipo, quien conociendo su manía sospechó la causa de su mal. Preguntóle ¿si habia hecho alguna obra que no hubiese recitado á nadie? — „¡Ay! respondió tristemente el desgraciado Lacon: tengo un poema acabado que ninguno conoce. — Pues bien, Lacon, hacedme el gusto de leermelo, que estoy pronto á escucharos." Expandióse el alma de Lacon al oir tan dulces palabras: del mismo modo que un pájaro mojado de la lluvia se recrea á los primeros rayos del sol que sale: conociósele en el rostro la alegría del corazon. Tomó su manuscrito, y empezó á recitar sus versos con voz llena y sonora. El médico, con semblante de satisfaccion y con atento oido, escuchó hasta el fin, aprobó la obra, y añadió: „No me basta una lectura sola para juzgar: ¿querreis volvérmela á leer mañana?" ¡Qué proposicion tan lisonjera! Veinte veces hubiera prometido leerlo La-

con. Ocho dias habia que no comia, y se le despertó el apetito. Al dia siguiente, pues, hubo segunda lectura. Eudámipo se puso á escuchar con mayor atencion; y despues le preguntó ¿cómo se hallaba? — „Mucho mejor me siento, respondió: conozco que se me disminuyen aquellas afecciones vaporosas que me atormentaban. — En tal caso repuso el médico, volveré mañana para oir la tercera lectura." El dichoso Lacon estaba embriagado de gozo. Sin duda que su poema era una obra maestra cuando lo escuchaban con tanto placer. Al tercer dia se quedó maravillado Eudámipo del buen estado de su enfermo. Sus hojos hundidos y apagados centelleaban con el fuego de la complacencia; y en su cara pálida y decaida brillaba el colorido de la salud. Dióle la enhorabuena de ello, y le dijo despues de la tercera lectura: „Habeis tomado una buena purga: debeis estar contento y consolado. Basta con lo hecho: tengo otros enfermos que visitar, cuya cura es mas difícil que la vuestra."

„La tal aventurilla, publicada por Eudámipo, ha divertido de tal manera á nuestros chistosos y bellos espíritus, que el afortunado Lacon ha sido convidado en todas partes á leer su poema. Lo torean, lo abruman de alabanzas, y se divierten á su costa; pero el amor propio del poeta no ve mas que su triunfo: él se hincha y go-

za. No se consideró mas dichoso Milcíades el dia de la batalla de Maraton; ni menos Sófocles cuando su Œdipo ganó el premio en los juegos olímpicos (*a*). Tanta verdad es que el héroe, el hombre de talento, y el hombre sencillo y limitado, tienen igual porcion de felicidad.

„Hace algunos dias que dejé mi soledad campestre, y que vivo en la ciudad. Sucede con el mundo lo mismo que con los amargos brebages que se toman de tiempo en tiempo para fortificarse el estómago y despertar el apetito.

„A dios, mi amado amigo: haz cuanto puedas para pasar una vida dulce; pero pon siempre un grano de razon en infusion dentro de la copa del placer, porque dicho grano la da sabor, la prolonga, é impide la embriaguez. No sé si te llegará esta carta: te la envio por uno llamado Baquis, que va á recorrer las ciudades de Jonia, y lleva encargo de buscarte.

„Pásalo bien: sé dichoso."

Esta carta me llenó de melancolía y de gozo. Despertóse mi imaginacion, y me transportó al tiempo de mis felicidades, y me renovó el dolor de haberla perdido.

(*a*) Murió de alegría á la edad de ochenta y cinco años.

## CAPITULO XX.

*Fiesta de Arsamo en su paraiso. Su muerte. Matrimonios del Rey. Despedida ó partida de los dos amigos.*

Para hacernos la morada de Babilonia mas agradable, nos paseaba Arsamo de fiesta en fiesta y de placer en placer; pero él solo se detenia con nosotros algunos momentos. En cuanto á él de nada gozaba: su único recurso contra el tedio era el movimiento y la variedad. Convidónos para una gran fiesta en su bello paraiso situado á orillas del Eufrates. Se tomó ocho dias de tiempo para prepararla. Quiso reunir todos los deleites; y todo cuanto puede lisonjear los sentidos y la imaginacion. Mandó construir la sala del festin á la orilla del rio, en medio de una vasta pradería esmaltada de flores; y la decoró con todos los ornamentos del lujo asiático. Estábamos debajo de toldos de púrpura, sostenidos por columnas doradas: los aparadores y las mesas estaban cubiertas de vasos de oro y de plata. Andábamos sobre magnificas alfombras. Guirnaldas de rosas, de mirtos y de mil diversas flores pendian alrededor de la sala. Eramos cincuenta personas; pero las veinte y cinco eran mugeres jóvenes y muy graciosas. Cubríalas el

pecho solo flores. Coronas de mirto y rosas, mezcladas de diamantes, adornaban sus cabezas; y el pelo ondulante las bajaba hasta la cintura. Cada uno de nosotros se sentó en la mesa en medio de dos de aquellas sirenas. Esclavos mozos, y airosamente vestidos, nos rodeaban y nos servian copas. Una numerosa orquesta tocaba sonatas, ya alegres, ya tiernas, ya voluptuosas, y acompañaba la melodiosa voz de algunas cantarinas. Cubrióse siete veces la mesa con enorme profusion. Corrian en arroyos los vinos de Lesbos, de Escio, de Esmirna, y de toda la Jonia. A eso de la mitad del festin, que fue al avistarse la estrella de Venus, se dejó la mesa para ir á pasearse, ó en cuadrillas, ó separadamente, por las orillas floridas del Eufrates, donde un viento fresco, el resplandor movible de la luna, que plateaba las aguas, y la serenidad de la noche, empapaban los sentidos en nuevos deleites. Mientras nuestra ausencia iluminaron el salon con una espaciosa araña que representaba al sol, cuyos rayos reflejados por muchas láminas de plata, enviaban una luz tan esplendente como la del dia. Una música guerrera nos llamó al festin, que acabó con baile general; y cuando la aurora desplegó su cortina de púrpura, nos paseamos sobre el rio en barcos dorados cubiertos de ricas alfombras, y de blandos y descausados almohadones.

Asi se terminó una fiesta tan suntuosa como fue agradable. De nada se olvidó Arsamo para reunir como en un foco todo los deleites y todas las delicias. Atendió á todas y á todos con aquella facilidad, aquella gracia y aquel tacto fino que da el mucho uso del mundo. Parecia que disfrutaba de nuestros placeres y de los suyos; de manera que sospeché que aquella alma, agitada y empalagada de gozar, se habia despertado con el aguijon de los incentivos de aquella noche.

Vueltos ya á nuestra casa, no cesó Fánor de ponderar las sublimes fruiciones, las riquezas y las felicidades de aquel sátrapa ostentoso. Le contesté con estos dos versos:

,,Los placeres mundanos valen, Fánor, muy poco:
Quien los juzga durables, se gradúa de loco."

Estábamos profundamente durmiendo cuando nos despertó un billete de Arsamo concebido en estos términos: ,, Buenos dias, amigos mios: estoy cansado de vivir: voy á ver si el otro mundo es mas alegre: mis negocios estan de muy mala data: mi familia quiere casarme para restablecerlos: he titubeado algo entre el matrimonio y la muerte; y he preferido á esta última como mas segura. Ayer os di una fiesta para acabar con mis bienes, para despedirme de todos, y para hartarme de placeres hasta la saciedad. Los placeres que tanto

he amado y tras quienes tanto he corrido son fantasía y vanidad de vanidades. Son la imágen de vuestro Ixion, que abraza á una nube creyendo abrazar á una diosa: al placer siguen siempre disgustos y tedios. Acabo, pues, de tomar un veneno, para que discurra por mis venas. Si teneis valor, imitadme: la vida es un don muy funesto: á dios para siempre."

Corrimos inmediatamente á su palacio: hallamos al Sátrapa tendido en su cama, y ya cárdeno y lívido. Fijó la vista en nosotros diciendo: „¿Con que venis á aprender á morir? — Hemos venido, le respondimos, á libraros de la desesperacion y de la muerte. — „Ya es tarde, dijo Arsamo, porque el veneno está fermentando en mis venas. Aparte de esto, abomino de la vida: siempre ha sido para mí un peso abrumador. El fastidio, ó el inmoderado deseo de gozar, me inclinaron desde la adolescencia á todos los excesos. Mi opulencia, mi clase y mi ociosidad me allanaron el camino de los place es, los cuales no tardaron en empalagarme el alma y los sentidos. Ayer os pareció que mi rostro estaba alegre. ¡Qué lejos estaba yo de eso! Por bien parecer disimulé mi tedio. Este, que es el enemigo terrible del hombre, me ha perseguido siempre sin compasion: treinta años he sufrido la carga de la vida: he padecido mil males, nacidos de la sociedad,

ó de mi imaginacion, ó de nuestras necesidades reales ó voluntarias.

,, No vivimos los hombres: esperamos la vida." ,, Este mundo está sin duda entregado al mal principio. He meditado y vacilado mucho tiempo; pero al cabo he tomado una resolucion final. Dejadme morir sosegado, que es todo lo que exijo de vosotros." Acabó de hablar. Al instante se llenó la sala de gente. El Sátrapa paseaba sus espantados ojos por todos los espectadores. Acometiéronle dolores á las entrañas. ,, ¡ Ay ! exclamó: ¡ esto es lo que yo temia !" Callaban todos los que le cercaban. Un momento antes de espirar maldijo á Belo y á Arímano.

Huimos sin detencion de aquel triste palacio. — ,, ¡ Y pues ! dije á Fánor: ¡ ved ahí ese Sátrapa poderoso y envidiado, ese grande de la tierra, objeto de los favores de la fortuna, y no obstante, el hombre mas desventurado de los nacidos ! Démonos la enhorabuena de nuestra mediocridad, porque esta es el apoyo de la virtud. La sobrada prosperidad enerva al alma y la agota, digámoslo asi, y abre la puerta á todos los vicios, y la cierra á la felicidad." Determinamos desde aquel dia partir de Babilonia; pero referiré algunas cosas relativas á los usos y costumbres de sus habitadores.

Los Persas tienen suplicios mas atroces

que los de los Procrustos y los Falaris. Presencié un dia, con horror, los tormentos inauditos de un infeliz condenado al suplicio de las artesas. Diré algo de los preparativos. Se toman dos artesas de la magnitud del hombre desde el cuello hasta la hebilla del pie, de manera que se unan exactamente: se pone al culpado dentro, de suerte que todo el cuerpo está encajonado, excepto la cabeza y los pies. En aquella postura se le da de comer, y si lo rehusa se le precisa metiéndole ahujas por los ojos. Ya que ha comido, le dan á beber miel desleida en leche: se le restrega tambien la cara con miel, y se le vuelve hácia el sol para que le dé de cara, y para que las moscas atraidas por el dulce le cubran el rostro. Como aquel desdichado llenaba las artesas con sus secreciones, el podre y la corrupcion engendraron infinitos gusanos que lo devoraban vivo. Despues de muerto se le encontró toda la carne roida. Diez y siete dias vivió aquel miserable entre tan espantosos tormentos.

A los envenenadores se les machuca la cabeza con una piedra, hasta que no quede de ella vestigio alguno.

Celebran los Persas con gran pompa el dia de su nacimiento. Aquel dia ponen los que son ricos en sus mesas un caballo, un camello, un buey, y un burro asados. Son muy apasionados á las costumbres extran-

geras, y tomaron de los Griegos aquel depravado gusto tan contrario á la naturaleza. Pueden tener muchas mugeres, y cuantas concubinas quieran. Hay una ley, laudabilísima, que no permite á nadie, ni aun al Rey, condenar á muerte á un hombre por su primer delito, ni tampoco puede ningun particular castigar con sobrado rigor á un esclavo por su primera falta.

Nada hay para ellos tan vergonzoso como el mentir, y despues de la mentira contraen deudas; porque dicen ellos, que quien tiene deudas necesariamente ha de mentir.

Acuérdome de que un dia, estando con Fánor á las orillas del Eufrates, se nos antojó escupir y lavarnos las manos en él. Inmediatamente nos circundaron una docena de mugeres, las cuales furiosas, como unas bacantes, querian llevarnos presos. Por fortuna nuestra un amigo de Arsamo respondió de nosotros, y nos sacó de entre sus manos. Díjonos que habíamos cometido una gran impiedad; que los Persas daban culto á los rios; y que estaba severamente prohibido escupir ni labarse las manos en ellos, ni finalmente mancharlos con ningun acto impuro (*a*).

(*a*) Los Griegos votaban frecuentemente su pelo á los rios. En Homero votó Peleo al rio Esperquio la melena de Aquiles, si volvia vencedor de Troya.

Artaxerxes que entonces reinaba, tenia trecientas concubinas, que eran las mugeres mas hermosas de la Persia. Mas con todo eso se enamoró de su propia hija Atosa. Pariastis, madre del Rey, muger de talento y de ambicion desenfrenada, alimentó y favoreció dicho cariño. Persuadióle á que se casara con ella, y á que se burlara de las preocupaciones y leyes de la Grecia. ,, Vos solo, le decia, sois la ley y la regla que ha dado dios á los Persas para que graduen lo que es honesto ó deshonesto, virtuoso ó vicioso."

Me aseguraron que aquel Monarca se habia ya casado antes con otra hija suya llamada Amestris; pero Atosa aventajó siempre á todas. Amóla el Rey con tanta verdad y constancia, que sin embargo de haberla cubierto toda un sarpullido harinoso, no se resfrió su amor: siempre estaba orando por ella en el templo de Juno, prosternándose delante de su estátua, y abrazando la tierra: y exigió de sus cortesanos y de sus sátrapas tantos regalos y ofrendas para la diosa, que todo el camino, desde el palacio al templo, que es de diez y seis estadios, estaba sembrado de oro, de plata y de ricas telas.

## CAPITULO XXI.

*Noticias sobre la ciudad de Halicarnaso. Su residencia en Pafos. Culto de Venus. Buen encuentro de ambos amigos. Muerte trágica de una jóven. Estoicismo de Estilpon.*

Partimos de Babilonia sin dársenos nada de dejarla. Llamábanos á Grecia el amor de la patria. Aspirábamos á la dicha de volver á ver á nuestros amigos y parientes, y yo á aquella amable Lastenia, cuyos tiernos recuerdos atraian mi alma á las orillas del Atica. Expirementamos grandes fatigas, y corrimos muchos riesgos. Una noche íbamos atravesando una de las ramas del monte Tauro, escoltados con una sola guia. Aullaban por la mañana manadas de lobos hambrientos. Asaltáronnos, y nos vimos precisados á entregarles nuestros caballos para que los devorasen; y aun nosotros mismos hubiéramos si lo presa suya, si no hubiéramos prontamente encendido grandes hogueras, y colocádonos en medio. Finalmente, quebrantados y rendidos, llegamos á Halicarnaso, capital de la Caria.

Dicha ciudad tiene un bellísimo puerto y muchas riquezas. Mausolo, su Rey, la hermoseó con palacios y con magníficos mo-

numentos. En lo alto del castillo, que está situado en medio de la ciudad, se levanta el templo de Marte, donde se ve una estátua colosal delicadamente trabajada. Pero su *mas magnífico monumento es el* grandioso mausoleo empezado por Artemisa para eternizar su dolor y la memoria de su marido. Está en el centro de una calle larga y ancha. Se le cuenta entre las siete maravillas del mundo: es un cuadrilongo con treinta y seis columnas: decoran sus cuatro fachadas unos bajos relieves, que son obra de diestrísimos artífices. Sobre el edificio se levanta una pirámide que sostiene ó tiene encima un carro tirado por cuatro caballos: solo le faltó á tan ostentoso monumento el cuerpo de un bienhechor de la humanidad. Artemisa no tuvo el gusto de dejarlo concluido [18].

Visitamos la fuente Sálmacis, cuya agua, dicen, causa enfermedades de amor. Fánor se atrevió á beber de ella, arrostrando la opinion. Veremos si se debe prestar fe á la virtud de dicha agua.

Antes de nuestra marcha fuimos á venerar las cenizas de Herodoto, el padre de la historia, que nació y murió en aquella ciudad.

Nos embarcamos para la isla de Chipre. Queríamos ver á Pafos (*a*), ciudad sobra-

(*a*) Hoy Baffa.

damente célebre, donde la diosa de la hermosura tiene un magnífico templo, y donde las mugeres, mas adornadas con las gracias que con el pudor, y mas abandonadas á los caprichos de los sentidos que al mismo amor, se votan desde que nacen al culto de Venus.

Neptuno, ó los vientos atormentaron nuestro pobre barco de dos remos. Marineros, oficiales, pasageros, y hasta dos mugeres, nos agarrábamos alternativamente á los remos. Treinta y seis horas estuvimos sin tomar alimento. Pero en fin á eso del medio dia descubrimos á Pafos, situada á la orilla del mar, y por la noche ya estábamos en el puerto.

La isla de Chipre, que en otro tiempo componia parte de la Siria, fue separada de ella por un terremoto. Está consagrada á Venus; pero particularmente Pafos. Esta ciudad fue edificada por Pafo, hijo de Pigmalion, y de la bella estátua de Venus, obra suya. Animada por la misma diosa, á ruegos de Pigmalion, casó este con ella, y tuvo á dicho hijo, quien en memoria de su nacimiento edificó un suntuoso templo á su madre. Por esto se le da frecuentemente el nombre de Venus Pafiana. Otra Venus se adora en aquella isla bajo el nombre de Urania ó Celestial, que es muy diversa de la Venus Anadiómena (*a*). La pri-

(*a*) Salida de las aguas.

mera inspira solo deseos tan puros como el éter, que elevan al alma y la llenan de las complacencias de la virtud, convidando á que goce el espíritu. La segunda no quiere mas que los placeres materiales.

Los Cipriotas han levantado un templo suntuoso á Venus Urania. Ningun mortal, manchado con cualquiera impureza, se atreveria á arrimarse á él. Con todo eso, la afluencia de sus adoradores es tanta como la que acude al templo de Pafos.

Dímonos prisa al dia siguiente á ir á visitarlo. Encontramos en él mas de cien mugeres, y las mas adornadas, no con perlas y rubíes, sino con su juventud, con sus atractivos, y con los presentes de Flora. Apenas entramos, un fuego oculto y benigno, y una sensacion deliciosa inexplicable nos penetró: palpábamos la presencia de aquella engañosa divinidad.

Aquel magnífico templo brilla por todas partes de oro y de azul: vense en él muchos altares, sobre los cuales humea el incienso sin cesar; pero conciliaron toda nuestra atencion las obras magistrales del arte trabajadas por inmortales manos. En un cuadro de soberbia magnitud está representada Cipris sobre un carro, conducida por los amores, y tirada por cisnes y palomas. No se la puede mirar sin sentirse arder en el fuego de los deseos. Se ve á la diosa vivificando á todos los seres y fecundando á

la naturaleza. Reproducen su imágen muchas estátuas del mas bello mármol de Paros. Pero especialmente el cuadro de Adonis moribundo concilió nuestra atencion, y nos admiró sobremanera. Adonis herido, cárdeno y lánguido, estaba tendido en un prado; y la sangre que corria de sus heridas daba color á las yerbas y á las flores. Venus con el seno descubierto, los brazos desnudos, sin corona, y tan pálida como su amante, lo cubria de caricias ternísimas, lo llamaba, lo regaba con lágrimas, lo ceñia con sus brazos de alabastro, y se esforzaba con sus cabellos hermosísimos á estancar la sangre y á cerrar la herida. Se alcanzaba á ver á lo largo, bajo una antigua encina, á un enorme jabalí atravesado por la mano de Venus con una flecha, pero muy tarde. Se defendia y luchaba el animal contra la muerte; pero en sus irritados ojos se veia aun toda su ferocidad. Mas Adonis espiraba, y su amante mostraba morirse de su misma muerte. Junto á él se notaba una flor, que se iba abriendo y desarrollando su cáliz (era la anémona) en la que fue transformado el cuerpo del desgraciado hijo de Mirra.

Los ministros del templo de Venus jamas sacrifican víctimas: nunca riegan con sangre sus altares: solo respiran el olor de los perfumes y el vapor del incienso. Las mugeres se acercaban sucesivamente al

altar para poner en él sus ofrendas, que eran flores y perfumes. Dos coros de muchachas, con el pelo tendido, coronadas de rosas y tapados los pechos solamente con guirnaldas de mirto, cantaban y respondian alternando con himnos sagrados: sus sonoras voces, sus armoniosas consonancias, su jovialidad, su frescura y su belleza imprimian en el alma una inclinacion vehemente y religiosa hácia el culto de la madre del amor. Fánor y yo nos creíamos transportados al pie de su trono en la morada de los inmortales. Luego que cesaron los cánticos vimos dos mugeres jóvenes, pero una de mas edad que la otra, que se iban en silencio hácia una de las estátuas. La de mas edad tomó la corona de mirto y de rosas, que su compañera llevaba puesta, y la colocó sobre la de Cipris: la mas moza se arrodilló á los pies de la diosa; y despues de incorporada, ambas quemaron incienso y mirra sobre el altar. Mirábamos atentamente aquella ceremonia; y asi que acabó, ambas mugeres salieron del templo: las seguimos y las alcanzamos. Supliquélas que nos explicasen los motivos de sus adoraciones y de sus ritos. ,, Vengo, respondió la de mas edad, á consagrar mi hija á Venus, porque está ya en la época de la pubertad, y debe pagar su tributo á la diosa [19]. ¡Vuestra hija! exclamé: ¡pues si parece que solo algunas estaciones separan

vuestro nacimiento! — Yo voy á cumplir mi quinto lustro; y mi hija cuenta trece primaveras. Doce años no mas tenia yo cuando la eché á este mundo (*a*). — Por Juno y por todos los dioses, repliqué, que Páris se hubiera visto apretado para escoger entre la madre y la hija." Pero Fánor no se embarazó, porque súbitamente se declaró enamorado de la muchacha Filodamia: su madre se llamaba Pieria. Nos paseamos por el recinto, el cual contenia, ademas del templo, el alojamiento de los sacerdotes, un terreno cultivado, galerías cubiertas, y un delicioso bosque, asilo de la frescura y del misterio. Veíamos acá y acullá cuadrillas de isleños recostados á la sombra de los bosquecillos, alimentándose con comidas campestres, cantando sus amores, y vertiendo en sus copas, coronadas de flores, un vino fresco y delicioso.

Chipre goza de una primavera continuada. Su dichoso y suave temple es causa de que broten con profusion todas las riquezas de la tierra. Si se agitan los zéfiros es solo para enviar á larga distancia los espíritus de las flores y de las plantas, y para embalsamar el aire con sus olores suavísimos. En el bosque por donde íbamos vagando nos parecia que los troncos eran ar-

(*a*) Dicha precocidad nada de sobrenatural tiene, vista la latitud de aquella isla, que es de treinta y cuatro grados y veinte minutos.

moniosos, y que repetian los cantos amorosos de una infinidad de pajarillos: hasta el aire que se respira en aquella morada feliz está abrasado con el fuego de los deleites. Fánor sintió vivamente sus influencias, porque habia bebido en la fuente Sálmacis. Prendado ya de Filodamia, la suplicó que lo prefiriese para la ofrenda que habia de hacer á Venus de sus primeros favores. Todos juntos tomamos el camino de la ciudad. Pero ¡qué mudanza de escena y de situacion! ¡qué contraste! Reparamos en un entierro, que caminaba lentamente hácia una colina no distante. Acercámonos. ¡Qué cuadro tan tétrico! Llevaban en su ataud á una muchacha en la flor de su edad. Ninguna de sus facciones habia desfigurado la muerte. ¡Qué bella estaba todavía! Era Venus dormida. Unicamente la palidez de su cara era indicio de que no vivia: su seno blanco como alabastro, iba sin velo, y cubierto de sangre: veíasele en él una profunda herida, que causaba estremecimiento. Circundaban al ataud mugeres de todas edades dando lamentables gritos. En su acompañamiento se notaba un jóven, con aire despavorido, con el pelo destrenzado, y sostenido por otros dos mancebos. Nosotros tambien acompañamos melancólicamente la fúnebre pompa. Paróse esta sobre la colina, colocaron al cadáver sobre una hoguera ya prepara-

da, y la pegaron fuego. Entonces se renovaron con aumento las lamentaciones y los llantos. Con dificultad podian contener al jóven, que queria resueltamente tirarse á las llamas. Ya que los preciosos restos de aquella temprana belleza quedaron consumidos, y sus cenizas encerradas en la urna cineraria, nos retiramos Fánor y yo con el corazon pasado de tristeza, que es una impresion mas fuerte y durable que la del placer. Desde el centro de los deleites pasamos, por decirlo asi, á los brazos de la muerte. Pieria y su hija nos ofrecieron volver á vernos luego que pudiesen; y nosotros fuimos á esperarlas bajo el peristilo del templo.

El navío sobre que estábamos embarcados habia de dar á la vela al dia siguiente; y se lo dije á Fánor, quien me confió que no podia resolverse á dejar tan pronto á la tierna Filodamia. — „¡Qué, Fánor! ¿Querriais estar aqui siete años como Ulises en la isla Ogigia? — No, Antenor, pero os pido siquiera ocho dias." No tuve dificultad en convenirme: acaso seria porque, aunque menos apasionado que él, me detenia una cierta inclinacion á Pieria. No tardamos en ver de vuelta á nuestras dos amadas. Pieria al llegar á nosotros nos dijo gritando: „Estamos desconsoladas: Pafos ha tenido una pérdida irreparable con la muerte de la bella Carista: cada ma-

dre la llora como si fuera su hija; y cada hija como si fuera su hermana: consternados estan los hombres, como si Venus se hubiera ido de nuestra ciudad: todas sus compañeras colocadas alrededor de su sepulcro, lo riegan con lágrimas; y se han cortado trenzas de su mismo pelo para depositarlas junto al cadáver. Han grabado sobre su túmulo el siguiente epitafio: „*Aqui reposan las cenizas de la hermosa Carista: las crueles parcas han cortado el hilo de sus bellos dias, antes que himeneo hubiese encendido para ella su antorcha.*" Escuchad la causa de su trágico fin. Aseguran nuestros sacerdotes que es una venganza de Cipris, á quien Carista rehusó ostinadamente el sacrificio que se la debe á lo menos una vez en su vida: nunca quiso entregarse á hombre alguno: y la diosa irritada confió el cuidado de su venganza á su hijo, quien la tomó ¡ay! con sobrado rigor. Del mismo modo se vengó de la desventurada Pasífae (*a*).

„Carista amaba locamente á Páseo, jóven tan bello como el gracioso Hilas, robado por las ninfas. Estaba ya muy cerca el dia de su matrimonio; pero el amor habia encendido una llama incestuosa en el corazon de Cléadas, padre de Carista. Aquel

(*a*) Irritada Venus contra el Sol, padre de Pasífae, que fue causa de que la sorprendiesen con Marte, inspiró á su hija un amor ciego á un toro.

bárbaro padre difirió de dia en dia la union de los dos amantes; pero al fin, no atreviéndose á resistir mas tiempo á los deseos de su familia y á los gritos de todo Pafos, dió su consentimiento; mas ¡ ah ! que meditaba el traidor un proyecto execrable. Carista habia penetrado el horroroso amor de su padre; pero callaba; y solo oponia á sus desenfrenados deseos dulzura, súplicas y lágrimas. Cansado Cléadas de tan larga resistencia, y viendo que la presa se le escapaba por instantes, resolvió conseguir, ó por la astucia ó por la fuerza, lo que no podia obtener con sus vivas instancias. Sedujo á la nodriza de aquella infeliz, la cual nodriza le ofreció abrirle de noche la puerta de Carista cuando estuviese durmiendo. En fin, á la segunda vigilia de la noche entró aquel padre incestuoso en el cuarto de su hija con una luz en una mano y un puñal en la otra: acercóse de puntillas silenciosa y furtivamente. La amable é inocente Carista dormia pacíficamente con todo aquel descuido y desaliño de una muger que está en su cama. Parecia que los amores la circundaban, que la cubrian con sus alas, y que se sonreian de verla tan linda. El infame Cléadas, mas apasionado al verla, se paró, contempló, devoró con los ojos los mas ocultos atractivos de su hija, y se embriagó de antemano con el placer que aguardaba; lo mismo que un tigre que ruge

de alegría cuando va á despedazar á la tímida cordera. Puso sobre una mesa que habia junto á la cama su luz y su puñal, y llegó ciegamente á su víctima. Despertó Carista sobresaltada, vió á su padre, dió un espantoso chillido, lo rechazó, luchó con él, le pidió perdon, vertió lágrimas, y por último se defendió con furor y con despecho; pero nada alcanzó á contener á su desapiadado infamador. En este conflicto la desatentada Carista vió el puñal sobre la mesa, lo agaró, y se mató á puñaladas. Huyó el indigno padre; pero Páseo ha jurado sobre las cenizas de Carista vengarla; y en fuerza del juramento partió ya á buscar y perseguir á Cléadas." — Acabóse la narracion con el dia; y nos separamos hasta el siguiente.

Levantéme por la mañana, fuíme á pasear al puerto, y por casualidad me puse á mirar un navío que desembarcaba pasageros; súbitamente reconocí entre ellos, no obstante lo crecido de su barba al estoíco Estilpon de Megara. Sabia yo que acababa de perder á su muger, á sus hijos y sus bienes en el incendio de su patria, reducida á cenizas por los Lacedemonios. Compadecido de sus desgracias, lo abrazé con ternura, sin atreverme á hablarle de ellas; pero un Pafiano, que supo que era de Megara, le preguntó ¿si en el desastrado suceso de su patria habia tenido alguna pér-

dida de consideracion? — ,, Ninguna, gracias á los dioses, le respondió el estoico: no he perdido mas que mi muger, mis hijos y mis bienes; pero me ha quedado todo lo que es mio propio." Aquella respuesta me pasmó: él lo conoció, y añadió al instante: ,, La guerra no ha podido quitarme la virtud, el saber ni la elocuencia: conservemos nuestras mugeres, nuestros hijos y nuestros bienes cuanto tiempo podamos; pero miremos todas estas cosas como agenas y fuera de nosotros: la virtud se contenta consigo misma. El filósofo Antístenes dijo, y con mucha razon, que el hombre no debe adquirir sino bienes que naden en las aguas, para poder en caso de naufragio, llevárselos consigo á nadó. El sabio ha de poder vivir solo: conviene romper ó desatar toda atadura demasiado fuerte, y casarse solo consigo propio: ni mis bienes ni mi familia eran yo mismo: yo quedo para mí: basta la virtud para la felicidad." — ,, Esa filosofía, le dije poniéndole la mano sobre el corazon, no tiene sus raices en estas regiones." Le pregunté despues ¿qué era lo que le traia á Pafos? — ,, La curiosidad, me respondió: vengo á ver hombres que han degenerado en mugeres; y mugeres sin pudor como las bestias." Nos separamos, dicho esto, y no procuré mas volverlo á ver; porque su moral y su estoicismo me eran repug-

nantes, y me contristaban el alma.

Cinco dias habia que estábamos en Pafos. Festines, placeres y paseos, ocupaban nuestra vida. Nos separábamos pocas veces de Pieria y de Filodamia; pero aquel género de vida empezaba á cansarme. El tedio y el disgusto me iban poseyendo. Yo queria irme; pero no me atrevia á proponer á Fánor una marcha tan precipitada. No obstante, aventuré algunas palabras relativas á ello; y me sorprendió su respuesta. Me dijo que él mismo deseaba salir de Pafos; pero que no se habia atrevido á proponérmelo. ,, Todos estos placeres tan fáciles de obtener, continuó diciendo, y todas estas fruicciones en que no entra el entendimiento y el corazon, cansan los sentidos, y hartan al alma. No es en ellas donde yo busco las felicidades. El último favor del amor ha de ser precedido por otros favores, que han de irse sucesivamente conquistando, para llegar por grados á la suprema dicha. Salvémonos como Ulises de esta isla encantada, y tan peligrosa como la de Circe."

Por fortuna todavía estaba nuestro navío en el puerto, adonde volvió á causa de un viento impetuoso y contrario. Nos embarcamos antes de que saliera el astro del dia, sin dar aviso á nuestras dos encantadoras, las cuales, con la indulgente facilidad de sus costumbres, encontrarian pronto consoladores y consuelos.

## CAPITULO XXII.

*Conversacion de los dos amigos en el navío. Encuentro de dos Griegos. Del antro de Trofonio. Fábula de Prometéo y de Midas. Historia de Giges.*

Fue nuestra navegacion dichosa. Fánor, mientras navegábamos, hizo muchas reflexiones. No pensaba ya en retirarse al monte Atos para vivir en él recluso, sino en fijar su corazon por medio de un afecto tierno y sólido. ,, Esos falsos placeres que acabamos de dejar, y esas engañosas saciedades, desnudas de todo sentimiento, han llenado mi alma de fastidios y de disgustos: la soledad habita en ella: necesito amar y ser amado: me seria insoportable una existencia solitaria. Uno de nuestros sabios dice que la muger es una querida en los juveniles años, una compañera en la edad madura, y una amiga y una guardia en la ancianidad; y que asi el matrimonio es bueno en todos tiempos. Es verdad que encuentro en vuestra compañía, Antenor, y en vuestra amistad una calma y un alivio que sosiegan mis inquietudes; pero no siempre estaremos juntos, porque ireis á juntaros con Lastenia; y sobre esto hay que en el mismo seno de la amistad echo de menos al amor. Estoy arrepentido de

mi insconstancia, y mas que harto de esas hermosuras, no tanto adornadas de gracias cuanto de vicios: quesiera yo encontrar una muger de agradable figura, de entendimiento sólido é ilustrado, de conocida sensibilidad, y cuya modestia y virtud fuesen como añadidura á estas prendas....."— Y que tambien os amara ciegamente, Fánor: ¿no es verdad? —,,Asi es, Antenor." —,,Pues, amigo, yo os la deseo. Segun Platon, nuestras almas, que son rayos de la Divinidad, antes de ser metidas en una grosera corteza, habitan en un planeta; en donde una atraccion invencible las une dos á dos, y las inflama con un amor celestial y puro. Bajan á la tierra dichas almas ligadas de aquel modo, y se buscan y se atraen, y necesitan encontrarse para amarse con amor verdadero. Aun no habeis encontrado, Fánor, el alma que amábais en aquel planeta; y ved ahí la causa de vuestros desabrimientos y de vuestra ligereza." — Pues bien, Antenor, yo la buscaré tan cuidadosamente, que la encontraré acaso: tengo presentimientos de ello." —Interrumpióse nuestra conversacion con la llegada de un Griego llamado Mamerco: era un pasagero que viajaba con su hermano Cebes. Parecia Mamerco hombre de muy buen trato; pero Cebes era tan grave y taciturno, que admiraba y entretenia al equipage. Preguntamos á Mamerco la cau-

sa de la tristeza de su hermano. — „Es un castigo, nos respondió, de su curiosidad: quiso consultar al oráculo de Trofonio, y bajar á su caverna. Prueba la verdad de aquel proverbio, que dice, hablando de un hombre que nunca rie: *Vuelve del antro de Trofonio.* Para distraerlo, y para borrarle las impresiones tristes, le hago viajar tres meses há." Rogamos á Mamerco que nos diera algunas nociones de aquel oráculo, y del como se le consultaba. — „De muy buena gana lo haré, nos dijo; pero venios á sentar junto á mi hermano, porque él me ayudará en mi narracion, y os dirá lo que ha visto y oido." Cebes, á ruego de Mamerco, desarrugó el ceño, y se convino á iniciarnos en los misterios del oráculo. Nos sentamos sobre la crujía: unas nubes muy ligeras cubrian al sol, y la frescura del aire y del agua hacian delicioso el dia.

„No sé porque, dijo Mamerco, han hecho un dios de ese Trofonio, que era un simple arquitecto y un gran pícaro. La cueva donde pronuncia sus oráculos está junto Labadea, en medio de un bosque. Hice cuanto pude para desviar á mi hermano de aquella prueba; pero se mantuvo inflexible. — „Fui, continuó Cebes, á presentarme á los ministros del templo. Sufrí un examen rigurosísimo sobre mi vida, y sobre mis máximas religiosas. Lleváronme seguidamente á una capilla consagrada á la for-

tuna y al buen genio, donde estuve muchos dias. Me ordenaron baños frios, abstinencia de vino y otras muchas cosas; y me alimentaron con las víctimas que ofrecia yo á Trofonio. La víspera del dia en que habia de consultar al oráculo ofrecí un cordero en sacrificio; y los adivinos, asi que examinaron las entrañas, declararon que Trofonio admitia mi homenage. Entonces me ordenaron abluciones: dos niños, llamados Mercurios, acudieron á lavarme y á restregarme con aceite: bebí agua de la fuente Letea, que hace olvidar lo pasado como el rio del infierno: diéronme despues agua de la fuente Mnemosina, la cual graba en la memoria cuanto se ha visto en la caverna. Cumplidos aquellos ritos, fui á una capilla á orar á la estátua de Trofonio. Vistiéronme luego una túnica de lino; y como aquellas ceremonias se hacen de noche, fui llevado con hachas á la entrada de la segunda gruta. Alli abracé á mi hermano, que me habia acompañado con algunos curiosos. Antes de entrar me dió un sacerdote dos tortas, y me ordenó que llevase una en cada mano, y que no las soltara, porque me preservarian de las mordeduras de las serpientes de que estaba llena la gruta. — Astucias de los sacerdotes, añadió Mamerco: hacen llevar á los consultantes las tortas, para embarazarles las manos, de manera que no puedan reconocer los sitios. —

Bajé, continuó Cebes, á otra segunda caverna por una escalera. Asi que llegué á una cierta profundidad, no vi mas que una abertura sumamente estrecha: metiéronme por ella pies y manos con muchísima dificultad. Confieso que el terror empezó á apoderarse de mí; pero no tuve tiempo para reflexionar: sentíme atrastrado con suma rapidez hasta lo hondo del soterráneo. Ignoro lo que vi y lo que hice, porque se me fue la cabeza. Con todo, creo que vi suceder á las tinieblas una gran luz: con su claridad descubrí profundos abismos; y llegaron á mis orejas bramidos y rugidos de animales, gritos agudos, y gemidos y sollozos de hombres y de mugeres. Oí una lúgubre voz, que me preguntó: „¿Qué vienes aquí á buscar?"—Vengo á saber mi destino, respondí todo temblando.—„Morirás en una fiesta, pronunció la voz, y cesó; é inmediatamente me subieron con la misma máquina que me habia bajado, con los pies arriba y la cabeza abajo.—Víle llegar, añadió su hermano, á la balaustrada de la caverna que está á su entrada, donde lo esperábamos. ¡Qué espectro! me asustó, y me pasó el corazon de pena: sacó los ojos caidos y apagados, el semblante asombradizo, la tez pálida, y me miraba de hito en hito sin conocerme. Lo llamé, y no me respondió, porque estaba tocado como de asfixia. Los sacerdotes lo sentaron

sobre la silla de Mnemosina, que era donde habia de acordarse de lo que habia visto y oido. Pronunció unas medio palabras, que los sacerdotes recogieron y dieron por el sentido de un oráculo. Llevaronlo seguidamente á la capilla del buen genio y de la fortuna. Insensiblemente fue volviendo en sí. Lo rodeamos, y le preguntamos sobre lo que acababa de ver; pero solo conservaba de ello ideas confusas. Nos habló del Estigio, de una música armoniosa, y de una luz vivísima que lo habia deslumbrado. No pudo decir otra cosa; y ese es á mi parecer todo el fruto que se saca de tan miserable ceremonia, exceptuando una impresion de melancolía, causada por el atolondramiento y por el espanto, con cuya impresion se quedan para mientras viven esas pobres víctimas de la superstición. Desde entonces huye mi hermano de todas las fiestas, y por lo mismo es mas infeliz. Digo que el tal oráculo es el mas grosero y el mas atrevido de la Grecia. Es fácil de comprender que los ministros del templo se introducen en el soterráneo por caminos ocultos, y que emplean toda suerte de medios para perturbar la imaginacion de las almas débiles."

Dimos gracias á ambos hermanos por su narracion. En lo restante del viage conservó Cebes su taciturnidad; pero hablamos mucho con Mamerco, que era hombre

amable é instruido, y que divertia á los pasageros y marineros con cuentos y fábulas. Entre otras les contó la de Prometéo, la cual le hicieron repetir muchas veces, porque persuadió á los marineros viejos que se volverian mozos, si se encontraba la droga que se habia perdido. Véase como.

,,Labró Prometéo una estátua de barro, y mezcló en él levadura, hiel, carne de áspid y espuma de leon. Ved aqui, amigos mios, cual fue el orígen del hombre: ya conoceis que no tiene por que estar muy vanaglorioso. Aquella figura, pues, no era todavía mas que una masa insensible. Prometéo le robó el fuego al sol, y con él animó al hombre. Apenas este respiró, cuando se quejó á los dioses del fatal don que le habian hecho. Apoderóse de él el dolor en su cuna. Júpiter, para consolarlo y suavizar sus penas, le dió una droga, cuya virtud volvia mozos á los ancianos. Embelesado el hombre con aquel regalo, lo colocó sobre un burro. Atormentado este en el camino de una ardiente sed, se paró en una fuente, que una serpiente guardaba. Este malvado reptil no permitió al asno beber mientras no le diera la droga que llevaba. Vino el borrico en ello; y desde aquel instante rejuveneció la serpiente; y nosotros, pobres humanos, envejecemos sin remedio."—Los marineros, y especialmente los ancianos, decian pestes contra la

bestialidad del asno, y contra la sutileza de la serpiente. Y como la mar estaba en calma, y vagábamos con viento benigno y propicio, rogó á Mamerco el equipage, que estaba ocioso, que les contase alguna otra cosa. „Voy, pues, dijo sin hacerse de rogar, á contaros las aventuras de Midas, Rey de Lidia.

„Aquel príncipe era bueno y honrado, pero de entendimiento corto. Dió buena acogida al viejo Sileno, marido del ama de leche de Baco. Quedó tan pagado este dios, que á su vuelta de la India pasó por sus estados, y le prometió cumplirle el primer deseo que formara. Aquel Rey, mas avariento que sensato, pidió que cuanto tocara se convirtiera en oro. Baco se compadeció de su avaricia; pero le concedió su demanda." Fue muy de la aprobacion de los marineros el deseo de Midas, y dijeron que ellos en su lugar hubieran hecho otro tanto. „¡Poseeríamos, exclamaron todos á una, cuanto oro quisiésemos!" — Pues bien, continuó Mamerco, ahora veremos si son vuestros deseos razonables. Preparó Midas un gran convite, porque tenia cuanto dinero deseaba; y á la hora de comer se sentó á la mesa gozosísimo. Tocó un pan, y se le volvió un pan de oro; tomó una perdiz, y le sucedió lo mismo. Admiróse de ello, y echó mano á una manzana, la cual se le volvió del jardin de las

hespérides. Quiso beber vino de Esmirna y apenas lo tocó con los labios, cuando se le transformó en oro líquido. Finalmente, cuanto tocó y cuanto quiso comer se le transformó en oro. Moríase de hambre y de sed en medio de sus riquezas: lloró su deseo y su avaricia, imploró la clemencia de Baco, y le suplicó que le recogiera la virtud que le habia dado. Tuvo lástima de él el hijo de Semele, lo perdonó, y le mandó que fuera á bañarse en las aguas del pactolo. Obedeció Midas, y perdió en ellas el fatal don, identificado con sus manos. — ¿Qué tal, amigos? ¿Estais aún envidiosos de la felicidad de aquel Rey? ¿deseais la virtud que tenia? — Por Júpiter que no, respondieron: no habíamos previsto eso. — Esta aventura os confirma, añadió Mamerco, que los deseos de los hombres son por lo regular desatinados y ridículos; y que conviene contentarse con su suerte, sin desear vivamente ninguna cosa, porque ignoramos si lo que apetecemos será nuestra dicha ó nuestra desventura. Pero sabed que aquel Monarca hizo otra tontería que le costó mas cara. Pan y Apolo disputaban un dia la palma del canto, y lo eligieron por juez, conjuntamente con el monte Tmolo. Este que era mas ilustrado, adjudicó la victoria al hijo de Latona. El ignorante Midas prefirió la melodía de Pan. Apolo se vengó muy bien de él, pues le trocó sus orejas naturales en

orejas de burro. Avergonzado el pobre hombre, corrió á esconderse; pero como tarde ó temprano era preciso darse al público, envolvió sus largas orejas en un gran gorro de púrpura, y viéndose obligado á confiar su desgracia al barbero, le mandó jurar un secreto inviolable. No se atrevió el barbero á quebrantar lo jurado; pero por desahogar su corazon oprimido, hizo un agujero en tierra, y metiendo la cabeza en él, repitió muchas veces: *Midas, el Rey Midas tiene orejas de asno.* Algun tiempo despues nacieron cañas de aquel agujero, las cuales repetian cuando las agitaban los zéfiros: *Midas tiene orejas de asno.*"—Rieron mucho los marineros con esta fábula, y se agarraron las orejas unos á atros, y llamaron Midas al que las tenia mas largas.—Pues que estamos en Lidia, repuso Mamerco, os contaré otra historia sucedida en el mismo pais.

„Abriosé un dia la tierra despues de haber caido grandes lluvias. Uno que se llamaba Giges, pastor de los ganados del Rey Gandaulo, tuvo la curiosidad de meterse en aquel boqueron: encontró en él un caballo de bronce, cuyos ijares vacíos estaban cerrados con una puerta. Abrióla Giges, y vió dentro un cadáver de extraordinaria magnitud, que tenia en el dedo un anillo de oro. Se lo quitó. Tenia aquel anillo la singular propiedad de que, volvien-

do el engarce hácia la palma de la mano, quedaba invisible el que la llevaba; y volviéndolo hácia arriba, quedaba otra vez visible." — ¡Oh, oh! exclamaron los marineros: ¡Qué dichosos seríamos si nos prestasen ese anillo! ¡Qué buenas cosas hiciéramos! — ,, Acaso, continuó Mamerco, seria una gran desdicha, porque abusariais como aquel pastor que asesinó á Gandaulo, su Rey, para usurparle el trono. Amigos mios, el hombre de bien ha de obrar siempre como si lo estuviesen mirando los dioses y los hombres."

Un viento fresco, que se levantó súbitamente, interrumpió á Mamerco: fue necesario acudir á la maniobra. El austro fogoso sopló violentamente toda la noche, y las enfurecidas olas trabajaron cruelmente á nuestra pobre nave. Todo el mundo se afanó. Por fortuna nuestra se apaciguó la borrasca al apuntar el dia, y descubrimos gozosos la ciudad de Esmirna, donde desembarcamos á eso de medio dia. Una gran parte de la ciudad está sobre la montaña; pero lo mas de ella en una llanura, sobre el puerto, enfrente del gimnasio y del templo de la madre de los dioses. Las calles son hermosas, cortadas en ángulos rectos, y pavimentadas con losas: la ciudad alta y la baja tienen grandes pórticos cuadrados: hállase en esta última una biblioteca y un homerion, que es un pórtico cuadrado

con un templo, donde está la estátua de Homero. El rio Meles corre á lo largo de las murallas. El puerto es comodísimo, y se cierra cuando se quiere.

Los Esmirnenses estan envanecidísimos por el nacimiento de Homero en su ciudad. El próxenes ó introductor nos llevó á la gruta en que aquel bello ingenio componia sus poemas. Contónos la historia de su nacimiento. — ,, Una hermosa aventurera, nombrada Criteyda, que estaba en cinta de Homero, vino á parirlo ocultamente á las orillas del Meles: por eso fue nombrado Melesígenes, cuyo nombre trocó despues de haber cegado con el de Homero, que significa ciego. Despues de su parto ganó la vida aquella pobre madre hilando lana. Formio, que era un filósofo que enseñaba gramática y música en Esmirna, y que se sintió movido al ver su situacion, su belleza y su talento, se casó con ella, y cultivó la educacion de su hijo. Homero no procuró congraciarse con Príncipe alguno, sostuvo la pobreza con valor, y viajó mucho para instruirse.

Los habitadores de Esmirna son dados á los placeres: buscan las dulzuras de la vida, pero no los ha afeminado la molicie: tienen energía y valor.

Pocos dias estuvimos en aquella isla; y asi que nos despedimos de Mamerco y de Cobes, partimos para Sardes.

## CAPITULO XXIII.

*Descripcion de Sardes y de sus cercanías. Encuentro de dos muchachas. Van á alojarse en casa de su abuelo.*

Sardes, capital de la Lidia, es célebre por sus riquezas, por su lujo y por la afeminacion de las costumbres: está sobre la falda del monte Tmolo, á ciento y veinte estadios de Esmirna, y á quinientos cuarenta de Efeso. El Páctolo, que acarrea arenas de oro, nace en aquella montaña, y atraviesa la ciudad: su territorio, prolongado desde el pie del monte hasta el rio Hemo, está regado por muchos riachuelos, y por las aguas del rio, y presenta por todas partes tesoros de abundancia en trigo, en otros granos, en frutas y en pastos excelentes.

La magnificencia del paisage, el canto melodioso de los pajarillos, las voces de los pastores mezcladas con los sonidos de los instrumentos rústicos, el balido de los corderos, el murmullo de los zéfiros que agitaban las hojas y refrescaban la atmósfera, las nubes coloridas del poniente, y la luna que nos salia enfrente magestuosa y bella; todo esto junto vertia en nuestra alma el bálsamo precioso de una delectacion sosegada y pura. Una hora entera estuvi-

mos como arrobados á vista de escena tan atractiva: estábamos sentados sobre la yerba cerca de un arroyuelo: vimos salir de una casa no distante á dos muchachas, que llevaban cada una su canastilla: parecian dos ninfas de Diana. Arrimáronse, y nos rogaron en lengua persa (pues llevábamos los vestidos de esta nacion) que aceptásemos de parte de su padre frutas de su vergel: las tomamos, y las dimos gracias en la misma lengua. Fánor me dijo seguidamente en griego que eran preciosas, y que de muy buena voluntad les haria una fiesta en agradecimiento de su honrado proceder. Al oir aquello las jóvenes, se las encendió el color, bajaron los ojos, y dieron un paso atras. Comprendimos que entendian el griego, y las pedimos perdon en el dialecto jónio, y ellas nos respondieron en el dialecto ático [20], cosa que nos causó mucho placer. Pasados algunos cumplimientos, nos convidaron á ir con ellas á casa de su abuelo, griego de orígen, que recogia con gusto á los extrangeros, y particularmente á sus compatriotas. Admitimos al instante tan dulce convite.

Yendo hácia allá nos dijeron que veríamos á un anciano de ochenta y cuatro años de edad, y afligido con la falta total de la vista un año habia.

Lo encontramos con un escardillo en la mano encorvado hácia la tierra. Sus hi-

jas nos presentaron como si fuéramos sus conciudadanos: entonces se incorporó, y nos dijo, con aquella noble dignidad que promete desde luego un hombre muy superior al estado de simple jardinero: — „Amables Griegos, mis ojos estan privados de la fortuna de veros: para mí no brilla la antorcha de los cielos; pero tendré el gusto de oiros, y acaso el de seros de alguna utilidad." Su correcto lenguage y su pronunciacion pura nos confirmaron el pensamiento de que fuese algun ciudadano distinguido de Atenas: la conformacion natural de su cabeza mostraba ser un hombre de gran carácter: su barba era larga y cana: su frente calva y espaciosa: su aire grave y benigno; y solo se le traslucia haber experimentado los ultrajes del tiempo por la pérdida de la vista. Nos ofreció la hospitalidad. „Os trataré, nos dijo, como el honrado Hireo trató á los dioses: soy pobre como él: mis útiles y mis dioses son de barro: hubiera podido enriquecerme como muchos otros; pero una pobreza honrosa es mas satisfactoria para el hombre de bien que las riquezas de Creso." Segun la costumbre de la Grecia no nos preguntó como nos llamábamos, y nosotros usamos con él igual discrecion. Al sentarnos á la mesa nos dijo: „Comereis con mis hijas: no es esta la costumbre de Atenas, donde desvian á las mugeres de las comidas en que

hay extrangeros; pero me costaria mucho la privacion de dos hijas tan amadas, porque su prudencia las constituye superiores á la regla."

Mientras comíamos nos preguntó mucho sobre nuestros viages, principalmente sobre las costumbres de Esparta: sonreíase á cada pasage de nuestra narracion; y solia decir: ,,¡Qué costumbres! ¡qué hombres! Admírese enhorabuena á Esparta, pero vívase en Atenas. Verdad es que los Atenienses son muy ligeros y muy ingratos. Ellos han desterrado á Temístocles; y han hecho perecer á Milcíades en una prision, siendo asi que solo pedia por recompensa una corona de laurel.—¿Y qué? ¿no la pudo conseguir? No la consiguió, respondió el anciano; porque Socanes se levantó en medio de la asamblea y le dijo: ,,Milcíades, en habiendo peleado solo, serás honrado solo." Estas palabras fueron muy á gusto del pueblo, porque lisonjeaba su vanidad....—Aquel honrado viejo calló dicho esto, y se quedó como quien medita alguna cosa de importancia. Pero súbitamente dijo exclamando: ,,¡La gloria! ¡la ambicion!.... ¡Qué quimeras! ¡qué pasiones tan funestas!.... Milcíades y Temístocles perecieron desgraciadamente: Sócrates bebió la cicuta: Dion, vengador de la tiranía, murió asesinado: Dionisio el jóven desde el ápice de los honores vino á parar al estado

mas humilde: ¡qué caida tan terrible fue la de aquel tirano coronado de la Sicilia! Desde las gradas del trono cayó rodando hasta las tabernas de Corinto, donde entre viles cortesanas, bebia las heces de los taberneros. Los que se quejan de los rigores de la fortuna compárense al desventurado Dionisio." — Su catástrofe, repliqué, es tanto mas maravillosa, cuanto se asegura que tenia talento y valor. — Cítanse respuestas de él que suponen ambas cosas, respondió nuestro huésped. Un extrangero le daba vaya en Corinto sobre el comercio que habia tenido en los dias de su esplendor con los filósofos; y acabó preguntándole ¿de qué le habian servido las lecciones de Platon? — „De sobrellevar la mala fortuna" le respondió. Un Rey de Macedonia, comiendo un dia con él, se chanceaba sobre las tragedias del viejo Dionisio, padre suyo, y le preguntó malignamente, ¿en qué instantes ociosos habia podido componerlas? — „Os he cogido en la red, le respondió: componíalas en aquellas horas en que vos y yo, y otros infinitos, estamos bebiendo y emborrachándonos." Me parece que el tal Dionisio supo tolerar el peso de sus reveses. Comparo á los hombres pusilánimes, que gimen y se desesperan por la pérdida de sus empleos y honores, á las niñas que lloran porque les quitan sus muñecas y jugetes. — Pero la

tarde nos convida al paseo: hagamos nuestras libaciones á Júpiter, é iremos á tomar el fresco á las orillas del Páctolo. Hecha la libacion, tomó su palo, y le seguimos. Al llegar al rio nos dijo: „No está lejos el Páctolo, porque se aumenta la frescura del aire." Con todo de ser ciego, nos hizo notar las ricas y excelentes viñas del Tmolo; y nos obligó á subir para gozar de sus hermosas vistas: dijímosle que temíamos cansarlo. „¡Oh! esclamó: todavía soy jóven: no tengo mas que ochenta y tres años: y ademas de eso estoy acostumbrado al trabajo: no he pasado mi vida sobre camas de púrpura: por último, no he querido hasta ahora perder el uso de mis piernas: seguidme, y no os cuideis de mas." En efecto, iba delante de nosotros con paso firme, sirviéndose únicamente de su báculo cuando habia obstáculos y piedras. Fánor y yo lo mirábamos con asombro y respeto: llevaba desnudos cabeza, piernas y pies: una túnica de algodon grosero, y una capa corta, llamada *pallium*, prendida con un corchete de hierro, era todo su vestido y su adorno.

## CAPITULO XXIV.

*Costumbres de los Sardenses. Divinidades del pais. Conversacion de los dos amigos relativa á sus huéspedes.*

En aquel mismo instante oimos las armoniosas consonancias de muchos instrumentos, acompañados de cantos y de gritos alegres. — ,, Esos conciertos, nos dijo el anciano, son resultados de las disolutas costumbres de aquella antigua capital del imperio de Creso. Todas las noches hermosas y plácidas se congrega en las praderías la juventud de ambos sexos; y allí, protegidos de las sombras misteriosas de la noche, pasan las horas del descanso en juegos, danzas y placeres amorosos; y de dia, en en vez de ocuparse en los trabajos mandados al hombre, se entregan al sueño y á la ociosidad. Han desterrado de su pueblo todas las artes que podian perturbar su reposo. El gobierno premia á cuantos inventan deleites nuevos. Abusan de la suma fertilidad del terreno para exceptuarse del trabajo y darse á la molicie. Los hombres emplean tanto arte en rizarse y en componerse la tez, y son tan afeminados, que parece que no hay mas que un sexo en la ciudad. Y aun no fuera todo tan malo si las mugeres tomaran prestado el velo de la

modestia; pero ni sus ojos ni sus orejas son castas. En ese pueblo se juntan en sociedad las mugeres mas hermosas, que son filósofos de nueva especie, porque se reunen para combinar é inventar deleites nuevos, ó para dar mayor atractivo y viveza á los placeres. Llamanse flores aquellas sociedades. Pero sabed que la alegría de los Sardenses es puramente exterior. Dejan un placer que les disgusta por otro que les disgustará mas. Sus almas, gastadas por decirlo asi, no parece que tienen sensibilidad mas que para las penas. Una muger no pudo dormir en toda una noche por haber visto un raton en su cuarto. Un hombre cayó malo por haberlo despertado con susto el canto de un gallo. Su afeminacion los ha enervado de tal manera, que no son capaces de cargar con peso alguno. Pasan su vida sentados todo el dia sin hacer el menor ejercicio. — Esta pintura de las costumbres de los Sardenses, repliqué, recuerda la de los Sibaritas. — Sí: ambos pueblos tienen analogía perfecta. Los Sibaritas viven tan sumidos en el lujo, y son tan afeminados, que se glorifican de no haber visto nunca la salida del sol. Han proscripto como los Sardenses, los gallos y las artes ruidosas que podrian interrumpirles el sueño. Cuando convidan á las mugeres á los sacrificios de los festines, lo hacen un año antes para darlas tiempo de

preparar sus adornos. Los magistrados destinan premios para los cocineros que inventen guisados mas exquisitos; y cuando alguno de ellos ha dado con manjares rarísimos, está prohibido imitarlo en el primer año, para que el inventor tenga tiempo de enriquecerse. En fin, esos pueblos, que pueden disputarse la palma de la cobardía y del libertinage, estan prontos á recibir las cadenas del primero que quiera dominarlos."

Aquel anciano hablaba con mucha facilidad y vehemencia. Parecíame que estaba viendo al sabio Nestor harengando á los Griegos reunidos. Roguéle que me diera á conocer las divinidades principales y mas honradas de los Sardenses. — ,, Cibeles, me dijo, Diana, y sobre todo Proserpina, son sus diosas tutelares: celébranse juegos en honor de esta última: la sacrifican vacas negras, y la coronan con adormideras. Pero la bella Venus es mas adorada que todas. Tiene templos en que las jóvenes se prostituyen como en Babilonia y en Chipre; pero cobran la paga de su prostitucion, y con aquel dinero escogen maridos. Baco es tambien uno de los dioses tutelares del pais, en el que fingen que ha nacido. Hércules asimismo recibe un culto particular; pues llegó á dicha comarca para matar á una horrorosa sierpre que la devastaba: vió á Onfále, hija del Rey, y se

enamoró ciegamente de ella; y deponiendo su piel de leon, su maza y su ferocidad, tomó una rueca y se puso á hilar junto á ella."—Pero he aqui la hora del retiro, que es la en que el dia acaba. ¡Dichosos los que hubiesen hecho buen uso de él! Volvámonos á nuestra guarida á buscar el reposo que hemos preparado con el trabajo y con el ejercicio."

Asi que nos separamos de él nos preguntamos Fánor y yo, ¿quién podria ser aquel Griego, cuya frente magestuosa y serena, y cuya conversacion agradable é instructiva publicaban un hombre muy superior al vulgo? „¡Qué grande es y que sublime en su sencillez!" Sí, dijo Fánor: no he dejado de admirarlo ni siquiera un instante; pero sin detrimento de sus amables hijas: me parecen lindas las dos: no sé á cual preferir. La hermosura de la mayor, Fánor amigo, tiene mas atractivo y mas gracia, y me parece que su genio es mas meditador. —La segunda, Antenor, pronostica mayor viveza y jovialidad. —Añadid, Fánor, que sobre sus buenas personas tienen esas mumuchachas una educacion finísima, y sus entendimientos adornados con la lectura; cosas que fácilmente se conocen en las expresiones con oportunidad aventuradas, y en su modo de explicarse elegante y puro: poseen el verdadero aticismo de Atenas, unidamente con la modestia y con la pru-

dencia de las mugeres Espartanas. — Mucho tiempo ha, Antenor, que no hemos visto esta especie de fisonomías, que suscitan la admiracion y el respeto al lado mismo del deseo. — Pero, Fánor, no olvideis que Sócrates llamaba á la belleza una tiranía corta. — Y Platon la nombraba, querido Antenor, el privilegio de la naturaleza: ya sé sus nombres: la mayor se llama Aténais, y la menor Fáloe.

## CAPITULO XXV.

*Ocupacion del anciano. Conversacion importante. Se da á conocer*

Interrumpiónos el sueño al amanecer el canto de un gallo. Maldíjolo Fánor. — „El canto del gallo, le dije, es agradable y útil mientras la noche: despierta al que duerme, avisa al viagero que á de madrugar, consuela con la esperanza del dia á quien le parece larga la noche, y es el enemigo de los perezosos. Alto, pues, á levantar." — Acabado nuestro tocador, bajamos al jardin á saludar á nuestro huésped. No encontramos á nadie. Era el momento en que las gotas del rocío brillaban sobre la temprana yerba, y en que el aire rarefacto traia á las narices el perfume de los vegetales y de las flores. El sol no blanqueaba todavía mas que las cúspides de los montes; y oi-

mos alrededor nuestro el canto armonioso de los pajarillos, que saludaban á coros á la naciente aurora. Aguardamos, pues, al honrado viejo, respirando la vivificante frescura de la mañana. No tardó en llegar. Se quitó su capa, arrimó su palo, fue á buscar su escardillo y su regadera, plantó algunas berzas, se llegó al pozo, sacó agua y regó su nuevo plantío. Al verlo trabajar de aquel modo, é ir y venir, nadie hubiera sospechado que fuese ciego. No nos atrevíamos á distraerlo. Lo contemplábamos con aquel silencio religioso que se observa naturalmente en un templo delante de la estátua del Soberano de los dioses. Regando las flores parecia que las acariciaba, y el rostro se le vivificaba con el tacto de las flores y con la suavidad de su fragancia. Hincó estacas ó rodrigones, á la manera de los Griegos, para sostener sus viñas; las levantó y las arregló, de suerte que sus pámpanos suministraban sombras, bajo las cuales se podia pasear. En fin, nos llegamos á él. ,,Ya veis, nos dijo, que no es nuestra divinidad la pereza: el trabajo, segun Hesíodo, es centinela de la virtud. — Bien se ve, le contestamos, que amais el campo y sus faenas. — ,,La vida del campo, nos añadió, y sus cuidados y sus placeres, son propias para la vejez. ¿Dónde se hallará para calentarse un sol mas puro y ardiente, y un fuego de invierno mejor alimentado

por la abundancia de la leña? Y en el verano, ¿dónde hallaremos asilos mas frescos ni mas agradables que los que ofrecen las orillas de los arroyuelos y las inmediaciones de las fuentes, sombreadas por copados árboles?—Pero apuesto cualquiera cosa, le dije, á que no habeis cultivado jardines toda vuestra vida: ocupaciones y empleos mas importantes habeis tenido. —Conozco, me replicó, que deseais saber quien soy: su tiempo vendrá: vuestro porte es honrado y discreto; y ademas, que al cabo ya de mi carrera, no tengo las mismas razones para cubrirme con el velo del misterio. Pero he aqui mis hijas: vamos á empezar el dia rindiendo homenage á los dioses. Seguimos las costumbres de Atenas." (*a*) Lo acompañamos á una capilla que estaba en un ángulo del jardin. El anciano (cuyo nombre ignorábamos) ofreció frutas en sacrificio, y seguidamente, con sus hijas, dirigió á Júpiter esta oracion: „Rey del cielo, concedednos lo que necesitamos, y rehusadnos lo que nos fuere perjudicial, aun cuando os lo pidamos." Hecha esta ceremonia, nos convidó á desayunarnos de alli á una hora. Á nuestra llegada nos dijo: vamos á buscar á mis hijas, que estan en su gineceo, ó de otro modo, en el gabinete de la

(*a*) Cada particular ofrecia en Atenas sacrificios sobre un altar colocado á la puerta de su casa, ó en alguna capilla doméstica.

meditacion, ocupa las en leer ó escribir, porque las he acostumbrado al estudio. „El entendimiento, las he dicho con frecuencia, es atributo del hombre, y lo que mas le acerca á la divinidad. Descuidar su cultura es asemejarse á las bestias. Fuera de que el gozar mas dulce y mas puro viene del pensamiento y de las producciones del espíritu; y es lo que no pueden concebir los ignorantes, porque son ciegos de nacimiento, que no tienen idea de la luz."

El gabinete de la meditacion estaba en lo mas retirado del jardin, y en medio de un bosquecillo de laureles. Una Minerva, de madera de limonero, guardaba su entrada. Aquel pequeño edificio, aunque de sencillo gusto, correspondia poco á la modestia del amo de la casa. Era agradabilísimo y de bella proporcion; y la tapicería interior eran estantes de ébano llenos de libros, y dos grandes pinturas de mucho precio.

Encontramos á las dos jóvenes con el estilo en la mano, escribiendo con mucha atencion. Al ver al buen anciano se levantaron, lo abrazaron, y se dieron prisa á enjugarlo. „¿Qué escribís? las preguntó. — Extractamos, le respondieron, algunos fragmentos de vuestras memorias sobre las revoluciones y sobre el gobierno de Atenas. — ¿A qué punto llegais? repuso el anciano. — Al de los Prítanos, dijeron las jó-

venes. — Ya debeis saber eso de memoria: veamos, Aténais, háblanos sobre dicho punto, porque estos extrangeros te oirán con satisfaccion." Aténais se avergonzó, titubeó, nos miró, bajó los ojos, y despues habló asi:

„Los Prítanos forman un tribunal de quinientos magistrados sacados de las diez tribus, esto es, cincuenta de cada una. Para ser admitido en él es necesario haber tenido una conducta irreprensible, ya por parte de las costumbres, ya por parte de la economía de sus bienes, no deber á la república, haber dado su contingente en las necesidades del estado, y no haber faltado al respeto á sus padres. Los Prítanos administran la justicia, distribuyen los víveres, cuidan de la policía general de la república, y de cuanto concierne á la paz y á la guerra. Se congregan en el pritaneo, y se les sirve una comida frugal á expensas del tesoro público. — „Y añadid á eso, dijo el anciano, que en los tiempos trabajosos juntan los Prítanos al pueblo, y exhortan á cada ciudadano á que contribuya, segun sus facultades, á las urgencias del estado. En aquellas asambleas cada cual habla á su vez, y declara en alta voz la suma á que él mismo se tasa, y se escribe sobre un registro juntamente con su nombre. Un Prítano, y no los sacerdotes, ofrece los sacrificios. — Dijímosle que nos hablara del

pritaneo. — ,, Es una sala, continuó, consagrada á Vesta, donde se ven todas las divinidades de la república, como Vesta, la Paz, Júpiter, Minerva, y las estátuas de los grandes hombres de Atenas. En ella se guardan las leyes de Solon escritas sobre un cuadro. En ella se recibe á los embajadores extrangeros, y á los de la república que llegan á dar cuenta de sus misiones. En el pritaneo se alimentan á expensas del público los que han hecho servicios importantes al estado, y los huérfanos de los padres que han muerto en las batallas. Ser llamado á las comidas de los Prítanos es una distincion que ambicionan mucho los Atenienses. — ,, Pues muchas veces habreis sido convidado á ellas:" dijo con viveza Fáloe al anciano, y quedó corrida de haberlo dicho. — Mas no por eso, hija mia, he podido evitar el ostracismo. — Es verdad, señor; pero muy injustamente. — ¿Querríais, acaso, que hubiera sido con justicia.....? Dejemos esto; y tú, Aténais, acaba lo que te queda que decir sobre el pritaneo. — ,, En aquel mismo parage, continuó la jóven, se quema constantemente el fuego sagrado, mantenido por viudas (*a*); y en él estan tambien los almacenes para la subsistencia de las familias pobres y virtuosas." — ,, Des-

(*a*) Aquel sagrado fuego era una lámpara que ardia de continuo. Cuidábase mucho de que no se apagára.

pues de muerto yo, prosiguió el anciano (y esto no tardará mucho), ireis, hijas mias. á Atenas; me nombrareis y direis, fue buen ciudadano, fue justo, y amó á su patria: vosotros lo sabeis ¡ó Atenienses! Administró mucho tiempo las rentas de la república, vivió pobre, y no nos ha dejado cosa alguna..... No dudo, queridas mias, que Atenas, con este recuerdo, os tomará bajo su proteccion y os alimentará en el pritaneo, y por ventura darán algun honor á mis cenizas. Aquel pueblo, aunque ligero, es generoso y humanísimo." Oyendo este discurso lloraron amargamente las muchachas, y el honrado viejo tambien lloró abrazándolas cariñosamente. — „Sí, sí, añadió con voz mas firme: los Atenienses son buenos y compasivos: no se halla entre ellos ni un pobre que pida limosna, deshonrando á la ciudad con su mendiguez, porque los mendigos son una afrenta pública que se hace á los ciudadanos y al gobierno..... Pero nuestros amables huéspedes tendrán ya apetito, y es hora de darles el desayuno." — Mientras mas hablaba aquel anciano mas me inclinaban á él la curiosidad y el afecto.

Aténais y Fáloe trajeron una cabra, y la ordeñaron con sus delicadas y blancas manos, y nos presentaron, en una taza de barro, leche caliente y pura. Aténais presentó á su abuelo agua para lavarse las

manos. — „Verdad es, dijo este riyéndose, que no tengo las manos tan limpias trabajando la tierra, como las tenia administrando las rentas de mi patria." — Juntamente con la leche nos sirvieron frutas, higos secos y miel. Entre tanto examinaba yo los dos cuadros que decoraban aquella graciosa celdilla. — Estan trabajados en cera, me dijo el anciano: para su ejecucion se preparan ceras de varios colores, y por medio del fuego se aplican sobre la madera y sobre el marfil. Estos son hechos sobre el marfil cabalmente (*a*)." — Aquel es el retrato de Temístocles, le dije, uno de los grandes hombres de Atenas, porque su nombre está abajo. — „Sí; lo es; continuó el anciano: tenia superiores talentos; pero obscurecian algo sus excelentes prendas una ambicion excesiva, unos ocultos celos de todo mérito, un amor declarado al dinero y un continuado manejo del engaño. Fue tan inmoderado su libertinage, cuando jóven, que su padre lo desheredó; pero aquel escarmiento, en vez de abatir su ánimo, lo elevó mas. Desde entonces se consagró totalmente á la causa pública, á la que hizo servicios señalados." — ¿Cuál es el asunto del cuadro? le pregunté. — „Está en la sala del consejo, me respondió, enfrente de Euribíades, General de los Lacedemo-

(*a*) Este método de pintar se llama al encauste.

nios, quien tiene el baston levantado sobre él; y Temístocles, sin alterarse, le presenta su espalda."—¡Ah! exclamé entonces: ya comprendo: el pintor ha elegido aquel instante en que, impelido de un movimiento sublime dijo al Espartano: *pega; pero escucha.*

El otro cuadro representaba á un hombre de fisonomía grave y respetuosa, que estaba escribiendo sobre una concha, y sonriéndose: un rústico estaba junto á él. Aquella pintura contra lo que se acostumbraba, no tenia nombre. —¿Cual es la accion de ese cuadro, pregunté al anciano y cómo se llama el personage que escribe? —Arístides, me respondió. —¡Ah! volví á exclamar entusiasmado: Arístides el justo, el primero entre los hombres, el honor y la gloria de Atenas y de la Grecia toda.—Moderad tanto elogio, repuso el viejo, porque si él os oyera se avergonzaria. Esa pintura representa un labrador que no sabiendo escribir recurre á Arístides, á quien no conoce, y le pide que escriba sobre su tejo, ó sea concha, el nombre del ciudadano á quien quiere desterrar de Atenas. Lo demas ya lo sabeis. Arístides le preguntó ¿por qué las habia con él? „Porque estoy cansado, le respondió, de oirle llamar el justo." Arístides sin replicar escribió su nombre sobre el tejo. — No apartaba yo los ojos del retrato de aquel grande hombre, á

quien miraba con veneracion: pregunté ¿si se le parecia? A esta pregunta noté que se sonrió el anciano, y aun mas maliciosamente las dos muchachas. — „ En otro tiempo sí, me respondió; pero hoy debe estar muy trocado. Ese retrato tiene treinta y cinco años de fecha. El tiempo es un gran destruidor: el viejo Saturno devora á sus hijos, y aun á las mismas piedras." Sorprendido yo de la sonrisa que habia excitado mi pregunta, trasladé mi vista al cuadro, y noté que tenia rasgos de semejanza con mi huésped. Habléle de ello, y me dijo: „ Varias veces han querido hacérmelo creer." Reparé en esto que Aténais y Fáloe se reprimian para no romper en una carcajada: entonces ya no me quedó duda de que aquel anciano venerable era el original del retrato. — ¡ No me engaño, no! grité de repente: ¡ Arístides sois! ¡ Aquel sabio, aquel justo, aquel ciudadano valeroso, desterrado tan indignamente de su patria." — „ Sí: lo soy: no lo niego: es un secreto que he guardado quince años; pero hoy la suerte de mis nietas, á quienes temo dejar solas y abandonadas en el mundo, me hace desear la vuelta al Ática, para ponerlas bajo la salvaguardia de los Atenienses, y para inclinarlos á que las favorezcan en nombre de la humanidad y en el de mis servicios. Quince años há que estoy proscripto. Partí de Atenas cargado con sesenta y siete años;

y estas muchachas tendrian, la una cinco, y la otra tres. He vagado desconocido, fugitivo, bajo un nombre supuesto, frecuentemente apretado por la pobreza, y siempre blanco de la adversidad. Por último, una suerte mas benigna me trajo á este asilo, tan agradable por su situacion y por su dulce temperatura, donde la bondad de los dioses vierte sobre nosotros los verdaderos bienes, que son la salud, la obscuridad y lo necesario. He traido á mi destierro el dulce consuelo de algunas virtudes. Y la injusticia y el rigor de los Atenienses no podrán hacerme olvidar de aquel bello dia, en que en un drama de Esquilo (pronunciando el actor en alabanza de Anfiarao el verso siguiente)

,, Honrado quiere ser, no parecerlo."

todos los espectadores clavaron en mí los ojos para hacerme la aplicacion. Confieso que ha sido la mayor recompensa que pudo darme mi patria por lo mucho que he amado á ella y á la virtud. Temístocles (que despues de la batalla de Salamina fue aplaudido en los juegos olímpicos, y durante todo un dia objeto de las miradas de todos los Griegos) confesó que aquel dia habia sido el mejor de su vida. El en que me hicieron la aplicacion de aquel verso fue tambien el mejor dia de los mios."— Me han contado, le dije á Arístides, que aquel competidor celoso fue la causa de vuestro

destierro. — ,, Verdad es: él extendió los rumores de que yo me formaba insensiblemente una especie de monarquía sin pompa y sin guardias, y que me habia hecho el árbitro de todas las desavenencias y de todos los negocios; y el pueblo, que es naturalmente altivo, y que está ensoberbecido con sus victorias, cubrió con el odio á la tiranía la envidia con que miraba la poca gloria que me habia yo adquirido, y concurrió á juntarse de todas partes del Ática, y me castigó con el ostracismo. Pero lejos de irritarme de la injusticia de tal decreto, y de desearles mal á mis conciudadanos, pronuncié esta deprecacion á las puertas de la ciudad; ,, ¡Hagan los dioses que nunca suceda á los Atenienses desgracia alguna que les obligue á acordarse de Arístides, haciéndoles necesarios sus servicios!" Suplicamos á Arístides que nos pintara las formalidades de aquel famoso ostracismo.

,,Para pronanciarlo, continuó Arístides, se congrega el pueblo en el templo de Hércules ó en el Cinosargo, y algunas veces en la plaza pública. Alli al rededor de una urna, circundada de nueve Arcontes y del Senado, escriben los ciudadanos sobre unas conchas ó tejos el nombre del que quieren desterrar, y lo echan en la urna: seguidamente cuentan los magistrados las conchas, y si hallan menos de seis mil es

nulo el ostracismo. Cuando el número está completo, se cuentan todos los nombres escritos; y es condenado el que mas votos tiene. Aquel destierro dura diez años, á menos que no se levante; pero se deja á los desterrados el goce de sus bienes. En efecto, el ostracismo no es el castigo de un delito, sino el delito de la envidia, que quiere alejar de sus ojos al mérito que la mortifica.

„Siempre amante de los muertos,
Aborrece á los que viven."

—Temístocles, le repusimos, atormentado con vuestras glorias y virtudes, procuró siempre perjudicaros. — „¡Ay! exclamó suspirando Arístides: ya no vive aquel héroe: ya no queda de él mas que su nombre, su fama y sus servicios. No se envenenó, como se ha dicho, con sangre de toro, porque esta sangre no es veneno, y lo sé por experiencia: el veneno que lo mató fueron remordimientos y pesares.... Jóvenes ¿quereis ser dichosos en vuestra vejez, y sobrellevar con valor y sosiego las penas de la vida? Pues procurad formaros una reputacion buena; y que la virtud y la probidad sean los astros que dirijan constantemente vuestra carrera. Preparaos para lo futuro agradables recuerdos: pues esto es un perfume que da buen olor á lo

que queda de la vida. Mucho tiempo ha que he perdonado á ese hombre grande. A pesar de sus culpas no me hice del partido de Cimon y de Alcmeon, que lo acusaban de un crímen capital. Guardé silencio, y me afligí de su desgracia, sin haberlo nunca estado de su prosperidad ni de su gloria. Nuestras competencias y divisiones vienen desde nuestra niñez. Nos criamos juntos, y siempre estuvimos opuestos en nuestros juegos y placeres; pero lo que todo el mundo ignora es que el amor irritó aquella simiente de celos. Entrábamos ya en nuestra adolescencia cuando nuestro corazon ardió por la hermosa Agarista, muchacha de nuestra misma edad. No ha mas que setenta años de esta aventura. Animados por la competencia, acaso mas que por el amor, cada cual de nosotros desplegó sus cortos medios y sus talentos para conseguir la preferencia. Yo colgaba flores á la puerta de mi temprana divinidad. Un dia las encontré arrancadas y pisadas; y habiendo adivinado el autor de aquella afrenta, medité la venganza. Enfrente de la casa de Agarista vivia una buena muger conocida mia, á quien supliqué que me prestase su cuarto por una mañana. Al amanecer adorné con flores la puerta de Agarista, y me puse luego de centinela en la ventana de enfrente, con un gran cubo lleno de lodo entre las manos. Pronto llegó mi competidor muy

erguido y gozoso, haciendo alarde de una guirnalda de rosas que llevaba: empezó á descolgar las mias y á destrozarlas; y yo que vi aquello le vertí prontamente encima todo el cubo, y lo puse de inmundicia de cabeza á pies, trocando su alegría en tribulacion. Columbróme entonces, y subió enfurecido á la casa. No le temí: nos abalanzamos uno á otro deseosos de ahogarnos. Luchamos vigorosamente; pero llegaron la buena muger de la casa y dos vecinas suyas, y no sin dificultad nos separaron. Aquiles y Héctor no estuvieron mas encarnizados uno contra otro. La madre de Agarista, informada de aquella pelea, terminó nuestra Iliada privándonos de la vista de su hija. Ved aqui acaso el orígen de nuestro rencor y de nuestras disensiones, independientemente de la oposicion de nuestras máximas y catacteres. — ¡ Ay, mi amado Temístocles! exclamó levantando la voz y mirando al cuadro: ¡ya no existes! ¡ Destruyó la muerte aquel guerrero magnánimo, con quien triunfé en Maraton y en Salamina! Créeme, Temístocles: jamas te aborrecí: siempre honré tus lucidas prendas y tu superior talento. ¡ Pluguiera al cielo que todavía vivieses, para que la amistad reuniera nuestras almas purificadas, y para que acabara yo junto á tí lo poco que me queda de vida!...."

En aquel instante nos anunció Fáloe á

un oficial de Farnábazo, Sátrapa de Sardes: entró seguido de un esclavo que traia una canasta. Dijo el oficial á Arístides, que le llevaba de parte de Farnábazo un ligero tributo de su amistad, con la súplica de que lo admitiera. — „¿Qué tributo es? le preguntó Arístides. — Dos piezas de tela de seda, respondió el oficial, bordadas de oro, para que hagais unos vestidos á vuestras nietas. — Amigo mio, repuso Arístides, llevaos vuestras piezas: dad gracias á Farnábazo de mi parte y de la de mis hijas: temeria yo mucho que unos vestidos tan bellos las afeasen." Quiso insistir el oficial; pero Arístides le dijo: „Un Rey de Macedonia envió cien talentos á Solon, quien preguntó al mensagero ¿por qué motivo y con qué mira lo elegía á él entre tantos Atenienses para hacerle tan rico regalo? — Porque aquel Monarca, respondió el mensagero, os conoce por un hombre próbido y virtuoso. — Siendo asi, repuso Solon, que me deje mi virtud y reputacion." El oficial no hizo mas réplicas, y se volvió con su donativo. Arístides nos dijo entonces: „ Estos Persas no tienen ideas de las costumbres y del alma de un ciudadano de Atenas. Este regalo es sin duda fruto de un buen consejo que últimamente le dí: estaba yo en su casa (porque nos solemos ver: tiene buenas prendas el tal Sátrapa: es hombre de

talento; pero su amor al dinero obscurece su mérito, porque junta mucho y da poco) y me mostró un gabinete que acababa de fabricar. Alabéle el dibujo y el buen gusto, y me dijo: ,, Yo quisiera que se pintara en él alguna cosa nueva que no hubiese en mi palacio. — Pues mandad, le dije, que pinten á la liberalidad." Aquel rasgo de un hombre libre lo sorprendió: ,, No desmiente Arístides, añadió Farnábazo, su genio franco, pues transporta al Asia una planta de su pais; pero su consejo es bueno y lo seguiré." — No creia yo, dije á Arístides, que fueseis conocido de ese Sátrapa. — Es una consecuencia de los sucesos de mi vida, me satisfizo Arístides, porque ha sido tan agitada y tan borrascosa desde mi ostracismo, que su narracion os seria grata. La empezaré esta tarde en el paseo; y algun dia la referireis á los Atenienses, quienes acaso os escucharán con curiosidad. Me vuelvo á mis trabajos campesinos. Pero con todo os exhorto á que vayais á visitar la ciudad de Sardes, que merece muy bien la atencion de los extrangeros."

## CAPITULO XXVI.

*Coloquio de ambos amigos tratando de Aténais. Aventura terrible.*

Caminando á Sardes, me habló Fánor mucho de Aténais, me ponderó sus gracias, me elogió la delicadeza de su entendimiento, y la noble decencia de su porte. — Cuidado, dije á mi amigo: guardad bien vuestro corazon, porque aunque su pendiente es suave es resbaladiza: no olvideis que estais aqui en casa del mas venerable de entre los Griegos, y que esas tiernas hermosuras deben engendrar tanto respeto como amor: son rosas que cultiva la castidad cubriéndolas con su velo." Fánor me aseguró que el placer qué sentia junto á Aténais en nada se parecia al amor; que lo juzgaba asi por el silencio de sus deseos; y que veia con admiracion la virtud asociada con las gracias.

Cuando entramos en Sardes estaba el aire abrasado con los fuegos del medio dia. El silencio y la soledad parecian ser los únicos habitadores de aquél vasto recinto. Todo dormia ó reposaba fatigado de los placeres de la noche. Recorrimos muy cómodamente la ciudad. Las orillas del Páctolo estan adornadas con muelles y árboles que proyectaban agradables sombras. Pla-

zas, edificios y templos, presentaban la grandiosidad y la magnificencia. Despues de nuestras correrías, nos sentamos á la sombra de unos plátanos delante de una casa de hermosa apariencia. Hablando estábamos Fánor y yo sosegadamente, y examinando á los pocos que pasaban, cuando salieron de aquella casa dos esclavos apresurados é inquietos; y de alli á poco salió otro á todo correr: oimos rumor tumultuoso: las puertas estaban abiertas; y asi aguijoneados por la curiosidad, atravesamos un peristilo circundado de columnas de mármol: en lo interior, á los dos lados de la puerta, se veian dos esfinges de bello granito. No nos atrevíamos á pasar mas adelante porque nos imponia respeto la magnificencia del sitio. Iban y venian sin reparar en nosotros, y el ruido continuaba. Parecíanos que oíamos gemidos y gritos dolorosos. Finalmente, venció la curiosidad, y seguimos á una turba de mugeres hasta una pieza adornada de cuatro estátuas. La puerta de la segunda pieza estaba cerrada, pero la abrieron: vínose á nosotros una muger azorada, y preguntándonos ¿si éramos médicos? — „ Médicos somos, respondió osadamente Fánor. — ¡ Entrad, pues, al instante, nos dijo la muger, venid á socorrer á mi pobre ama! ¡ padece mucho! ¡ se muere! ¡ qué dichosa era la que ahora es tan infe-

liz! ¡ qué buena estaba hoy por la mañana! ¡qué desventura tan grande!" Hablándonos asi se arrancaba el pelo enagenada de pena. En fin, entramos: ¡qué habitacion! ¡qué magnificencia! Toda estaba resplandeciente de oro. En medio habia una fuente de mármol, de la que salia un surtidor de agua que difundia la frescura: las orillas de la fuente estaban rodeadas con vasos de jazmines y con bellísimas flores: una gran puerta y dos ventanas abiertas presentaban la perspectiva de un jardin delicioso. Pero ¡qué contraste tan terrible! ¡qué cuadro tan doloroso! Una muger jóven, dando agudos gritos y muy desfigurada, estaba tendida sobre un lecho de oro y de púrpura, ó mas bien sobre el lecho de la muerte. Muchísimos esclavos se confundian por socorrerla. Hicieron lugar á Fánor, fingido médico Griego, quien, á salga lo que saliere, la ordenó un vomitivo. Yo estaba considerando á aquella infeliz: segun se notaba, habia sido de agraciada persona; pero aquella cara, conjunto de las gracias y de las risas, se descomponia toda, se la torcia la boca, y se la hundian en sus órbitas sus bellos ojos, y todos los lineamentos de su rostro se le trastornaron, y sus penetrantes gritos nos angustiaron el corazon. Habia en un nichito de plata una pequeña estátua de Venus del mismo metal. Una muger trajo y puso un braserillo

á sus pies, y quemó en él incienso y perfumes. Entonces se arrodillaron todas las mugeres, gimieron, lloraron, imploraron á la diosa; y la misma enferma la dirigia súplicas con chillidos amargos; pero las *oraciones cojas* no subieron hasta el trono de la madre de los amores. En aquel instante entraron médicos acompañados de muchos curiosos. Llenóse de gente la habitacion. Fánor cedió inmediatamente su lugar á los Esculapios, quienes maravillados de la violencia del mal, no encontraban en sus libros remedios ni consejos. Sus opiniones eran contrarias. Oimos repentinamente un grito general que decia: „¡Hele aquí, hele aqui!" Ordenáronse en dos filas, y por el espacio que dejaron, vimos entrar á un jóven de bellísima figura, suntuosamente vestido, y seguido de muchos esclavos. Asi que divisó la tierna víctima, y que oyó los acentos de su dolor, se arrojó á ella, la regó con sus llantos, pateó enfurecido, y dió voces á los médicos diciéndoles: „¡Salvadla, salvadla, volvédmela!" Estos se agitaron y dieron pociones, cordiales y elixires; pero nada obraba. Mandaron salir de la pieza á todos los extrangeros. Entramos en el jardin por una alameda de dafnoidas, pavimentada con piedra de estuco. Entre árbol y árbol habia estátuas voluptuosas, como amores, sirenas, ledas &c.: al cabo de la hermosa alameda,

habia un reducido templo sostenido por ocho columnas de pórfido, el cual contenia la estátua de Venus, de magnitud natural, que era una bonísima copia de la Venus de Gnido, de Praxíteles: por ambos lados de aquella capilla corrian dos fuentes de blanquísimo mármol. Veíanse tambien en aquel jardin cenadores, deliciosos baños, y grutas entapizadas de las mas raras conchas. „¡Qué lástima me causa, dije á Fánor, separarme de este sitio de delicias! Ganas me dan de morir en medio de estos deleites." Diciendo esto, un hombre, que estaba junto á nosotros, y que balbuciaba nuestro idioma, se nos arrimó y nos dijo: „Extrangeros, conozco vuestro pais, porque hice en él la guerra; y aunque nos dísteis buenos palos, no por eso amo menos vuestra nacion." Dímosle gracias por su inclinacion, y aprovechando de la coyuntura, le rogué que me dijese quien era aquella hermosura que tan cruelmente moria, y quién aquel Sátrapa jóven, que tan despechado se mostraba. — „Satisfaré vuestra curiosidad, me dijo aquel hombre: vamos á sentarnos lejos del ruido, bajo aquel cenador de alhelíes." Oimos á la sazon en el cuarto de la enferma sollozos y horribles gritos: decian á voces: ¡*Ya se muere*! ¡*ya murió*! Corrimos allá, y acababa de morir en efecto. Aquella flor de la hermosura, y aquel rostro atractivo, donde el

amor, el deseo y el deleite habian puesto el sello de sus delicias, inspiraba entonces horrores y espantos: estaba negra y lívida en términos de no reconocérsela ninguna de sus facciones. Con todo eso, el jóven abrazado con el cadáver, queria espirar sobre él. Desviáronlo con violencia de aquel objeto funestísimo, y se lo llevaron casi arrastrando. Salimos de alli con nuestro nuevo conocido, y nos refugiamos muy pensativos al jardin. ,, ¡Qué muerte tan horrenda! exclamó nuestro compañero: ¡ En la edad de gozar! ¡ á los diez y ocho años de su vida! ¡ y con una perspectiva tan risueña! Gastó la noche pasada en este jardin, que estaba iluminado con mil faroles: cena delicadísima, música, baile, perfumes, amores, todo contribuia para encantar los sentidos de esa muger amabilísima. Al amanecer voló á los brazos de su nuevo amante esposo, en aquella misma cama, en aquel mismo suntuoso salon, donde la muerte la esperaba. Aun no eran pasadas dos horas que Farnábazo se habia separado de ella. — ¡ Ola! repuse: aquel jóven es Farnábazo! — El mismo es, continuó; el hijo de nuestro Sátrapa; y su desdichado amante se llamaba Estátira: es muger de nacimiento honrado: su padre tenia un empleo decoroso en las tropas del Rey Xerxes: lo mataron en el paso de las Termópilas, donde perdimos mas de veinte mil hombres: dejó á

Estátira en la cuna bajo la guardia de su madre, la cual, como muchacha y hermosa, se dejó ir por la pendiente de los placeres. La educacion que recibió su hija fue la que se da en un pais donde se carece de buenas costumbres y de filosofía: desde niñas no se las habla mas que de adornos, de placeres, y del arte de agradar: no se las ejercita mas que en las habilidades del canto y de la danza: á los doce años es ya el amor su ocupacion principal. Estátira, en la aurora de sus mejores dias, se vió cercada de un enjambre de adoradores; pero su madre, cuyos bienes eran muy medianos, favorecia y protegia particularmente al jóven Mazarés, cuyo padre trataba con ella mucho tiempo habia. Anduvo aquel hombre, para llegar á la opulencia en que estaba, por cuantas sendas oblicuas tienen los manejos ocultos y las sutilezas: sus máximas no tenian otra base que su interés y su fortuna. Su hijo, que es mas feliz porque le cupo un alma mas benigna y mas honrada, amó ternísimamente á la bella Estátira, quien lo acogió con agrado: estaba ya resuelto su matrimonio; pero su padre, que lo juzgaba todavía sobrado jóven, y que ademas estaba impelido por la ambicion, quiso enviarlo antes á Persépolis para darlo á conocer al gran Rey, y adelantarlo en su gracia. Mientras su ausencia vino el jóven Farnábazo á ver aqui

á su padre: tenia este jóven cuanto puede concurrir á la seduccion de una muger. Las gracias de su persona, sus pocos años, su lujo delicadísimo, su nombre y el poder de su padre, todo esto deslumbraba á un sexo frágil y vano. Vió á Estátira, y se enamoró de ella hasta no mas. Los deseos de los poderosos son semejantes á las erupciones de los volcanes, que trastornan cuanto se les opone. Farnábazo fue querido. Entre tanto regresó Mazarés de Persépolis, y corrió á ponerse á los pies de su amada, la cual, hecha ya al disimulo lo recibió como si se alegrara infinito de verlo. Preparóse la boda y se dispusieron las fiestas; pero la víspera del himeneo, que fue ayer, al principio de la noche, huyó Estátira, y vino á esta casa (que se habia adornado con la mayor opulencia y con el mejor gusto) á buscar á Farnábazo que la esperaba: oid lo que he sabido acerca de esta horrorosa catástrofe: esta mañana, despues que partió su amante, tomó Estátira un caldo; y al instante sintió dolores en las entrañas, y le empezaron las convulsiones. Buscaron inmediatamente á la muger que la habia suministrado aquella fatal pócima; pero habia desaparecido. Cayeron las sospechas sobre Mazarés y sobre su padre, y creo que se dieron órdenes para prenderlos. Con todo, no creo que el jóven sea capaz de maldad semejante; pero en cuanto á su

padre, le hago toda la justicia que merece: puede muy bien no haber cometido el delito; mas él es dignísimo de ser su autor. Si quereis iremos á su casa á ver lo que sucede en ella." En efecto, volvimos á pasar por el cuarto de la malograda Estátira, la cual estaba ya abandonada, y solo una vieja lloraba junto á su cadáver. Ló solo y taciturno de aquel salon, que una hora antes estaba lleno de gentes, y el aspecto de la difunta, llenaron nuestra alma de melancolía y de horror. Atravesamos con rapidez. ,,¡Ay! decíamos ¡ayer la adoraban, y hoy causa náuseas!" Fuimos á la calle en que vivia Mazarés, y ya la multitud del pueblo impedia el paso. ,,¡Cómo ha despertado á todo el mundo el suceso! nos dijo nuestro conductor admirado. No menos que esto era menester para sacar á mis conciudadanos amados de sus camas y de su pereza. En esto vimos pasar á Mazarés, el hijo, en medio de una guardia. Llevaba descubierta la cabeza, esparcidos los cabellos, y cargadas de hierros las manos: habíanlo hallado durmiendo sosegadamente: sus miradas, su semblante y todo su continente, no tanto publicaban el terror cuanto la sorpresa de verse llevar preso por entre un inmenso pueblo, sin siquiera sospechar el motivo de tal tratamiento, pues ignoraba la muerte de Estátira. No encontraron á su padre, y presumieron

que habria huido con su bárbara cómplice. Aquella fuga justificaba al hijo, á quien seguimos al tribunal de la justicia. Uno de los jueces le preguntó ¿donde estaba su padre? — „Lo ignoro, respondió con el acento de la verdad: me abrazó al amanecer, diciéndome que iba á acostarse. Yo me acosté tambien, y dormí hasta que despertando despavorido me vi preso, encadenado y maltratado; y ¿por qué? ¿qué hice? ¿cuál es mi crímen?" Respondióle el juez, que lo acusaban de la muerte de Estátira. — „¡Qué decís! exclamó entrañablemente dolorido: ¡cómo! ¡tan prontamente! ¿de qué manera murió? ¿con qué género de muerte? — Ha sido envenenada, le dijo el juez. — ¡Desgraciada Estátira! replicó. ¡Ay, Estátira querida! ¡Perdonad que no os crea! ¡me ha vendido! ¡me ha abandonado! ¡Y yo la amaba cuatro años habia, y la amo aun mas que nunca! — Vuestro padre es quien ha cometido el execrable atentado. — ¡Quién! ¡Mi padre! ¡no! ¡no es capaz de tanto! — ¿Luego vos sois? repuso el juez: que lo pongan en el tormento, y que en él le arranquen la confesion de su crímen. — Abreviad mi suplicio, clamó Mazarés: dadme la muerte: moriré sin quejarme; pero no toqueis á mi padre, porque no está culpado. — „Súbitamente se apareció un esclavo gritando: „¡Este jóven está inocente! ¡su padre es

quien merece morir!" A estas palabras lo interpelaron los jueces, y le mandaron que depusiera cuanto supiese. — „ Presente estaba yo, dijo el esclavo, cuando su padre, ayer noche, llegó á noticiarle la fuga de Estátira. Se quedó inmóvil. „¿Nada me respondes? le preguntó el anciano Mazarés: ¿no piensas en la venganza? — ¡Yo vengarme, padre mio! dijo este jóven: ¿y de quién? — ¡De Estátira, repuso el viejo, de esa pérfida! — ¡De Estátira, exclamó el hijo, á quien he amado tanto tiempo! ¡de aquella á quien todavía amo locamente! no señor: sea dichosa: yo la perdono. — ¡Hijo indigno! ¡amante vil! gritó su padre: ¡yo seré, pues, quien vengue á quien te dió el ser y á nuestro honor!" Entonces vi á su hijo echársele á los pies, gemir, llorar, suplicar y pedir el perdon de Estátira. Finalmente, dió su padre á ver que se reducia; pero mientras la noche, salió, entró, se afanó. Esta mañana llegó una vieja muy azorada á hablarle á solas: de allí á muy poco pidió caballos, y partieron juntos." — Entre tanto que esta narracion se hizo, estuvo el jóven Mazarés con la cabeza caida, pálido como un muerto, silencioso y derramando amargas lágrimas. Preguntáronle los jueces ¿si conocia al esclavo? Confesó que pertenecia á su padre. Entonces toda la concurrencia dijo á voces, que no era Mazarés delincuente, y que era preciso

quitarle las prisiones. — Arrastrados los jueces por los clamores de tantos, y por su propia conviccion, lo enviaron absuelto.

Iba ya el sol bajando, y acercándose la hora de cenar: dimos gracias á nuestro guia, y nos despedimos de él ofreciéndole volver á verlo.

## CAPITULO XXVII.

### *Comida de Arístides. Noticias.*

Aguardábanos Arístides, quien habia puesto la mesa junto al pozo para estar mas al fresco. Preguntónos ¿si nos habia incomodado mucho el calor en nuestra correría? — Respondímosle que no, porque estábamos habituados á él. — „Ved, pues, nos repuso ¡cuán dichosos sois en poder tolerar la inclemencia de los tiempos, y cuantas dolorosas sensaciones os evitais, y cuantos placeres os repetis!" Sirviéronnos las jóvenes una comida frugal, pero sazonada por el aseo. Sentámonos en unas sillas de madera, y con nosotros la alegría y el placer. Conté el suceso triste que acabábamos de presenciar. „¡Notad, pues, exclamó Arístides, hasta donde lleva la mala educacion y las costumbres licenciosas! Amigos mios, sin las buenas costumbres, en vez de ennoblecer al hombre la sociedad, lo degrada, y lo cerca de un monton

de males y de aflicciones, que no conoce el hombre de la naturaleza."

A la mitad de la comida trajeron á Arístides una carta de Farnábazo, en la que le decia, que no contaba por amigos suyos á los que rehusaban sus finezas, y que quedaba sentidísimo de la devolucion de las telas destinadas á sus hijas. — Arístides respondió inmediatamente, sirviéndole Aténais de secretaria: „Que él no aceptaba lo que le era inútil; pero que por darle una prueba de su estimacion, y de lo que apreciaba su amistad, le suplicaba que le enviase una porcion de simiente de zanahorias, y de lechugas para sembrar en su jardin, y tambien una olla de barro para cocer sus legumbres, pues su hija menor habia quebrado la que le estaba sirviendo cinco años habia." Fánor y yo nos sonreimos de la peticion tan sencilla. „Farnábazo, dijo Arístides, no se puede persuadir á que haya quien rehuse el oro y los regalos. La primera vez que lo vea le contaré lo que me sucedió con Cálias, pariente mio." Roguéle que nos lo contara. — „Ese gusto, nos dijo, se lo cedo á Aténais. Tengo algunas plantas que regar antes del paseo, en donde he de referiros mi Odisea. No me disculpo sobre la parsimonia demasiado filosófica de la comida. Dionisio el viejo, convidado por los Lacedemonios, quedó descon-

tentísimo de la comida, y en especial de la salsa negra. „No me admiro, le dijo uno de ellos, porque os falta el mejor condimento, que es el trabajo, la hambre y la sed. — Pues yo os daré, le dije, la misma respuesta que Timoteo dió á Platon. „Vuestra mesa no solo es agradabilísima en el acto de comer, sino aun mucho despues de haber comido."

Nos quedamos con ambas hermanas; pero Fáloe nos dejó, diciendo que ella sabia aquella historia diez años habia, y que la contaria tan bien como su hermana. Aténais la replicó, que ella le cederia gustosa el placer de referirla; pero Fáloe no quiso admitir la oferta.

Fánor se puso lo mas cerca que pudo de la bella Aténais, y la prestó atento oido.

„Mi abuelo tenia, dijo Aténais, un primo hermano llamado Cálias, ciudadano riquísimo, y *Porta-antorcha* de los misterios (*a*), el cual fue citado ante la justicia por sus enemigos, que deseaban su muerte. El dia que se vió su causa pasaron rápidamente sobre los fingidos capítulos de acusacion, pero se extendieron mucho sobre un hecho, que nada tenia que ver con el proceso. „¿Conoceis á Arístides, preguntaron los jueces, hijo de Lisímaco,

(*a*) El porta-antorcha es admitido á los mas secretos misterios, ceñida la cabeza con una banda.

cuya integridad y sabiduría alaban todos?.... Pues ya lo veis en nuestras asambleas con un vestido raido, y con claros indicios de que se muere de hambre en su casa, siendo Cálias su primo hermano; y el mas opulento de los Atenienses, quien lo abandona en el seno de la pobreza, y tambien á su muger y á sus hijos, á pesar de que Arístides le haya hecho servicios importantísimos." _Por fortuna de Cálias no estaba lejos mi abuelo: corrió á su socorro; y vió que los jueces no estaban á su favor. Entonces se levantó en medio de la asamblea, y declaró que Cálias le habia ofrecido varias veces dinero; pero que él jamas lo habia aceptado. ,, Arístides, dijo mi abuelo, debe mas bien sufrir la pobreza que recibir los beneficios de un hombre rico: se encuentran algunos que usan tal cual de sus bienes; pero no es fácil encontrar quien sobrelleve la miseria con paciencia y valor: solo los que son pobres á su pesar se avergüenzan de serlo." Este discurso destruyó la acusacion, y Cálias fue absuelto.

Fánor dijo entonces urbanamente á Aténais, que no sabia que era mejor, si verla ú oirla. _¿Y creeis, saltó chistosamente Falce, que yo he dormido ciento y diez años como Epiménides, que salió de Atenas á la edad de cuarenta años, y cuando volvió tenia ya ciento y cincuenta? Yo

tambien quiero contaros una cosa, que es honrosísima para mi abuelo. Fue nombrado tesorero general de Atenas, y se portó en aquel empleo muy de otra manera que se portan otros tesoreros, que son aves de rapiña, que engordan con la substancia de la nacion. Al dar sus cuentas mi abuelo, Temístocles, auxiliado por todos lo comisionados del tesoro, se atrevió á acusarlo de peculado y de dilapidacion, y lo hizo condenar á una multa; pero los principales de la ciudad, hombres de bien é ilustrados, se opusieron á la iniquidad de aquella sentencia, y no solamente fue absuelto mi abuelo, sino que quedó reelegido tesorero para el año siguiente." — „Me vengué, dijo Arístides, que entonces entraba, y di á los Atenienses una memorable leccion. Fingí que estaba arrepentido de mi primer manejo, y mostré mucha condescendencia para con todos los empleados: no examiné sus cuentas, y cada cual pudo robar impunemente; de manera, que todas aquellas sanguijuelas, henchidas de bienes, me colmaron de alabanzas, y se afanaron para hacerme nombrar por tercera vez. El dia de la eleccion, luego que vi todos los sufragios reunidos en favor mio, me levanté, y con tono grave y severo: „Atenienses, dije: cuando administré vuestras rentas con toda la fidelidad y vigilancia de un hombre de

bien, fui vilipendiado y tratado como un infame: ahora que las abandoné á todos esos ladrones públicos, soy un hombre admirable, y el mejor ciudadano de todos. Mas me avergüenzo del favor que me dispensais hoy, que de la infamia que queríais infligirme el año pasado; y me indigno de ver que para conseguir vuestra benevolencia sea necesario empezar dando gusto á los malvados." ,,Temístocles, prosiguió Arístides, se burló de mi discurso; y oyendo que alababan mi desinteres, dijo, que los elogios que me prodigaban no tanto pertenecian á un hombre, cuanto á un cofre fuerte que guardaba fielmente un depósito." — El grande Arístides nos hizo esta narracion con voz tan llena y con tanto brio, como si hubiera estado delante de los Atenienses, y en lo mas vigoroso de su edad. Descansó unos instantes, y despues nos dijo: — ,,La frescura de la tarde deja respirar á los habitadores del aire y de la tierra, y los llama á que reposen y disfruten: venid á gozar de las delicias de una bella tarde, y del magnífico espectáculo del sol que se pone. ,, ¡O dia! exclamó Arístides: ¡ó luz esplendorosa! ¡Ya no hieres mis ojos! ¡ya no regocijas mi alma! ¡vuelven las estaciones y los años, pero la luz no vuelve para mí! ¡Tengo junto á mí á mis hijas, las toco, las arrimo á mi pecho, pero no las veo! ¡Me circunda

una noche eterna! ¡O supremo Dios! He gozado ochenta y dos años de la belleza y del esplendor de tus obras sublimes. ¡Ay! ¡No tengo ya mas que recuerdos!" Procuramos entonces disminuir la amargura de sus pesares. „Creed, nos dijo, que sobrellevo tanta pérdida con paciencia, porque las hay mas dolorosas. Me acuerdo de que un Rey (no sé quien fue) dió á un delincuente la opcion entre tener cortadas las manos, ó reventados los ojos: pidió el culpado que le permitieran hacer el ensayo de los dos suplicios. Durante tres dias se hizo atar las manos, y durante otros tres vendar los ojos; y á consecuencia de estas pruebas prefirió que lo cegaran. Pero dadme mi palo, y llevadme á aquella colinilla donde el aire es tan fresco y tan puro: alli oireis la narracion de mis aventuras."—Fáloe dió el brazo á su padre, y Fánor tuvo la habilidad de seguir al lado de Aténais. Amábala ya, y la habia visto correr detras de una mariposa.—„¿Querríais fijarla?" la preguntó Fánor sonriéndose.—„No; porque no tiene alma, respondió: si yo formara semejante proyecto, tendria miras mas altas."—Habia ella cogido una rosa: Fánor se la quitó, y quiso seguidamente volvérsela.—„No la quiero, dijo Aténais: guardadla (*a*): ya la he quitado las espinas."

(*a*) Sono i vezzi esca d' amore.

Asi que estuvimos sobre la colina, colocamos á Arístides en medio de nosotros, y le suplicamos que comenzara su historia.

## CAPITULO XXVIII.

*Aventuras de Arístides : su morada en una caverna.*

„Despues del destierro de Temístocles, se llenó Atenas de charlatanes y de delatores, que acometieron á cara descubierta á los ciudadanos mas opulentos y mas virtuosos. El pueblo, que naturalmente era altivo é insolente, ensoberbecido con sus prosperidades, los escuchaba y animaba. Un cierto Diofanto, hombre obscuro y demagogo, bajo y lisonjero, se atrevió á acusarme de cohechos, y de haber recibido dinero de los Jonios cuando imponia yo tributos. Fui condenado á una multa de cincuenta minas. (Diez mil reales vellon). Viéndome inhabilitado de pagarla, me fue preciso, á la edad de sesenta y siete años de edad, desterrarme de mi patria. Habia yo perdido á mi hijo Lisímaco, y partí llevándome conmigo, como otro Eneas, á mis dos nietas y á mis dioses penates. Cansado de los negocios, y todavía mas de la injusticia, de la inconsecuencia y de la maldad de los hombres, me propuse por único objeto una obscuridad agradable y

pacífica, en la cual pudiera yo despreciar á los humanos sin aborrecerlos. Me embarqué de noche en el Píreo sobre un navío mercante, bajo el nombre de Agésias, porque queria vivir desconocido de todo el mundo. Llegué á Esmirna, y me alojé en un arrabal inmediato al mar en casa de un pescador. Ocupé en ella un cuartito; y mi familia y yo nos alimentábamos mañana y tarde con solo un plato de legumbres. Pero nuestro huésped de tiempo en tiempo nos regalaba algun poco de pescado. Su muger, que era caritativa y humana, me ayudaba á cuidar de mis nietas y á guisar mis legumbres; y yo para pagarla sus beneficios la componia sus redes, y enseñaba á leer á un hijo suyo de siete años de edad. Esta reciprocidad de servicios y de cuidados formó entre nosotros un cariño mutuo, que hacia gustoso nuestro trato. El buen pescador me juzgaba un comerciantillo arruinado por la inconstancia del mar ó de la fortuna. Un año habia que disfrutaba yo de aquella vida sencilla y obscura, cuando el Espartano Lisandro, vencedor de los Atenienses, mandó publicar en las ciudades marítimas de la Jonia una orden para que todos los de Atenas se retiraran inmediatamente á su patria bajo pena de muerte. Mi patron, que no sospechó que aquel decreto hablaba conmigo, no me lo notició hasta el instante en que

la armada enemiga iba entrando en el puerto de Esmirna. Inmediatamente ordenó Lisandro pesquisas, que por fortuna llegaron á noticia de mi huésped. Instaba el tiempo. Tomó sus redes, y me las cargó sobre los hombros. Eché á andar delante de él agoviado con el peso; y él me siguió. Pasamos por entre los satélites, tomamos un barco, y salimos del puerto con el aparato de la pesca. Guióme á una caverna situada sobre las orillas del mar, á veinte estadios de la ciudad; y por la noche volvió con mis hijas y con víveres.

Aquella caverna está circundada de peñas que ocultan su entrada, y la preservan contra la violencia de los vientos. Primero se presenta poco espaciosa y baja; pero despues se va insensiblemente levantando y extendiendo. Un arroyuelo de excelente agua corre al pie de las rocas, y por las hendiduras que tienen penetran los rayos del sol. El aire interior es purísimo y nada húmedo. Cada mañana me llevaba víveres mi huésped. En aquella profunda soledad, en aquella gruta tenebrosa, es donde yo calculaba la nada de la vida. Oprimido por las penas exclamé un dia: ,, ¡ O virtud, ¿ Seria dable que no fueses mas que un fantasma? ¿Tendria razon Epicuro? ¿ Miran los dioses con indiferencia los vicios y las virtudes, las felicidades y las desgracias de los hombres.....? No : semejante sistema

repugna mucho á mi razon y á mi alma. El hombre virtuoso es objeto de la atencion de los dioses, quienes le destinan una recompensa tan inmortal como ellos."

Ya empezaba yo á sobrellevar aquella vida salvage ocupado en la educacion de mis hijas; pero un dia ¡ ó dia terrible! ¡ todavía me estremece su memoria! pasóse la hora en que me llevaban los víveres, y nadie pareció: estuve de centinela todo el dia: pasóse, y nadie vino. ¡Qué horrorosa situacion! Lágrimas corrieron por mi rostro. No lloraba yo por mí. ¡Qué dulce me hubiera sido la muerte! Por lo que yo lloraba era por mis pobres hijas. Pedian pan, y yo no lo tenia. Por la noche cogí algunas conchas en la orilla del mar, y aquel alimento ligero restableció algo sus agotadas fuerzas. Yo me mantuve con agua y con algunas raices salvages. Durmieron mis hijas hasta por la mañana. ¡Qué lejos estaba yo de gustar las dulzuras del sueño! Al despertar mis hijas, lo primero que pronunciaron fue pan. Abracélas, y lloré. Estuve aguardando, entre agitaciones tremendas, la hora en que llegaban nuestros víveres. ¡Ay! Pasó la hora y el dia, y nadie pareció. Yo estaba exánime. ¡Hijas mias! ¡ hijas mias! exclamé, mirándolas recostadas, y llorando de necesidad. Aténais, que tenia dos años mas, y que reparó en mi llanto, me dijo: ,, Padre mio, no lloreis asi, por

que yo tengo poca gana de comer." — „ Aquellas palabras irritaron mas mi dolor. Luego que fue de noche, pasé como pude á la orilla del mar á buscar conchas, y mis hijas las devoraron ¡ Que noche ! ¡ que pinturas tan funestas horrorizaban mi imaginacion! Oia yo á mis hijas que sollozaban aun durmiendo. Luego que el dia penetró por entre las tinieblas, prorumpí gritando: „¡ O sol ! ¡ ó luz inmortal ! ¿ Me alumbras por la última vez.... ? ¡ Y tú, padre de la naturaleza, ser supremo, termina mi existencia hoy! he llenado mi carrera; pero, señor, ¡ compadeceos de mis hijas, que apenas han empezado á vivir!" „ Aténais me llamó, pero no se atrevia á pedirme pan, por haber notado que aquella palabra me pasaba el corazon; lo que me pidió fueron conchas, y se las prometí. Estaba resuelto (si no me llevaban nada en el dia) á arrostrar los riesgos, y á poner mi destino en manos de los hombres y de los dioses. Mis fuerzas iban decayendo: apenas me podia sostener. Con todo, me fuí arrastrando hácia la abertura de la caverna; y ¡ ó gozo deliciosísimo y puro ! ¡ ó memoria eterna! Encontré alli víveres en abundancia. Arrodilléme, y di gracias, de lo íntimo de mi corazon, á aquella providencia que vigila sobre el hombre virtuoso. Aquel dia fue el mas bello de mi vida. Las victorias de Maraton y de Plátea no me causaron

un gozo tan íntimo ni tan sin mezcla de amargura. Acaso seria porque el gozo de una victoria nace acaso de la vanidad; y el que yo sentí entonces tenia sus raices en lo mas hondo de mi corazon, y en el instinto de la naturaleza. Sin embargo, no estaba yo todavía seguro de lo por venir; pues ignoraba qué hombre ó qué dios habia tenido lástima de mi miseria. Al dia siguiente, al salir el sol, me escondí detras de una roca, desde donde descubria sobrada tierra sin ser visto. No estuve mucho sin ver llegar á un hombre desconocido, y cargado con un cesto. Sacó de él unos víveres, los depositó á la entrada de la caverna, y se retiró al instante, sin siquiera dar una ojeada en torno suyo. Aquel honrado proveedor me continuó sus buenos oficios cinco meses, y siempre con el mismo silencio y con la misma discrecion. Pero aquel misterio me inquietaba. ¿Quién era aquel hombre? ¿qué se habia hecho mi amigo el pescador? En fin, una mañana que lo aguardaba metido en mi nicho, me pareció que era él. Corrí á encontrarlo dando voces de contento, y me arrojé á abrazarlo. El, enagenado de gozo, me estrechó en sus brazos, y me mostró todo el placer que sentia en verme. Díjome, que los Espartanos lo habian querido poner sobre su flota; que se habia ocultado; que lo habian descubierto y puesto preso; que por tres

dias no habia podido hablar á nadie ; y que finalmente se habia determinado á servir en la marina de Esparta ; y desde entonces confiado mi paradero á un amigo discreto y honrado, haciéndole jurar antes que ni procuraria verme ni conocerme ; y me añadió : „Os he encontrado un navío que os transportará á Tracia : me consta la probidad del capitan : pidió por vuestro pasage una corta cantidad, que ya he pagado." Acepté la proposicion diciéndole : „ Amigo mio, he contraido una deuda sagrada, que espero poder satisfacer algun dia ; y cuando yo no pueda hacerlo, lo harán los dioses."

## CAPITULO XXIX.

*Establecimiento de Arístides en Tracia. Física del clima. Costumbres de los habitadores. Cómo ganó su vida Arístides.*

„ Me embarqué para Heráclea de Tracia. Subí por el rio Egino, y me establecí entre él y el monte sagrado. Tomé una choza en una aldea. Mi habilidad para enseñar á leer me fue inutil. Los Tracios son aun sobrado agrestes. Para ganar mi vida me puse á servir como mercenario á un hombre que tenia muchas haciendas y numerosos ganados. La agricultura en aquellos paises está muy poco adelantada. Díle consejos y dirigí su cultivo. No pasó mucho sin que

me hiciera capataz de sus trabajadores y sin que doblase el producto de sus cosechas. Mi ejemplo y mis exhortaciones inspiraron á los habitantes aficion á la agricultura. Orfeo suavizó sus costumbres con las consonancias melodiosas de su lira; y yo, como nuevo Tritólemo, con los beneficios y con los trabajos del campo. Pero aquel clima me fatigaba: es muy triste: los inviernos son rigorosos y largos, no obstante de que su latitud promete temperatura mas benigna; pero las montañas atraen las nubes y las nieves. Fuera de que la rusticidad de aquellos pueblos disgusta muy luego al alma de un Ateniense. Los Tracios no temen la muerte. Creen que sus almas volverán á la tierra, ó que irán á una morada mas feliz. Y algunos dan por cierto que la muerte es preferible á la vida.

,, Entre los que llaman Trausos, cuando les nace un hijo se sientan los padres al rededor de él, y hacen la enumeracion de los males que cercan al hombre mientras vive, y á sus reflexiones siguen los gemidos. Pero cuando se les muere alguno se entregan á la alegría, y le dan la enhorabuena de verse libre de las penas de este mundo.

,,Los Crestonienses, que son otro pueblo de la Tracia, poseen el derecho de tener muchas mugeres. Cuando muere el marido se suscitan entre ellas grandes disputas para nombrar cual era la que mas amaba el

difunto; y la que reune los sufragios es sacrificada por el pariente mas próximo sobre el sepulcro de su marido y enterrada con él. Aquella preferencia es una desventura y una afrenta para las esposas desechadas.

,,Otros Tracios acostumbran vender sus hijos, á condicion que los llevarán fuera del pais. Permiten á sus hijas que se entreguen á quien quieran; pero una vez casadas pierden su libertad, y son guardadas estrechamente. Los maridos se las compran muy caras á sus padres. Los nobles llevan llagas y cicatrices sobre el cuerpo en señal de nobleza.

,,No hay cosa de mayor honra á sus ojos que la ociosidad, la guerra y el pillage; ni cosa mas despreciable que el trabajo de la tierra. Sus divinidades son Marte, Baco y Diana. Solo los Reyes honran á Mercurio, de quein pretenden descender, y juran únicamente por él.

,,Asistí á los funerales de un rico del pais: por tres dias estuvo expuesto su cadáver. Sacrificaron muchas especies de animales, y prepararon seguidamente un gran convite. Mientras los preparativos continuaron los gemidos y los lloros. Acabada la comida quemaron el cadáver; y despues de sepultado levantaron una pirámide de tierra sobre el sepulcro, y se celebraron toda suerte de juegos.

,, Los Tracios, entre quienes yo viví, no beben vino. Cuando comen encienden un gran fuego, y echan en él una especie de simiente, cuyo humo los embriaga. Otros habitadores, al contrario, son muy dados á la bebida hecha con la misma simiente, en la cual ponen miel. Si les falta vino, componen un licor fuerte con trigo fermentado. Ofrecen á sus dioses víctimas humanas en sacrificio, y especialmente al tiempo de entrar en campaña. Cuando truena lanzan sus flechas al aire amenazando á los dioses.

,, Los Getas se creen inmortales, y juzgan que los muertos van á buscar á su dios Zalmoxis. Todos los años echan suertes para enviarle uno de ellos en diputacion. Ved aqui como lo hacen. Se ponen tres Getas de frente, cada uno con su dardo, la punta hácia arriba: otros agarran al diputado y lo tiran por alto, de manera que venga á caer sobre la punta de los dardos. Si muere de sus heridas, es prueba de que el dios está propicio; pero si escapa de ellas, es un malvado, á quien maltratan; y al instante diputan otro con sus instrucciones.

,, Supe entonces que Ciro el jóven, hijo de Darío, Rey de Persia, tenia el comando de todas las satrapías del Asia menor, y que residia en Sardes, y que lo amaban porque era bueno y generoso. Dicha ciudad

es célebre por lo bello de su clima, por sus aguas, por sus vergeles y por sus risueñas campiñas. Resolví ir á establecerme allá, y confiar á aquel Príncipe jóven mis secretos y mi vida. Lo moverán mis años y mis desgracias, me decia yo á mí propio, y protegerá á mis hijas. Entreguéme, pues á mi destino. Fue próspero nuestro viage, y..... Pero amigos, conozco por la frescura del aire que ya la noche reina sobre esos cielos: tiempo es ya de retitarnos á nuestro palomar; y si mi narracion os importa, mañana os la continuaré."

## CAPITULO XXX.

*Pasion de Fánor. Comida. Pasages de Cimon.*

Así que nos retiramos me habló Fánor de Aténais. ,, La amo, me dijo, con todo el ardor que se siente en una pasion primera: conozco que ella es la que mi alma extraviada busca mucho tiempo há: estoy de tal manera enamorado, que creo que hay algun maleficio en mi amor. Cuando vuelve los ojos hácia mí, me parece que desde sus órbitas encantadoras se escapan emanaciones de una materia tan sutil y penetrante, que abrasan mi alma como si la tocara fuego del cielo. — Mucho poder dais á los ojos, Fánor: ¿en qué consiste que

esa materia y esas emanaciones me dejan sosegado sin hacerme impresion alguna?— Será sin duda porque ninguna relacion teneis con ella, y porque no hay simpatía que las atraiga. — Y añadid, Fánor, porque nada de eso creo. — Yo, Antenor, no fuerzo á nadie á que crea; pero explicadme este fenómeno. Un amigo mio vió un raton que daba vueltas alrededor de un sapo, el cual, con toda su boca abierta, lo miraba de hito en hito. El raton chillando describia círculos en torno de él, los cuales á cada vuelta disminuian el diámetro: en fin, el pobre raton, á pesar de su resistencia, vino á parar en la boca del reptil. Decidme pues: ¿no era la fascinacion de los ojos del sapo lo que arrastraba forzadamente al pobre raton? Los ojos de un hombre encolerizado, ó unos ojos enamorados y voluptuosos, ¿no conmueven vuestra alma? ¿no acaloran vuestros sentidos? ¿De qué proceden semejantes efectos, sino de que los corpúsculos de aquellos ojos penetran? Aun os diré mas: atribuyo la súbita explosion de mi amor á la imprudencia que cometí, al dia siguiente de mi llegada, de estarme mucho tiempo sentado en la misma silla en que se sienta aquella Ateniensa hermosa: desde aquel momento ha respirado mi alma todo el fuego del amor; pues ya os acordareis de que el dia antes estaba yo indeciso entre ambas herma-

nas. — Sí, Fánor: todo eso puede suceder con ayuda de la imaginacion; pero en vano buscais una causa extraña: acordaos del agua de la fuente Sálmacis, de que bebísteis tan imprudentemente: lo cierto es que hace su efecto. — ¿Seria eso posible, Antenor? ¿lo creeis? — ¿Qué mayor prueba, amigo, que la de estar vos enamorado, y yo que rehusé el beberla no? Pero aparte de esto, Aténais merece cariño verdadero y tierno; sus gracias, sus virtudes, sus atractivos, la exactitud y solidez de su entendimiento y su memoria cultivada la constituyen una muger amabilísima y apreciable. — Es verdad, Antenor: era necesario tener el corazon aforrado con triple acero para no adorarla. — Con todo eso, mas querria yo á la gallarda Teana, á la Aspasia de tan bellas formas, á la tierna Teofánia, y á la.... — ¿Os chanceais, Antenor? — Me parece, amigo, que no seríais del dictámen de Eurípides, que dice en su Medea, que era de desear que la naturaleza pudiese descubrir un secreto para perpetuar al género humano sin la interposicion de las mugeres, porque los hombres serian asi mas dichosos. — Pues yo digo, Antenor, que Eurípides era un loco melancólico, que pagó con la vida su odio y sus invectivas contra las mugeres; las cuales se asegura que tomaron de él una cruel venganza. — Pero ya es tarde, Fánor: durmamos, que

quizá Morfeo os enviará por la puerta de marfil algun delicioso sueño, que os presentará á Aténais bajo un cenador de rosas, sonriéndose de veros enamorado."

Nos despertamos tarde. Encontramos á nuestros huéspedes en el jardin. Arístides cavaba; y las dos hermanas daban de comer á las cabras y á los pollos, y los pichones acudian á picotear el trigo en sus lindas manos. Las ayudamos, nos paseamos con ellas, y despues del desayuno se entraron en su gineceo; y Fánor y yo nos fuimos á explayar por el campo.

Comimos junto al pozo, que era el comedor de los dias serenos. Mil gentes del vecindario acudian á sacar agua; y dije á Arístides: ,,Paréceme que vuestro jardin está abierto para todos, como el de Cimon, hijo de Milcíades. — ,,Lo está, me contestó: complázcome como él en repartir mis riquezas; y mis riquezas son el agua de mi pozo. Cimon tenia tan noble y generosa alma, que derribó las tapias de sus jardines, para que los necesitados y extrangeros pudiesen coger sus frutas y legumbres. Su comida era sencilla, pero suficiente para muchos, y todos los pobres eran admitidos á ella. Seguíanlo por las calles muchos criados bien vestidos; y cuando encontraban algun anciano andrajoso, uno de ellos trocaba su vestido con él: llevaban sacos tambien de dinero, que distribuian á

los que Cimon tenia por pobres. Finalmente, el magnífico Cimon hizo de su casa un pritaneo público; de manera que nos retrogradó hasta el siglo de oro, en que todos los bienes eran comunes. Aquel hombre grande murió, pues, en Chipre, todavía muy jóven, sirviendo á su patria, ¡y sus huesos no estan en Atenas! ¡aun no le han erigido monumento alguno¡ !Menos honrado está que el perro de Xantipo, que yace en un sepulcro!" Pedí á Arístides la historia del perro de Xantipo. — „Los Atenienses, me dijo, al acercarse los Persas, se vieron forzados á huir de sus hogares, de sus templos y de su patria. Xantipo tenia un perro, que no pudo embarcar consigo. Aquel amigo leal lo sigió á nado, y murió rendido de cansancio al arribar á las orillas de Salamina. Xantipo lo enterró en el mismo sitio de su muerte, y su sepulcro existe bajo el nombre de *Cinosema* (sepultura del perro). — Mas ya es hora de pasear: sé que os debo la continuacion de la narrativa de mis sucesos: vamos á ocupar nuestros lugares de ayer." Aténais le dió el brazo, y Fánor se puso desabrido, porque contaba con irle interpretando en el camino en lenguage de las aves.

Nos encontramos con una cabalgata galana y ostentosa, á cuya frente venia Farnábazo, el jóven, con rostro placentero y afable, ayudando á su caballo para que hi-

ciera corvetas, y chanceándose con sus camaradas. Quedéme atolondrado, porque el dia antes lo habia visto furioso, despechado, arrancándose los cabellos, arrojándose sobre el cadáver de la bella Estátira, invocando la muerte, y queriéndose dar de puñaladas; y entonces lo veia reir, y veia ocupado por el placer el lugar de la desesperacion. Manifesté mi sorpresa á Arístides. —„Ese jóven, me respondió sonriéndose, es mas filósofo de lo que pensais: es un verdadero discípulo del pórtico: como sabio es superior á las pesadumbres, y de nada se conmueve. ¡Buena leccion para las muchachas, que se persuaden con facilidad á que sus amantes no pueden sobrevivir á sus rigores ni á su pérdida! Farnábazo estaba enamorado del placer, no de su querida: encontró otra, se aprovecha y se consuela."

## CAPITULO XXXI.

*Continuacion de las aventuras de Arístides. Descripcion del palacio de Ciro. Su conversacion con aquel Príncipe.*

Asi que llegamos á la colina del dia anterior nos dijo Arístides: „Acuérdome que ayer tarde llegamos á Sardes buenos y sanos, aunque algo cansados del viage. Fui á parar al meson mas pobre. Al dia si-

guiente pregunté al mesonero ¿á qué hora podria ver á Ciro? Maravillóse de mi pregunta; y despues de haberme mirado de cabeza á pies, me respondió, con risa sardónica, que sin duda estaria visible para mí á toda hora. „¿Venis á solicitar socorros ó algun empleillo?" — „No vengo á eso, le respondí, indignado de su tono insolente: solo vengo á pedir á tus conciudadanos juicio, y á tu señor alguna atencion para conmigo." Mi tono firme le impuso respeto, y me dijo la hora á que se abrian las puertas del palacio. Atravesé la ciudad vestido como estoy ahora, con la cabeza y pies desnudos, y la cara sombreada con una espesa barba. Los transeuntes se entretenian en examinarme, como si fuera algun animal jamas visto. Encontré en el patio primero del palacio una guardia numerosa, que me dejó pasar; pero me detuvieron en el segundo. Pregunté á uno de los esclavos ¿si entendia alguno el dialecto jonio? — „Yo lo entiendo, me respondió el mas bien portado de ellos. — Pues bien, le repliqué: ve á decir á Ciro, que un Griego quiere verle y hablarle." El esclavo en vez de ir, me media con los ojos de arriba abajo. — „Obedece, le dije, mirándole con indignacion y altivez, y tráeme la respuesta." Aquella firmeza mia lo determinó, y partió. Me senté mientras tanto sobre una piedra, expuesto

á los ardores del sol; cosa que admiró mucho á los soldados de la guardia, los cuales con sus *cíttaris* (*a*) en la cabeza estaban guarecidos de la sombra: mi figura heteróclita los divertia, y me miraban, y hablaban en voz baja y reian con disimulo; pero ninguno fue tan osado que se me burlara cara á cara. En aquella situacion estaba yo pensando en mis pasadas glorias. ,, ¡He aqui, decia yo entre mí mismo, aquel Arístides que cuando jóven participó en Maraton de los laureles de Milcíades! ¡aquel que triunfó con Temístocles en Salamina! ¡aquel que consiguió la victoria de Plátea á la cabeza de los Atenienses! ¡aquel á quien nombraron los Griegos reunidos para presidir al cobro de los impuestos! ¡y aquel á quien revistieron de una autoridad sin límites!" — Y añadid, dijo Aténais, que el tiempo de vuestro mando fue llamado el Reino de Saturno y la suerte feliz de la Grecia. — Verdad es, hija mia! ,, ¡He aqui, continuaba yo diciéndome, aquel Arístides sentado sobre una piedra á la puerta del palacio de un *Sátrapa* de Persia, sin gloria, incógnito, confundido entre tantos, proscripto, pobre, abandonado, y aun escarnecido por una turba de esclavos viles!

(*a*) Asi se llaman las gorras de los Persas, que son puntiagudas. La del Rey estaba adornada con una cinta azul y blanca.

¡O fortuna! ¡Estos son tus juegos! Me acordé en aquellos instantes del famoso Creso, de aquel Rey de Lidia, que en aquella misma ciudad, que deslumbró con su fausto y con el brillo de sus riquezas, cayó desde lo elevado de su trono á los hierros de Ciro." — Interrumpiéronse mis reflexiones por la llegada del mensagero, quien me anunció que su amo no estaria visible hasta de alli á dos horas. — ,,Vuelve, le dije, y haz saber á tu dueño que no tengo tiempo para esperar; y dile que un jóven, y un Sátrapa Persa, debe tener ciertas consideraciones con la ancianidad, y con un Griego libre." El esclavo abrió tantos ojos, se quedó como embobado, y al fin se resolvió, no sin dificultad, á llevar mi respuesta. Consintió Ciro en recibirme. Atravesé muchos salones adornados con oro, con plata, con seda, con bellísimas estátuas, y con vasos de hechuras airosas, y fui andando sobre alfombras riquísimas; pero la sala donde estaba Ciro aventajaba á todas en magnificencia y en fino gusto. El pavimento era un mosaico de mármoles hermosísimos, y las paredes estaban revestidas de alabastro resplandeciente. Ocho columnas de pórfido sostenian una media naranja, en la que los pinceles de muchos maestros acreditados habian pintado al fresco á Venus saliendo del centro de las aguas, circundada de Nereidas y de amores, que

revoloteaban en torno de ella. El Príncipe jóven estaba bajo dicha media naranja, recostado sobre una camilla de plata, cubierta con una riquísima alfombra. Confieso que me sorprendió el lujo, la riqueza, el delicado gusto y la frescura de aquel salon. No se habia mi imaginacion figurado cosa tan risueña. Pero me acordé de lo que Diógenes dijo en casa de Platon, y repetí aquello de *piso el lujo y el orgullo de Ciro.* Los vestidos de los cortesanos, bordados de oro y de pedrería, aumentaban el encanto y el esplendor de aquel espectáculo. Cuéntase que Solon, cuando entró por las salas del palacio de Creso, tomaba á cada cortesano por el Rey; y yo hubiera podido tambien caer en el error mismo. Asi que me presenté me abrió paso la turba cortesana: yo pasé por medio de ella con paso firme y rostro levantado. Los mas juiciosos me miraban con admiracion; pero la juventud, que formaba el mayor número, se reia de lo extravagante de mi trage y de mi figura. Paréme delante de Ciro, quien, sin moverse de su lugar ni comprometer su decoro, me preguntó en el dialecto jonio mi nombre, mi estado, mi patria, y lo que queria de él. „Mandad retirar, le dije, esa juventud loca, á quien causa maravilla el aspecto de un hombre libre, y entonces diré quien soy.” Hizo Ciro una señal, y todos despe-

jaron la sala. Púsose entonces á mirarme atentamente, y conocí que iba formando de mi persona alguna ventajosa idea. — „Ya estamos solos, me dijo: habla: ¿quién eres? — Un Ateniense, le respondí, que ha causado muchos males á los Persas; pero que piensa tan bien de vos y de vuestra generosidad, que viene, en sus desgracias, á confiaros su destino, y á pediros la hospitalidad. — ¿Cómo es tu nombre? — Arístides de Atenas, le respondí: ¿lo conoceis? — ¡Arístides! dijo con admiracion el Príncipe: sí: os conozco: vuestras virtudes y vuestra buena fama han penetrado por todos nuestros climas." Pronunciando estas palabras se levantó, me alargó la mano, me precisó á sentarme á su lado, y tuvimos una conversacion larguísima sobre los negocios de la Grecia y sobre Atenas. Aquel Príncipe, cuya edad eran solo veinte y tres años, tenia ya el entendimiento provisto de raros conocimientos. Toda la Persia lo amaba por su carácter ingénuo, por su lucida generosidad, y por sus amables prendas; pero noté que lo devoraba la ambicion, y que formaba vastos proyectos de conquistas. — ¿Sabeis, le pregunté, qué abismo es la guerra, y qué de considerables sumas de dinero se traga? — Todo lo he previsto, Arístides: he juntado ya copiosos tesoros. — Pues, Príncipe, escuchadme este apologuillo. „La luna rogó un

dia á su madre que la hiciese un vestido que la viniera bien á su estatura. Hija mia, replicó la madre, ¿cómo es eso posible? ¿No ves que ni siquiera un dia guardas la misma forma? Tú creces y menguas sin cesar: el vestido que pides ya no te vendria en estando hecho." Lo mismo sucede, Ciro, con los gastos de la guerra: no se pueden fijar los fondos que es capaz de tragar ese monstruo. En uno de nuestros templos de Atenas se ve la estátua de la paz, que tiene entre sus brazos á Pluto, bajo la forma de un niño: en Tebas, denotando una idea igualmente filosófica, está Pluto en los brazos de la fortuna: sí: la paz, hija del cielo, es manantial de felicidades y de riquezas. La guerra, que se enciende por miras ambiciosas, es una injusticia que clama." Aquel jóven Sátrapa se vió embarazado con mis razonamientos, pero de ningun modo quedó persuadido; y mudando de conversacion me dijo: que se compadecia del destino de un hombre como yo, proscripto, pobre y abandonado. — „Obligadísimo os quedo, le dije; pero os expondré con Arístipo, que la pobreza es mejor que la ignorancia, pues aquella no es mas que una privacion de riqueza, cuando esta es una falta total de instruccion." Hablámos de las costumbres de Persia. Ciro convino conmigo en que sus costumbres, en otro

tiempo tan varoniles y severas, habian rápidamente declinado en corrompidas. „Nuestra educacion, continuó Ciro, tan sabia y tan admirada, ha venido á una total decadencia. Desde el gran Ciro estan los Persas divididos en cuatro clases, á saber: la de los niños, la de los jóvenes, la de los hombres hechos, y la de los ancianos." Los niños, desde la edad de cinco años, aprenden á montar á caballo: antes de este tiempo estan entre las manos de la mugeres, para que si mueren en aquella edad primera cause su pérdida menos pesar á sus padres. Tenemos una plaza pública separada en cuatro partes, para las cuatro diferentes clases: cada una de ellas tiene doce ayos: los de los niños se toman entre los ancianos; y los de los jóvenes entre los hombres hechos: se enseña á los niños poquísima gramática; pero se les inculcan las mas exactas reglas de justicia y de moral: se les pinta la ingratitud como un vicio muy odioso: se procura hacerlos modestos y templados: pan, berros y agua son su alimento y su bebida ordinaria: sus principales ejercicios consisten en tirar flechas y en lanzar dardos: tal es su vida hasta la edad de diez y siete años. Entonces pasan, por tiempo de diez años, á la clase de los jóvenes, en la que se ocupan en servir y seguir al Rey, en ejecutar las órdenes de los magistrados, y en prender

ladrones. De noche se acuestan alrededor del palacio, y en las plazas públicas, y montan la guardia de la ciudad. La mitad de ellos siguen al Rey á la caza una vez cada mes; y hacen una vida dura, y se acostumbran á las fatigas de la guerra. Espirados los diez años entran en la clase de los hombres: continúan sirviendo á los magistrados; y ellos mismos lo llegan con el tiempo á ser. Permanecen asi veinte y cinco años; y acabado este tiempo, que es á la edad de cincuenta, suben á la clase de los ancianos: entonces ya no salen de su pais, y acaban su vida descansando honrosamente. Instruyen á los jóvenes; son jueces en las causas civiles y criminales; y nombran á los magistrados. Añadiré á lo dicho, que hay un oficial de palacio destinado para decir cada dia al Rey, cuando despierta: „Acordaos, Señor, de cumplir con las órdenes de Oromazo." _ Ciro, despues de lo narrado, me hizo algunas preguntas, relativas á mí, en orden á las acciones en que me habia hallado. „En Maraton le respondí, éramos diez generales, y mandábamos alternativamente. Cuando me tocó el mando se lo cedí á Milcíades, para enseñar de aquel modo á los demas generales, á preferir la patria á su amor propio. Imitóse mi ejemplo; pero Milcíades fue tan pundonoroso, que no dió la batalla hasta el dia que le tocaba mandar.

A la época de la de Salamina estaba yo desterrado tres años habia. Supe que Temístocles, General de la armada Ateniensa, y Euribíades de la de Esparta, estaban divididos; y que Euribíades queria dejar á Salamina, intimidado de la multitud de navíos enemigos que cerraban la entrada del golfo. Por mas que me hallaba desterrado partí de Egina; atravesé con mil peligros por entre la armada persa; y llegué de noche á la tienda de Temístocles: hícele decir, sin nombrarme, que saliera á hablarme solo: mi aspecto lo maravilló sumamente. ,, Temístocles, le dije, reuunciemos á toda disension. Eleve nuestras almas una emulacion mas noble. Disputemos cual de nosotros dos servirá mejor á la república: á ponerme vengo bajo tus órdenes, y á ayudarte con mi persona y con mis consejos. — Admiro, me replicó Temístocles, tu generosidad, y el zelo con que deseas servir á la patria: no podré menos que imitarte: valor tendré para ello. Confióme seguidamente la estratagema con que queria engañar al enemigo; y mi voto en el consejo fue útil á la causa pública y á Temístocles, pues por ella se adoptó su proyecto. — Acaso es Arístides, me interrumpió Ciro, el único hombre capaz de tan superior virtud. — Cualquier republicano lo es, proseguí. Acuérdome de un pasage singular de aquel capitan grande.

Iba marchando hácia el enemigo, y no veia en sus soldados aquel ardor que promete la victoria. Hízoles notar el encarnizamiento con que dos gallos reñian. „Mirad, les dijo, el indomable valor de esos animales; pues lo cierto es que no tienen mas motivo que el deseo de vencer; y vosotros, soldados mios, peleais por vuestros hogares, por los sepulcros de vuestros padres y por la libertad"...... Estas palabras animaron el valor del ejército y le aseguraron la victoria. En recuerdo de estos sucesos instituyeron los Atenienses una especie de fiesta, que se celebra con pelea de gallos. — ¿Creo, me dijo el Sátrapa, que en Plátea mandábais á los Atenienses? — „Tuve esa honra, le satisfice; y confieso que quedé pasmado de admiracion, á vista del orden é intrepidez del ejército espartano. Antes de la batalla se peinaron, se compusieron el pelo, se pusieron sombreros de flores, y se restregaron el cuerpo con aceite y con esencias. Formado ya el ejército, acompañaron los flautistas con sus instrumentos la cancion de Cástor. Pausanias, su Rey, la entonó, y fue el primero que se puso en marcha. Siguióle el ejército cantando la misma cancion, regocijado, con paso firme, y en buen orden. Lo que por importante añadiré sobre esta batalla es, que habiendo los vencedores elevado un trofeo á la victoria, nosotros enviamos

á consultar al oráculo sobre el sacrificio que debíamos hacer. Mandónos que erigiéramos un altar á Júpiter; pero que no ofreciésemos sacrificio alguno hasta despues de haber apagado todos los fuegos del pais, profanados por los enemigos, y de haber traido de Delfos un fuego puro y sagrado. Obedecimos. Euquidas, de Plátea, salió á toda prisa, muy de madrugada, para Delfos. Se purificó, se roció con agua sagrada, se coronó de laurel, tomó un tizon encendido del altar, volvió á todo correr, y entró en Plátea al ponerse el sol: saludó á sus conciudadanos, les entregó el tizon, cayó, y espiró á sus pies. Habia caminado en un dia mil estadios. Los de Plátea lo enterraron en el templo de Diana con este epitafio: *Aqui yace Euquidas, que fue á Delfos, y volvió en un mismo dia.*

„Ved aqui los honores fúnebres que se hacen cada año á los Griegos muertos en la batalla de Plátea.

„El 16 de Maimaderion (Diciembre) se hace al amanecer una procesion precedida de un trompeta, que va tocando á acometer: despues siguen muchos carros cargados de coronas y de ramas de mirto: tras de los carros va un toro negro: á este siguen jóvenes, que llevan cántaros con vino y con leche, y redomas con aceite y con esencias: ningun esclavo puede mezclarse en aquella ceremonia: cierra la pom-

pa el Arconte, ó primer magistrado de los de Plátea, revestido con una capa de púrpura, con espada en la cinta, y con una urna en la mano. En cualquiera otro tiempo le está prohibido tocar el hierro, y llevar otro vestido que no sea blanco. Asi que la procesion ha llegado á los sepulcros, saca el Arconte agua de la fuente con su urna, lava las columnitas: las estrega con esencias, y seguidamente degüella al toro sobre una hoguera. Despues de haber orado á Pluton y á Mercurio, convida á los valerosos muertos al festin, y á las efusiones fúnebres, y vierte una copa de vino, gritando: ,, Presento esta copa á los valientes guerreros muertos por la libertad."

,, Cayó la conversacion sobre la política. Ciro me preguntó ¿bajo qué gobierno querria yo vivir? — Bajo aquel, le respondí, en que todos son vasallos de la ley, y en que la ley es mas poderosa que los hombres. — ¿Y dónde existe ese, Arístides? — No sé, Ciro. La sociedad mas dichosa y mas firme es aquella en que hay mas igualdad. — Convengo en ello, Arístides; pero semejante igualdad solo puede verificarse en un pequeñísimo agregado de hombres pobres, desterrados, y precisados á vivir sobre algunas rocas. Una democracia muy vasta es una quimera, porque un estado tal es necesariamente rico y poderoso; y por lo mismo la concupiscencia, la avari-

cia, la ambicion y el libertinage la agitan en todos sentidos, y fomentan en ella volcanes, cuyas frecuentes erupciones la trastornan antes de mucho. En uno de vuestros poetas he leido, que Éolo tiene encadenados los vientos en profundas cavernas, sin lo cual sus furores y sus impetuosos soplos devastarian la tierra. Un dia, á ruegos de Juno, los desencadenó Éolo. Inmediatamente los huracanes, la noche y las borrascas alborotaron y cubrieron los mares de naufragios, y llevaron á todas partes el terror y la muerte. Esta es la imágen de la turbulencia democrática. Suélese confundir la libertad política con la libertad civil: esta influye sobre toda la sociedad: cada individuo goza de sus beneficios, y es la que hace amable el régimen bajo que se vive. Pero la libertad política solo extiende sus beneficios á una cortísima parte del pueblo; y lo que sucede es que se aprovechan de ella los ambiciosos y los que tratan en enredos ocultos. Para ser perfectamente libres seria necesario vivir como los Escitas, errando de desierto en desierto, y llevando sobre carros sus dioses, sus familias y sus riquezas. La libertad civil puede existir en todo gobierno templado, y aun en las monarquías. La mejor constitucion, á mi modo de entender, es aquella en que todas las pasiones estan comprimidas, y cuyos resortes son mas sencillos. Uno de vuestros filó-

sofos sostiene que el estado monárquico es el mas sólido. La felicidad de los pueblos, dice, en esta constitucion está cifrada en la virtud de uno solo. En la aristocracia depende de la virtud de muchos. Y en la democracia está ligada á la virtud de todos. De aqui se infiere cuanto mas fácil es encontrar un hombre virtuoso, que ciento ó que cien mil reunidos. No es la manera del gobierno la que constituye la felicidad de una nacion, sino las virtudes de los gefes y de los magistrados. — Si no fuerais Ciro, le pregunté, sino un ciudadano cualquiera, ¿querríais haber nacido Ateniense ó Persa? — Ateniense, me respondió, pero por amor propio. La democracia ni tiene base ni solidez. Para que una constitucion sea firme é inapeable, es menester que el gefe supremo (ó sean los magistrados primeros, si es una oligarquía ó gobierno de pocos) infundan en el pueblo, con su fausto y con su gran nacimiento, aquel respeto de opinion, y aquel concepto de su superioridad, que hiere la imaginacion, y que contiene mas que la moral y que las leyes. Vuestros mismos Atenienses convienen en que fueron felices bajo Pisístrato, y en que el reinado de su hijo Hiparco fue el de la edad de oro. Si el pueblo está gobernado por sus iguales, los desprecia; y los ambiciosos y los demagogos se aprovechan de aquel desprecio para perturbar el órden, trastornar las

autoridades, y ocupar sus puestos. — Soy de vuestro mismo dictámen, Ciro; y ved ahí por qué prefiero la aristocracia templada á la democracia. Cierto dia aconsejó un Lacedemonio á Licurgo, que estableciese el gobierno popular, en el que el menor ciudadano tendria tanta autoridad como el mayor. — „Empieza, le dijo Licurgo, á establecerlo en tu misma casa."

„Quiso Ciro alojarme en su palacio, y me ofreció dinero y muebles. Todo lo rehusé. „Alquiladme, le dije, á las orillas del Páctolo una cabaña con un jardinillo, y lo trabajaré, y con el producto pagaré mi alquiler, y alimentaré mi reducida familia. Sobre esto os pido que tengais callado mi nombre, pues me he puesto el de Agésias. Espero tener en vos mi seguridad y mi reposo." — Asi me lo prometió, y me aseguró que atenderia á mi sosiego tanto como al de la ciudad. Me instó á que le visitara de tiempo en tiempo, y se lo ofrecí, á condicion de que su guardia no me detendria á la puerta del palacio, ni él me haria esperar. Duró nuestra conversacion mas de dos horas, con pasmo de los cortesanos, que se daban por las paredes haciendo conjeturas sobre mí, sobre mi nombre, y sobre aquella visita. Pero mayor fue su sorprendimiento cuando vieron que Ciro salia acompañándome, y hablando conmigo familiar y afectuosamente.

„ Vuelto á mi posada, me preguntó el posadero ¿si habia visto al Príncipe, y si estaba satisfecho de él? — „ Sí, amigo, le respondí: me ha tratado á mi gusto: sírveme tú tambien lo mismo con un buen plato de legumbres."

„ Llegada la hora de comer, entró aquel hombre á decirme que ya estaba servido. Hízome muchos saludos; me trató con ceremonia y con respeto; y me suplicó que admitiera sus disculpas, por no haber tenido conmigo las atenciones que merecia. Le respondí que yo no estaba quejoso de él, y que le dispensaba de sus cumplimientos y cortesias. Fuíme á sentar á la mesa, y encontré una comida suntuosa y delicada. — „ Amigo, le pregunté, ¿quién te ha mandado este convite? ¿Has olvidado que no te pedí mas que un plato de legumbres?" Respondióme, que un oficial de Ciro habia ido á ordenarle, de su parte, que me tratase bien. — Llévate la comida, le dije, y déjame solamente estas legumbres; y si el oficial vuelve, dile que aconsejo al Príncipe que guarde sus víveres, porque tiene mas gentes que mantener que yo." — Pero el fin de mis historias embeberia demasiado tiempo. Morfeo nos aguarda, vamos á gozar de sus beneficios."

## CAPITULO XXXII.

*Continuan las aventuras de Arístides. Generosidad de Ciro. Rasgo de Arístides. Narracion de la toma de Babilonia.*

„Quedamos, dijo, en el meson, con una comida muy frugal y muy sana: pasados algunos dias de nuestra primera vista, me envió Ciro á llamar. Entonces ya los cortesanos se mostraron como acostumbrados á mi porte grotesco. Leí en sus ojos la atencion y la cortesia mezcladas entre la curiosidad. Encontré al jóven Sátrapa en su jardin, donde la frondosidad de los árboles, su simetría y los suavísimos olores eran encanto de los sentidos. — ¿Qué os parece mi paraiso? me preguntó. — Bellísimo, le respondí, y dibujado con inteligencia y fino gusto. — Pues yo mismo lo he ordenado, Arístides, y he plantado muchos de esos árboles. — ¡Vos! le repliqué: ¡con esos vestidos suntuosos, con esas sortijas, con ese collar rico, y con esos perfumes que exhalan vuestras ropas! ¿Vos, con vuestras manos, habeis trabajado, plantado y hermoseado este jardin? — Sí, Arístides: mientras gozo salud, nunca me siento á la mesa sin haber sudado en algunos trabajos militares ó campestres. — Pues, Ciro, mereceis vuestras dichas, cuando cultivais la

virtud en medio de la opulencia."— Notícióme entonces que habia encontrado para mí un asilo tal cual yo lo deseaba. Paseábamonos á vista de los cortesanos, que se separaban por respeto." ¿Veis, me dijo, entre esa turba que me circunda y me asedia frecuentemente, aquel personage seco y pálido? Pues ese hombre cuando estoy delante me abruma de lisonjas, y cuando estoy detras habla muy mal de mí. ¿Qué castigo podré darle? — Oid mi respuesta, Ciro. Un dia, en Atenas, presidia yo en el juicio de la causa de dos particulares. El uno empezó su defensa diciéndome, que su adversario me procuraba perjudicar en cuanto podia, y hablaba de mí muy desventajosamente. ,, Amigo, le repuse, habla únicamente de los males que te ha causado, porque aqui se trata de tu proceso y no del mio." Un gran Príncipe mandó publicar una severa ley; por la cual prohibió á los jueces castigar lo que se decia contra ellos solos. ,, Si el acusado, decia, habló con ligereza, es menester despreciarlo: si habló por locura, es menester compadecerlo; y si por ultrajar, es menester perdonarlo." — Estos ejemplos hicieron impresion sobre aquel heroico jóven, y prometió que desdeñaria toda venganza. Al despedirnos quiso que aceptara yo un bolsillo lleno de oro. ,, Servirá, me dijo, para vuestro mueblage de casa: es cosa inaudita é indecente

que un hombre como vos viva con escasez, y tan inmediato á la indigencia."—¿Me juzgais, le pregunté, hombre de menos valer que aquel mozo jardinero que está alli, y que trabajando canta tan alegremente una cancion triste? —¿Quién se atreveria á compararos con él en cuanto á la sabiduría? — Pues ese hombre, Príncipe, vive con mucho menos que yo, y vive contento. ¿De qué habia de servirme vuestro oro no usando de él? Solo es dichoso quien posee lo necesario: el deseo de lo supérfluo altera la felicidad y la destruye."— Mandó el Príncipe que me acompañaran á la cabaña que me habia alquilado, la cual me pareció tan bien, que inmediatamente transporté á ella mi familia y mis dioses Lares.

„ Continué viendo á Ciro de tiempo en tiempo: sus amables prendas me aficionaron á él. Consultábame con gusto, y yo correspondia á su confianza con cuanto podia sugerirme mi experiencia y mis cortas luces. Él halló medio de obligarme, sin que yo lo supiera, de un modo ingeniosísimo. Este gabinete en que ahora estamos no existia entonces. Un dia me preguntó dicho Príncipe ¿ como me iba en mi ermita? — „ Me va bien, le respondí, solo me falta un gabinetillo en medio de mi bosque de laureles; pero aguardo á haber conquistado el Asia al frente de los Griegos para fabricarlo." — „ A efecto de eje-

cutar ese vasto proyecto, confio en que aguardareis á que yo muera." La chanza acabó en esto, y yo la tuve por olvidada. Ocho dias despues me envió á llamar á su palacio muy de mañana, donde con varios pretestos me detuvo todo el dia; me mostró su correspondencia de Esparta con el General Lisandro; me convidó á comer; y usó de la delicadeza de no admitir á la comida mas que á dos de sus consejeros íntimos, personages instruidos, y de edad madura. Nuestra conversacion fue grave é importante, porque el entendimiento de aquel Príncipe, vasto y flexible, se prestaba á todos los asuntos. Hablamos de la vejez, y procuré probarle que tenia sus dulzuras. „Un jóven, dije, sin duda se cree mas dichoso que un anciano, porque se mira circundado de deleites; pero si el anciano no los echa menos, y otros gustos le producen otros placeres, ¿qué es lo que ha perdido? La agilidad y la fuerza son atributos de la juventud; pero en grado mas superior poseen estos atributos el ciervo y el toro. ¿Somos por eso mas desgraciados que aquellos animales? Lo que á los viejos mata es la soledad que los circunda; y lo que hace pesada la carga de su vida es el tedio; pero el que desde su juventud cultivó habilidades, y contrajo la costumbre del trabajo y de la virtud, recoge al declinar su vida el fruto de aque-

llas simientes felices, y se ocupa y goza todavía. Platon murió á los ochenta y un años de su edad, y con la pluma en la mano, y siempre filósofo y felíz. Isócrates á los noventa y cuatro años empezó un elogio llamado la Panatea, y lo acabó á los noventa y siete: su maestro Gorgias no cesó de estudiar y de escribir mientras el tiempo de ciento y siete años que vivió. Preguntóle uno ¿si no le cansaba tan larga existencia? ,,Ningun, motivo tengo dijo, de quejarme de mi ancianidad." Me dareis, interrumpió Ciro riéndose, gana de envejecer pronto.— Os deseo, continué, la larga vida de un cierto Argantanio, Rey de los Tartesianos: reinó ochenta años en las cercanías de Cadis, y vivió ciento y veinte [21]. Bien que á la hora de la muerte lo pasado es un sueño, y todo lo que acaba es corto.

,,Despues de comer me contó el Príncipe la toma de Babilonia por el gran Ciro.

,,Asi que aquel héroe vió el espesor, y la altura de sus muros, y lo ancho del rio que dentro de la ciudad tiene dos estadios, lo asaltó una grandísima inquietud, contemplando lo temerario de su empresa; y tanto mas, cuanto los Babilonios habian juntado víveres para treinta años; pero su ingenio, que era igual á su valor, le sugirió una estratagema feliz; embistió la ciudad, y mandó hacer alrededor de las murallas una profunda trinchera, cuyas tier-

ras se iban amontonando hácia el lado de los muros; y sobre esta tierra se fueron levantando torreones. Burlábanse los sitiados de aquellos trabajos. Ciro sufrió las burlas, y aguardó el dia de su venganza. Supo que habian de celebrar una fiesta solemne, y pasar la noche entre placeres. Aprovechóse de la ocasion. Al ponerse el sol mandó abrir fosos desde la trinchera hasta el rio; inmediatamente se precipitó el agua en ellos; y el rio en poco tiempo quedó muy vadeable. Ciro lo mandó sondear, y entró en la ciudad al frente de sus tropas; el ruido y la confusion de la festividad impidió al pueblo oir su marcha. Fuese derecho al Rey Baltasar, quien ya lo aguardaba con la cimitarra en la mano á la cabeza de sus guardias. Perdió la vida; y Ciro, dueño del palacio, prohibió á los habitadores que saliesen de sus casas bajo pena de ser degollados. Babilonia es tan vasta que los que vivian en las extremidades estaban ya sojuzgados, cuando los del centro todavía ignoraban cual seria su suerte. Apuntó el alba, y se entregaron á discrecion.

,,He visitado el sepulcro de aquel héroe, y he derramado en él lágrimas de sensibilidad y de despecho. Los trofeos de vuestro Milcíades perturbaron el reposo de Temístocles; y la gloria del gran Ciro agita mis espíritus en términos de causarme vergüenza mi obscuridad. — ¡Ah, jóven Ciro! ex-

clamé: la gloria es una fantasma: sucede con ella lo mismo que con la luz, que es mayor bien para los que ven que para los que son vistos. Oid lo que me sucedió. Fuí elegido por todos los Griegos para la tasa general de los impuestos, que era una omision lisonjerísima, la cual desempeñé muy bien: volví á Atenas creyendo que no se hablaria en ella de otra cosa que de mí y de mi fama: encontré en Alimo, aldea del Atica, algunos Atenienses de cierta clase, que estaban algunos dias habia en el campo: uno de ellos me preguntó ¿qué novedades corrian por Atenas? Quedé maravillado, y le respondí que yo estaba ausente de ella mucho tiempo habia, y que regresaba entonces de una comision importante. —¡Ah, sí! exclamó: volveis de Lacedemonia. — Que no es eso, repuso otro toscamente: ¿no sabes que viene de la corte de Persia, donde ha estado en calidad de embajador? — Confieso que mi amor propio quedó mortificado de la ignorancia de aquellas gentes. Mas al fin me eché á reir, y me desengañé de las ilusiones de la gloria. Pero decidme donde está el sepulcro de Ciro. — En Pasagarda está, continuó el Príncipe, cubierto de riquezas, y en un ataud de oro mazizo. Cambises, hijo suyo, confió su guardia á los magos, quienes la conservaron bajo sus sucesores. Cada mes sacrifican un caballo á su memoria. Ved aqui

su epitafio: „*Yo soy Ciro, hijo de Cambises, fundador del Imperio de los Persas, y señor del Asia: no me envidies este monumento en que mis huesos reposan.*" — Mas seguro seria el reposo de Ciro, interrumpí, si aquel monumento fuese solo de piedras."

„Explicóme el Príncipe la causa de la molicie y de las licenciosas costumbres de los Lidios, diciendo: „Cuando el gran Ciro trastornó el trono de Creso, dejó una guarnicion en Sardes Mientras su ausencia se sublevaron los Lidios. Irritado aquel héroe, juró su exterminio. „Castigad, le dijo Creso, á los autores de la sublevacion; pero en cuanto á los Lidios, contentaos con dejarlos en la impotencia de sublevarse; prohibidles que usen de armas; mandadles que lleven vestidos magníficos sin ceñidor; que calcen borceguíes; y que enseñen á sus hijos á tocar instrumentos: favoreced su inclinacion á los placeres y á la ociosidad; y vereis de aqui á poco á los hombres convertidos en mugeres; de manera que ni vos ni vuestros sucesores tendreis mas insurrecciones que temer" Adoptó Ciro el consejo; y despues los Lidios, se hicieron mas célebres por su vida afeminada y voluptuosa, que lo fueron antes por sus hazañas militares y por sus victorias. — El consejo de Creso, dije á Ciro, es mas especioso que bueno y sólido. En una oca-

sion, casi semejante á esa, di á los Atenienses un consejo bien diverso. Díjoles un un dia Temístocles, que habia concebido un proyecto de grandísima utilidad; pero de tal importancia, que exigia profundísimo secreto. Mandóle el pueblo que me lo comunicara. Obedeció Temístocles. El proyecto fue sorprender y quemar todos los navíos de los Griegos con quienes estábamos en paz, y con aquel golpe osado hacernos dueños de la Grecia. No respondí cosa alguna á Temístocles; pero vuelto á la asamblea dije: „¡O Atenienses! El proyecto que me ha confiado Temístocles es el mas ventajoso que jamas se os puede proponer; pero es al mismo tiempo el mas injusto." Los Atenienses renunciaron á él. Ciro hubiera sido mas grande, si hubiera imitado la moderacion y la justicia de los Atenienses. Corromper los pueblos para sojuzgarlos, es querer reinar sobre un rebaño de esclavos, que lejos de ser apoyo del trono, tiene él mismo necesidad de ser amparado y protegido. Las murallas y las bases mas sólidas de los estados son las virtudes y las buenas costumbres."

„Asi me entretuvo Ciro hasta la noche. Mis nietas, á mi regreso, no se cansaron de hablarme de lo largo de mi ausencia. Al otro dia madrugué mas para reparar la inaccion de la víspera, y corrí á mi jardin. ¡Juzgad de mi sorpresa! Vi una fábrica en

el sitio donde antes nada existia. Abri tantos ojos, me arrimé, lo toqué, y aun no osaba fiarme de mis sentidos. Entré, y me encontré en un gabinete adornado, decorado, y salido en un dia de debajo de tierra. Reparé en dos pinturas, que eran el retrato de Temístocles y el mio. ,, ¡Qué encanto! exclamé: ¿ha caido este gabinete de las nubes?" — Mis hijas me iban acompañando, y aunque tan jóvenes todavía, disfrutaban gustosamente de mi admiracion. En fin, pregunté á Aténais, que se estaba riendo á mas no poder, y me descifró el enigma, diciéndome, que mientras Ciro me honraba en su palacio, cien trabajadores habian elevado aquel pequeño edificio. No era dable un medio de rehusarlo ni de devolvérselo. Aquel Sátrapa mismo, algun tiempo despues, me hizo un regalo de mayor aprecio para mí, y mas digno de la grandeza de su alma.

,, Habíale yo contado mis aventuras de Esmirna, y la amistad, humanidad y beneficencia de aquel pescador y de su amigo, que me llevaban víveres á la caverna; y le añadí que el momento en que me separé de aquellas honradas gentes fue el primero de mi vida en que deseé riquezas; y que hubiera hecho cuanto cabe hacerse para pagar y reconocer sus beneficios. Aquel generoso Príncipe se portó entonces como se habia portado con lo del gabinete. Man-

dó entregar con secreto en Esmirna, á nombre mio, una suma de dinero á mi huésped y á su amigo. Ignorábalo yo totalmente. Un dia me vi entrar aqui á las tres persona, el pescador, su muger y su amigo. Deshiciéronse en gracias y mas gracias, y en hablarme de agradecimientos y de beneficios. —„ Amigos; ¿qué hablais? les pregunté: ¡yo sí que soy vuestro deudor, y deudor tan infeliz, que me veo imposibilitado de pagar lo infinito que os debo!" Dijéronme que no solamente les habia pagado, sino tambien enriquecido. —„ Pero ¿qué decis, amigos? ¿qué dinero os he dado yo? — El que nos habeis enviado," me respondieron. — Admirábame yo cada vez mas. En fin, á fuerza de hacerlos hablar, y explicarnos mútuamente, empecé á sospechar que aquello era cosa de Ciro. Le escribí inmediatamente, que me habia cargado un peso que me abrumaba; que tres ciudadanos de Esmirna se me habian metido en casa para devorar mis provisiones, bajo pretexto de agradecerme un servicio que yo no les habia hecho; que me encontraba sin buen vino y sin buenos manjares que darles á comer; y que pues él era la causa del viage, era justo que pagase los gastos; y que le rogaba que me enviase algunos frascos de vino para regalar á aquellas buenas gentes. Respondióme, que sufria gustosísimo el tributo que le impo-

nia, y que deseaba pagar á menudo otros semejantes. Ocho dias tuve en casa aquellos honradisimos sugetos, y los traté lo mejor que pude. Ciro quiso tambien verlos, y les pagó magníficamente los gastos del viage. Confieso que aquel beneficio de Ciro, y la vista y la satisfaccion de mis antiguos y amados huéspedes, fue uno de los sucesos en que mas parte tuvo mi tierna sensibilidad.

„¡Ay! solos tres años gocé de la dicha de vivir á la inmediacion de apuel Sátrapa amable, que me llamaba padre, y me trataba con veneracion y ternura filial. Darío, su verdadero padre, cayó enfermo: Parisatis, madre de Ciro, que lo preferia á su hijo mayor Artaxerxes, lo llamó á la corte, esperanzada en hacerlo nombrar por su padre heredero de la corona; pero su proyecto no se realizó. Causóme su partida un verdadero disgusto. Es dificil encontrar en un Príncipe, ni aun en un particular, prendas mas esplendorosas y estimables que las de Ciro: era generoso sin profusion y con discernimiento; benéfico por humanidad, y no por ostentacion; fogoso; hombre de ingenio; activo; aplicado; de estupenda facilidad para los negocios; de un valor á toda prueba; fiel á su palabra y al secreto que le confiaban; y todas estas relevantes virtudes le graban mayor realce con su conversacion chistosa, lucida é ins-

tructiva. Solo faltó para la perfeccion de este bellísimo moral tener mas moderada la ambicion, y alma menos ardiente y apasionada de la gloria. En su personal y en su estatura se veia un héroe; y la dulzura y jovialidad de su fisonomía templaban su gravedad y altivez. Cada dia lo echo mas de menos. Cuando partió confió mi secreto, con anuencia mia, y me recomendó particularísimamente á Farnábazo, quien ha protegido mi sosiego, y me ha tratado con la mayor distincion. Mi vida es hoy obscura, pacífica, y por decirlo asi, no tiene movimiento: en fin, es como conviene á mis años, y voy caminando hácia la muerte con paso insensible, como un rio de corriente lenta y suave, que va á perderse en el abismo de los mares.

## CAPITULO XXXIII.

*Pasion de Fánor. Nociones sobre Esparta y sobre su gobierno.*

Entre tanto se consumia de amores el sobradamente sensible Fánor. Iba decayendo de ánimo por no poder acostumbrarse al trato frio y sosegado de Aténais. Díjome: „Quiero castigarla: voy á fingir que me inclino á ser su hermana, y acaso los celos..... — Guardaos de tal, Fánor, ese es un medio excelente para una muger ordinaria,

que tenga mas vanidad que amor; peró Aténais, lejos de irritarse de vuestra mudanza, la mirará con desden, y perdereis su estimacion; y en ella acabada la estimacion se acabó el afecto: no os conviene despertar su amor propio, sino su sensibilidad. —Si yo creyera ser amado, Antenor mio, y si tuviera seguridad de que aceptase mi mano, se la ofreceria; pero recelo una repulsa, y temo á la austeridad de Arístides. —¿Quereis, Fánor, que dé yo algunos pasos, y que recorra el terreno? —No, Antenor, no: ese fruto tan deseado no está maduro todavía: si me despreciaran, y me fuera preciso dejar este asilo, me acabaria el dolor."

Entonces comprendí que su alma inquieta y sensible habia finalmente encontrado en un objeto amable el término de su inconstancia, y que estaba dominado de una pasion impetuosa, pero verdadera y delicada. ¡Benignos efectos de la virtud, cuando se muestra adornada con las gracias y con la hermosura!

Pero á pesar de su exterior frio y modesto, sospechaba yo en Aténais una inclinacion oculta á Fánor: ella le hablaba poco, pero á mí mucho, y se chanceaba conmigo á menudo, y me hacia finezas, y casi me acariciaba: Fánor tuvo celos. — "¡Pobre hombre! le dije: ¿no veis que esas amistades y caricias que me envidiais

vuelven á vos de rechazo? ¿no notais que soy vuestro satélite, y que os envio por reflexion los rayos solares? — Los primeros dias de mi llegada, Antenor, me trataba Aténais mas benignamente, y me ponia mejor cara: la sonrisa estaba siempre en sus labios; pero hoy ¡cuánta diferencia! — Fácil es adivinar la causa, Fánor. Los primeros dias la parecísteis amable, os escuchó, y se chanceó con vos, como con un hombre de quien su corazon no tenia por qué desconfiar. Pero asi que sospechó la inclinacion vuestra, y que descendió á su misma alma, entonces la timidez, la reserva, la prudencia y la meditacion acudieron á su socorro, y la obligaron á tomar un aire mas grave y respetuoso. Una jóven bondadosa y tímida juega con un gorrion; pero el mas pequeño *torzuelo* la detiene y la asusta, no obstante su lucido plumage. Yo soy el gorrion y vos sois el torzuelo."

Un accidentillo promovido en la mesa me dió mejor á conocer el alma de Aténais. Arístides la pidió agua mas fresca. Fánor, por evitarla aquella incomodidad, se apresuró á ir á sacarla; pero tan atolondradamente, que enganchándosele un pie en el atravesaño de la mesa cayó, y por poco no lo arrastró consigo todo. Aténais dió un gran grito, y perdió el color. Fáloe soltó una carcajada. Arístides, que vió que Fánor no se habia echo mal, dijo á Aténais son-

riéndose: „Despues de haber como Ulisés sufrido tantos riesgos y trabajos sobre mar y tierra, te creia yo mas aguerrida. Ve ahí como juega la suerte con los flacos mortales. Cuando mas seguros estábamos, Fánor cae, y la mesa se bambolea: asi se vienen abajo las ciudades y los imperios desde el ápice de su mayor gloria."— Mientras este discurso se colorearon con viveza las azucenas de la amable Aténais, la cual esforzándose á chancearse dijo, que la caida de Fánor era de buen agüero, y que presagiaba que algun dia los Griegos se apoderarian del Asia.

Arístides dijo seguidamente á Fánor: „Jóven, para indemnizarnos del susto que nos habeis causado, contadnos alguna cosa sobre Esparta en cuanto á vuestras observaciones sobre el gobierno, porque sin duda no viajareis por un deseo vago de curiosidad, ó por necesidad de mudar de lugares." A estas palabras Fánor (deseoso de dar á Arístides y á Aténais buena idea de su modo de juzgar y de sus conocimientos) recogió todas las fuerzas de su entendimiento, y habló en estos términos.

„Una de las cosas que mas me pararon entre los Espartanos, fue su firmeza y valor en la adversidad. Aquel pueblo celebraba una gran fiesta, y era mucha la afluencia de los extrangeros: estábamos en el teatro donde luchaban desnudos jóvenes de ambos sexos: en aquellos instantes llegaron

correos del ejército con la noticia de su derrota y de la muerte de su general. A tan terrible noticia, los Éforos, aunque afligidísimos, ordenaron sosegadamente la continuacion de la fiesta. Enviaron á las familias los nombres de los muertos que las tocaban, y se quedaron en el teatro para que continuasen los juegos y las danzas.

„Al dia siguiente los parientes de los muertos, con semblantes que respiraban magnanimidad y gozo, se saludaron y se abrazaron en las calles y en las plazas, en vez de que los parientes de los que habian sobrevivido se encerraron en sus casas como si estuviesen de luto, y si sus quehaceres los precisaban á salir, iban con la cabeza baja, silenciosos y tristes. Entre las mugeres, particularmente, era todavía mas conocida la expresion del rostro. Las que conservaban á sus hijos estaban caidas y calladas; pero aquellas cuyos hijos habian muerto peleando, corríeron al templo anhelosas y festivas, para dar gracias á los inmortales, y se visitaron y se dieron recíprocamente la enhorabuena." — „Tal constancia en la adversidad, repuso Arístides, honra mucho á esos republicanos altivos. Esa Esparta me asusta, y temo que algun dia su valentía y su ambicion hagan infelices á Atenas y á la Grecia toda. Pero en cuanto á su heroismo os contaré un suceso verificado, no ha mucho, en el sabio y va-

liente Xenofon, famoso discípulo de Sócrates. En lo mejor de un sacrificio solemne llegaron á noticiarle la muerte de un hijo suyo de resultas de una batalla. Sin manifestar conmocion, y sin interrumpir la ceremonia, se quitó la corona y preguntó ¿cómo habia muerto? „Con las armas en la mano", le respondieron. Al oir esto se volvió á poner la corona, y trajo por testigos á los dioses de que mas placer le causaba la virtud y valor de su hijo, que dolor su pérdida. Pero habladme, Fánor, del gobierno de Esparta."— „En aquella ciudad, continuó mi amigo, está ocupado el trono por dos Reyes de distinta casa. Ved aqui sus prerogativas: llevan la guerra adonde quieren; mandan los ejércitos; tienen en campaña una guardia de cien hombres escogidos; y les pertenecen las pieles y los lomos de todos los animales que se sacrifican. Ocupan en todas partes el primer lugar, y en los festines tienen porcion doble. Cuando no asisten á las comidas públicas se les envia una cierta cantidad de cebada y de vino. Es de su cargo la inspeccion de los caminos. El que quiere adoptar algun hijo no puede hacerlo sino en presencia suya. Su voto vale por dos; pero nada pueden mandar ni decretar sin el concurso de los senadores.

„Veinte y ocho ancianos forman el senado. Son empleos vitalicios. Es necesario

tener sesenta años para ser elegido. El pueblo los nombra, y la eleccion se hace asi: cada pretendiente echa suertes para comparecer á su vez, en la plaza donde está congregado el pueblo: la atraviesa lentamente sin hablar palabra: su marcha va seguida de gritos de aprobacion, mas ó menos numerosos: unos diputados, ocultos en alguna casa inmediata, desde la cual no pueden ver á los aspirantes, señalan sobre unas tablillas los instantes en que las aclamaciones se manifestaron mas vivas y mas sostenidas; y segun su relacion, se confirma el deseo del pueblo."—Dificultoso es, dijo Arístides, que quepa engaño en tales elecciones. Verdad es que el pueblo puede estar preocupado ó ciego, como lo he visto en Atenas tantas veces; pero continuad.

,, Nombrado el aspirante, prosiguió Fánor, se pone un sombrero de flores, y va á todos los templos á dar gracias á los dioses, acompañado de muchísimos jóvenes que alaban y celebran sus virtudes, y de otras tantas mugeres que cantan versos en alabanza suya, y lo bendicen por haber vivido tan bien. Seguidamente visita á cada uno de sus parientes, quien le prepara una colacion, y le dice al entrar en su casa: ,, La ciudad te honra con este banquete." Hechas estas correrías, va á comer como acostumbra con sus camaradas de mesa: le

sirven dos porciones, y guarda una. Acabada la comida todas sus parientas se juntan á la entrada de la sala. Envia á llamar la que mas estima, y la da la porcion guardada diciéndola: „Esto me han dado como prémio de la virtud: del mismo modo te lo doy." Aquella hermosura privilegiada se vuelve á su casa, acompañada de todas las parientas; y él sale escoltado de todos los hombres."

„Decidme, añadió Arístides, cuales son las funciones de los Éforos."—„Hay cinco, continuó Fánor, elegidos en todas las clases de los ciudadanos. El primero se llama Éforo epónimo; y el año toma su nombre como en Atenas el del Arconte epónimo. Son como los representantes del pueblo, el cual ha extendido su autoridad á expensas de la de los Reyes y senadores. Solos ellos se mantienen sentados en su tribunal cuando entran los Reyes: pueden intimarles que comparezcan, y han de obedecer á la tercera intimacion; y tienen derecho para prenderlos. Cada mes forman junta general los Espartanos para tratar de los graves negocios de la república. Á los treinta años de su edad todo ciudadano, de costumbres irreprensibles, tiene derecho para dar su dictámen."—Esa intrusion de los Éforos, interrumpió Arístides, trastornará tarde ó temprano la constitucion de Licurgo. Los Reyes no tienen mas que el simulacro de

la soberanía; y los senadores tiemblan delante de esos nuevos magistrados. El pueblo, que opuso una autoridad sin límites á los Reyes y á los veinte y ocho ancianos, creyó dar mas latitud á su libertad, y se aprisionó mas, y se sometió mas á lo arbitrario. Pero lo que mas contribuirá á la caida de la soberbia Esparta es la disolucion de las costumbres. Acuérdome de que en la primera guerra de la Mesenia, en que el ejército lacedemonio permaneció diez años delante de Mesena, las mas de las vírgenes fueron madres sin himeneo y sin esposo. Vieron comparecer en el centro del estado una nueva generacion que no reconocia padre. Llamáronse aquellos hijos Partenienses. Dícese que enviaron del ejército los jóvenes de mejor personal y mas robustos para reparar las pérdidas de la guerra. Mas el estado no quiso nunca reconocer aquellos hijos, y se vieron precisados á ir á fundar una colonia á Tarento."
Pregunté entonces á Arístides ¿si preferia el gobierno de Atenas? — „Lo prefiriera, dijo, con tal de que no se diese al pueblo tanta autoridad; porque Atenas perecerá por la escandalosa licencia de sus asambleas. Y lo que tambien apresurará su destruccion es el envilecimiento á que han venido los honores, porque se dan á hombres viles, osados y sin educacion. Antes de mucho, hasta los mismos ambiciosos despre-

ciarán esas creidas dignidades; y entónces la república no podrá pagar los servicios, los talentos ni la gloriosa fama, sino con oro. Magistrados, guerreros y escritores, solo aspirarán á las riquezas, y cuando estas llegan á ser el móvil de un gobierno ya no hay mas ciudadanos. La probidad se gradua de majadería: la gloria de quimera: nadie se avergüenza ya: el fraude, la mentira y el robo, son delitos comunes; ó por mejor decir, ya no hay mas crímenes que la pobreza y la poca maña.

,, La ligereza de los Atenienses es tambien una de las causas que los arrastrarán á su perdicion. Yo he visto á una numerosa concurrencia, en lo mas fuerte de la discusion de importantes intereses, levantarse y correr tras un pájaro que habia dejado escapar el jóven Alcibíades, que hablaba en público por la vez primera.

,, Con todo, tiene aquel pueblo tres admirables instituciones. Anualmente publican el elogio de los ciudadanos muertos en la guerra. Mantienen á los ancianos; y tambien á los huérfanos hasta la edad de pubertad; y entonces se les regala á estos una armadura completa, y pueden abrazar la profesion que quieran. — La república de Esparta tiene su apoyo en la ferocidad y en el orgullo. Han desterrado de su suelo á las artes y á la filosofía, que es lo que cabalmente suaviza y condecora las

costumbres. Toda su vida es guerrera, y aborrecen á las naciones. Los Atenienses son tan valerosos como ellos; pero no profesan únicamente la guerra, porque cultivan la elocuencia, la poesía y todas las artes. Su ciudad es la morada de las fiestas, de los placeres y de la urbanidad; y aman y acogen á los extrangeros. — Y ahora que hablamos de Atenas hagamos libaciones á Minerva su diosa tutelar." Entonces tomó un pedazo de carne que habia reservado, y lo asó; despues de lo cual nos separamos.

## CAPITULO XXXIV.

*Llegan á Atenas Antenor y su amigo. De la fiesta llamada Lampas. Expiacion de un asesinato involuntario. Continuacion de la historia de Teana y del bapto Teon.*

Abordamos á Naxos para comprar vino, que puede compararse con el nectar que Hebea vertia á Júpiter. Aquella isla se nombra tambien Dionisiada, porque Baco, primera divinidad de aquel parage, fue alli alimentado. La llaman la Reina de las Cícladas [22], á causa de su magnitud y de su fertilidad: por eso los Naxiotas se llaman hijos de Baco y del placer, y pasan sus dias alegre y festivamente.

Un buen viento nos llevó con brevedad

al puerto del Píreo. Este puerto está circundado de murallas, que se extienden hasta la ciudad de Atenas. Su longitud es de cuarenta estadios, su altura de cuarenta codos, y su anchura tal que pueden caminar por ellas dos carruages de frente. No entramos en Atenas hasta que declinó el dia. Corrí velozmente á casa de Lastenia; pero estaba en el campo. Fánor me alojó en casa de Tésalo, amigo suyo, y confidente de sus amores con Teana. Hallamos la ciudad iluminada: preguntamos la causa, y Tésalo nos dijo: „Hoy es la fiesta llamada Lampas. Salgamos y vereis la carrera de la iluminacion. Celébrase esta fiesta en accion de gracias á las tres divinidades Minerva, Vulcano y Prometéo. Damos gracias á Minerva por habernos dado el aceite; á Vulcano por haber inventado las lámparas; y á Prometéo porque trajo el fuego del cielo." Tésalo nos llevó á la calle larga que parte de la Academia: en ella encontramos á toda la ciudad. Los jóvenes estaban colocados á distancias iguales, desde el altar de Prometéo, que está en la Academia. El pueblo dió la señal. El jóven mas inmediato al altar encendió su luz, y la llevó corriendo á su inmediato; este la transmitió al tercero; y asi sucesivamente fue pasando de mano en mano la luz, y los que la dejaban apagar salian de la fila. Vi mas: vi dar de golpes y hacer burla de dos jóvenes

que no tenian gracia para correr. El nombrado Gorgias fue proclamado vencedor, porque habia recorrido sus estaciones con la luz siempre encendida. Si todas las luces se apagan, ninguno consigue la victoria, y quedan los premios reservados para otra vez. De vuelta á casa de Tésalo, íbamos ya á sentarnos á la mesa para cenar, cuando un hombre, despavorido y desatentado, entró y se sentó en el hogar, sin hablar palabra, con los ojos bajos, y sacó su puñal y lo clavó en tierra. Lo mirábamos con admiracion. Tésalo nos dijo entonces: „Este hombre es un amigo mio; ha tenido la desgracia de hacer una muerte involuntaria; viene á pedirme la expiacion; y voy á hacerle ese servico." Diciendo esto salió, y volvió de alli á poco seguido de un esclavo, que traia un cochinillo de leche, al cual degolló, y refregó con su sangre las manos del suplicante, y se las roció despues con aguas lustrales, invocando á Júpiter expiador; despues de lo cual quemó tortas, derramando agua, é implorando á los dioses para apaciguar la cólera de las furias, y hacerse á Júpiter propicio. Acabada la ceremonia se retiró el suplicante. Tésalo nos confirmó entonces que aquella ceremonia lavaba enteramente al matador, cuando la muerte era involuntaria.

Mientras cenábamos, preguntó Fánor por el lindo Teon y por la bella Teana. — ¡Qué

decis! exclamé: ¿todavía pensais en esa infiel? — Pienso en ella; pero no por un efecto de cariño, sino por aquel resto de apego que siente siempre en su interior un alma honrada hácia el objeto de una pasion primera. Quisiera saber si es feliz. — No lo es, le satisfizo Tésalo: bien vengado estais de su perfidia. — Lo siento, repuso Fánor; porque á pesar de su traicion y de sus errores, quisiera que hubiese sido florido su destino. — Pues sabed, Fánor, que está cerrado para ella el camino de la felicidad: sus máximas, su educacion, su insubstancialidad y sus costumbres, la alejan de ella para siempre. Oid la continuacion de la historia de su vida.

,,Los tres primeros meses de su matrimonio tuvieron alguna apariencia de felicidad; porque amenizaron aquel corto período las caricias, los ponderados afectos, las complacencias, las fiestas y los placeres; pero los humanos nos acostumbramos á ellos, y entonces ya fastidian, y los deseos se amortiguan y se apagan. Aquellos dos esposos, pues, cuyas almas estaban tan vacías, como sus entendimientos incultos, se dieron á buscar logros exagerados y facticios: porque no podian llenar las largas horas del dia con ocupaciones prudentes y templadas. Los amantes y los esposos deben tener, para sobrellevar el peso de estar mucho tiempo á solas, un alma noble y

virtuosa, y una cabeza adornada de conocimientos varios.

„Penetró en casa el negro humor, el tedio y las rencillas. Teon buscó fuera de ella los entretenimientos y las distracciones. Su muger, celosa, no por cariño, sino por amor propio, lo atormentó y lo cansó con sus sospechas y con sus reproches. Aquel marido, hombre de malísima moral. lejos de escucharlas, dirigió sus adoraciones, primero en secreto, y despues públicamente, á la celebrada Friné, inmortalizada por su hermosura y por el pincel de Praxiteles, quien colocó aquella obra magistral del arte en el templo de Delfos. Prontísimamente llegó aquel galanteo á los oidos de Teana. ¡Qué despecho! ¡qué humillacion para una muger tan ensoberbecida como ella con su hermosura! Noche y dia la agitaban ideas de venganza. Ardia en deseos de humillar y de castigar á su competidora. Ibase á celebrar la fiesta de Eleusis. ¿Sabeis que cosa es? — „No lo sé, respondió Fánor: hacedme la fineza de decirme algo sobre esa celebridad." — „Eleusis, continuó Tésalo, dista de Atenas de unos treinta á cuarenta estadios. Vase allá por una calzada de losas, que se llama la via sagrada. El templo de Ceres está al pie de una colina. El agradecimiento instituyó aquella fiesta en honor de Ceres y de Proserpina. Ceres, que fue bien recibida de

los Atenienses cuando buscaba á su hija, les enseñó, en recompensa de su hospitalidad, á cultivar la tierra, y aun les inspiró aquella dulzura y urbanidad que los distingue. Empieza la fiesta el dia quince del mes bœdromion (Setiembre). Todas las ciudades de la Grecia envian á esta época procesiones á Eleusis, las cuales se juntan en Atenas. Dura la fiesta nueve dias. Los cuatro primeros se gastan en sacrificios y en ceremonias particulares. A eso del anochecer del cuarto dia se hace la procesion de la canasta, la cual va sobre un carro tirado por bueyes, y seguido de muchísimas mugeres Ateniensas, que llevan otras canastas tapadas con velos de púrpura, y dentro varias cosas necesarias para la ceremonia. El quinto dia se llama el dia de las luces, porque hombres y mugeres van por la noche corriendo con hachas en las manos. El sexto está consagrado á Baco. Aquel dia, una procesion magnífica, que suele llegar á treinta mil personas, sale en pompa del Cerámico, atraviesa la ciudad, y va á Eleusis por la via sagrada. Pasean la estátua del dios coronada de Mirto, y con una antorcha en la mano. Antes de partir ofrecen sacrificios á Ceres y á Júpiter, y hacen libaciones con dos vasos que se vierten con variedad, el uno al oriente y al occidente el otro. Van cantando por el camino himnos en

honor de la diosa. Paran frecuentemente, y á cada pausa se sacrifican víctimas. Asi que se llega al puente del Céfiso, mugeres, que van en carros, se dicen á voces mil bufonadas insultantes. Mientras dura la funcion, el pueblo y los sacerdotes se esparcen por el campo con tizones ardiendo, para imitar las correrías de Ceres cuando iba buscando á Proserpina. En el dia séptimo se celebran los juegos y peleas gímnicas; y una medida de cebada es la única recompensa del vencedor. Ceremonias poco notables ocupan los dos últimos dias. Añadiré, que el templo de Ceres en Eleusis es grandioso, y tan sagrado, que se extienden pieles de animales por el suelo para quitar que no lo manche el contacto de pies profanos, y todos han de mantenerse precisamente sobre el pie izquierdo hasta estar purificados. Vense dos altares; el uno consagrado á la diosa de las mieses; y el otro á Proserpina y á las divinidades infernales. Al primer altar lo sirven sacerdotisas escogidas en las familias mas distinguidas de Atenas, en número de cuatrocientas; y al segundo lo sirven sacerdotes de la familia de los Eumólpides, cuyo gefe, llamado Hierofanto, se presenta con un vestido resplandeciente, con diadema y con los cabellos sueltos sobre la espalda.

„Aquel sacerdocio es vitalicio; pero para obtenerlo es preciso tener una voz

bellísima, y no haberse casado.

,, El Arconte segundo preside en las fiestas, y su ministerio es mantener el orden y la paz.

,, Al sexto dia de aquella solemnidad se presentó Friné en nuestra procesion hecha un globo de luces, asi por sus ricos vestidos, como por su exquisita pedreria. Atrajo á sí las miradas y los homenages de toda la juventud. Finísimas esencias exhalaban los mas suaves olores, que embalsamaban ó perfumaban su atmósfera. Teana, mas exasperada con aquel triunfo, mandó á uno de sus eunucos, que llenase de porqueria los magníficos vestidos de su competidora. Enfurecida Friné con tal afrenta, no pensó en mas que en vengarse. ¡Qué volcan se puede comparar al corazon de dos mugeres que recíprocamente se han humillado? Friné, para dar su golpe con mayor seguridad aguardó la ocasion callando. Compareció á la sazon en Atenas el lucido Alcibíades, adornado con los laureles de su primera campaña, y con los atractivos de sus pocos años. Violo Teana, y circuló por sus venas el fuego del amor. Olvidó á su esposo y á sus infidelidades, y prodigó sus miradas y sus atenciones al héroe naciente, quien, tan avaro de placer como de gloria, no quiso rehusar aquella conquista. De alli á poco llegó á ser aquel oculto manejo el alimento de la conversacion en las tertulias,

y desde entonces preparó Friné su venganza. Alcibíades era el hombre mas voluble, y el que mas se vanagloriaba de su inconstancia. La astuta Friné lo atrajo á su casa y tuvo arte para hacerse amar ó desear; pero ella retardó el acto de su posesion, para irritar los deseos del jóven guerrero. Habia ella seducido á un esclavo suyo, que era confidente de sus amores. Un dia la dijo que su amo tenia cita de Teana. Envió á llamar á Alcibíades un poco antes de la hora indicada, empleó toda su arte y toda su magia, permitió que la robara Alcibíades algunos favores para encender sus deseos, y cuando, abrasada ya el alma de aquel hérce, solicitaba su felicidad, fingió Friné una amorosa inquietud, y unos tiernos celos, y no quiso entregarse sino á condicion de que escribiria un billete á Teana (con quien sabia que tenia una cita) para decirla que no podia acudir á ella. El galan Alcibíades, que habia ya olvidado aquella buena fortuna, escribió al instante el billete, y mandó que lo llevase su esclavo de confianza; pero Friné lo acompañó con un papelito de su mano, concebido así: „Os envio, peligrosa Teana, una carta del fiel Alcibíades, á quien os tomo prestado por breve tiempo." Imaginaos el furor, el despecho y la vergüenza de aquella amante al leer el billete. Sus imprecaciones hubieran asustado á los tres jueces

infernales. Cayó enferma de la pesadumbre, y no se atrevió á presentarse en muchos meses. Pero en fin el tiempo y el cebo de una nueva conquista disiparon aquellas melancólicas nubes y trajeron los placeres. Apasiónose de otro objeto, arrebatóla su imaginacion ardiente, y se entregó con desenfreno á todas las libertades y á todos los caprichos. Aquellos excesos alteraron su salud, que acabó de arruinar con un régimen dietético y austero, por evitar la gordura, y no desfigurar el garbo de su talle. Aparte de esto, para mantener la frescura de su tez se destruyó el estómago con bebidas frias. Abuso sobradamente comun entre las mugeres, que no quieren entender que los principios de la belleza y del saludable colorido son inseparables de una buena complexion. Teana vino á dar en una penosa languidez; se la apagaron sus colores frescos y hermosos; se la embastecieron sus facciones delicadas y finas; y en fin, tuvo el destino de las rosas: no duró su hermosura mas que una mañana: apenas podríais conocerla. Su último amante se disgustó muy pronto de ella; y para colmo de infortunios, la disipacion y el lujo de ambos esposos acarrearon á su casa la miseria, y los pesares que la acompañan. El lindo Teon, incapaz de reedificar el edificio de su fortuna, ó de sostener su pérdida con valor, y ademas, enervado por

su vida licenciosa, y consumido de pesares, terminó su triste é insípida existencia. Teana todavía vive, pero hecha un objeto de compasion; y para colmo de ignominia, se dice que Friné, aquella competidora á quien tanto aborrecia, alivia su indigencia con secretas limosnas. Tales son los frutos de una educacion viciosa, y del funesto don de la hermosura."

Lastimóse Fánor de las desventuras de Teana, porque su sensibilidad lo inclinaba á todo ser que padecia, y particularmente á una muger á quien habia amado. Entregó algun dinero á Tésalo para que lo pusiera en manos de Teana.

Muy de madrugada partió Fánor para Tebas: y aunque nuestra separacion no habia de durar mas que seis meses, no por eso fue menos dolorosa. Asi que nos separamos, corrí á la casa de campo de Lastenia.

## CAPITULO XXXV.

*Va Antenor á casa de Lastenia. Sala del desayuno. Varios rasgos de Alcibíades. Historia del pintor Agatarco.*

Al ir llegando donde Lastenia vivia me palpitaba el corazon, y se me inundaba el alma de gozo. Pregunté por ella. — En su gabinete está me respondió un esclavo. — Pues ve á decirla que un extrangero acaba de

llegar de las orillas del Ponto-Euxino para verla y admirarla. Lastenia vino corriendo, gritó de alegria al verme, y temió que sus ojos la engañasen. Yo me arrojé á sus brazos diciendo: ,,¡Lastenia! ¡Amada Lastenia mia! ¡Que felicidad! ¡Que dia tan dichoso!" Lastenia, vuelta ya de su pasmo, me dijo: ,,Salgamos de aqui: siento mi alma sofocada: vamos á respirar un aire menos ardoroso." En efecto, atravesamos su jardin callando; pero aquel silencio era el recogimiento de la felicidad. Con todo eso, observé bien los asilos deliciosos, que en otro tiempo habian sido misteriosos testigos de nuestros amores. Un suspiro, una palabra, un mirar daban á comprender á Lastenia mis recuerdos y mis pesares. Me entendia, bajaba los ojos, y el rostro se la coloreaba con un encarnado suave. Despues de mil preguntas sobre mi salud y sobre mis viages, encontramos á un anciano que se estaba paseando. Lastenia corrió á él, lo abrazó, y me lo presentó diciéndome: ,, Ved aqui á mi padre, y ved tambien alli á mi hermana Telesila, que viene corriendo tan ligera como una corza." Saludé á ambos, y Lastenia añadió: ,,Telesila parece mi hija y no mi hermana: no tiene mas que trece años; pero es de segunda boda." Propúsonos el padre el desayuno, preguntando á su hija ¿dónde lo servirian? ,, En la sala de Minerva," respondió esta. Lastenia y yo nos ade-

lantamos. „¡Ay! exclamé al entrar: ¡esta es la capilla de Flora! — Sí, Antenor; pero ha mudado de nombre: aquella es la estátua de la sabiduría substituida á la del silencio, y aquellos los bustos de los virtuosos y de los sabios substituidos á los volubles amores y á los vasos de flores olorosas; pero ¿cómo no hablais palabra? ¿qué significa ese ademan preocupado? — Temo, Lastenia, que no sea esta la capilla de Mnemosina, donde acaso se beba de las aguas del Leteo. — No, Antenor: nada de cuanto pertenezca al corazon quedará olvidado; pero hay una edad en la que es preciso quebrar los juguetes de la juventud. Mirad á todos esos hombres grandes: su fisonomía grave y noble eleva el alma, y la vigoriza con el amor á la gloria y á la virtud. — La gravedad, dice un filósofo, y filósofo Indio, no es mas que la corteza de la sabiduria. — Sea asi, Antenor; pero la conserva. He mandado grabar debajo de cada busto alguna de sus máximas, ó algun rasgo que pueda caracterizarlos." En efecto, no habia cosa mas respetable que aquel conjunto. Los bustos, que eran de un bello mármol blanco, ocupaban el contorno de la sala. Estaban puestos sobre pedestales de pórfido, en que se veian escritas algunas de sus sentencias.

*Debajo del busto de Arístipo.*

Poseo á Lais, sin que Lais me posea.

*Debajo del de Solon.*

Envejezco aprendiendo siempre.

*Debajo del de Aristóteles.*

La esperanza es el sueño de un hombre despierto.

*Debajo del de Quilon.*

Lo mas difícil es guardar un secreto, saber emplear el tiempo, y sufrír las injurias sin quejarse.

*Debajo del de Bias.*

Pues que todo el mundo está lleno de maldades, amemos á los hombres como si algun dia los hubiéramos de aborrecer.

*Debajo del de Cleóbulo.*

Examinad antes de salir de vuestra casa lo que vais á hacer, y cuando volvais á ella lo que habeis hecho.

*Debajo del de Epicuro.*

La felicidad está en el deleite.

*Debajo del de Anaxágoras.*

Empleé en cultivar mi entendimiento el tiempo que hubiera empleado en cultivar mis tierras.

*Debajo del de Píttaco.*

Si viéramos que un enemigo nuestro se iba á sentar sobre unas yerbas que ocultasen debajo algun áspid, obraríamos mal en no advertírselo.

*Debajo del de Antístenes.*

El único bien que no se nos puede quitar es la complacencia de haber hecho una buena accion.

*Debajo del de Teofrasto.*

El mayor gasto que se hace es el del tiempo.

*Debajo del de Zenon.*

Con la virtud podemos ser dichosos, aun entre los mas horrorosos tormentos.

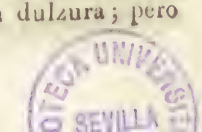
*Debajo del de Tales.*

No os aborrezcais porque penseis diferentemente.

*Debajo del de Sócrates.*

Yo te castigara, si no estuviera encolerizado.

Acababa de leer las dichas máximas cuando entraron Telesila y su padre. Trajeron miel del monte Hímeto, frutas é higos secos, que me gustaron mucho. „Los higos del Ática, me dijo el anciano, son los mejores del mundo conocido. Los reyes de Persia los tienen en alta estima; y Xerxes atacó á la Grecia solo por ser propietario de nuestras higueras [23]. Los Atenienses, que son amantes apasionados de esta fruta, promulgaron una ley rigurosa prohibiendo su exportacion." Mientras el desayuno, la muchacha Telesila entraba, salia y cogia flores: presentóme un ramillete de mirto y de jazmines, con toda la gracia é ingenuidad de sus pocos años. Tenia mejor rostro que su hermana; pero se la parecia. Lastenia era mas blanca, y mezclaba en su fisonomía la gravedad y la dulzura; pero



Telesila expresaba en su cara el chiste y la viveza; sus ojos negros centelleaban fuego; y sus pies, sus manos y toda su persona, tenian un no sé que de voluptuoso y de atractivo. Lastenia, que advirtió que su hermana conciliaba mi atencion, me dijo sonriéndose: ,, Me parece que voy á tener celos, porque mirais mucho á Telesila. — Alternativamente os admiro, Lastenia: la una es rosa temprana; y la otra rosa en lo mejor de su lozanía." Interrumpiónos un jóven de bellísimo aspecto, que nos saludó con ademan suelto y noble; y Lastenia lo recibió como á un conocido familiar en la casa. Un movimiento de curiosidad, y acaso de celos, me hizo reparar en él con sobrada atencion. Hablaba con mucho ingenio y con elegante aticismo. Su mirar era altivo; sus ojos negros y rasgados; su estatura la de un héroe; su cuerpo como salido de las manos de Fidias; y su hermoso pelo negro iba perfumado con esencias y mezclado con cigarras de oro [24]. Llevaba flores en las orejas y lunares en la cara: su túnica, que era de finísimo algodon y de superior blancura, ondeaba al arbitrio del viento; y en lugar de pallium vestia una gran ropa talar, lo cual daba á entender mucho lujo y molicie. Tambien llevaba un bastoncillo en la mano; y sus zapatos eran de forma nueva y extraña. Aquel fastuoso aparato me preocupó con-

tra él. Le supuse costumbres afeminadas, y lo creí incapaz de representar ningun papel en la república. Mas, con todo, habló con mucha energía y elocuencia de los recursos de Atenas, y de diversos planes para abatir el orgullo y los celos de Esparta. Seguidamente nos contó un suceso harto gracioso.

„Paseándome, dijo, con Trasíbulo mi amigo, se suscitó entre nosotros una disputa, con motivo de dos versos, que yo afirmaba ser de la Ilíada, y él que no. Hallábamonos á la sazon enfrente de una escuela: propuse á mi amigo entrar en ella. „Encontraremos le dije, un Homero que terminará nuestra disputa." Entramos, y vimos muchos discípulos con dos maestros. Me dirigí al uno de ellos, y le supliqué que me prestara el autor que buscaba. „Hijo de Clinias, me dijo, lo siento mucho, pero no tengo á Homero. —¿Te chanceas por ventura? le pregunté. —Por Polux, me respondió, que hablo verdad. —¿No tienes á Homero, y te das el título de gramático? —Y tambien el de poeta, me repuso, y de ello me vanaglorío." Al oir esto le di un bofeton diciéndole: „No te olvides de comprar hoy uno." Y luego añadí encarándome con los discípulos: „Sabed, amigos mios, que vuestro maestro es un necio." Iba á salir, dada aquella correccion fraterna, cuando el otro maestro me detuvo gritando: „Jóven, moderad

vuestros reproches y vivezas: ved aqui un Homero." Lo tomé y lo leí. „¿Qué versos son estos que veo aqui borrados, y qué líneas estas escritas al márgen? le pregunté. —Son pasages, me respondió, que he cambiado y correcciones que he hecho, porque yo leo á Homero y lo corrijo. —¿Y el estado te paga para eso? le repuse. — ¡Eso no! me satisfizo. — Pues toma tu recompensa," le repliqué; y cayó otro bofeton sobre la mejilla del presumido Aristarco. — Trasíbulo y yo nos salimos riendo, y dejando á los dos pedagogos confundidos y ciegos de cólera." — Cayó despues la conversacion sobre el lujo. Alcibíades dijo que era un manantial de riquezas, y que suavizaba las costumbres y hermoseaba la sociedad, del mismo modo que las yerbas y las flores hermoseaban al campo. „Pero sus fruiciones: añadió, no han de llegar á ser necesidades: un hombre asi ha de saber dormir sobre la tierra como sobre una cama de púrpura; y asi ha de beber agua salada como vino de Lesbos. En Esparta daria yo el ejemplo de la frugalidad; y en Atenas y en Persépolis quisiera yo, sobre almohadones de rosas, saborear á un mismo tiempo todos los perfumes y deleites."

Mientras mas hablaba y mas desarrollaba su carácter aquel hombre encantador, mas despertaban mis celos. Sospeché en él

un competidor peligroso. Por fortuna debia presentarse en la asamblea del pueblo, donde se iban á elegir los Generales para una expedicion contra los Persas. Lastenia le aseguró que toda la república tenia puestos los ojos sobre él. Yo le pregunté ¿cómo se hacia aquella nominacion? — ,, De dos modos, me respondió: el uno por escrutinio, y el otro por la elevacion de las manos. La que se hace por escrutinio se verifica en el templo de Teseo; y el elegido es aquel á quien da la suerte mas número de habas blancas. La que se hace por aclamacion se actúa junto á la ciudadela. Los Termótetos (*a*) presentan el candidato al pueblo, y este denota su sufragio levantando las manos." — Dicho esto, se despidió aquel hombre de Lastenia, y tomó su pomposo carro, tirado por mulas blancas de Siciona. Pregunté ¿cómo se llamaba? ,, ¡Pues qué! exclamó Lastenia ¿no habeis conocido (aun sin haberlo nunca visto) al célebre Alcibíades, al hombre mas hermoso de la Grecia, y al conjunto maravilloso de todas las cosas contrarias? Este es aquel á cuyo cuerpo parece que animan muchas almas: es sóbrio é intemperante; sencillo y fastuoso; laborioso y disipado: es un proteo verdadero: parece nacido para la situacion en que se halla:

(*a*) Magistrados que presidian á la conservacion de las leyes.

adornado con sus vicios y con las gracias de su personal, y con todos los oropeles de su entendimiento, apenas se muestra cuando agrada y hechiza. Y sobre esto hay que es muy animoso y gran Capitan (5). — Ese hombre es tan peligroso en guerra como en paz, dije, dando á Lastenia una mirada expresiva. — Es verdad, me satisfizo ella, para la república, porque él lleva y agita el pueblo á su arbitrio. Hoy es su ídolo, y mañana lo arrojará del trono en que lo coloca: yo se lo he predicho: ¿quién no conoce la inconstancia y movilidad del pueblo (*a*)? El sabio Anacarsis llamaba á la plaza pública de Atenas el teatro de la injusticia. Pero Alcibíades, embriagado con su fortuna, y confiado por amor propio, no cree mis profecías. Un dia que salió satisfechísimo de la asamblea general, y vanaglorioso de verse circundado de una numerosa turba, se le puso delante el atrabilario Timon, lejos de huir de él como huye de todo el mundo, y le dijo gritando: ,, Animo, hijo mio: harás muy bien de engrandecerte y de elevarte, pues será para la ruina del pueblo. " — ,, Con que el pueblo, pregunté, está muy preocupado en su favor? — Lo está hoy, me respondió Lastenia. Verdad es que ese astuto político lo maneja con mucha destreza. Juzgadlo por este hecho

(*a*) *Bellua multorum capitum.*

extraño. Tenia un perro de extraordinaria corpulencia, y sobremanera hermoso, que le habia costado setenta minas (catorce mil reales). Un dia me lo trajo: tenia yo en casa mucha gente de visita: ¡cual fue nuestra extrañeza cuando vimos al animal despojado de su cola, que era su mayor ornato! Todos á una lo notamos, y preguntamos el motivo de aquella novedad. — Respondiónos, que se la habia mandado cortar aquella misma mañana. — ¡Qué demencia! dijo uno de nosotros: todo Atenas os lo criticará. — „Eso es lo que yo deseo, repuso Alcibíades. Quiero que los Atenienses se ocupen con la cola cortada de mi perro, y no conmigo y con mis proyectos." Este rasgo os pinta su ambicion y su astucia.

„Agatarco, famoso pintor, hizo para este hijo de Clinias el retrato de una matrona. Alcibíades alabó la frescura del colorido y la verdad de la expresion; pero le criticó el pecho, cuyos voluminosos contornos (decia él) solo podian convenir á la fecunda Ceres. El amor propio irascible del pintor se irritó con aquella bufonada, y la conservó en su memoria.

„Algun tiempo despues quiso Alcibíades adornar un salon con varias pinturas, y acudió al mismo pintor, quien se le negó. Ni solicitudes ni promesas pudieron seducir á aquel artífice de tan tenaz me-

moria. Alcibíades, que era inflexible en lo que queria, determinó conseguir por la astucia lo que no podia por los ruegos.

,, Dicho pintor pasaba una tarde por la calle de Alcibíades, á la sazon que estaba bastante solitaria: este, que lo acechaba tiempo habia por algunos que le iban detras, lo mandó asegurar, y á pesar de sus gritos y de su resistencia fue encerrado en una pieza separada. Agatarco, maravillado y confundido al ver lo singular de su aventura, estaba inquieto por no saber cual seria su desenlace, y hallábase agitado y paseándose desatentadamente, cuando Alcibíades, con aire risueño y natural, entró por una puerta falsa, y le pidió perdon de aquel extraño modo de conducirlo á su casa. Agatarco exhaló su cólera, y se arrebató sumamente profiriendo quejas y reproches. — ,, Es verdad, le dijo Alcibíades: lo veo: he pecado en el modo; pero yo hago grandísimo caso de tu habilidad: la necesito, y no saldrás de aqui hasta que me hayas pintado el salon. — ¡ Por Atena (*a*), exclamó el pintor, que primero quemaria mis pinceles! Soy Ateniense y libre como tú: vuélveme la libertad, ó teme la venganza de las leyes. — Escúchame, replicó Alcibíades, con ánimo mas sosegado: si te conformas, á

(*a*). Minerva.

obligarme, participarás conmigo, mientras dure tu trabajo, de todos los placeres y pasatiempos de mi casa, esto es, de música, de comida delicada y de baños deliciosos; y por la noche, para que amenices tu soledad, y te repongas de la incomodidad del dia, vendrán á reposar á tu lado dos esclavas lindísimas, la una natural de Jonia y la otra de Mileto, y en habiendo acabado tu obra serán tu recompensa cuatro talentos áticos. Pero si continúas en tu terquedad, permíteme que yo tambien sea terco." Dicho esto lo saludó, y se fue.

,,Asi que Agatarco quedó solo, gritó, juró, é imploró la venganza de los hombres y de los dioses; pero ni los dioses ni los hombres acudieron á socorrerlo.

,,A la hora de cenar, un esclavo lo llevó en silencio una cena exquisita. Agatarco despidió á la cena y al esclavo, y quiso salir con él; pero otros esclavos, que estaban apostados, se opusieron á su fuga. Arrojóse desesperado sobre su cama, y llamando al sueño procuró olvidar la prision y el ayuno.

,,Al dia siguiente compareció el mismo esclavo con otros manjares igualmente delicados, llevando tambien pinceles, paleta y todo lo demas perteneciente á un pintor. Agatarco, acosado por la hambre, guardó los víveres, y pateó y rompió lo restante.

La misma escena se representó por tres dias seguidos. Al cuarto, solo le llevaron manjares á la espartana; pero hubo de contentarse con ellos, porque no queria morirse de estenuacion. Al séptimo dia tomó los pinceles, y empezó á borronear las paredes. Al punto volvieron las buenas comidas, y él á ser tratado como un Ateniense voluptuoso. Pero su pincel, guiado por el despecho, y por la indignacion, trazó unos bosquejos no como suyos.

Al declinar el dia vió entrar en su habitacion á una muchacha esclava, que le pareció la misma Afrodita (*a*). ,, Soy, le dijo, Aspátina la Jonia (*b*), de quien os ha hablado mi amo Alcibíades: vengo á bailar y á cantar con vos. Inmediatamente cantó y danzó con tanta gracia, que Agatarco, fuera de sí, corrió hácia ella con los brazos abiertos para abrazarla; mas ella, tan ligera como el zéfiro, se escapó, y le gritó desde la puerta: ,, Lo visto es lo que hoy me es permitido hacer por vos; pero si quereis verme mas, pasad la esponja sobre vuestra pintura, y componed de otra manera mas digna de vuestro talento. A dios." Por algun tiempo permaneció el pintor frio é inmoble; pero al fin se le despertó la cólera, y vomitó injurias é im-

(*a*) Venus.

(*b*) Aspátina significa una blancura como la nieve.

precaciones contra su opresor. Al otro dia se levantó con la aurora, se puso á trabajar, y dijo: „ Veamos si Aspátina me cumple su palabra, „ y vuelve: trabajemos; que á bien que cuando yo quiera lo volveré á borrar todo. Entre tanto, la memoria de la amable Joniensa, y el aguijon de la esperanza, acaloraron su ingenio, y echó mano de todos los recursos de su arte. Una hora habia que pintaba, cuando repentinamente lisonjeó sus oidos una deliciosa música: oyó canciones en celebridad del arte de la pintura: inflamósele la imaginacion, lo arrastró su ingenio, voló sobre la pared el pincel, y pintó con rapidez cosas tan excelentes, que á él mismo causaron admiracion. Estaba tan lleno de entusiasmo, que olvidó su encarcelamiento y los procederes de Alcibíades; y arrebatado por su genio, y por lo atractivo de su trabajo, se estuvo pintando todo el dia. A la caida de la tarde se acordó de que Aspátina habia ofrecido volver. „ Veremos, decia, si cumplirá su oferta." Vióla entrar entonces de pronto mas hermosa que la estrella de Venus, que brilla por entre las nubes. Pagóle lo pintado con una caricia; cantó, bailó, y cuando apuntó la aurora la encontró todavía junto á él. Al dejarlo, le preguntó ¿si se conformaba, por el mismo precio, á mantenerse cautivo, y á finalizar su obra? El artífice dichoso

prometió cuanto se quiso; y la bella Aspátina salió para írselo á contar todo á su amo.

„El hijo de Clínias se presentó al instante á su prisionero, y le dijo al entrar: „Perdona si he tardado mucho tiempo en visitarte; pero yo sabia tu enojo, y no queria aumentarlo: ahora que tu cólera baja, semejante al viento, que por grados se apacigua, vengo á preguntarte ¿si quieres ser mi convidado y mi amigo? Ya conoces á la Joniensa Aspátina: pues tambien te destino (porque la variedad es el alma del placer) á la Milesiana Milto (*a*), que es fresca como la flor de la mañana: no te pido mas que la palabra de acabar tu obra." Agatarco, penetrado de gozo y de gratitud, dió su palabra, é inmediatamente fue á ocupar el lugar primero en la mesa de su huésped, quien lo recompensó, acabada la obra, con cuatro talentos áticos. Desde entonces quedó Agatarco por conmensal perpetuo de Alcibíades, y por amante de la bella Aspátina.— Mas lo hermoso del dia nos convida á pasear. Yo siempre soy de la escuela de Aristóteles, y gusto de que mis discípulos se paseen. Quiero llevaros al monte Hímeto: la distancia es de veinte y cuatro estadios (una legua); pero el término es agradable."

(*a*) Milto significa tez de rosa.

# CAPITULO XXXVI.

## *Vistas del monte Himeto. Historia de Hipáreta.*

Partimos acompañados de un esclavo no mas. En el camino continué hablándola de Alcibíades, de su talento y de su persona. — „ Ese hombre, me dijo Lastenia, no tanto os ocupa por sus lucidas prendas, cuanto por la relacion que puede tener conmigo. — Verdad es, la repuse; porque él os ha visitado una, dos y tres veces, y despues no ha cesado de veros. — Viene á mi casa con frecuencia: no lo niego, Antenor; pero henos aqui al pie del monte Himeto, que tiene de siete á ocho leguas de circunferencia. Subamos poco á poco, y contemplemos la belleza de sus situaciones, y la amenidad de sus bosquecillos: percibamos las odoríferas exhalaciones del sérpol y del tomillo, y de las plantas aromáticas que este monte produce. Mirad esa porcion de colmenas. Aqui es donde se recoge la miel mas estimada de la Grecia. Los Atenienses gustan muchísimo de ella, y la mezclan en los guisados, y hacen con ella pastas excelentes: es comida sanísima: asegúrase que prolonga la vida, y que es muy útil para los ancianos. Ved alli dos altares; el uno consagrado á Júpiter llovioso; y el otro á

Apolo, que todo lo ve de antemano." Asi que llegamos á la cúspide: ,, Descansemos, dijo Lastenia, y bañémonos en un aire mas puro y mas vital: parece que sobre las eminencias se desprenden nuestras almas de sus ataduras, y que tienen mas vida y mas intensidad. ¡Qué esplendor! un elemento transparente y ligero nos circunda; y un calor suave y fecundo vivifica y hace brotar todos los gérmenes de la vida. Aqui es donde el sabio debe venir á mirar de alto abajo las miserias humanas, y las puerilidades de las grandezas y de la vanidad. Aqui se respira mas fácilmente, y se goza mas serenidad en el ánimo. Pero poned los ojos sobre el espacio que contiene ese vasto horizonte. Mirad toda la ciudad de Atenas, y una gran parte del continente de la Grecia. ¡Qué cuadro tan grandioso! Ved alli la via sagrada, que llega hasta las puertas de Eléusis, en una estension de trece mil pasos, orillada de estátuas, de templos y de mauseolos. Tambien descubris diferentes islas lo largo de la costa, y otras mas distantes. Reparad en esa multitud de navíos mercantes que animan la pintura. Ved la mar ese elemento terrible, que mugiendo se quebranta contra los firmísimos diques de la tierra, mientras la superficie de esta, esmaltada de flores, y con un verde siempre nuevo, se levanta sobre las aguas. — Magnífica es esa vista, añadió Antenor; mas

para admirarla y gozar de ella, ó era necesario no estar con Lastenia, ú olvidarla.— Dejad, Antenor, esas ideas terrestres: pensad en que estais tocando al Olimpo, á la morada de los dioses. ¿Conoceis el valle de Tempé?—Todavía no.—Pues alli es, Antenor, donde es permitido detenerse en pensamientos melancólicos. Aquel valle es, segun yo, el asilo de la tristeza. Prefiero á él, con mucho, la vista del Hímeto. Aqui solo recibe el alma impresiones agradables y puras; y aqui se expande á vista de una rica comarca, habitada por unas gentes libres y dichosas.—¿Habeis venido algunas veces con Alcibíades para contemplar esta hermosa perspectiva?—Ese hombre os preocupa, Antenor: bajemos hasta la mitad de la falda; nos sentaremos en una gruta, donde yo vengo frecuentemente á meditar y á leer, y alli satisfaré vuestra curiosidad." Llevóme Lastenia á un parage fresco y solitario, embalsamado con los perfumes de las plantas y de las flores. Ya sentados: "Alcibíades, me dijo Lastenia, será el asunto de nuestra conversacion. He convenido en que venia á mi casa frecuentemente, y añadiré que me amaba, ó mas bien que ambicionaba mi conquista. Parecia que su amor iba extendiendo graduadamente sus alas, cuando una escena, en que él representaba el primer papel, dió que hablar á toda la ciudad.

„ Su muger Hipáreta estaba ya aburrida de sus infidelidades; y no es de admirar, porque Alcibíades, algunos dias despues de su casamiento, encontró á Anito, y este le dijo: „ No acabo de creer que el magnífico Alcibíades se haya dejado encadenar. — „ Amigo mio, le contestó aquel héroe, solamente los pajarillos quedan presos en la red; pero el águila ó la rompe ó se la lleva. ” . . . . . . . . . .

Hipáreta, mal aconsejada, determinó pedir el divorcio. En tal caso obliga la ley á la muger á que ponga su acto de separacion entre las manos de la justicia y delante del pueblo; y esto se hace para dar á los esposos tiempo de meditar. Hipáreta se presentó ante los magistrados y les dijo: „ Ciudadanos de Atenas, y vosotros sabios ministros de Minerva, en vuestras manos pongo, conforme á las leyes, el acto de mi separacion de con Alcibíades, hijo de Clínias, que ha sido hasta hoy mi esposo.... ” Acababa de decir esto cuando compareció Alcibíades. ¡Cuál fue su pasmo! Sobrecojióla una gran perturbacion, aflojáronsela las rodillas, y ya iba á caer en tierra; pero Alcibíades la sostuvo, cogió el acto, lo rompió, la dió el brazo y la acompañó á su casa entre los aplausos de todo el pueblo. Llegó pronto lo sucedido á mi noticia; pero cargado de circunstancias, que me hubieran afligido mucho, si yo no opusiera siem-

pre mi conciencia á la injusticia y á los falsos juicios humanos. Hipáreta me acusaba de haberla robado el corazon de su marido, y de ser causa fatal de sus desórdenes. Respondí á los que me hablaron de ello, que Hipáreta estaba preocupada, y que me juzgaba sin conocerme; y que en caso de estar yo ofendida me era muy grato el perdonar. Me informé de su situacion, y supe que pasaba amargamente sus dias, continuando en imputarme sus desventuras. Parecióme, pues, que el mejor modo de justificarme era procurar terminarlas.

,,No me conocia Hipáreta. La cité, bajo un hombre supuesto, al templo menor de Venus, en que existe aquella obra maestra de Zeuxis, que representa al amor coronado de rosas: acudió á la cita, y yo llegué primero. Cuando ella entró la conocí en su paso lento y en las temerosas ojeadas que daba al rededor de sí. Arriméme y procuré sosegarla, porque temblaba como una paloma cogida en el lazo. Díjela: ,,Sé vuestro infortunio, y tomo en él tanta parte, como pudiera tomar una amiga muy tierna. Conozco á Alcibíades, y os ofrezco para con él, ya por mí, ya por mis amigos, cuanto crédito é influencia podamos tener en un hombre de su carácter." — ,,Gracias doy, satisfizo Hipáreta, á la compasion que os impulsa. Razon teneis para compadecerme, porque soy infelicísima. He idolatrado

en Alcibíades: fui un instante objeto de sus atenciones, ó mas bien diré de sus caprichos. El infiel, despues de dos meses de matrimonio, traspasó su corazon y sus homenages á otros objetos, á cortesanas. Hoy dia, una cierta Lastenia, que se tiene por filósofa, y que es tanto mas temible, cuanto que finge la decencia y virtud, que dista de su corazon mucho...." — Continuad: ¿qué hay de esa Lastenia?" — ,, Hay prosiguió Hipáreta, que ha prendido á mi esposo en sus redes; que me lo quita; que da pábulo á su frialdad; y que le sugiere el desprecio con que me trata." — ,, Muy preocupada os juzgo, Hipáreta, contra esa muger: he oido hablar de ella con mas justicia: no se cree filósofa: está, sí, dada á la filosofía moral: estudia en arreglar sus pasiones, en dominar los movimientos de su alma, y en dirigirlos hácia lo bueno y honrado; y me atrevo á asegurar que entre ella y Alcibíades no hay mas que un trato amistoso; y que lejos de participar de sus estravíos, se tendria por dichosa si pudiera restablecer entre vosotros aquella calma y aquella union dulce que constituyen al matrimonio un estado feliz. Pero dejemos á un lado las culpas reales ó aparentes de esa muger. Tened á bien confiarme lo que os importa, y decirme qué es lo que exigis de Alcibíades." — ,, ¡Ay! continuó Hipáreta; que me perdone mi pro-

cedimiento inconsiderado con los jueces; pues desde aquel fatal dia me ha privado totalmente de su presencia; que vuelva á mí; que quiera verme; que me hable; y que me restituya á la vida: ¡yo perezco! ¡el dolor me consume!" —,, Tranquilizaos: Alcibíades es generoso. ¿Quereis recibir un consejo saludable? Pues tolerad sus infidelidades; es sobrado jóven, sobrado lucido y sobrado amable, y no habrá podido escaparse de la seduccion de los placeres que lo rodean. Pero un marido honrado vuelve siempre á su muger, ó por decirlo mejor, nunca la deja, porque es su principal amiga, su íntima confidenta, y la que su corazon necesita para reposar. Las mugeres piden á sus maridos mas amor que amistad; y ved ahí por qué cubren al matrimonio tantas nubes. El amor es hijo del deseo, y no se desea lo que se posee. La amistad se aumenta y se fortifica con el tiempo; y la costumbre trae la confianza, que es la mayor delicia y el mas sólido apoyo del himeneo. Veré á Alcibíades, le haré hablar; y si mañana quereis volver á este templo, espero traeros una respuesta favorable." Convínose á ello Hipáreta, y me aseguró, con lágrimas, de su inclinacion y de su gratitud.

Al otro dia supliqué á Alcibíades que pasase á verme. ,, Tengo, le dije, un gran negocio que tratar con vos. Si he de juz-

gar por las apariencias, me parece que dais algun valor á mi amistad. — Haria muchos sacrificios, Lastenia, para conseguir agradaros. — Ved aqui, pues, Alcibíades, el buen oficio que os pido: ¿No es cierto que sois muy amigo de Cleómedes? — Sí, Lastenia: nos tratamos con intimidad; es hombre de entendimiento, y epicureo amable, ligero, frívolo y sensual como un Ateniense; pero osado en el consejo, y bizarro en los ejércitos. — Es como lo pintais, Alcibíades; pero no basta ser bizarro y amable, porque tambien conviene ser justo, y hacer felices á los que nos circundan, para serlo igualmente nosotros. Cleómedes trata á Erinna, su muger, con demasiada frialdad, y ni aun se digna hablarla. En vez de procurar el modo de que le perdone sus infidelidades, pone carteles publicando sus triunfos, y muestra mas y mas su indiferencia. — Digo, Lastenia, que no hace bien: yo se lo reñiría. — Erinna, que con todo lo ama, sufre, decae, y llora su destino. — Está bien, Lastenia: ¿qué puedo hacer? No ignorais que yo soy quien con mas frecuencia descompongo los matrimonios en vez de componerlos. — No obstante, Alcibíades, es necesario que, á ruego mio, salgais de vuestro carácter y reconcilieis á estos esposos: es necesario que reduzcais á Cleómedes á que trate amistosamente á su muger, y á que use con ella de todas aque-

llas atenciones que un hombre de bien debe á la compañera de su vida. Para esto llavareis á vuestro amigo al templo chico de Venus: alli estará su muger, y alli, á los pies de la diosa, hará el juramento, no de serle fiel, porque es un esfuerzo imposible, sino de quererla, de respetarla, y de tratar de su felicidad. — Yo quisiera, Lastenia, que pusiéseis mi zelo á otra mayor prueba. Os prometo que veré á Creómedes, que le hablaré con vehemencia, y que le representaré sus obligaciones. — En su casa está vuestro amigo: en el jardin lo encontraremos: vamos á buscarlo." Cleómedes estaba ya advertido: habiale yo dictado su papel, y estaba esperando el momento de entrar en escena. Alcibíades le dijo al llegar que acabábamos de hablar mucho de él: le representó que sus amigos y todo el público desaprobaba sus procedimientos con su muger, y añadió, que cuando un hombre honrado tenia la desgracia de engañarla, debia á lo menos reparar la irregularidad de su conducta con muchas atenciones y miramientos. Confesó Cleómedes que su conciencia le acusaba de algunos ligeros olvidos, y que la aficion á disipaciones y placeres lo solia arrebatar hasta mas allá de los debidos límites. „Concededme, añadió, algunos años mas para evaporar el fuego de la juventud, y os prometo que despues llevaré el yugo del hime-

ciado está el juramento: Venus os ha oido: ¿osareis haceros perjuro? — „Vamos, replicó Alcibíades: salgamos del paso con gallardía: confieso que me habeis cogido en la trampa. — Me has ostentado, le dijo Cleómedes, una moral escojidísima sobre las obligaciones conyugales. ¿Quieres que te la repita? — No te canses, respondió; muy bien me acuerdo de ella; y la tengo por tan justa y por tan buena, que confirmo mi juramento." Inmediatamente abrazó á su muger, la cual colmada de felicidad mostraba en su cara una sensibilidad dulcísima; pero el pasmo y la vergüenza templaron su alegria, cuando Alcibíades la dijo: „Da gracias á Lastenia, que es á quien debes nuestra reconciliacion." — ¡A Lastenia! esclamó. — Sí, añadió Cleómedes: á la amable, á la sensible, á la filósofa Lastenia." Oyendo aquello, se cubrió su rostro de confusion, y bajó los ojos. Para terminar, pues, su embarazoso ademan, me escapé, dejándola con Cleómedes y con Alcibiades.

„Al siguiente dia vino Hipáreta á mi casa, y se deshizo en agradecimientos y en disculpas sobre sus ultrajosas sospechas, y sobre sus necias preocupaciones. „No estoy ofendida, la contesté: toda alma bien dispuesta debe aspirar á la estimacion pública: pero cuando el público es injusto, y está preocupado, debe entrar la persona

en sí misma, apoyarse sobre su estimacion propia, y aguardar del tiempo un juicio mas equitativo. Si Protógenes me pintara con un ojo menos y con facciones horribles, porque él juzgase que tal era mi cara, ¿me ofendería en eso? No por cierto: me reiría de su error. Pues vos, señora, estais en el caso de ese pintor: no me conociais, y trazasteis un retrato fantástico, que no era el mio. Bien vengada quedaré, si contribuyo á vuestra felicidad, y si me recibis por amiga, como lo deseo." Acabó nuestra conversacion con espresiones afectuosísimas y muy sinceras. Desde entonces la veo á menudo, y sostenida por mis consejos, que escucha con gusto, sobrelleva con paciencia y dulzura los extravíos de su esposo, quien la recompensa con cariñosas atenciones y con verdadero apego.

"Esta narracion debe bastaros para ahuyentar vuestras sombras, y para demostraros hasta la evidencia que yo miro á Alcibiades solo como amigo. Nunca ha sido para mí peligroso, y aun me atrevo á lisonjearme de que Palas, á quien he elegido á imitacion de Atenas por mi divinidad tutelar, me cubrirá desde hoy en adelante con su égide para reparar los tiros del amor. — Pero ya es tiempo de que nos volvamos: la hora de comer se acerca, y sin duda me aguardarán algunos convidados."

## CAPITULO XXXVII.

*Conversion de la cortesana Damo. Mesa de Lastenia. Retrato del sabio. Pasage chistoso de Sócrates.*

Encontramos, volviéndonos ya, á un esclavo de Lastenia, que iba á advertirla de que Polemon y Damo estaban ya en su casa. — ,, ¡ Ah ! exclamé al oirlo: ¡ Polemon ! ¡ aquel libertino tan famoso, que por una transicion rápida y maravillosa pasó desde el centro del libertinage al de las severidades de la filosofía ! " — ,,El mismo, me respondió Lastenia: pero á Damo no la conoceis: era una cortesana celebrada por su talento, por su persona y por sus galanterías; y tambien por una réplica que hizo al sofista Estilfon, que la zahería el que corrompiese á la juventud. ,, ¿ Qué diferencia hay, le dijo, en ser corrompido por una cortesana ó por un sofista ? " Pues esta Damo, de costumbres tan acomodadas y tan voluptuosas, vió un dia el retrato de Polemon: su presencia grave y respetuosa, y su serenidad, que era nuncio de una conciencia pura, hicieron tan fuerte impresion en ella, que se avergonzó de sus placeres falsos, y de sus costumbres licenciosas. Fue repentina su conversion; abjuró sus errores; frecuentó las ascuelas de fi-

losofía, y particularmente la de Polemon. Se mandó edificar una casita junto á la del filósofo, en la que mil veces mas feliz (como lo confiesa ella misma) cultiva en paz la filosofía, la virtud y su jardin. ¡Tan verdad es, como lo dice uno de nuestros sabios, que la pintura y la escultura son mas eficaces para la reforma de las costumbres, que las lecciones de los filósofos!

Asi que entramos en casa me metí en el baño, donde ocupada toda mi imaginacion, no cesé de meditar. El entendimiento de Lastenia mas adornado, su razon mas amable, y sus atractivos, que mantenia en toda su frescura una vida activa y arreglada, todo esto junto avivó en mí un fuego que aun no estaba apagado. Me apasioné ciegamente, y me olvidé que estaba en el baño, hasta que llegó un esclavo á llamarme para comer.

La mesa de Lastenia era la escuela de la frugalidad, no solamente por un principio de economía, á que la precisaban sus bienes, que nunca quiso aumentar, sino tambien por una de las leyes primeras de la higiena. Pero lo mas amable, lo mas magnífico y lo mas instruido de Atenas procuraba, á porfía, ser admitido á su trato. Tambien recibia hombres de mérito comun. Cuando la hablaban de eso, respondia, que eran buenos y honrados, y *que mas sociables eran los humanos por su corazon bue-*

*no, que por su ingenio agudo.* Lastenia hacia deliciosas sus comidas con su talento, con su alegría benigna, y con el dulce sonido de su voz. Protágoras era uno de sus convidados; hombre famoso por su elocuencia, que ejercitaba cuarenta años hacia Ganó en aquella profesion mayores sumas que hubieran podido allegar juntos, por sus obras, diez de los mas celebrados artífices. Decíanos que su discípulo Pródicas, que era orador como él, pronunciaba discursos de todos precios. — ,, Algo sé de eso, dijo Lastenia, porque he tenido la curiosidad de irlo á oir. Tiene discursos desde dos óbolos hasta cincuenta dracmas (*a*). Se los he oido indistintamente, y me han parecido carísimos los de cincuenta dracmas." Protágoras, imitando á los sofistas, se jactaba de hablar sin preparacion sobre toda suerte de asuntos; y sostenia el pro y el contra á gusto de los oyentes. Vínose á hablar del sabio, y le pedimos que nos le retratara. ,,Vedlo aqui, nos dijo: me lisonjeo de que Lastenia y Polemon se conocerán en el retrato." Polemon saludó gravemente con una inclinacion de cabeza; y Lastenia bajó modestamente los ojos. ,, El sabio, empezó á decir Protágoras, es señor de sí mismo, y se le da poco de los acae-

(*a*) La dracma valia cerca de veinte y cuatro cuartos.

cimientos. Vive contento en su estado, sin deseos de salir de él; porque como ha puesto precio á todo, sabe que nada ganaria en ello. Necesita poquísimo de los otros. Continuamente se ocupa en ejercitar las facultades de su alma y de su entendimiento, y goza sin disgustos ni escrúpulos de todo el universo y de sí mismo. Tal individuo es, sin ninguna duda, el ser que está mas cercano de la felicidad. Los placeres físicos y los del alma que alternativamente goza, constituyen su felicidad. En sus reveses y en sus males padece menos que otro. La fuerza de su alma lo sostiene, y la razon lo consuela."

Aplaudimos lo verdadero del retrato, y convenimos unánimemente en que el talento, y la cultura del espíritu y de la razon, proporcionan satisfacciones puras, aumentan la esfera de nuestros placeres, y la actividad de nuestra vida, y nos preservan contra un enjambre de males, ó verdaderos ó imaginarios, que desolan á los mas de los hombres. Damo y Polemon confesaron que los rayos de la felicidad no habian reflejado sobre su existencia hasta que, salidos del lodazal de un falso epicureismo, habian entrado en el camino de la filosofía y de la virtud.

Protágoras nos habló de la muerte del filósofo Crísipo. — „Murió, repuso Lastenia, de un exceso de vino, que es dignísi-

mo fin de un sabio fingido, que se atrevió á decir: „Que si supiese que alguno le superaba en ciencia, iria desde luego á estudiar á su escuela." Creo que la posteridad se burlará bien de las fanfarronadas de nuestros filósofos." — „Yo os abandono sus jactancias, replicó Protágoras; pero diré de su muerte, que no fue causada por un exceso de vino, como quieren asegurar, sino por un exceso de risa, viendo á un burro comer higos en una palancana de plata."

Polemon, que desde su reforma habia renunciado al vino, dijo entonces: „Si Crísipo no murió de un exceso de vino, á lo menos el mucho uso que de él hacia debió deteriorar su salud. En efecto, no creo que haya cosa tan perjudicial, ni aun tan ridícula, como llenarse diariamente de ese licor fermentado. La viña, decia Anacarsis, lleva tres especies de fruto, que son la alegria, la borrachera y el arrepentimiento. La naturaleza nos ha dado el agua por bebida. Todos los animales no conocen otra; y disfrutan de salud inalterable. — Os olvidais, dijo Protágoras, de que el vino era la panacea de Asclepíades, pues lo ordenaba á sus enfermos, á unos para despertarlos, y á otros para adormecerlos; y para prueba de la bondad de su teoría hizo una apuesta de vivir exento de enfermedades, y la ganó, pues murió de una caida en edad avanzada. ¿Ignorais tambien

que el sabio Hipócrates aconsejaba beber vino puro de tiempo en tiempo hasta la embriaguez? El vino es convenientísimo al hombre, porque ayuda á la digestion, repara la disipacion de los espíritus, corrige la bilis, y aumenta la transpiracion y el calor vital que se debilita. Ya sabeis que últimamente Filócrates, despues de una vehemente arenga de Demóstenes contra Filipo, subió á la tribuna sin ser llamado por el pregonero público [26], y dijo ahorrando preámbulos: ,,Atenienses, no me admiro de que Demóstenes y yo tengamos opiniones contrarias, porque él bebe agua y yo vino." Una salida semejante hizo reir mucho al pueblo. Hablando asi se echaba Protágoras á pechos una gran copa. — ,,Ya veo, dijo Polemon sonriéndose, que mi antagonista toma aqui el partido de su manceba; pero él sabe muy bien que la agua pura es la bebida mas general de los hombres: que es un gran disolvente: que los aguados gozan mejor salud que los vinosos: que tienen mas vigor; y en general el entendimiento mas despejado, la memoria mas firme, y los sentidos mas finos. Nuestro famoso Demóstenes es un ejemplo de esto. Suplico á Protágoras y á Antífilo (otro de los convidados, que muy á menudo acariciaba á una copa de plata sobredorada) que me digan ¿si al levantarse de la mesa esperimentarán, como yo, aquella

ligereza de cuerpo y aquella serenidad de alma, que son precursores de una digestion buena y fácil? Al contrario, tendrán la cabeza pesada, los ojos turbios y las piernas vacilantes. — Ya que me haceis cara, replicó Antífilo, os diré que confundis el abuso del vino con su uso moderado. El vino contiene un espíritu ardiente que regocija el cerebro, vivifica los sentidos, y da vigor. — Os interrumpo, dijo Polemon: los habitadores del campo, reducidos al agua, son mas robustos que los que beben vino. — Algunos lo sostienen, replicó Antífilo; pero yo lo niego. Esa asercion no se ha demostrado. — Para terminar vuestra discusion, repuso Lastenia, aconsejo á Antífilo que eche mas agua en su vino, y á Polemon que, de tanto en tanto, eche alguna porcion de vino en su agua." Riéronse de la sentencia, y ademas hicieron beber vino de Lesbos á Polemon, porque le dijeron, *que alguna vez solia ser bueno un poco de locura* (*a*).

Antífilo nos notició que Dinócrates de Argos habia ganado el prémio de la carrera de los carros en los juegos olímpicos. „La fama, dijo, ha llevado ya su gloria por toda la Grecia. Los pintores y los poetas se ejercitan ya á porfia para transmitir á la posteridad su nombre y su persona.

(*a*) *Dulce est desipere in loco.*

Él mismo, adornado con corona de laurel, ha dado la vuelta á su patria. Todo el camino ha sido para él una fiesta triunfal. Argos lo ha recibido con mas pompa y honor que Atenas al mismo Milcíades despues de la batalla de Maraton...." Polemon, que se sonrió al oir esto, nos dijo: "Ese triunfo y esas honras me traen á la memoria el pasage chistoso de Sócrates con Alcibíades, que volvia de Olimpia, vanaglorioso de los tres premios que habia ganado en la carrera de los carros. Toda la Grecia, á una, le habia dado la enhorabuena, y celebrado sus victorias. A su llegada todo Atenas corrió á él: Sócrates tan solo lo alargó hasta el dia siguiente; y en vez de preguntar por el vencedor, preguntó por los vencedores; y como los esclavos no lo comprendiesen, les pidió que lo guiaran á las caballerizas. Entró en ellas con los que le acompañaban, y luego que le mostraron los caballos que habian corrido, se acercó á ellos, los saludó con respeto, y los cumplimentó por su agilidad y por la gloria que acababan de adquirir. Unos bufones le recitaron la oda que Eurípides habia compuesto en honor de Alcibíades. Despues de esta escena cómica, se retiró Sócrates sin preguntar por el triunfador."

La conversacion (que aun entre sabios nada profundiza, y salta como el pájaro

de rama en rama), cayó sobre la envidia, cuyo diente venenoso destroza los talentos, y da á los muertos alabanzas en odio de los vivos. „He colocado, dijo Protágoras, la figura de este monstruo en una gruta de mi jardin. Ved como lo he representado: tiene los ojos espantados y hundidos; la tez lívida; y el rostro lleno de arrugas; y su peinado es de culebras; y lleva tres sierpes en la una mano; y una hidra con siete cabezas en la otra; y una serpiente le roe el pecho."

## CAPITULO XXXVIII.

### *Historia trágica.*

Como hablábamos de la envidia, nos contó Damo una historia trágica sucedida, mientras ella estuvo en Corinto, á dos pintores, llamado el uno Egésipo, y el otro Calístrates. „Desde su niñez, dijo Damo, fueron amigos, y estrecharon mas su amistad con el matrimonio de Calístrates con Cleobulina, hermana de Egésipo; pero la envidia trabajaba sordamente en el alma del primero. La habilidad de Egésipo se fue perfeccionando mas y mas: su ingenio tomó vuelo, y sus pinturas fueron admiradas y preferidas á las de su amigo; y ademas, como Egésipo estaba dotado de genio suave y amable; y como sobre su amení-

dad era chistoso, y tenia fisonomía abierta y modestia consumada, era mas buscado y mas atendido en la buena sociedad. Estos afortunados sucesos y estas preferencias encresparon el ánimo de Calístrates, que no tenia ninguna de las amables prendas de su amigo: volvióse encapotado é impaciente: su muger se lo reprendia con dulzura. El cuñado, que atribuyó aquella mudanza á algunos reveses de fortuna, le abrió su bolsa, y le pidió que participara de ella; pero nada amansó aquel feroz carácter. Egésipo estaba componiendo un cuadro gracioso, cuyo asunto era Venus disputando con el amor sobre cual de los dos llenaria primero su canastilla de flores. Por un lado se veia á la diosa con la sonrisa en los labios, coronada de mirto y de rosas; y por el otro al amor desplegando sus alas, suavizadas de púrpura y de azul, y revoloteando alrededor de las flores, que se daba prisa á coger; pero detras de Cípris estaba Perístera, ninfa jóven y graciosa, que la traia flores al descuido, y se las echaba en su canastilla. Egésipo habia instado muchas veces á Calístrates á que fuese á ver su pintura, para que le diera sus consejos y le ayudara con sus luces. Habíase siempre rehusado bajo varios pretextos, y no la vió hasta que estuvo acabada. Era tan agradable la composicion, y la ejecucion tan perfecta, que no podian admirar-

las los ojos de la envidia. Calístrates criticó, pidió varias correcciones, y quiso borrar los mejores rasgos. Egésipo era dócil á la censura; pero maravillado de la severidad y de la acritud de su Aristarco, consultó á gentes tan ilustradas como él, y mucho mas equitativas, y por sus dictámenes expuso el cuadro sin retocarlo. Fue celebrado hasta lo sumo. Corrieron de tropel á verlo; y la voz de la fama publicó el nombre de Egésipo. ¡Qué puñalada tan penetrante para el alma de un envidioso! Pero procuraba consolarse con la esperanza de que un cuadro, que él ocultamente trabajaba para luchar contra su competidor, lo obscureceria totalmente, y poudria el nombre de Calístrates muy superior al de Egésipo. Representaba la pintura á Hércules, de edad de diez meses, acostado con su hermano Ificlo, que tenia una noche menos, sobre el vasto escudo de Anfitrion su padre: dos serpientes monstruosas se habian metido en el escudo; sus lomos verdosos se enroscaban y se erizaban: de ilárbales de sus bocas un negro veneno; Ificlo, pálido y palpitando de miedo, parecia que daba espantosos chillidos; y Hércules con sus manitas habia cogido por los cuellos á ambos monstruos, y sonriéndose con Alcmena y con Anfitrion, que habian acudido á los gritos de Ificlo, se las mostraba ya moribundas. Anfitrion estaba armado

con escudo y espada. Dicho cuadro se expuso, sin el nombre del artífice, algunos dias despues del de Egésipo; pero como estaba débilmente colorido, y falto sobre todo de expresion y de energía, no hizo efecto alguno. Hablaron de él un dia, y lo olvidaron para volver al de Egésipo. Aquel contratiempo inflamó el alma de Calístrates con el odio de las furias; y en el exceso de sus furores juró la pérdida de un competidor sobradamente dichoso. Eligió una noche lóbrega, y armado con un puñal, y disfrazado, lo aguardó en la calle que va derecha á Léchea. — Asi que lo vió venir, se arrojó á él, le dió dos puñaladas, y lo dejó tendido en tierra y nadando en su sangre á los pies de la estátua de bronce de Mercurio. Fuese inmediatamente á su casa aquel monstruo. Su muger, que lo vió pálido, con el semblante despavorido y con los ojos desencajados, le hizo pregunta sobre pregunta; pero á ninguna respondió, paseándose desatinadamente, sentándose y levantándose á cada momento. Asustada de ver agitacion tan violenta procuró consolarlo, y se atrevió á hacerle algunas caricias, que él rechazó duramente con aumento de furor. En aquellos mismos instantes llamaron á la puerta. Era el moribundo Egésipo, que iba á buscar asilo en la casa de su amigo. Gentes que pasaron cuando estaba caido, y que lo vieron

cubierto de sangre y arrastrándose con trabajo, le preguntaron ¿dónde queria que lo llevasen?" — „A casa de Calístrates, respondió, á casa de mi hermano, para que reciba mis últimos alientos." — Asi que su asesino vió entrar á Egésipo, fue tanto lo que se azoró, que se fue á ocultar entre las tinieblas á lo mas alto de la casa. Cleobulina corrió hácia su hermano, lloró sobre él, se afanó, y le acudió con todos los socorros posibles. Pero Egésipo preguntó por Calístrates, quiso verlo y abrazarlo antes de morir. Cleobulina fue á buscarlo, y lo trajo por mas que se resistió. El traidor echó los brazos al cuello á su moribundo amigo, derramó lágrimas hipócritas sobre sus heridas, y se atrevió á preguntarle ¿qué malvado habia podido cometer tan atroz delito? — „No sé, amigo querido, respondió Egésipo con trémula voz: no he alcanzado á conocerlo; pero yo nunca ofendí á nadie, á lo menos voluntariamente: no merecia yo suerte tan funesta. — Dices bien, querido Egésipo, exclamó su verdugo: ¡solo un monstruo pudo haberte herido asi!" Pronunciando estas palablas, se doblaba sobre él, lo acariciaba, y se mostraba pasado de dolor. — „Menos infeliz muero, dijo Egésipo, pues muero entre los brazos de mi hermano y de mi amigo: dame tu mano para apretártela por la última vez." Levantó Calístrates su mano pérfida, y se

atrevió á ponerla en la de su víctima. Egésipo añadió: „ Amado Calístrates, no llores mi muerte: consuélate: tu pena me oprime el corazon: cuida de mi hermana; y tú, Cleobulina, mira que te recomiendo á tu esposo, que es el mejor amigo mio. A dios: sed muy dichosos." Sus últimas palabras fueron estas. Luego que espiró, se escapó Calístrates, loco de remordimientos, perseguido de las furias, y se fue á arrojar sobre una cama, en la que solo estuvo un instante: pegó palmadas en las paredes, dió voces, que mas eran aullidos, se arrancó el pelo, y se desgarró los vestidos. Habíalo seguido su muger; y viéndolo tan furibundo y tan frenético, se detuvo temblando de horror. Calístrates reparó en ella; y procurando dominarse cuanto pudo, se la acercó y la dijo: „Ya ves en qué estado me ha puesto la muerte de un amigo tan amado. ¡Desesperado estoy! ¡Si, á lo menos, pudiera yo vengar á tu hermano, destrozando á su matador!.... pero ¡ay! ¿quién es? ¡lo ignoro!.... — ¿Lo ignoras? le preguntó su muger. ¡Pues yo lo conozco! — ¡Quién! ¿Tú? — Sí: yo. — ¡Nombrámelo, Cleobulina! — ¡Tú mismo eres! ¡Coge el puñal, y asesínate! — „Dichas tan tremendas palabras, huyó de casa, y se fue á refugiar en la de una hermana suya. Aquella misma noche se escapó Calístrates de Corinto; y despues nada he sabido del

destino de aquel execrable monstruo. Pero no hay duda en que, si se escapó de la venganza de los hombres, los fuegos del cielo lo habrán reducido á cenizas."

Nos estremeció la narrativa de aquella trágica historia. Se vomitaron imprecaciones contra el monstruo llamado envidia, que persigue á los talentos, ó devorando sus raices, ó envenenándolas con su mortífera espuma. — Lastenia preguntó á Polemon ¿si habia estado en Corinto? — „ En otro tiempo, respondió, cuando estaba yo metido en el dédalo de una vida licenciosa, proyecté ese viage, pero hoy no me atreveria á entrar en una ciudad donde las cortesanas gozan no solamente de las honras y de la consideracion pública, sino tambien donde se ruega á Venus que las conserve, y que aumente su número." — Instaron seguidamente á Polemon á que leyese algo del tratado que trabajaba sobre las costumbres, usos y caractéres de los Atenienses. — „ Con mucha complacencia lo haré, respondió el filósofo, y mas necesitando, para dar la última mano á la obra, exponerla á las severas miradas de mis amigas, y á las de algun Aristarco. Pero he allí á Protágoras que acaba de estornudar. „ *Vivid*, *vivid*;" y cada cual, á imitacion de Polemon, repitió „ *vivid*." Veamos añadió Polemon, si continúa comiendo. — „ Y bebiendo tambien, propuso Protágoras.

al instante desocupó una copa de vino. — Os doy la enhorabuena, le dijo Polemon, porque si en aquel momento hubiérais perdido el apetito, era para vos un malísimo agüero. — No me hubiera asustado mas, replicó Protágoras, que del hígado de una víctima que no estuviese sano." Lastenia pidió entonces á Polemon alguna corta digresion en favor del estornudo, y del orígen de los cumplimientos que por él se hacian, y de los buenos y malos pronósticos que se formaban. — „Lo haré gustosísimo, contestó Polemon, y mucho mas cuando la digresion no sale del cuadro de las costumbres."

## CAPITULO XXXIX.

*Del orígen de los cumplimientos que se hacen á los que estornudan.*

„La costumbre de saludar á los que estornudan es antiquísima y muy extendida. La fábula nos dice, que cuando Prometeo formó al primer hombre, robó el fuego del cielo, y lo metió en un frasquito, el cual dió á oler á la estátua para que lo aspirase. El flogístico divino penetró pronto en la cabeza, se insinuó en las fibras del cerebro, y se extendió por todas las venas; y la primera señal de vida que dió aquel nuevo ser fue estornudar. Prometeo,

contentísimo de ver aquel movimiento, le gritó al instante: „*de provecho te sirva.*" aquel deseo hizo tal impresion sobre el hombre, que siempre se sirvió de él en la misma ocasion, y lo pasó á la posteridad.

„Aristóteles y otros han creido hallar el orígen de este cumplimiento en la veneracion religiosa con que se miraba antiguamente la cabeza, como la parte mas distinguida del cuerpo, y el domicilio y el laboratorio del alma. Los Egipcios y los Griegos creen que el estornudo es una advertencia divina para gobernaros de tal ó tal modo en circunstancias diversas, ó bien que es presagio de algun suceso feliz ó desgraciado. Xenofon estaba arengando á sus soldados, y uno de ellos estornudó: todo el ejército creyó que era un signo favorable de los dioses, y el General ofreció un sacrificio en accion de gracias. Un dia que la fiel Penélope oraba por la vuelta de Ulises, el niño Telémaco estornudó con tal fuerza, que dicen que se bamboleó todo el palacio; y desde entonces no tuvo ya duda aquella esposa tierna de que se la cumplirian sus deseos.

„Ya sabeis que nuestros poetas creen que vuelven locas de contento á las hermosas cuando las anuncian que los amores estornudaron en el punto de su nacimiento. Yo conozco á una joven que estornudó

escribiendo á su amante; y este incidente la pareció tan favorable, que no puso ya mas dudas en su amor. Nosotros, Griegos, decimos „*vivid*" á los que estornudan; pero muchísimos, en casos semejantes, se desean lo mismo á sí propios.

„Conviene considerar el tiempo y la hora á que se estornuda. Si un convidado estornuda mientras la comida, y deja de comer, es un pronóstico malo, y si alguno estornuda al levantarse por la mañana, debe guardarse mucho en todo el dia. El tiempo mas propicio y de mejor agüero para el estornudo es desde medio dia hasta media noche, y cuando la luna está en los signos de Toro, del Leon, de la Balanza, de Capricornio, ó de los Peces. En las demas constelaciones es de mal presagio.

„En fin, el estornudo es una prueba del buen estado de la salud, y del calor y de la fuerza del cerebro. Bajo este aspecto merece, pues, alguna cortesanía. Otros Médicos, al contrario, sostienen que es una operacion violenta y peligrosa. Adoptando esta opinion, ¿qué cosa mas grata que desearle bien al que estornuda? [27]

„He dicho cuanto he podido saber sobre este antiguo uso. Hoy no puede estornudarse sin ceremonia. Si esta moda se acabare, lo celebraré infinito. Voy ahora á leeros algunos fragmentos sobre las costumbres de esta ciudad. Los leeré segun

salieren." Entonces desarrolló sus pergaminos y leyó.

## CAPITULO XL.

### *Costumbres de los Atenienses.*

„Atenas es una ciudad llena de ingenio, de grandeza, de volubilidad, de inconstancia, y agitada siempre por facciones. Contiene cerca de treinta mil habitadores, no contando los esclavos. Los Atenienses se precian de airosos, y despejados; y sus costumbres inclinan á la molicie; llevan vestidos bordados como las mugeres; se componen la tez como ellas; se rizan; se perfuman con esencias suavísimas; se ponen pendientes; llevan espejos de faltriquera; tienen tocador y todo su accesorio; se quejan de jaqueca, y padecen vapores y tiranteces de nervios. Los jóvenes de casas distinguidas comen con las cortesanas, y pasan sus dias entre ellas y en las plazas públicas, ó en las tiendas de los perfumadores, de los plateros ó de los barberos, que estan abiertas para todos. Alli van á hartarse de noticias, de que son avaros todos los Atenienses, y se ejercitan al mismo tiempo en criticarse mútuamente las ridiculeces. Nacen naturalmente burlones, y asi ridiculizan lo sagrado como lo profano. Ocupan sus ocios visitas, paseos y espectáculos. Sus impor-

tantes quehaceres son asistir á los sacrificios, á las fiestas de los dioses, á las asambleas del pueblo, y al pritaneo á ostentar los vestidos de moda. Corren de tropel al Odeon, que es un teatro de mala música, donde representan pantomimos con gestos indecentes, con bailes lascivos, y con escenas de amores criminales. Jóvenes, hombres ya hechos, magistrados, filósofos, y casi todas las gentes acomodadas, viven de esta suerte. En otros tiempos, los mas de los Atenienses andaban descalzos; pero Alcibíades introdujo un nuevo calzado, que adoptaron los petimetres, y se lo ponen sin medias. En esta ciudad se hallan sociedades escogidas, y conversaciones instructivas, bajo los diferentes pórticos. El pueblo se refugia, especialmente en el invierno, á los baños públicos: cada particular lo tiene en su casa, y se meten en él despues del paseo, ó mas frecuentemente antes de comer. Los Atenienses solo se cubren las cabezas en los viages, y entonces con unos grandes sombreros, arremangadas las alas. Comunmente van á pie por la ciudad, ó por las cercanías, con un baston en la mano; pero de algun tiempo á esta parte las gentes ricas y fastuosas tienen literas tiradas de mulas blancas de mucho precio, que hacen venir de Sicione ó del Peloponeso. Un cocinero, en esta ciudad, es un personage de importancia. No puede uno

contener la risa cuando se acuerda de que el gobierno concedió el derecho de ciudadano á uno llamado *Cherips*, porque su padre habia inventado un guisado excelente hecho con criadillas de tierra.

„ Los Atenienses, sin darse á la embriaguez, gustan mucho del vino. Sirven en sus mesas cigarras, langostas, y aun carne de burro y de topo. En el verano refrescan el vino con nieve. En el invierno adornan sus mesas con las mas bellas flores. Entre ellos no hay festines sin bufones. Los jóvenes se dan á la caza, á la equitacion y á otros ejercicios. Crian los Atenienses muchos pavos reales. Aman ciegamente toda suerte de animales extrangeros. Mantienen loros de Africa, faisanes, pichones de Sicilia, perros de Malta y de Lacedemonia, caballos de Tesalia y de la Argólida, mulas del Peloponeso y monos. Su conversacion es ligera, frívola y aguda. Son duros y urbanos, cortesanos y mentirosos, especialmente con las mugeres, y creen que los hombres ni piensan, ni se divierten, ni viven felices sino en su ciudad. Respetan el nacimienro distinguido, y particularmente el de aquellos cuyos abuelos, ó dieron grandes ejemplos de virtud y de valor, ú ocuparon los empleos primeros de la magistratura, ó ganaron batallas, ó merecieron coronas en los juegos públicos. Con todo, dichas familias no disfrutan

privilegio alguno exclusivo, ni preferencia alguna; pero su educacion les da derechos á los empleos principales, y á las honras, y el pueblo gusta de facilitarles la entrada á ellos. El senado se compone de quinientos senadores, que se renuevan cada año. Al fin de cada uno, cada tribunal presenta cincuenta diputados, y cincuenta suplicantes sacados á la suerte; pero es preciso que los candidatos tengan fama de costumbres puras, y de conducta irreprensible. ¡Dichosos los gobiernos en que se observaren estas condiciones! Pero Atenas, en el dia, llena el número de sus magistraturas con ciudadanos avaros y perversos. Los diputados, antes de ejercitar sus funciones, prestan juramento de dar buenos consejos, y de conformarse puntualmente á las leyes. La república les da una dracma por dia (veinte y cuatro cuartos). Se congregan todo el año, excepto los dias festivos, y los tenidos por funestos.

,,La naturaleza ha favorecido á los Atenienses con darles ojos hermosísimos, y de una vista muy penetrante (a). A la perfeccion de sus ojos deben atribuirse los progresos que hacen en las artes que dependen inmediatamente del dibujo. Los hombres son famosos por la belleza de sus pro-

(a) Paw dice que descubrian, á diez leguas de distancia, las plumas del casco ó morrion de la estátua de Minerva. Pero ¿lo creia él asi?

porciones, y aun aventajan á las mugeres; de tal manera, que se llegó á temer que disminuyera el ascendiente de estas sobre nosotros. Por esto mismo se establecieron magistrados llamados Ginecónomos, en número de diez, para velar sobre el adorno del sexo femenino: se exige de él, que ademas de los blandos atractivos de la decencia, ostenten el esplendor y el buen corte de los vestidos. Es extremado el rigor de dicho tribunal. Impone una multa de mil dracmas á las mugeres que van mal peinadas ó mal vestidas, y escribe sus nombres en una tabla expuesta al público; y las inscriptas pierden para siempre el concepto con los Griegos.

,, Los Atenienses tienen, sobre sus hermosas proporciones una gran fuerza corporal. En el cuartel llamado Cólitos es donde nacen los mas bellos niños (a). A la salubridad del aire y á la admirable posicion de nuestras montañas (que nos preservan del impetuoso soplo de los aquilones, y de la húmeda intemperie de los vientos del poniente) debemos estas ventajas. Aqui se vive mucho tiempo, y no se está sujeto á ninguna enfermedad endémica. Lo que tambien contribuye á la buena constitucion de este pueblo, es el uso habitual de la miel, que es excelente en el Atica, y prue-

(a) Paw asegura que hablan antes que los otros.

ba segura de la pureza del aire. Los Atenienses reciben impresiones vivísimas de los objetos. En ellos habla todo, esto es, los gestos, la postura del cuerpo, y la fuerza y expresion de sus miradas. Un observador sostiene que en Atenas se habla mas en un dia que en Esparta en todo un año.

„Para mantener su salud y su agilidad hacen grandísimo uso de las estufas, cuya invencion debemos á la famosa Medea. El aparato del fuego y de las calderas fijó en la imaginacion del pueblo que el cocer á los hombres los rejuvenecia: y lo creyó tanto mas fácilmente, cuanto Medea, para desorientar á los médicos, guardó estrictamente el secreto de su método. El género de muerte de Pélias es un cuento popular: fue sofocado con el vapor del baño[28].

„A la edad de diez y ocho años se alistan los Atenienses y prestan el juramento de servir á la repúbiica hasta la de sesenta[29]. Solamente los ciudadanos son admitidos al juramento. Hoy se cuentan en esta ciudad hasta veinte mil, y diez mil extrangeros, y unos cuarenta mil entre criados y esclavos (*a*). El gobierno vigila sobre la educacion de la juventud. Los gimnasios ó

(*a*) Los Atenienses tenian criados asalariados de condicion libre, y tambien esclavos hechos prisioneros en la guerra, ó comprados á comerciantes de ellos, quienes los sacaban casi todos de la Frisia y de la Misia.

palestras eran los sitios destinados para los ejercicios del cuerpo y del espíritu. Alli se aprende la danza, que da al cuerpo gracia, nobleza y soltura; y la música que calma las pasiones y suaviza lo áspero del genio; pero hoy es tan licenciosa, que igualmente que la danza, es una de las causas de la disolucion de las costumbres. La equitacion y las evoluciones militares entran tambien en el número de los ejércicios de los jóvenes. En cuanto á los del espíritu, digo que los maestros les enseñan la prosodia, la sintaxis, y la pronunciacion de nuestra lengua, dándoles á conocer sus bellezas y gracias. De aqui viene el delicado gusto de los Atenienses, y el amor á los bellos versos, de que gustan adornar su memoria; y estos adornos les proporcionan, entre los extrangeros, un acogimiento distinguidísimo.

,,Pero á lo que con mas pasion se aplican es á la elocuencia, que les abre las puertas de los honores y de la gloriosa fama.

,,Esquines, uno de nuestros primeros oradores, que tenia diez y seis años mas que Demóstenes, le disputó á este la palma de la elocuencia. El pueblo quiso decretar á Demóstenes una corona de oro. Esquines acometió en la tribuna á Ctesifon, autor del decreto. Demóstenes se presentó á defenderlo. Ambos competidores lucha-

ron con vigor, y desplegaron todos los recursos de su talento. Esquines sucumbió y fue condenado á destierro; pero el generoso Demóstenes, lejos de agoviar al vencido con el peso de su gloria, le forzó á que le perdonara su triunfo. Al salir Esquines de Atenas le salió Demóstenes al encuentro, le presentó su bolsa, y le obligó á que la aceptara. Prendado Esquines de aquel procedimiento, dijo exclamando: ,,¡Cómo no he de respetar á una patria donde dejo enemigos tan generosos, que no podrán ser igualados por los mayores amigos que en otra parte encuentre!"

,,Sábese que Demóstenes se encierra meses enteros en un gabinete subterráneo, y que para no tener tentacion de salir, se rapa á navaja la mitad de la cabeza. En aquel encierro es donde á la luz de una lámpara, compone sus inmortales arengas.

,,La escuela de Isócrates ha producido muchos oradores elocuentes y personages ilustres. Hablando de este gran hombre, no debe olvidarse decir que él solo se atrevió á llevar luto por Sócrates, á la vista del pueblo que acababa de condenarlo 30. Tambien se cultiva en Atenas el árbol de la filosofía; pero á su sombra se ve brotar un hormiguero de fingidos filósofos, erizados de argumentos y de paralogismos; gentes que, remendadas con algunos pedazos de la capa del sabio, osan publicar sus

palestras eran los sitios destinados para los ejercicios del cuerpo y del espíritu. Alli se aprende la danza, que da al cuerpo gracia, nobleza y soltura; y la música que calma las pasiones y suaviza lo áspero del genio; pero hoy es tan licenciosa, que igualmente que la danza, es una de las causas de la disolucion de las costumbres. La equitacion y las evoluciones militares entran tambien en el número de los ejércicios de los jóvenes. En cuanto á los del espíritu, digo que los maestros les enseñan la prosodia, la sintaxis, y la pronunciacion de nuestra lengua, dándoles á conocer sus bellezas y gracias. De aqui viene el delicado gusto de los Atenienses, y el amor á los bellos versos, de que gustan adornar su memoria; y estos adornos les proporcionan, entre los extrangeros, un acogimiento distinguidísimo.

,,Pero á lo que con mas pasion se aplican es á la elocuencia, que les abre las puertas de los honores y de la gloriosa fama.

,,Esquines, uno de nuestros primeros oradores, que tenia diez y seis años mas que Demóstenes, le disputó á este la palma de la elocuencia. El pueblo quiso decretar á Demóstenes una corona de oro. Esquines acometió en la tribuna á Ctesifon, autor del decreto. Demóstenes se presentó á defenderlo. Ambos competidores lucha-

ron con vigor, y desplegaron todos los recursos de su talento. Esquines sucumbió y fue condenado á destierro; pero el generoso Demóstenes, lejos de agoviar al vencido con el peso de su gloria, le forzó á que le perdonara su triunfo. Al salir Esquines de Atenas le salió Demóstenes al encuentro, le presentó su bolsa, y le obligó á que la aceptara. Prendado Esquines de aquel procedimiento, dijo exclamando: ,,¡Cómo no he de respetar á una patria donde dejo enemigos tan generosos, que no podrán ser igualados por los mayores amigos que en otra parte encuentre!"

,,Sábese que Demóstenes se encierra meses enteros en un gabinete subterráneo, y que para no tener tentacion de salir, se rapa á navaja la mitad de la cabeza. En aquel encierro es donde á la luz de una lámpara, compone sus inmortales arengas.

,,La escuela de Isócrates ha producido muchos oradores elocuentes y personages ilustres. Hablando de este gran hombre, no debe olvidarse decir que él solo se atrevió á llevar luto por Sócrates, á la vista del pueblo que acababa de condenarlo [30]. Tambien se cultiva en Atenas el árbol de la filosofía; pero á su sombra se ve brotar un hormiguero de fingidos filósofos, erizados de argumentos y de paralogismos; gentes que, remendadas con algunos pedazos de la capa del sabio, osan publicar sus

máximas y sus opiniones, á las cuales singularizan y aplican torpemente á sus sistemas insensatos ó perversos. Jóvenes hay acometidos de la laconomanía; y estos ostentan las costumbres y el vestir de los Espartanos, porque llevan una túnica muy corta de grosera lana, se embozan con una gran capa de lo mismo, llevan el pelo suelto, erizado y esparcido, muestran una larga barba, andan descalzos, ó calzados con unas sandalias de color rojo, van armados con un garrote, y con paso mesurado y grave, y comen recostados sobre una tabla de encina, con el codo apoyado sobre una piedra, ó sobre algun pedazo de madera.

,,Han padecido ya grandes alteraciones las costumbes de esta ciudad. El ansia de los placeres ha ocupado el lugar del entusiasmo de las nobles pasiones; y el fastidio de la vida el del amor á la gloria. La sed de ganar y de adquirir reina de tal manera, que estos versos de Aristófanes,

,,Su mano el Ateniense avaro alarga,
,,Aun en el acto de su muerte amarga,"

se han erigido en proverbio. Una mala filosofía que todo lo refiere á los sentidos, se atreve á predicar en pleno teatro sus máximas funestas. El poeta Alexis fue el primero que propagó esos principios epícureos,

„¿Qué es lo que hablais, decia, del liceo, de la academia ó del pórtico, si esos son entretenimientos de sofistas, que nada tienen de sólido....? Disfrutemos y gocemos de los placeres de la mesa: no hay cosa mas dulce: virtudes, honores y dignidades, no son otra cosa que sueños vanos. La muerte á su tiempo señalado ha de convertir en hielo vuestros sentidos. Solo llevarán consigo los humanos lo que hubieren comido y bebido. ¿Y qué son hoy los Péricles, los Codros, los Milcíades? No mas que un puñado de ceniza...." ¡Qué depravacion! ¡Qué moral tan malvada! ¡Posible es que no se avergüenzan de publicarla! ¡Y es dable que los magistrados la sufran!.... Aqui se encuentra al lado de la sabiduría y de la magnanimidad la locura y la bajeza: se ve la libertad al lado de la riranía: se nota la austeridad contrastando con el deleite; y se observa la filosofía de Anaxágoras y de Sócrates obscurecida con las paradojas y con las sutilezas de los sofistas. Hoy es Atenas la escuela del placer y del vicio, asi como tambien lo es de la literatura y de la filosofía."

Despues de este discurso que Polemon recitó con vehemencia, le instaron para que descansase: bebió agua, y comió un pedazo de un borriquillo de leche.

Asi que acabó le preguntó Lastenia ¿por qué en la pintura de las costumbres de Ate-

máximas y sus opiniones, á las cuales singularizan y aplican torpemente á sus sistemas insensatos ó perversos. Jóvenes hay acometidos de la laconomanía; y estos ostentan las costumbres y el vestir de los Espartanos, porque llevan una túnica muy corta de grosera lana, se embozan con una gran capa de lo mismo, llevan el pelo suelto, erizado y esparcido, muestran una larga barba, andan descalzos, ó calzados con unas sandalias de color rojo, van armados con un garrote, y con paso mesurado y grave, y comen recostados sobre una tabla de encina, con el codo apoyado sobre una piedra, ó sobre algun pedazo de madera.

,,Han padecido ya grandes alteraciones las costumbes de esta ciudad. El ansia de los placeres ha ocupado el lugar del entusiasmo de las nobles pasiones; y el fastidio de la vida el del amor á la gloria. La sed de ganar y de adquirir reina de tal manera, que estos versos de Aristófanes,

,, Su mano el Ateniense avaro alarga, ,,
,, Aun en el acto de su muerte amarga,

se han erigido en proverbio. Una mala filosofía que todo lo refiere á los sentidos, se atreve á predicar en pleno teatro sus máximas funestas. El poeta Alexis fue el primero que propagó esos principios epícureos,

"¿Qué es lo que hablais, decia, del liceo, de la academia ó del pórtico, si esos son entretenimientos de sofistas, que nada tienen de sólido....? Disfrutemos y gocemos de los placeres de la mesa: no hay cosa mas dulce: virtudes, honores y dignidades, no son otra cosa que sueños vanos. La muerte á su tiempo señalado ha de convertir en hielo vuestros sentidos. Solo llevarán consigo los humanos lo que hubieren comido y bebido. ¿Y qué son hoy los Péricles, los Codros, los Milcíades? No mas que un puñado de ceniza...." ¡Qué depravacion! ¡Qué moral tan malvada! ¡Posible es que no se avergüenzan de publicarla! ¡Y es dable que los magistrados la sufran!.... Aqui se encuentra al lado de la sabiduría y de la magnanimidad la locura y la bajeza: se ve la libertad al lado de la riranía: se nota la austeridad contrastando con el deleite; y se observa la filosofía de Anaxágoras y de Sócrates obscurecida con las paradojas y con las sutilezas de los sofistas. Hoy es Atenas la escuela del placer y del vicio, asi como tambien lo es de la literatura y de la filosofía."

Despues de este discurso que Polemon recitó con vehemencia, le instaron para que descansase: bebió agua, y comió un pedazo de un borriquillo de leche.

Asi que acabó le preguntó Lastenia ¿por qué en la pintura de las costumbres de Ate-

nas habia olvidado á las mugeres? — „ Si las olvidara, respondió el filósofo, perderia mi cuadro su mayor importancia y su mas poderoso atractivo; pero para pintarlas es menester conocerlas, y esto pide mucha sagacidad y un estudio profundísimo. No he hecho mas que bosquejar su retrato: ved aqui algunas ideas sueltas.

„ Las Atenienses, para evitar la bochornosa censura ya dicha, relativa al vestido y al adorno, han adoptado un lujo ruinoso y unas modas muy extravagantes. No ha habido nacion civilizada alguna que tanto haya usado de los afeites. Las mugeres se pintan de negro las cejas y los párpados; y para las mejillas y los labios usan del jugo de la *ancusa* (*a*). Extienden una capa de albayalde sobre sus caras y pechos; y dichas capas son tan espesas que hacen á las mugeres, sobre poco mas ó menos, muy parecidas unas á otras; lo cual, digámoslo asi, embota el sentimiento en los hombres, y los cansa con tanta uniformidad. Las Atenienses son tan maniáticas en esto de los talles, que se aprietan extremadamente la cintura, ayunan para precaver la gordura, y emplean polvos astringentes y ferruginosos para precaver la sobra la abundancia de pecho, al mismo tiempo que llevan el cuerpo fuertemente comprimido. La

(*a*) La ancusa, llamada asi por los botanistas, da un encarnado mas endeble que el carmin.

frente chica es entre ellas un rasgo de hermosura; y por eso el rizado del pelo las baja hasta junto á las cejas: se echan en el pelo, que llevan coronado de flores, unos polvos amarillos: su calzado es altísimo; y se reduce á una suela simple, que se ajusta sobre el pie ó con cintas ó con corchetes. Dicho calzado es de oro entre las mugeres de primera clase. Se sirven de abanicos; y llega á ser locura su pasion á los pájaros rarísimos. No salen sino con velo. La ley prohibe á las mugeres distinguidas presentarse en las calles de dia, á menos de que las obliguen motivos importantes; y entonces unos esclavos las preservan de los ardores del sol con parasoles de marfil. De noche han de salir precisamente acompañadas de algun esclavo que lleve una hacha encendida. En las fiestas públicas se han de presentar rodeadas de eunucos, de esclavos de Etiopia, ó de esclavas suyas ó alquiladas. Pero hablando de sus costumbres es menester decir que la severidad de nuestras leyes no puede reprimir su inconstante galantería. La vigilancia y la precaucion de los celos solo sirve para inflamar sus imaginaciones. Como viven dadas á la ociosidad y al pasatiempo y sometidas á las influencias de un voluptuoso clima, no creen que haya para ellas asuntos mas serios que los del amor ó los de sus adornos personales. Todas sus virtudes y cuidados consisten en

cubrir con velos misteriosos sus amorosos manejos ocultos." — „En verdad, repuso Lastenia, que no nos habeis tratado con blandura: no obstante, me animaré á decir en su defensa, (no pudiendo negar que hay alguna irregularidad en su manejo), que el ejemplo de los hombres disminuye sus faltas. Los mas de los maridos no piensan en mas que en tener hijos de sus mugeres para perpetuar su nombre: solo se unen con ellas para que cuiden del gobierno interior de su casa; y reservan sus atenciones y sus corteses afanes para las mancebas que mantienen." — „No hay que admirarse, interrumpió Polemon, de la influencia de esas mugeres sobre las costumbres de los hombres, porque estan mejor educadas, mas instruidas, y hablan mas puramente su lengua que las damas de Atenas. Las cortesanas frecuentan las escuelas de los filósofos; y la escuela de nuestras damas está de tal manera descuidada, que los adornos del entendimiento huyen á su vista. Concluiremos diciendo con Safo: „Porque no cogieron las rosas de los musas, no se hablará de ellas mientras vivan, se las olvidará despues de muertas, y pasarán desde la obscuridad á la nada del sepulcro."

## CAPITULO XLI.

*De Crátes. Pasages varios. Historia de las Amazonas.*

Protágoras nos dió seguidamente la noticia de que los magistrados habian decretado que el cínico Crátes se alimentase en el Pritáneo. Todos á una lo extrañamos, y desaprobamos que tal hombre, que era inútil al estado, viviese á expensas del público. — „ Merece de la república, replicó Protágoras, mas miramientos que creeis: es el mediador y el juez en todas las desavenencias y riñas domésticas; y se aplica particularmente á restablecer la paz en los matrimonios. Ahora acaba de componer al médico Nicómaco con Práxila su muger. Este marido celoso tuvo la imprudencia de volverse á su casa antes de que se acabara la sesion de la asamblea del pueblo, y sorprendió á Práxila y á Mison su amante en una postura decisiva. Ciego de cólera se fue á su competidor con un puñal en la mano. Inmediatamente gritó Práxila: „ No me ha seducido: ha empleado la fuerza. — Es cierto, repuso Mison: invoco la ley." Estas palabras contuvieron el brazo de Nicómaco. Debeis saber que la ley permite al marido matar al amante de su muger siempre que lo sorprenda en una cita con ella; pe-

ro le prohibe al marido matar siempre que la muger declara que han triunfado de ella por la violencia y no por la seduccion." Dije yo entonces, que me parecia muy extraña aquella ley. — ,, Es sabia, me repuso Protágoras: el arma de la seduccion es mas poderosa y mas fácil que la de la fuerza, tan rara vez posible. Pero el marido, en este último caso, tiene el derecho de repudiar á su muger, y de hacer condenar á su cómplice á una multa de consideracion en favor suyo. Irritado Nicómaco, no quiso prestarse á gracia alguna. Práxila se veia perdida sin ningun remedio. Iba á ser excluida de las ceremonias religiosas. No se hubiera ya atrevido á adornarse mas. Todo el mundo podia cubrirla de oprobrios, y desgarrarla los vestidos. En su desgracia recurrió á Crátes, que era amigo de su marido, y aquel la prometió hablar en su favor. Fue Crátes á buscar á Nicómaco, á quien halló enfurecido y deseoso de venganza." No procuraré, le dijo, consolaros con el ejemplo de los dioses y de los hombres, y con la fatalidad que siembra la zizaña en el campo del matrimonio; pero os preguntaré ¿quién es aquel que tiene mas firme la virtud? ¿Es el que anda lleno de confianza sobre la orilla del precipicio, ó el que, habiendo caido en él una vez, conoce el escollo contra que chocó? Un Espartano buscó la muerte en una batalla, por-

que en el ataque de las Termópilas no quiso prodigar su vida, obedeciendo á la flaqueza que lo dominó. ¿Quién de nosotros es incontrastable en la virtud? ¿Qué Estóico responderia de no flaquear nunca? La flaqueza es inherente á la naturaleza humana, como la gravedad lo es á la materia." —Fue tal, en fin, la dialéctica de Crátes, y tantos sus ruegos, que pudo conseguir de aquel marido ultrajado la reconciliacion con su muger.

Contónos Polemon el triste accidente de Lisias, filósofo adornado de muy grandes conocimientos. Tuvo la desgracia de perder á su muger, y se apesadumbró tanto, que perdió repentinamente la memoria. Hanle quedado dos hijas, que lo llaman, lo nombran y lo abrazan; pero él abre tantos ojos, las desconoce, y rechaza sus caricias. He sido testigo de esta escena triste.

„Pero no sé, añadió Polemon, si conoceis á Hilo, el Tesaliense, que es filólogo, sofista, médico, y feliz hablador. No ha mas de quince dias que está aqui. Me ha contado un cuento harto chistoso, que trae su orígen de Dionisio el viejo de Siracusa. Aquel tirano, devorado de miedos y de sospechas, como todos sus semejantes, se quejó un dia delante de sus cortesanos de los muchos conspiradores que lo circundaban. Hilo, que presente estaba, le dijo: „Dadme un talento, y os diré cierta cosa con

que podreis descubrir cuantos conspiren á vuestra ruina." Prometió Dionisio la suma, si era infalible el secreto. A estas palabras, Hilo, lo llamó aparte y le dijo: ,, Mandad que me entreguen ese dinero al instante, y entonces los conspiradores, persuadidos á que os he enseñado el medio de conocerlos, no se atreverán á formar mas conspiraciones contra vos." Le pareció á Dionisio felicísima la invencion, y muy astuta la estratagema, y envió á llamar á su tesorero, y le mandó que entregara un talento á Hilo." — ,,Pues oid, dijo Damo, un hecho de Filipo de Macedonia, acaso tan chistoso como el que acaba de referirnos Polemon.

,, Aquel Rey en una batalla hizo muchos prisioneros. Vendíanlos al que mas daba, estando presente Filipo sentado en una silla, teniendo por inadvertencia sobradamente arremangada su túnica, en términos de ser su situacion indecente. Uno de los prisioneros que lo notó dijo á voces, en el instante en que lo estaban pujando para su venta: ,,Filipo, perdonadme, y mandad que no me vendan, porque soy amigo vuestro y de vuestra familia. — ¿Por qué lo? le preguntó Filipo: ¿de qué procede tanta amistad entre nosotros? — Si quereis sabello, replicó el prisionero, os lo confiaré al oido." Mandó el Rey que llegara, y el prisionero le dijo en voz baja:

„Bajaos la túnica, porque mostrais al público lo que obliga á cultar la decencia." Enamorado Filipo de un consejo tan finamente dado, lo mandó poner en libertad, diciendo: „Verdad es que es un amigo mio á quien yo habia olvidado."

Despues de estas narraciones varias, me preguntó Polemon ¿si en mis viages por el Asia habia visto al rio Térmodon (*a*) ¿y tambien aquellas Amazonas famosas, de quienes fueron Reinas Pantasílea, y Antíopa; la primera muy nombrada, por haber peleado valerosamente en el sitio de Troya; y la segunda por haberse atrevido á acometer á Hércules, quien la venció y la casó con Teseo, de cuyo matrimonio nació Hipólito? — Respondíle que no habia llegado hasta Térmodon; pero que, atravesando la Capadocia, me habia informado de la existencia y de las costumbres de aquel pueblo de mugeres célebres. Algunos historiadores sostienen que no admiten hombre alguno entre ellas; pero que se presentan una vez cada año sobre la frontera para recibir alli las caricias de sus vecinos; y que despues de parir se quedan con las hijas, y envian los hijos á sus padres; y añaden los historiadores que se queman un pecho para manejar mas diestramente el

(*a*) El Térmodon es un rio de Capadocia que entra en el Ponto Euxino: es célebre por la historia ó la fabula de las Amazonas.

arco, y que conservan el otro para criar á sus hijos. Pero digo sin erigirme en crítico, que esos hechos me parecen dudosos, ó á lo menos creo que la verdad está adornada con muchas ficciones. En fin, escuchad la tradicion que me parece mas verisimil, y tal cual la he recibido de un anciano del pais, hombre digno de fe.

,, Invadieron los Griegos la patria de aquellas guerreras, las sojuzgaron totalmente, y se las llevaron prisioneras sobre sus bajeles. Cuando estuvieron ya en alta mar, rompieron las mugeres sus cadenas, mataron á sus vencedores, y se apoderaron de sus navíos; pero como ignoraban la maniobra, navegaron al arbitrio de las olas y de los vientos. Despues de una penosa navegacion, abordaron á Cremnes, sobre la laguna Meótides (*a*), ciudad habitada por los Escitas, nacion libre. Penetraron las Amazonas por el pais devastándolo. Maravillados los Escitas, tomaron las armas, y salieron al encuentro de aquellos enemigos no conocidos, que parecian bajados del cielo, ó vomitados por el mar. Los acometieron; pero habiendo reconocido el sexo de los muertos que quedaron en su poder, no quisieron pelear mas con semejantes adversarios. Celebraron consejo, y eligieron

(*a*) Hoy mar de Zabache, golfo grande, al norte del mar Negro, cuyas orillas pertenecen ahora á la Rusia.

un número de jóvenes igual al de las Amazonas, y los enviaron á campar junto á ellas, con orden de evitar todo choque, y de procurar al contrario ganarlas y atraerlas á su amistad; porque su proyecto era unirse con aquellas mugeres belicosas para tener hijos de ellas. Los jóvenes siguieron exactamente el plan que se les habia trazado. Viendo las Amazonas que no las querian perjudicar, se quedaron en la inaccion á vista de la seguridad. Ambos campos se iban acercando cada dia mas. Notaron unos Escitas que á veces una Amazona, sola ó acompañada de otra, se alejaba del campo. Uno de ellos la acechó, como se acecha la paloma que se quiere sorprender: vió que se entraba por un bosque, corrió hácia ella, y la alcanzó. Ella, lejos de huir ó de rechazarlo, se le sonrió agradablemente. A falta de un idioma comun entre ellos, se hicieron gestos, y se hablaron con los ojos; y dando la señal la naturaleza y el placer, acabó aquella escena muda con una union muy íntima. La Amazona, lo pasó tan bien, que dió á entender á su amigo que volveria al dia siguiente con una compañera suya, y lo convidó á que tambien volviese con alguno de sus compañeros. En efecto, encontraron á la amazona con su amiga; y como eran jóvenes y hermosas, emplearon el tiempo tan útilmente como la víspera.

Fueron poco á poco dichos mozos Escitas domesticando á todas aquellas guerreras, que se mostraban mas indomables en la pelea que fieras en el amor. Trabada ya la amistad, se reunieron ambos campos, y cada cual tomó por muger aquella cuyos favores habia conseguido. Ya que empezaron á entenderse, propusieron los Escitas á sus esposas que se unieran al resto de su nacion para vivir todos juntos. — „No podriamos, les dijeron, avenirnos con las mugeres de vuestro pais, porque sus costumbres difieren demasiado de las nuestras. Nosotras manejamos el arco, lanzamos el dardo, montamos á caballo, y no hemos aprendido las ocupaciones de nuestro sexo. Vuestras mugeres, al contrario, no conocen mas que los quehaceres del suyo, y nunca dejan sus carros [31]. Pero ya que quereis estrechar y continuar nuestro himeneo salgamos de esta tierra, y vamos á establecernos mas allá del Tánais." Conformáronse á ello los Escitas; y habiendo atravesado el rio marcharon tres dias hácia el oriente, y llegaron al pais que habitan hoy, bajo el nombre de Saurómatas. Las mugeres han conservado sus usos antiguos, y montan á caballo, y van á la caza solas, ó con sus maridos, y los acompañan tambien á la guerra. Ambos sexos se visten de un mismo modo. En cuanto á sus matrimonios han estatuido que no pueda casar-

se una soltera sin habér quitado la vida á un enemigo. Muchas envejecen y mueren sin haber merecido un esposo."

Hechas estas diversas narraciones recitaron Damo y Lastenia escenas y versos de muchos poetas. Díjonos Polemon (aludiendo al placer que disfrutábamos en aquella comida) que el sabio no debia imitar al vulgo, que aguarda la fiesta de Saturno, de Baco ó de Minerva, para entregarse á la alegría. El alma, dijo, se va por sí misma á los objetos dulces y agradables: si oye instrumentos musicales y el melodioso canto de los pájaros; si ve un cielo hermoso y una campiña risueña, y juguetear por los prados alegremente á los tiernos animalillos, se expande el alma y respira un gozo pacífico y suave. Dejemos al malo que se entristezca y que calumnie la vida. Carnéades decia, que asi como las cajas que han tenido incienso conservan todavía su olor despues de vacías, asi tambien el sabio, conservando la memoria de su virtud y de sus buenas acciones, debe ser feliz todos los dias de su existencia. „¡Sí! exclamó el mismo Polemon: ¡este mundo es un templo digno de la magestad de un Dios supremo; y la vida es una fiesta perpetua para el hombre de bien!"

Citónos, con este motivo, cuatro versos que Solon hizo en su ancianidad; „porque aquel grande y grave legisla-

dor, nos dijo Polemon, era tan amante de los placeres como del orden y de las leyes."

„Con tu licor anímame, buen Baco:
„Jugad entre mis canas, amorcillos:
„Corona, musa, mi vejez con flores;
„Y hazla apacible con tu laud divino."

## CAPITULO XLII.

*De la ciudad de Atenas. Compra de un esclavo. De Timon el misantropo. Comida pública. De la campiña de Atenas. Moral de Lastenia.*

Aquella misma noche me propuso Lastenia que la acompañara á la ciudad á comprar un esclavo. Partimos muy de madrugada; y fuimos por el camino de la academia, que está orillado de cipreses. „No podeis dar aqui un paso, me dijo Lastenia, sin pisar las cenizas de algun héroe. Ved alli el altar de las musas, el de Mercurio, el de Minerva y el de Hércules. Aquel gran olivo, que está á vuestra derecha, es el segundo que prendió en el Ática. Esos sepulcros son los de Trasíbulo, de Péricles, de Cábrias y de Fórmion. Aqui estan los cenotafios de nuestros guerreros valerosos muertos en las batallas: sus nombres y paises estan grabados sobre las columnitas que tienen cerca."— Al entrar en el pueblo la dije:

„Encuentro vuestra ciudad harto mal edificada, las calles estrechas, no alineadas, y de extraña irregularidad; y las casas mezquinas, y poco cómodas, exceptuando algunas. Esas escaleras que dan á la calle, y esas habitaciones superiores que estan salidizas desfiguran las fachadas, ofuscan la vista, y estorban la circulacion del aire. Tampoco me gustan esos Hermes de piedra, de forma cúbica, colocados en las puertas de las casas: yo prefiero esos altares cubiertos de céspedes que estan inmediatos, porque son mucho mas agrabables á la vista. No teneis mas que una fuente (*a*): verdad es que esta falta se suple con pozos y con cisternas. En fin, busco á Atenas en Atenas. — No hacíais, interrumpió Lastenia, esas observaciones tres años há: se ve que los viages os han afinado el gusto. Con este motivo os diré que cierto chistoso entrando en esta ciudad, y hallando á la puerta un templo consagrado á dos divinidades, exclamó: „ Mejor es volverme, porque cuando aqui se alojan juntas dos divinidades, no encontraré alojamiento para mí." Es cierto que todo respira la sencillez en esta ciudad; pero se ve la magnificencia en los pórticos, en los templos y en los

(*a*) No habia mas que una fuente, esto es, que un menantial, pero por nueve canales subterráneos distribuia agua á muchos cuarteles de la ciudad.

esclavitud ultrajaba la naturaleza, y que asi degradaba al señor como al esclavo; pero que era imposible la reforma de aquel abuso." Este comercio es muy grande en la Grecia: solo el Ática cuenta cuatrocientos mil esclavos, y ellos son los que cultivan los campos, los que hacen valer las manufacturas, los que esplotan las minas los que trabajan en las canteras, y los que tienen á su cargo toda la menudencia del servicio. Los mas bien educados y mas felices se dan á las artes y cultivan las habilidades. Debe tratarse con justicia á los Atenienses, pues ellos no son con sus esclavos tan severos como los Espartanos con los Ilotas. Aqui no tienen los amos derecho para atentar á la vida de sus esclavos; y lo que únicamente pueden es cargarlos de hierros, condenarlos á rodar la piedra de un molino, prohibirles el matrimonio, y separarlos de con sus mugeres. Si algunos amos bárbaros se propasan á ser crueles, pueden sus esclavos refugiarse al templo de Teseo, y en aquel asilo piden un amo mas piadoso, y lo suelen conseguir. Tienen precision de llevar la cabeza rapada á navaja, y cubierta con un gorro y la túnica no ha de pasarles de la rodilla. Prohibe la ley, bajo gravísimas penas, maltratar al esclavo ageno. Pueden estos ó por servicios hechos ó por algun peculio, fruto de su industria ó de su eco-

nomía, comprar su libertad; pero si abusan de ella, ó si algun amo prueba en justicia que su esclavo faltó al agradecimiento, lo vuelve á tomar, y lo carga de hierros, diciéndole: „Sé esclavo, pues no sabes ser libre."

Asi hablábamos cuando vimos llegar á un hombre extrañamente vestido, y seguido de mucha gente. Lastenia lo conoció, y me dijo: „Ved alli á Timon el misantropo: rarísimamente viene á la ciudad: es un buho que teme la luz: aborrece á los hombres, y huye de ellos, como si fuesen fieras; pero quiero observarlo." Mas ¡ay! ¡ay! que sube á la tribuna: escuchémosle. — „*Atenienses*, gritó con una voz de estentor, *hay una higuera en mi campo, en la que muchos de vosotros ya se han ahorcado: tengo decidido el cortarla, para edificar en su lugar: si alguno quisiere colgarse en ella, que se despache á hacerlo, porque no le doy mas que veinte y cuatro horas.*" Hecha esta corta arenga, bajó de la tribuna y se retiró sosegadamente. El pueblo, lejos de ofenderse de aquella erupcion de humor negro, riyó mucho, y acompañó á Timon con palmadas.

Atravesando calles con Lastenia, vi muchas mesas puestas y cubiertas con manjares. „¿Qué fiesta ó qué regocijo, pregunté, ocasiona estas comidas?" — „¿Habeis olvidado, Antenor, que en cada luna nue-

va los ricos dan de comer al pueblo en honor de la diosa Hécate? Todos los que veis acudir y comer con tan buen apetito, estan alimentados á expensas de la ciudad: son infelices que no tienen que trabajar ni de que vivir. Esta ciudad es populosa: puede poner el Atica veinte mil hombres sobre las armas. No hablo de los extrangeros que, en vez de estar naturalizados tienen que buscar protectores entre los ciudadanos y pagar un tributo anual de doce dracmas (unos cuarenta reales) por cabeza de cada hombre, y de seis por la de cada muger."

En todo el dia no me separé de Lastenia, y aquel dia se me pasó con la rapidez de un relámpago. ¡Qué situacion podia ser mas deliciosa, que la de estar junto á una muger á quien yo amaba, muger de conversacion amena, de entendimiento claro, de instruccion sólida, y sobre todo, de un atractivo dulce y modesto!

Salimos muy de mañana, y atravesamos el pedion ó la campiña de Atenas. Lastenia me hacia reparar en las bellezas. "Riéganla, me decia, el Céfiso, el Erídano y el Iliso ". El Iliso está consagrado á las musas y á otras muchas divinidades. Se ve á sus orillas una capilla dedicada á Bóreas, que robó á Orítia, y un altar dedicado á las musas, y un templo de Ceres, y el de Diana, en que se sacrifican muchas cabras. Admirar lo que puede el trabajo, la in-

dustria, un buen gobierno, y la salubridad del aire. Este pais, erizado de montes y de rocas, presenta, no obstante, un cuadro animado y risueño; por todas partes se ven lugarcillos y ricas aldeas de numerosa poblacion. Mirad esos innumerables olivos que forman un inmenso bosque: esas colinas estan cubiertas de viñas, de madera de ácer, de cedros, de madroños &c. Esos plátanos magestuosos que orillan el Iliso, han prestado muchas veces sus sombras al divino Sócrates. Allí sin duda hacia bajar del cielo la filosofía para guiarla despues por las tortuosas sendas del corazon humano. Pero lo que mas me para en ese cuadro magnífico, es el aspecto y el destino de los hombres. Me acerco frecuentemente á las gentes del campo, entro en las aldeas, y veo hombres dichosos, ó á lo menos exentos de cuidados y de penas. El labrador, detras de su arado, va gorgoriteando sus coplillas; el artífice disfruta ocupado en su trabajo, y el filósofo (meditando á la sombra sobre las miserias de la vida humana, y lastimándose de nuestras desgracias) tambien es feliz. Pero venid á ver el epitafio de aquel inmediato sepulcro. Dice asi: „*Pasé mi vida comiendo, bebiendo, y maldiciendo de todo el mundo.*
—¿Cómo se llamaba ese hombre honrado?
„Se llamaba Timácreon: era atleta, poeta mordaz, y muy satírico: Simónides, á

quien denigró en sus versos, juntamente con Temístocles, le compusieron ese epitafio." — „Digo, Lastenia, que aunque ese retrato no sea el de toda la especie humana, no obstante, el epitafio vendria bien á muchos."

„Veis, Antenor, á vuestra derecha aquel edificio que se levanta á media pendiente entre un bosque de cipreses? Pues es el templo de Esculapio: vamos á visitarlo. — ¿Creeis, Lastenia, que ese dios me curará del amor? — ¿Por qué no, Antenor? El resucitó á Hipólito. ¿Teneis por mas fácil resucitar á un muerto que apagar el amor en el corazon de un hombre?"

Atravesamos el mismo parage en que, en tiempos pasados, vencí al toro que corrió tras ella. Paréme en él, y suspiré. — ¿A qué viene ese suspiro? me preguntó Lastenia. — ¿Os acordais, la respondí preguntando, de ese campo de batalla, y del monstruo que amenazó vuestra vida? — No se olvidan, Antenor, semejantes muestras de valentía, y en especial un servicio tan importante. — ¡Ojalá, exclamó Antenor, que tuviera yo que luchar contra el minotauro ó contra la hidra lernéa, con tal de conseguir igual prémio por mi victoria! — La pelea seria mas peligrosa, Antenor, y el salario no tan gustoso.

## CAPITULO XLIII.

### *Encuentro de Ariston. Su historia.*

Venia hácia nosotros entonces un hombre modestísimamente vestido. — „ He alli, me dijo Lastenia, un filósofo bastante original: vos mismo lo juzgareis. — Al llegar á nosotros, le preguntó Lastenia, ¿qué era de él, y qué hacia de su tiempo? — „ Lo paso, respondió, en abrir los ojos, en ver, en prestar el oido, y en tener salud, libertad y descanso; y ahora mismo me voy hácia la casa de ese loco de Teofrasto. — ¡ Loco! repuso Lastenia: ¡ raro epíteto! ¿ Ignorais que una ley de Solon prohibe hablar mal de los muertos? — No importa, Lastenia: llamo loco á todo hombre que se enflaquece y se mata trabajando y componiendo. Llamo loco á ese Carnéades, que se sumia de tal manera en el estudio, que descuidaba el aseo de su persona, se dejaba crecer el pelo y las uñas, y se olvidaba de comer hasta el punto de ser necesario que su criada le pusiese los bocados en la boca; y todo esto era para sobrecargar su memoria con una erudicion fastuosa, que solemos olvidar en un instante y por una nada. Conocí á un cierto Hermógenes, que empezó á profesar distinguidamente la retórica á la edad de quince años, y que á

los diez y ocho compuso su retórica, obra estimadísima, el cual por una desgracia muy extraña, á los veinte y cuatro años se vió acometido de una paralisis moral, de modo que perdió toda memoria de lo pasado, en términos de que nada puede conservar en ella, semejante al tonel de las hijas de Dánao. ¿De qué le sirvió cebarse en el trabajo, y gastar su juventud en el estudio?.... De dar en la imbecilidad. — Pero Teofrasto, interrumpió Lastenia, conservó la memoria y el juicio hasta el último momento de su vida. — Pero murió, respondió Ariston: ¿de qué le sirven hoy sus trabajos y su creida gloria? No somos tan aptos para pensar como para hacer, ni tanto para discurrir como para gozar: los verdaderos bienes son los de la naturaleza: el cielo, la tierra, el campo, esos son los inagotables manantiales de nuestro disfrutar. El poeta Calímaco decia, y con razon, que un gran libro era un gran mal. De aqui en adelante el mundo será mi libro, y la experiencia mi maestra. — Pero vos, añadió Lastenia, que sois tan grande detractor del estudio y de la ciencia, habeis no obstante consumido muchos años en los trabajos literarios. — Sí, Lastenia: fuese pasion ó demencia, que son sinónimos, á fuerza de estudiar me puse mas flaco que el pájaro de Minerva. Decia uno de nuestros filósofos, que viviendo se habia arrepentido de

tres cosas; la primera, de haber confiado un secreto á su muger; la segunda, de haber caminado por agua, pudiéndolo haber hecho por tierra; y la tercera, de haber pasado un dia sin hacer nada. Pues ahora bien: sabed que yo he cometido igualmente tres faltas graves; la primera, haber perdido el color sobre los libros cinco años enteros; la segunda, haberme casado; y la tercera, haber aceptado una rica herencia. — ¿Pero cómo estais arrepentido del matrimonio, teniendo una muger cariñosa, amable y bonita? — La cadena mejor dorada, respondió el filósofo, no deja de ser cadena; como ni la muger mas amable deja tampoco de ser muger. — Pero decidme, Ariston, ¿en qué os incomodaba una herencia que os enviaba la bondad de los dioses? — Desde aquel dia mismo, satisfizo Ariston, entraron en mi casa los cuidados, las incomodidades, los trabajos, los temores y la avaricia. Es una carga pesadísima la opulencia. Hay cuentas perdurables que ajustar, esclavos que mantener, pleitos que ganar, deudores que perseguir, edificios que reparar, y tierras que hacer valer. Si queria viajar, me lo estorbaban alternativamente las cosechas, las vendimias y las siembras. Si queria comer, no parecian mis cocineros. Faltábame el apetito, porque me tenia harto la abundancia. En fin, no digeria. En mi casa y en la calle estaba

circundado de falsos amigos que me importunaban á su sabor. Apenas me sentia algo malo, ya me rodeaban médicos y parientes, estorbándome el que me curara á mi modo. Ultimamente, cansado de mis riquezas, de mis libros y de mi muger, tomé un dia el partido irrevocable de echarme con la carga, y de romper todas mis ataduras. Empecé por mi muger: conocia yo á un jóven que la habia amado; pero que hallándose mas cargado de amor que de dinero, habia sido desechado por los parientes. Fuílo á buscar, y le dije sin ceremonias: ,, Sé que mi muger te agrada, y vengo á ofrecerte su mano: tengo noticia de tus bienes: yo me encargo de los gastos; y por regalo de boda te doy una granja no pequeña que tengo en Brauron, al pie del monte Pentélico, que nos da tan bellos mármoles." Y entonces, sin aguardar su balbuciente agradecimiento, lo agarré de la mano, y lo llevé á ver á mi muger. ,,Aqui tienes, la dije al entrar, á Filipo, tu nuevo esposo: es bueno y honrado, te ama y te conviene: seguidme ambos: vamos á casa del magistrado á pedir el divorcio. Nada respondió mi muger, porque quedó muda de puro asombro. Yo añadí entonces: Voy á presentar mi peticion al tribunal, para que os intimen la comparecencia en él." Cuando volví ya estaban nuestros amantes conformes, y se celebró el matrimonio.

Desembarazado de este lazo, aun me quedaba el de los bienes. Convidé á comer á mis dos hermanos, los cuales, como no eran ricos, acaso mirarian mi opulencia con alguna envidia, y me creerian un hombre dichosísimo, pues solo el sabio conoce la nada de las riquezas. Convidé al mismo tiempo á los mas de mis amigos. Fue la comida abundante y espléndida. El lugar de la escena era mi mejor casa de placer. Los bufetes y la mesa ostentaban toda mi vajilla de plata. Baco repartia sus tesoros. Todos alababan á porfía mi magnificencia y lo delicado de mi comida. Al concluirse trajeron un gran vaso de plata sobredorada con su tapadera. Todos los convidados se admiraron de ver aquella octava maravilla; y mis hermanos particularmente la celebraron, y exaltaron su trabajo. Díjeles que pues aquel vaso les parecia de algun precio, les rogaba que lo aceptasen con todo lo que contenia. Embelesados con el donativo se dieron prisa á destaparlo, porque lo juzgaban lleno de oro; pero no encontraron mas que unas tablillas viejas. Eché de ver al instante la baja que dió su regocijo, y me divertí mucho. Pero con todo, pedí á un amigo, que era buen lector, que nos leyese el contenido de las tablillas. ¡Cuánta fue la admiracion de la concurrencia y el júbilo de mis hermanós cuando oyeron que era una donacion que

yo les hacia de toda aquella plata, de todos mis muebles, y de todos mis bienes, no reservándome mas que una simple casa de recreo, con un bosquecillo y con una fuente, y algunas vasijas de barro, y una bella estátua de mármol colocada en medio del bosque, que habia yo erigido en honor de la naturaleza! Cortados mis hermanos y llenos de embarazo no sabian si aceptar ó si rehusar. Me instaron para que retractara mis beneficios, ó á lo menos para que me reservara mayor parte. — No, hermanos, les dije: mi resolucion es firme, y ved aqui sobre qué base la apoyo. ,, Un dia se llegó Antifon á Sócrates, que estaba entre sus discípulos, y le dijo: ,, Yo pensaba que la filosofía debia servir para hacer á los hombres mas felices, y me parece que os separais de este principio: vuestro modo de vivir es peor que el del menor esclavo: no hay alimento ni vestido mas miserable que el vuestro: jamas tocais diñero, y el dinero no obstante regocija al que lo posee, le proporciona distinciones y un cúmulo de placeres. En verdad, Sócrates, que si los discípulos siguen el ejemplo del maestro, les habeis enseñado una vida triste y desgraciada." — ,, Ya conozco, Antifon, le dijo Sócrates, que mas querriais morir que hacer semejante vida. Pero ¿os parece que me falta algo? ¿Notais que yo me queje del frio, del calor, de la hambre

ó de la sed? Vos creis que la felicidad consiste en la magnificencia; y yo creo que el que tiene menos necesidades se acerca mas á la divinidad: todos esos á quienes llamais ricos y felices estan contentísimos cuando tienen algun provecho: ¿juzgais que son menores las satisfacciones que causa la virtud?" Lastenia interrumpió á Ariston para preguntarle ¿si habiá imitado á ciertos Reyes que se habian arrepentido de la abdicacion de sus coronas? —Juzgad por lo que diré, respondió Ariston, de si puedo estar pesaroso. Ahora voy solo donde quiero; al mercado; á la plaza; al paseo, á pie, ó á caballo: cómo en el campo, en la ciudad; bajo una higuera, ó en mi cuarto, y á la hora que me place. ¿Tengo sueño? me acuesto: me levanto tarde ó temprano, á gusto mio: trabajo en mi jardin; abro un libro; ó estoy totalmente ocioso: en fin, todo lo hago segun mi capricho. ¿Tengo calor? tomó el fresco: ¿tengo frio? me caliento: ¿me cansa la ciudad? echo á correr á mi bosque, donde reino y vivo; y curado asi radicalmente de mi ambicion y de mi avaricia, exclamo con mi maestro Sócrates, tendiendo la vista por el aparato de la magnificencia y del lujo: „¡Cuántas cosas veo de que no necesito!"

## CAPITULO XLIV.

*Casa de Teofrasto. Sus máximas, sus opiniones. De la mosca de Ariston. Del templo de Esculapio; y de una escena que se representó en él.*

Habíamos llegado á la casa de Teofrasto, que ocupaba un amigo de Ariston. Recorrimos seguidamente un pórtico adornado con cartas geográficas: desde alli fuimos al museo en que aquel filósofo daba sus lecciones de historia natural. Leimos sobre el fronton de la puerta la inscripcion que estaba en el templo de Delos: „*La justicia es la alhaja mas preciosa que poseen los hombres: la salud lo mejor que hay; y el cumplimiento de los deseos lo mas agradable y mas dulce.*" Alrededor del museo habia varios alojamientos para servir de retiro á muchos filósofos. Nos paseamos despues por el jardin, que terminaba deliciosamente en las orillas del Iliso. Lastenia nos dejó, y se entró por un bosque, donde estaba la estátua de Teofrasto. Alli la encontré profundamente meditando. ¿Qué teneis? la pregunté. — Siento, me respondió Lastenia, ciertos afectos de ternura causados por el retrato de mi antiguo amigo, y por un dulcísimo recuerdo. Un dia que estaba yo aqui con él me dijo: „Hija mia,

llevo el peso de noventa y nueve años: he vivido bastante para conocer á los hombres: he visto en el curso de mi vida toda suerte de personas y toda casta de caracteres: siempre los he estado estudiando, y mi designio ahora es hablar de todas las virtudes y de todos los vicios. Este tratado será útil á los que vengan al mundo despues que yo, porque les propondrá modelos que puedan imitar." Mas no acabó la obra, añadió Lastenia, aunque alargó la carrera de su vida hasta ciento y siete años."

Despues nos acercamos á un gran estanque. ,, Aquí fue, me dijo Lastenia, donde dos meses antes de morir me habló aquel sublime filósofo de la corta duracion de nuestra vida. ,, En ese estanque, me dijo, hay carpas que tienen á lo menos ciento y cincuenta años de existencia. Observad que son tan ágiles y tan vivas como las carpas que he visto yo nacer. No diré con ciertos filósofos que los peces son inmortales: todo lo que tiene un orígen debe llegar á una muerte; pero los pescados que viven en un elemento uniforme, al abrigo de las grandes vicisitudes y de las injurias del aire, se conservan mas tiempo que los demas animales; y si las variaciones de la atmósfera son como se pretende las causas principales de la pronta destruccion de los seres vivientes, en este caso los peces que estan menos espuestos que los otros anima-

les, deben gozar de mas larga vida: aparte de esto, los huesos de los animales terrestres y sus partes sólidas se endurecen y se osifican con la edad; y cuando estan ya enteramente obstruidas, cesa el movimiento, y se sigue la muerte; en vez de que las espinas y los huesos de los pescados, como son de una substancia mucho mas blanda, no estan sujetos á aquellas obstrucciones que destruyen la vida, ó á lo menos, solo adquieren la fatal solidez por grados lentos é insensibles. ¡Ay! añadió: ¡yo he vivido casi la edad de una carpa! Lo pasado es nada: ¡mañana, pasado mañana, ó de aqui á pocos dias acabará mi sueño!" Aunque ha mucho tiempo que pasó esta conversacion, la tengo presente todavía. Tambien me acuerdo de que un dia que le estaba yo aguardando en aquella inmediata alameda, me divisó, y se vino hácia mí con paso apresurado y firme: me pareció como que se habia rejuvenecido. ,,¿Qué es eso? le pregunté: ¿qué viveza es esa? —,, Estoy picado, me respondió, de una aventurilla que acaba de sucederme. Vengo del mercado de Atenas, adonde fui á comprar legumbres. Ofrecí mi precio por las que compré." ,,Extrangero, me respondió la hortelana, no las doy á ese precio (a).

(a) En Atenas llamaban extrangero á todo el que no era del Atica misma; y llamaban barbaros á los que no eran Griegos.

— Pues, muger, la repliqué, ¿cómo sabeis que soy extrangero? — Lo conozco, me repuso, en vuestra pronunciacion." „Os confieso, me añadió el filósofo, que estoy maravilladísimo y muy mortificado de que (despues de haber envejecido estudiando en esta ciudad su lengua y su acento) se me conozca todavía la falta del que el simple pueblo posee naturalmente y sin trabajo."

Al salir de aquella casa nos separamos de Ariston, quien se rehusó obstinadamente á comer con nosotros, porque iba á hacer una comida campestre en su casita de recreo. „Pongo, nos dijo, la mesa en un bosquecillo junto á mi fuerte: un esclavo me lleva leche y vino, y algunos manjares en vasijas de barro. Se va, y me quedo solo con la naturaleza: bebo, me paseo y cómo, ya paseándome, ya recostado sobre la yerba: sigo con la vista los pájaros que sobre mi cabeza revolotean, y aquellas deliciosas comidas duran algunas veces mas de dos horas." Al despedirnos le preguntó Lastenia por su mosca, y si la solia ver aun alguna vez. — „No la veo, Lastenia: Agnódica me ha librado de ella para siempre." Asi que quedamos solos, pedí á Lastenia la explicacion de aquella mosca. „Ya habreis notado, Antenor, que ese hombre está marcado con el sello de la singularidad: os ha dicho que durante cinco años

se extenuó á fuerza de estudio. Cuando queria trabajar, se tendia en el suelo boca abajo rodeado de sus libros; y entónces creia que una mosca se le ponia sobre la nariz, la cual mosca, por mas que la espantaba, volvia y porfiaba en términos de desesperarlo. Consultáronse los mas hábiles médicos; pero su ciencia y sus remedios no alcanzaron á despegar á la tal hija del cielo (como uno de nuestros poetas la llama) de la nariz de Ariston, ó mas bien de su imaginacion. En fin, la célebre Agnódica consiguió la honra de hacer aquella curacion. Agnódica es una muger de mucho talento, que tenia tan irresistible inclinacion á la medicina, que se disfrazaba de hombre para asistir á las lecciones de Hierófilo. Las damas de Atenas se interesaron con tanto calor por aquella discípula de Hipócrates, que hicieron abrogar en favor suyo la ley que prohibia á su sexo el ejercicio de aquella profesion. Esta muger hábil fue, pues, consultada para Ariston por uno de sus amigos. Encargóse de la destruccion de la mosca. Lleváronla á casa de Ariston. Preguntóla este ¿qué es lo que veia sobre su nariz? — „Veo una mosca, respondió francamente Agnódica." Con esta oficiosa mentira inspiró confianza á su enfermo. Despues (con el semblante grave y meditabundo de un médico que quiere conocer los efectos y las causas) le hizo pre-

guntas relativas á las costumbres de la mosca, á su importunidad y á las horas en que iba y venia. Con arreglo á esta instruccion le ordenó pociones inocentes bajo pretexto de purgarlo. En fin, un dia dijo á Ariston, que iba determinada á extirpar la mosca. Sacó un cuchillito de su faltriquera, se lo pasó ligeramente por la nariz, y le mostró una mosca que habia llevado escondida en la mano. Ariston exclamó: ,, ¡ Hela ahí: esa es: bien la conozco! ¡ la misma es que me atormenta tanto tiempo há!" — De aquel modo lo curó de su vision aquella discípula del dios de Epidaura. ¡ Tan verdad es que la imaginacion es una maga que nos abulta fantasmas, que nosotros graduamos de realidades!

Fui con Lastenia al templo de Esculapio. Encontramos algunos hombres y un crecido número de mugeres. La estátua del dios está cubierta con una túnica y con una capa de lana blanca: no se le ve mas que cara, manos y pies. — ,, Qué estátua es esa, pregunté, que está junto al dios, vestida del mismo modo?" — ,, Es, me respondió Lastenia, la de Higia, su hija, que es una divinidad que yo invoco con el mayor fervor, porque lo que se llama en la medicina higiena, es el principio verdadero de la salud: prescribe el ejercicio y la sobriedad. Observad á esas mugeres: mirad como se cortan trenzas de su pelo, y las

cuelgan en la estátua del dios; y ved como otras cuelgan tambien tablas pintadas." — Esas serán ofrendas, interrumpió Antenor, para pedir al dios la salud, ó para darle gracias de haberla conseguido. — Lo son, dijo Lastenia: acuden en tropas para solicitar la salud del cuerpo; mas á ninguno se le ocurre implorar á Esculapio para que le dé genio benigno y alma honrada, sensible y agradecida; á ninguno se le ocurre pedirle que lo cure de la vanidad, de la envidia y de los demas vicios inherentes al corazon humano."

En aquel instante vimos entrar en el templo á una muger ricamente vestida, de edad madura, y acompañada de muchos esclavos. Todos pusieron en ella los ojos: iba á consultar al oráculo: su andar era lento y cansado: y en la cara se la notaba una cierta impresion de languidez y de tristeza; acercóse penosamente, y se quejó al dios de lo suno de su cansancio. — ,, Eso consiste, respondió el oráculo, en que venis de lejos. — Dios de Epidaura ¿qué haré? por la noche no tengo apetito. — Es preciso comer á medio dia poco, respondió el oráculo. — Padezco frecuentes pervigilios ó vigilias, y tengo el sueño fatigoso é inquieto. — Levantaos temprano. — Pero yo, dios de Epidaura, me voy poniendo pesadísima, y el ejercicio me abruma. — Servios de las piernas. — Mi vida es melancólica, y me fasti-

dia. — Ocupaos: trabajad. — El vino me incomoda: no puedo con él. — Pues bebed agua. — Tengo indigestiones. — Guardad dieta. — Ya no tengo la misma fuerza ni la misma salud que tenia. — Es porque vais envejeciendo. — ¿Y qué medios habrá, dios de Epidaura, para curar de esta languidez? — El mas corto, Teoxena, es el de moriros, como lo hicieron vuestra madre y vuestra abuela. — Hijo de Apolo, ¿qué consejo me dais? ¿es esa la ciencia tan celebrada por la cual os venera toda la tierra? Ya me sabia yo todo cuanto me habeis dicho. — ¿Por qué, pues, concluyó el oráculo, no hicísteis uso de ello sin venirme á buscar desde tan lejos?"

Dicha escena dramática entre el oráculo y aquella muger nos entretuvo mucho. Supimos de uno de sus acompañantes que era natural de Olimpia, y riquísima; y que hallándose muy apesadumbrada de envejecer, viajaba por inquietud, creyéndose siempre enferma y cercana á morir, y que habia ido á consultar al oráculo sobre sus males imaginados.

## CAPITULO XLV.

*Incidentillos. Respuesta de Lastenia á la proposiciom de matrimonio. Bellos rasgos de su carácter.*

Al entrar en su casa halló Lastenia á su padre en cama, á causa de una indigestion violenta. Mandó cerrar la puerta de la casa. No puede explicarse el cuidado y la ternura con que aquella amable hija asistia al autor de su vida. No lo dejó un momento, y olvidó la lectura, los paseos, las diversiones y todo. Ella misma fue su médico, porque estaba versada en la medicina, y condujo tan bien la curacion que en poco tiempo recobró la salud aquel honrado anciano.

Tantas virtudes unidas á su dulzura, á su prudencia y á su talento, me afirmaron en la determinacion de unir mi destino al suyo. Segun mi impaciencia tardaba ya mucho su respuesta; pero como la vi tan afligida no me atreví á instarla. Asi que cesó el peligro de la enfermedad de su padre, y que se la tranquilizó el ánimo, fue á buscarme, juntamente con su hermana, al jardin: alejóse esta un poco, y recordé á Lastenia su promesa, y la decision que esperaba. — „He reflexionado en ello, me satisfizo, y no tardaré en explicarme. Pero reparad en

Telesila como viene corriendo: apuesto á que os trae flores. En efecto aquella muchacha linda me presentó un ramillete de jazmines y de alelies; y al instante, sin aguardar á que la diera gracias, desapareció para ir á tocar la cítara entre unos árboles. Llevóme su hermana al cenador de las gracias, cuya memoria me era tan grata, porque me representaba el feliz instante en que encontré á Lastenia, á quien buscaba creyéndola perdida, y á quien acusaba de ingratitud. Sentéme junto á ella. Vengamos ahora, Antenor, me dijo, á la respuesta que os debo relativa á nuestro matrimonio. He reflexionado mucho en ello. Confieso que mi corazon ha defendido vuestra causa. y me ha presentado el cuadro seductor de la felicidad de dos esposos ligados por el amor, por la obligacion, por la confianza, y por unos mismos intereses. He peleado, he sentido agitaciones; pero en fin, ha salido victoriosa la razon. Ni conviene el matrimonio á mi genio, ni á mi situacion, ni á mis costumbres. He enviado por mi padre para cuidar de su vejez; y en esto cumplo con la obligacion mas sagrada de todas. Mi hermana ocupa una parte de mi tiempo; porque es una tierna planta que cultivo con delicioso cuidado. — Ved aqui mi régimen de vida. En invierno y en verano me levanto con el sol, porque me bastan cinco ó seis horas de sueño. Paso un par de

ellas en ocupaciones literarias. Empleo seguidamente algunos instantes en los cuidados domésticos. Estas menudencias, que parecen tan fastidiosas á los mas de los literatos, son mas fáciles que se piensa, cuando el orden está establecido, y la máquina montada. Solo los indolentes ó los flacos de ánimo descuidan sus negocios, y tienen por cansados unos quehaceres que resuelve y termina con facilidad una cabeza bien organizada. El mismo Xenofon escribió sobre la ecónomia doméstica. Despues de este trabajo voy á abrazar á mi padre, luego me paseo con Telesila por el jardin; y es una alameda separada nuestro líceo. Allí estudiamos y discurrimos. Yo la hago recitar versos para adornar y fomentar su memoria, y para purificar su pronunciacion. Un cuadrante horizontal, cuyo conocimiento nos viene de Babilonia, arregla el tiempo de nuestras lecciones, despues nos vamos á reunir con nuestro padre, y tomamos el desayuno: frutas, leche, y miel son nuestros únicos alimentos hasta la tarde, en que, segun el uso de los Atenienses arreglados, hacemos nuestra mejor comida. Acabado el almuerzo llega el instante de la recreacion; pero de una recreacion sana y útil; visitamos nuestra pajarera y nuestras gallinas; llamamos á los polluelos, que acuden, guiados por su madre, á recibir nuestro tributo alimentario, y regamos nues-

tras flores, y á veces con el escardillo podamos nuestros árboles y plantamos otros. El jardinero nos dirige y nos instruye en un arte tan útil, tan agradable, y tan ignorado de los mas de los hombres. Despues de estos recreos, vuelvo á mi gabinete; ó bien, acompañada de un solo esclavo, y llevando mis tablillas y un libro, me extravio á lo lejos por el campo; y á mi vuelta ya es la hora de nuestra gran comida. Encuentro en mi casa amigos, hombres amables, y algunos filósofos, que me estan aguardando, y acabo con ellos lo que queda de un dia rápido y feliz. Solo es amable y sólida la sabiduría con esta acertada mezcla de placeres, de trabajos y de obligaciones que impone. No me sujeto á este sistema de vida por una ley inflexible, porque eso seria arrastrar una cadena: es necesaria alguna variedad: los espíritus tan metódicos son apocados y menudos. En fin, yo vuelvo á mi camino siempre con nuevo placer. Ya veis què mi vida es lo mas dulce que puede razonablemente esperarse en esta tierra tempestuosa. Gozo salud, tengo medianos bienes que me bastan, y me saboreo con las satisfacciones del corazon y del espíritu. Me preparo á dejar todo esto, y cada dia que vuelvo á respirar lo recibo como un beneficio de los dioses. Si me sometiera al yugo matrimonial seria forzoso cambiar mis costumbres, é imponerme nuevas obligaciones.

—¿Y por qué, Lastenia, no habíais de continuar siendo señora absoluta en vuestro imperio? — No, Antenor: sé muy bien que los déspotas no se dan á querer. El marido mas honrado y complaciente tiene sus gustos y sus resabios particulares; y no podria contradecirlos ú oponerme á ellos de continuo sin experimentar á veces instantes desabridos, que acaban resfriando al ánimo y encrespando el genio. Por mi parte confieso, que mientras mas hiciese por mi marido, mas consideraciones y condescendencias le deberia yo: mis obligaciones y mi razon me mandarian hacer sacrificios. Sucede en el matrimonio lo mismo que en la creida libertad civil. Un dia que algunos Atenienses se jactaban en mi presencia de la libertad republicana que disfrutaban, les dije: „Os creeis libres en el recinto de de vuestros muros por las leyes del estado, y sois esclavos por las de la sociedad; pues teneis empleos que pretender y con que cumplir, hombres que contemplar, favor del pueblo que pedir, traiciones que evitar y que prever, y, sobre esto, obligaciones de urbanidad, que son mas rigorosas que las de la naturaleza, y una violencia continuada en el vestido, en el porte, en las acciones y en las palabras.” Asi es el himeneo: exije una reciprocidad de atenciones y de miramientos que ponen trabas á la libertad. De manera (que para reasumir-

me) mi partido está ya tomado: renuncio á un empeño, cuya perspectiva pudo seducir mi corazon, pero mi razon no. Los mas de los humanos son infelices porque no saben apropiarse la parte de felicidad que les conviene: consultan con las ideas vulgares y no con su carácter y con su corazon. ¡Cuántos hombres hubieran sido mas dichosos bajo el humilde techo de una cabaña que bajo artesonados resplandecientes de oro! No obstante lo dicho, Antenor, como os quiero, y como conozco que vuestra compañía ameniza y recrea dulcemente mi existencia, he meditado un proyecto cuya ejecucion me colmará de gozo. Mi hermana Telesila tiene talento, aptitud é instruccion; conoceis su habilidad en la música: yo misma os he oido alabar su persona; su alma es sencilla, cariñosa y sensible; y en fin, es tal, que me parece la puedo aplicar aquel verso gracioso de uno de nuestros poetas:

„Mas que la flor promete será el fruto."

Ved, pues, si la hermana de vuestra amiga con estas cualidades puede merecer algun lugar en vuestro corazon.—Preocupóme de tal manera el final de aquel discurso, que me quedé intensamente meditando.—Con que, Antenor, ¿cuál es vuestra respuesta?—Me pedisteis, Lastenia,

un dia para responder á mi proposicion, y yo os pido un mes para reflexionar sobre la vuestra. — Es sobradamente largo el término, Antenor: os concedo veinte y cuatro horas: mirad que es mi hermana, mi tierna amiga, y otra yo propia la que aqui os ofrezco: que este himeneo aprieta mucho mas el dulce lazo de nuestra amistad, y que nuestras vidas como dos manantiales reunidos correrán confundidos entre sí. Pensad en que si me dais una repulsa, no podemos habitar mas bajo un mismo techo, ni descansar en la misma soledad; ¡y qué gustoso no es para dos almas sensibles ver nacer y acabar el dia una al lado de la otra; encontrarse sin cesar, separarse sin dejarse, y estar ausentes como si se estuvieran viendo! Pero si nos separamos para vivir cada uno en su casa (como es preciso hacerlo si no os confirmais con mi proposicion), en este caso, por mas que la amistad nos aproxime, y que una nuestros corazones, estaremos separados por las leyes de la decencia, y no podremos vernos largos ratos. — ¡Ay Lastenia! conozco la felicidad de confundir mis dias entre los vuestros, de respirar el mismo aire, y, por decirlo asi, la misma vida; pero ¡qué sacrificio tan tremendo me exigis! — Creed que ninguno, Antenor; á lo menos de los pertenecientes al corazon. Os unireis á mí por dos razones muy fuertes, esto es, por las de ser mi her-

mano y mi amigo. — Yo hube de callar penetrado de pesares y de ternura. Lastenia se levantó diciendo: ,, Veo que es menester daros tiempo para reflexionar: mañana vendré á recibir vuestra respuesta aqui en este mismo cenador; y entre tanto pensad que los hombres deben, en muchos casos, semejantes á una rama ligera, dejarse llevar como ella sobre la superficie del agua, porque la sobrada reflexion produce incertidumbres y cabilaciones." Se fué, dicho esto; y yo á pasearme y á meditar entre unos plátanos, tan agitado como la hoja desasida que los vientos se disputan. Encontréme con Telesila, que estaba tan perturbada como yo, pero por causa bien diversa: iba en busca de su perrillo, que se la habia perdido: confióme su pena, y me pidió que se lo ayudara á buscar. — Lo haré con mucho gusto, la dije; pero si le encuentro ¿cual será mi reconpensa? — Haré que mi hermana os dé un abrazo. — Y vos, Telesila, ¿no me dareis nada por vuestra parte? — Nada, nada, porque mi moneda no tiene el mismo valor. — Yo me puse á buscar al perrillo, y di con Lastenia, que lo habia ya encontrado. Llamamos á Telesila; y asi que llegó participé á Lastenia nuestro tratado. — Yo no pago, me dijo esta, deudas agenas: mi hermana que la ha contraido que la pague. — Si lo quereis asi, dijo la muchacha, que sea; pero os preven-

go que Antenor no tendrá el mismo gusto, porque el otro dia dijo que no era aficionado al vino nuevo. — ¡Oh! exclamé abrazándola, ¡hay vino y vino! — Aquella escena alegre y chistosa calmó mi agitacion; y mi alma descansó algunos instantes entre ideas mas suaves y halagüeñas. Fuimos á comer. Lastenia, mientras comíamos, hizo entonar á Telesila la cancion del cenador. Tuvieron mucho aplauso su voz y sus coplas, y se envidió la felicidad del que consiguiera reconciliarla con el amor; y Lastenia me dió á entender con una mirada que yo seria.

Llegó en fin el momento en que habia yo de dar una respuesta terminante. Pasé al cenador, donde ya me aguardaba Lastenia. Díjome asi que entré: „¿Soy vuestra hermana, ó no mas que una simple amiga? — Mucho me apretais, Lastenia: esta noche no he dormido. ¡Renunciar á Lastenia, que desde tres años á esta parte es mi único pensamiento, y la única querida de mi alma, es un esfuerzo que me destroza! Fuera de que ¿me asegurais del modo de pensar de Telesila? ¿mira ella vuestros proyectos con los mismos ojos que los mirais? — Ha ya tiempo, Antenor, que la preparo para este himeneo. He sembrado en su corazon la primer simiente de ternura; y la he cultivado y desarrollado. Ayer la pregunté ¿si se casaria con vos de buena

gaña? y me respondió que sí, porque amabais á su perrito."-- En aquel mismo punto entró Telesila: yo me quedé cortado, Lastenia lo conoció; y se sonrió: Telesila, que creyó inoportuna su presencia, estaba como encojida y su hermana la dijo: „De tí hablábamos y de tu boda venidera." Al oir esto coloreó las mejillas de aquella muchacha amable un bello color de rosa; y yo añadí: „A pesar de vuestros ruegos, amiguita mia, el mismo amor quiere daros un esposo: ¿á quien ha de parecerse para tener la dicha de agradaros?— Al que me alcanzare corriendo," respondió; é inmediatamente echó á correr. Yo fui tras ella, y la alcancé al instante. La volví al cenador, y Lastenia me dijo entonces: „¿Puedo abrazar á mi hermano?" y sin aguardar mi respuesta me echó al cuello los brazos. Aquella demostracion fijó mi destino: la pedí, no obstante, algun tiempo para borrar unas impresiones sobradamente vivas, y para esculpir en mí el amor que merecia la apreciable Telesila. „Un año os doy, me dijo Lastenia, y con tanta mas razon, cuanto el himeneo es un fruto todavía muy prematuro para ella. Mientras tanto ireis á casar á vuestro amigo Fánor con la preciosa Ateñais." Quedó, finalmente, concertado mi matrimonio con la hermana de mi amiga.

Aun permanecí dos meses entre aquella atractiva familia, tratado y acariciado co-

mo hijo de la casa. Telesila, aunque siempre sencilla y llena de candor, se mostraba mas tímida y mas reservada en sus expresiones, y me iba aficionando á ella mas y mas. La estimacion y el aprecio iban cada dia debilitando el afecto que yo tenia á Lastenia; y me admiraba yo mismo de mis primeros deseos, y particularmente de haber podido triunfar un instante de una virtud tan sólida y tan pura. Acaso que su única flaqueza (ventajosamente reparada), lejos de obscurecer su fama, aumenta su esplendor; y cuando esto fuese una culpa á los ojos del severo estóico, ¡con cuántas virtudes no la expió! Para dar á conocer su alma citaré, entre muchos rasgos de veneficencia, de generosidad y de valor que honran su vida, los tres siguientes, que se verificaron á mi vista.

Un labrador, que poseia un campito inmediato á la casa de campo de Lastenia, fue á rogarla que se lo comprara. Aquel rinconcillo de tierra la convenia; pero sin embargo le preguntó ¿por qué queria venderlo? — „Lo vendo con mucho pesar, respondió; pero me veó precisado, tengo acreedores desapiadados que me persiguen. — ¿Cuánto debeis? preguntó Lastenia. — Mucho, señora, respondió el labrador: debo hasta dos talentos. — Pues voy á dároslos, amigo, y os quedareis con vuestra tierra. Y si algun dia llegareis á ser mas rico, me los

volvereis." Oigase ahora un suceso que indica no solo intrepidez, sino mucha grandeza de alma.

El filósofo Anaxágoras, llamado el Ingenio, fue acusado por sus enemigos de irreligion y de ateismo, no obstante haber sido el primero que reconoció una inteligencia suprema que habia desembrollado el caos. Dióse órden para prenderlo: Anaxágoras lo supó, salió de Atenas, y se refugió á la casa de recreo de Lastenia, la cual lo ocultó muchos dias, y luego lo dejó en libertad. Unos delatores, informados de aquella infraccion de la ley; denunciaron á Lastenia, y se vió mandada comparecer para dar cuenta de su conducta. La ley decretaba muerte para aquel delito. Toda la casa se llenó de turbulencia, de terror y de despecho: veia yo á sus esclavos y á sus criados gemir, verter lágrimas, y hacer mil locuras; y su padre, hermana, amigos, y yo mismo, consternados y fuera de nosotros, la circundábamos y la estrechábamos entre nuestros brazos. Conmovióse Lastenia al ver tan vivas señales de amistad y de adhesion; pero nos consolaba y nos sosegaba, asi por su serenidad, como por sus discursos. „He cumplido con mi obligacion, nos decia, y me parece que nada tengo que temer." Y luego añadió en voz baja: „Se tarda tan poco en beber un baso de cicuta....." La acompañamos al tribunal.



Uno de los jueces la preguntó con cara austera ¿si era verdad que se habia atrevido á dar asilo á Anaxágoras, que era un proscripto? — „Sí lo es, respondió ella con la calma de la inocencia y con la seguridad del valór; pero yo no recibí en mi casa á un delincuente de estado, sino á un sabio, que es mi protector y mi amigo. Me hizo mucho bien, me socorrió en mis reveses; y como lo vi desgraciado y condenado á muerte, le salvé la vida exponiendo la mia: ¿podia yo rehusarle mis auxilios sin cometer la mas negra ingratitud? Si ofendí la ley, mi sangre lavará la transgresion; pero si hubiera vulnerado las leyes de la amistad y gratitud, ni aun la pérdida de mi vida hubiera podido reparar mi vergüenza." Esta respuesta excitó la admiracion general; y los jueces, lejos de infligirla pena alguna, la despidieron elogiándola.

Cleon, hijo de un curtidor, habia adquirido, con su audacia y con sus obscuros manejos, grandísima autoridad sobre el pueblo, y solicitaba, aunque era malísimo guerrero, el mando de los ejércitos. Fue á suplicar á Lastenia que lo recomendara con su crédito á algunos sugetos de importancia que la visitaban. Convencida Lastenia de su incapacidad, se lo negó diciéndole, que ella no conocia sus talentos militares. Cleon quedó picadísimo de la

repulsa y de la respuesta. Cuando previnieron á Lastenia que Cleon no la perdonaria aquella ofensa, replicó: „Que mas queria reñir con Cleon que consigo propia."

Los seis meses de dilacion prefijados por Arístides iban ya á espirar. Fánor me instaba fuertemente en sus cartas para que apresurara mi partida. Fuéme, pues, preciso dejar aquella risueña morada, donde pasaba tan dulcemente mi vida; donde despues de un pacífico sueño, mis primeros pensamientos eran complacencias y conmociones agradables; y donde por la noche, al cerrar los párpados, soñaba en la felicidad del siguiente dia.

## CAPITULO XLVI.

*Hermosura del pais de la Diacria. Residencia de Antenor en Oropa. De la fiesta de Hiacinto. Nueva muestra de locura en Arquias. Noticias sobre Píndaro. Partida para Sardes con Fánor. Matrimonio de este último. Su vuelta á Tebas con Arístides y con su familia. Muerte de Ciro el jóven. Muerte de Arístides*

Partí para Oropa, donde el sabio y honrado Diocles me habia, en otro tiempo, acogido tan bien. Me figuraba yo que tendria gran gusto en volver á ver aquella fa-

milia apreciable. Atravesé la Diacria. En mi viage primero no advertí las bellezas de aquella comarca, porque era de noche, y lo sumo de mi dolor me interceptaba todas las facultades morales.

Se halla en la Diacria el camino mas hermoso de la Grecia: es un paseo continuo por entre bosquecillos de laureles y de rosas.

Al llegar á la casa de Díocles, lo primero que vi delante de ella, á la sombra de una higuera, fue á la amable Crísila, que estaba limpiando unas yerbas, y á dos niños que jugueteaban á sus pies. Dió Crísila un grito de gozo al verme, y se vino á mí corriendo. Asi que nos abrazamos le pregunté por su padre y por su marido. — „Filotas, me respondió, está en el campo trabajando. Pero mi padre ¡ay! no está ya entre nosotros, porque habita en los campos elíseos. Acabó su carrera en nuestros brazos, diciéndonos: „Voy á unirme á mi querida Eufemia, de la que ha ya doce años que estoy separado." Lo hemos llorado mucho, y cada dia lo lloramos mas. Vi que al decir esto Crísila se la arrasaron los ojos de lágrimas. Para distraerla la hablé de sus hijos, los acaricié, los alabé, y despues nos fuimos á buscar á su marido, que estaba excavando en una roca, para su querida Crísila, una gruta empezada ya á formar por la naturaleza, á cuyo pie serpen-

teaba un arroyuelo. Preparábala aquel abrigo para guarecerla contra los ardores del bochorno. Aquella amable pareja me acogió como si fuera hermano suyo. En Filotas hallé un hombre instruido en la moral, en la política y en la economía rural. Celebráronme mucho la dulzura y el sosiego de su vida. Amábanse como el primer dia que se casaron. Tenian dos hermosos niños; amigos que iban á divertir su soledad; y trabajos moderados que les metian en casa la abundancia.

Al otro dia, al apuntar la aurora, fuimos todos juntos al sepulcro del sabio Diocles, cuyas cenizas guardaba la misma urna de su amada Eufemia. Padre, madre, hijos y yo evocamos su sombra, hicimos las libaciones de costumbre, y echamos flores sobre su tumba.

Proponíame yo partir para Tebas acabada aquella ceremonia: íbame á despedir de aquellos buenos y dichosos agricultores, que gozaban del reposo sin ociosidad, de la abundancia sin superfluo, y de una vida libre de inquietudes y de remordimientos; pero cargóse el cielo de nubes, y Crísila me instó con tanta gracia y verdad á que difiriera mi partida hasta el dia siguiente, que no obstante el vivo deseo que me arrastraba á Tebas, cedí sin dificultad á sus instancias cariñosas. Me estuvo bien hacerlo, porque la atmósfera acabó de obscure-

cerse, las nubes se amontonaron, y luego despidieron, torrentes de agua. Nos sentamos alrededor del brasero sobre que se guisaba la comida. Crísila componia y soplaba el fuego. A su lado estaban sus chiquillos juguereando y queriendo tambien soplar. Filotas hablaba conmigo, adelgazando al mismo tiempo con un cuchillo las puntas de los rodrigones que habian de sostener sus viñas. Me dijo que el año antes, viajando por la Laconia, y hallándose casualmente en Amicles, habia asistido á la fiesta de Hiacinto. — Tengo curiosidad, le repuse, de saber menudamente lo que pasa en esa fiesta, y con tanta mas razon, cuanto yo creí haberla visto mientras estuve en Esparta; pero una aventurilla de mi amigo Fánor precipitó nuestra marcha y me privó de aquel gusto. — Satisfaré fielmente, interrumpió Filotas, vuestra curiosidad, porque he sido testigo ocular y atentísimo.

,,Ya sabeis que Amicles no dista mucho de Esparta. — Sí, Filotas: he pasado por esa ciudad yendo á Gitio. — Pues en ella es, Antenor, donde en el mes de Hecatombeon (Julio) se celebra dicha fiesta. El sepulcro de Hiacinto está en el templo de Apolo bajo la estátua de este dios, cuya basa está construida en forma de altar: sobre la tal basa se hallan representadas de relieve Ceres, Proserpina y Pluton, y se-

guidamente las parcas y las horas. Junto á ellos se ve á Venus, á Minerva y á Diana, que roban del cielo á Hiacinto, juntamente con su hermana Poliboe, que murió vírgen. El dia de la solemnidad, antes de que los sacerdotes hagan sacrificios á Apolo, abren una puertecita de bronce, que está al lado izquierdo del altar. Todos los Lacedemonios acuden á aquella funcion. Queda desierta Esparta. Por tres dias continuos se hacen sacrificios á Hiacinto. El primero es un dia de luto y de tristeza, porque se llora la muerte de aquel bello hijo de Clio; se destierran las coronas de las comidas; se comen tortas en vez de pan; no hay cantos ni himnos en honor de Apolo; se suprimen todas las ceremonias de uso, y todo cuanto puede recordar la alegria de los dias festivos; las comidas son molestas y silenciosas; y despues de todo esto cada cual se va á su casa guardando el mismo silencio.

Con la luz del segundo dia volvieron la algazara y las diversiones. Representaron varios espectáculos, á que asistieron los mas distinguidos personages. Llegaron unos niños, de hermosa figura, vestidos de blanco, coronados de rosas y de mirto, y cantaron acompañando sus voces con flautas ó con cítaras. Despues unos jóvenes, ágiles y bien formados, montados en caballos arrogantes, ricamente enjaezados, caracolearon y se pasearon por el teatro. Tras de

estos vinieron otros jóvenes que cantaron, ya unidos, ya alternativamente, versos análogos á la solemnidad del dia. Mezcláronse con ellos algunos bailarines, y ejecutaron danzas antiguas al sonido de la flauta.

En medio de aquellos juegos se presentaron unas muchachas parecidas á las ninfas de Diana, con la sonrisa en los labios, y con la alegria en el corazon. Unas iban sobre magníficos carros; y otras armadas como unas guerreras se presentaron sobre otros destinados á las batallas. Acabados los espectáculos, se empezaron los sacrificios. Inmoláronse muchas víctimas. Toda la ciudad respiraba placeres y gozos. Diéronse convites, á que fueron admitidos los esclavos. El vino, los buenos manjares, las risas, los chistes y las cantinelas animaron y embriagaron á los asistentes, y con aquellas comidas terminó la ruidosa fiesta de aquel dia. Al siguiente, que fue el tercero, tomó nuevo aspecto la ciudad. La melancolía y el silencio sucedieron á los clamores de la solemnidad, y lloraron de nuevo la muerte del bello y desventurado Hiacinto.

La antecedente narracion, y algunas otras cosas mas, ocuparon el tiempo hasta la hora de comer. Al sentarnos á la mesa noté que habia un lugar desocupado. Comprendí que era el de Diocles. Hablé á sus hi-

jos de ello. — Ese lugar, me dijo Filotas, nunca se verá ocupado: es un homenage que tributamos á Díocles; y ademas queremos mantener una ilusion que tan halagüeñamente nos engaña. Parécenos que aquel buen padre está con nosotros; y algunas veces hablamos con él, y creemos que nos oye, y que se goza con nuestra conversacion. Empezó lo comida por las libaciones. Filotas derramó leche sobre el fuego en honor de los dioses lares de la casa. Al finalizar la comida quemó medio pichon que habia reservado en honra del buen genio de Díocles y de los dioses manes. Pregunté por Arquias, aquel amable loco, cuyo juicio habia trastornado el amor. Sonrióse Filotas con mi pregunta, y me dijo: Con eso me recordais tambien mis accesos de locura; porque ¿qué hombre no ha tenido algun granito de ella? Pero mi locura ya no existe; y la de Arquias va siendo cada dia mayor.

,, Ultimamente vió entrar en el templo de Juno á una jóven que iba á casarse: entró acompañada de su familia, de su prometido esposo, y de toda la pompa de aquella ceremonia. El infeliz al ver aquello, se apasionó, se inflamó, se acercó, se puso junto á ella, y cuando el sacerdote tomó la mano del marido para ponerla en la de la muger, presentó Arquias la suya, y costó mucho impedirle que no agarra-

ra la de la novia. Con todo su cabeza fermentó, y se tuvo por marido de la hermosa Mirta, que asi se llamaba la nueva esposa: y al salir del templo siguió á los desposados bailando y cantando un epitalamio. Ya sabeis cuanto veneran los Griegos á los locos, pues los creen inspirados por la divinidad (*a*). No se atrevieron á ponérsele, y lo dejaron sentarse á la mesa del convite. Tripudiaba de alegria, y saltaba de contento, viéndose cerca de poseer una muger tan linda. Su enagenamiento, sus ojos inflamados, sus expresiones, sus gestos, sus contorsiones, y cuanto habia en él, todo manifestaba el delirio de su corazon y de su cabeza. Excitaba alternativamente á risa, á lástima, á cólera y á indulgencia. Acabada la comida fue mas serio el asunto, porque quiso llevarse á su creida esposa, jurando que era suya, que se habia casado con ella, y que habia de pasar con ella la próxima noche. Con dificultad pudieron contenerlo y arrancar á Mirta de sus manos. Asi que vió que no podia llevársela, se pasó al cuarto en que ardia el hacha nupcial [33]. Ya se habia quitado la capa y la túnica (*b*) cuando llegaron los recien casados. No pudieron aquietarlo porque decia á voces que se habia

(*a*) Los Turcos tienen la misma preocupacion y las mismas opiniones. Veneran á los locos.

(*b*) Los Griegos dormian del todo desnudos.

casado con mirta, y que queria quedarse á solas con ella. Como no pensaban en emplear la fuerza, recurrieron á la astucia. Hicieron desaparecer á Mirta, y dijeron á Arquias que se habia ido á su casa, donde lo aguardaba, y que iban á trasladar allá el hacha pupcial. En efecto, lo sacaron de alli, y quedaron libres de su locura. Reí mucho el suceso, aunque compadeciéndome del pobre Arquias.

Al dia siguiente toda la casa despertó con la aurora, y nos separamos despues de una despedida muy tierna. Llegué á Tebas antes de anochecer. Ya Fánor acusaba mi lentitud. Fijóse nuestra partida para el dia despues. Aprovechéme de aquel poco tiempo para visitar la ciudad y algunos templos. Vi el de Hércules, cuya estátua es de mármol blanco, y en cuya bóveda grabó Praxiteles los doce trabajos de aquel semidios. Hácia la puerta Homoloida, sobre una colina, está el templo de Apolo Ismenio, llamado asi á causa del rio Ismeno, que corre á sus inmediaciones. Los Tébanos eligen actualmente un niño de casa distinguida, de buen parecer, y de estatura grande, para revestirlo del sacerdocio de aquel dios. Dan al niño el nombre de Porta-laurel, porque lleva en efecto corona de laurel en la cabeza. Los Porta-laureles que son ricos no dajan de ofrecer á Apolo una trípode de bronce. A la entrada del templo hay una

Minerva de Escopas, y un Mercurio de Fidias. A pocos pasos mas arriba corre una fuente, consagrada á Marte, la cual en otro tiempo hizo este dios guardar por un dragon.

El teatro está junto á la puerta Prœtida. No lejos de alli, sobre un cerrillo, se ve el sepulcro de Anfion y de Zeto, circundado de piedras irregulares y toscas. Dícese que son las que Anfion atraia con la dulzura de su canto.

Pedí á Fanor que me llevara al sepulcro de Píndaro, de aquel Príncipe de los poetas líricos, que á pesar de la preocupacion de los Griegos contra los Tébanos (*a*), es comparado á Homero, porque concilió la vehemencia de las figuras, la osadía de las metáforas, y la viveza de las expresiones, y tambien el número y la armonía, con la dulzura y con la belleza de las imágenes. En el camino me contó Fánor algunas particularidades de la vida de aquel favorecido de las musas. Aprendió el arte de los versos de una muger llamada Mirtis. Cuéntase que viajando un dia de verano, cuando era muy jóven, se vió tan fatigado del calor, que se echó á la sombra de su copado árbol y se durmió. Mientras su sueño sobrevinieron unas abejas, y se posaron sobre sus labios, dejando en ellos unas gotas de

(*a*) *Bœotum in crasso jurares œre natum.*

miel, que fue un feliz presagio de lo armonioso y dulce de sus cantos. Su glorioso nombre se extendió en breve por toda la Grecia, que idolatraba las producciones del ingenio. Un oráculo de la Pitia puso el colmo á tanta gloria, mandando á los habitadores de Delfos que diesen á Píndaro la mitad de todas las primicias que se ofreciesen á Apolo. Pero aquel gran poeta fue cinco veces vencido en los juegos olímpicos por la célebre Corinna; bien que esta musa, que era muy inferior á su antagonista, no tanto debió sus coronas y triunfos á la consonancia de su lira, cuanto á su hermosura.

„Fue Clio despreciada,
„Y á Venus la manzana adjudicada."

Píndaro, que era iracundo como todo poeta (*a*), se vengó con epígramas y bufonadas punzantes. Dícese que al fin de sus dias tuvo un sueño ó una vision. Se le apareció Proserpina, y se le quejó de ser la única divinidad que no habia celebrado en sus versos, y añadió: „ya llegará la mia en teniéndote en casa." Asegúrase que murió diez dias despues de aquel sueño, de muerte repentina, en el teatro. Habia en Tebas una muger venerable, parienta suya, que

(*a*) *Genus irritabile vatum.*

cantaba sus odas con mucha expresion y gracia. Una noche vió en sueños á aquel poeta, quien la cantó un himno que acababa de componer en honor de Proserpina. Dicha muger, al despertar, se acordó de la oda, y la escribió. — Pero el famoso Píndaro, á pesar de las glorias de que hacia partícipe á su patria, fue condenado á una multa crecida por haber dicho en una oda que Atenas era el apoyo de la Grecia (*a*). Los Atenienses le dieron el doble de la suma que debia pagar, y le erigieron despues una estátua delante del templo de Marte, y junto á las de Harmodio y de Aristógiton.

Mientras la narracion salimos por la puerta de Prœtida, y llegamos al pie del estadio, que lleva al sepulcro de Píndaro: dicho estadio figura una plataforma: á su extremo, volviendo hácia la derecha, entramos en la liza de la carrera de caballos: está el sepulcro en medio de la liza: es de estilo sencillo: lo sombrean cuatro cipreses, colocados en los cuatro ángulos: dos cipos, ó columnas, adornan los dos lados: sobre el uno está esculpida, en bajo relieve, una lira que tiene sobrepuesta una corona de laurel; y sobre el otro se ve á Píndaro, todavía niño, que duerme; y sobre sus labios reposando unas abejas, y otras revo-

(*a*) Esta oda no nos ha llegado.

loteando alrededor. Echamos flores sobre su tumba, llamamos tres veces á su sombra, recitamos su segunda oda olímpica, en que hace una pintura tan graciosa y tan risueña de los campos elíseos, y al separarnos lo encomendamos á los dioses manes.

No me permitió el enamorado Fánor estar mucho tiempo en Tebas [34]. Partimos al siguiente dia, asi que el pájaro de Marte (*a*) lo anunció. Marchamos con toda la posible diligencia. Nos embarcamos en Oropa; y los vientos irritaron frecuentemente la impaciencia de Fánor. Prometió á Neptuno sacrificarle una ternera con los cuernos dorados, y á Tetis un buey, si favorecian su navegacion. Invocó á Nerea y á las cincuenta Nereidas, hijas suyas, y á Cástor, y á Polux, dioses tutelares de los marinos. Sus votos y ruegos no llegaron á oidos de aquellas divinidades, pues aunque teníamos excelentes remeros y un buen trireme, no entramos en Esmirna hasta despues de la renovacion de una luna. Desde alli sin detenernos fuimos á caballo á la dichosa comarca de los Sardenses. ¡Qué gozo tan vivo y tan puro: ¡cómo le palpitaba el corazon al esposo futuro! y especialmente cuando entramos en el

(*a*) Alectrion, soldado de Marte, hallándose de centinela el dia que aquel dios estaba con Venus, se durmió y dejó que los sorprendiera Vulcano. Irritado Marte lo transformó en gallo.

afortunado asilo de la amable Aténais. Penetramos hasta el jardin sin ser vistos. Arístides solo estaba en él. Lo abrazamos y lo cargamos de caricias. Su alegria fue igual á la nuestra. Pasada la efusion de los primeros instantes, nos hizo ocultar detras de los árboles, para sorprender á Aténais. Apenas nos escondimos, cuando salió ella sin haberla avisado; y aseguró despues que un movimiento que ella no sabia definir, y una inopinada conmocion, la habian obligado á dejar el estudio para irse á pasear al jardin, porque habia presentido algun suceso dichoso. Su abuelo se llegó á ella diciéndola: ,, No creo que nuestro amigo Fánor llegue tan pronto." — ,, En todo caso, respondió Aténais, no será por culpa suya, porque yo no dudo de su ansia de venir. — ¿ Y si tardare mucho, hija mia, le perdonarás la dilacion ? — Siendo por descuido, no, abuelo mio; pero si fuese por ocupaciones legítimas, entonces vos habeis endurecido mi alma á la paciencia y á los contratiempos de la vida, y no me quejaré. — Ya sabes, Aténais, que nos atormenta mas la opinion de las cosas que las cosas mismas; y que los mas de los males y de los bienes nacen de nuestro modo de juzgar; con que asi para constituirte dichosa, imagínate que ya Fánor está aqui. — ¿ Quién decis, abuelo mio? ¿ Fánor ? — Sí, Aténais: si estuviera presente, ¿ qué dirias? —

Le reñiria lo que tardaba en mostrarse." A estas palabras se arrojó Fánor á sus pies, embriagado de amor, de sensibilidad y de dichas.

Con lágrimas dulces acabó aquella tierna escena. Llamaron á Fáloe, la cual preguntó al instante ¿Si la íbamos tambien á dar un marido? Fánor la aseguró de que tenia uno en Tebas, que era pariente suyo amable, digno de ella, y que la estaba con impaciencia aguardando.

Dos dias despues se celebró el casamiento. Aténais, segun el rito griego, llevó una canasta sagrada al templo de Diana, para que aquella diosa la perdonara la pérdida de su integridad. Me faltan las espresiones para pintar las felicidades de ambos esposos: el íntimo gozar del alma, el gozo de los sentidos, la seguridad de ser felices en adelante, y de vivir para siempre unidos; todo esto junto nos encanta y embriaga de tal manera que disfrutamos sobre la tierra aquellos placeres celestiales y puros de que se dice disfrutan los dioses.

Cuando Arístides se vió precisado á separarse de su dulce retiro, que él llamaba su paraiso, humedecieron sus ojos las lágrias, mas de una vez volvió la cara para despedirse de él y de los árboles que habia plantado. Asi que los Atenienses supieron que aquel hombre justo y desgraciado, á quien creian muerto mucho tiempo

habia, estaba en Tebas, manifestaron su gozo y su generosidad. Levantáronle el destierro por concurso general; quedó abolida la multa; y el Pritáneo dió á cada una de ambas hermanas por dote tres mil dracmas. Pero Arístides no gozó mucho tiempo de aquel trueque de fortuna; pues ya fuese la mudanza del clima, ó el efecto que en él hizo una alegria demasiado fuerte, empezo á declinar su salud. Entonces recibió tambien la triste nueva de la muerte de Ciro el jóven, á quien amaba como á hijo; pero lo que mas particularmente sintió fue el género de su muerte. Aquel héroe, ciego de ambicion, tomó las armas contra Artaxerxes, su hermano mayor. Caminó hácia Babilonia al frente de cien mil Bárbaros, de veinte carros armados, y de trece mil Griegos, sobre quienes apoyaba toda la esperanza de su empresa. Aguardóle su hermano en Cunaxá, á veinte leguas de Babilonia, con un ejército de un millon y doscientos mil hombres, y de ciento y cincuenta carros armados con hoces. Un poço antes de la batalla, aconsejó Clearco, General de los Griegos, á Ciro que no expusiese su persona, y que se mantuviese detras de los batallones griegos. „¿Qué os atreveis á decirme? replicó Ciro: ¿qué decis? ¿con que intentais que cuando aspiro á ser Rey me haga indigno de serlo?" Tomó seiscientos ginetes escogidos, y peleó

con ellos con la cabeza desnuda, porque tal es el uso de los Persas en un dia de batalla. En el conflicto alcanzó á ver una tropa de seis mil caballos que su hermano mandaba: cargó sobre ella con sus seiscientos ginetes, mató al segundo gefe por su propia mano: y dispersó á toda la tropa: entonces descubrió á su hermano que no habia dejado el campo de batalla: precipitóse sobre él con los ojos centelleantes, y gritando: ¡*Ya lo veo*! ¡*ya lo veo*! Artaxerses lo aguardó á pie firme: ambos hermanos, tan encarnizados uno contra otro como Eteoclo y Polínice delante de Tebas, riñeron con furor. Matáronle al Rey el caballo; levantóse, montó en otro, y corrió á su competidor, quien lo recibió con la misma intrepidez, y lo volvió á herir. Artaxerxes, como leon furioso, se abalanzó nuevamente á él con la cimitarra en alto, y le atravesó con ella el pecho. Quiso vengarse Ciro, pero vaciló y cayó muerto. Los mas de los oficiales, de quienes era idolatrado, perdieron las vidas sobre su cadáver. De tal modo acabó, en la flor de sus años, aquel jóven heróico que amancilló con su ambicion inmoderada las mas lucidas prendas que hombre tuvo.

Arístides lo lloró como si hubiera sido hijo súyo; y el dolor acabó de romper el hilo que aun lo ataba á la vida. Un dia al levantarse de la mesa en el mes boedro-

mion (Setiembre) tuvo un desmayo. Conociendo que estaba ya cercana su muerte, mandó á sus nietas que se le acercaran, y las dijo: „Dejaos de lágrimas, de libaciones y de honores fúnebres: con virtudes es con lo que se honran las cenizas de los padres." De alli á poco espiró diciendo: „Voy á dormir un sueño largo."

Alcibíades influyó para que su cuerpo se transportase al puerto de Fálera, donde los Atenienses le erigieron un sepulcro; y extendieron su generosidad hasta sobre los descendientes de aquel hombre grande.

Fáloe se casó con un Tébano, que era pariente de Fánor, á quien hizo feliz. Yo permanecí con aquellos amigos amables hasta espirado el año que fijó Lastenia para celebrar mi boda con Telesila.

## CAPITULO XLVII.

*De Telésila y de su hermosura. Su casamiento con Antenor. Vejez de Lastenia. Su muerte.*

Mientras mi ausencia habia ganado mucho Telésila en hermosura. Su fisonomía mostraba mas alma; y ya sus ojos hablaban un idioma mas expresivo. Las nuevas facultades de su espíritu se la pintaban en el rostro con caractéres de fuego. La timidez y una modestia amable templaban su

vivacidad. Su entendimiento se habia enriquecido con erudicion amena y sólida. Su acento era tan puro como el del primer orador de Atenas; y su voz, totalmente perfeccionada ya, daba sonidos dulces y melodiosos. Caséme con ella ocho dias despues de mi llegada, y bebí, á sorbo tendido, en la copa de las felidades. Entonces conocí mas que nunca que, á pesar del sistema de los falsos epicureos, no tanto consiste la felicidad en los placeres sensuales, cuanto en los afectos del alma y en las ocupaciones del entendimiento. La fruicion de los sentidos, atendida la debilidad de nuestros órganos, no puede durar mas que momentos; y si no van medidos como para nuestra flaqueza, cansan y destruyen la constitucion mas firme, y acarrean las enfermedades y la muerte. Pero los placeres del ánimo y del corazon son de todos tiempos y de todas horas; y nos acompañan por el campo, por la ciudad, por el mundo y por las soledades, y son el adorno y la hermosura de todas las épocas de la vida.

Lastenia tuvo una vejez exenta de enfermedades: á la edad de sesenta años continuaba sus mismos ejercicios, y trabajaba en su gabinete con la misma actividad. Cuando la decian que tanto apego al estudio podia perjudicar á su salud, respondia: „ Mas quiero gastarme que enmohecerme."

Sus facciones estaban tan poco alteradas, que los jóvenes solicitaban su trato con tanta ansia como podian solicitar el de una hermosura temprana. Un mozo, de las mejores familias de Atenas, prendado de ella pretendió vivamente su mano. Lastenia pidió tiempo hasta el otro dia para responder. Trocó sus vestidos y adornos de que cuidaba mucho (porque decia que era necesario desafear la vejez) por el trage de una muger de su edad. Su túnica era de un color deslucido 35, su manto de un paño grosero y obscuro, y en vez de estar bordado con oro ó con plata, lo estaba solo con lana. Ocultó su pelo, que todavía era hermoso, se dobló sobre un báculo, y aguardó asi á su tierno amante. Luego que este la vió, retrocedió y se quedó mudo. Yo fui testigo de aquella escena. Lastenia se fue á él, y le preguntó ¿si queria llevarla al templo? añadiendo que ya estaba vestida de boda conforme á su edad. El amante entendió el chiste, y renunció, aunque con dificultad, á sus amorosos proyectos.

A los setenta años de su edad quiso Lastenia aprender las matemáticas, é hizo progresos en ellas. Un dia la celebraron el sosiego y la felicidad de su vejez, cuya cercana perspectiva infunde tanto horror en los mas de los humanos .. Eso es, dijo ella, porque he empleado la mitad de mi vida

en hacer feliz la otra mitad." Finalmente, hasta los ochenta y cinco años de su edad, época de su muerte, siguió á poco mas ó menos el mismo sistema de vida que adoptó á la edad de treinta años: podia decir que habia vivido toda entera hasta su dia último, habiendo recorrido tan largo período sin haber padecido enfermedad algo grave.

Aquella amable filósofa tuvo el singular presentimiento de su próxima destruccion. La incredulidad se burla de estas advertencias; pero el sabio se maravilla y duda, porque es tan poco lo que penetra en el misterio de las causas, que se ve precisado á someter su razon. Tres dias antes de su muerte me envió á llamar. Su salud no habia recibido ningun violento ataque; pero declinaba como un bello sol que va descendiendo del meridiano. Díjome con aire sosegado y sereno: ,,He trabajado toda la mañana en desembrollar ese fárrago de manuscritos inútiles á la posteridad; pero que me han ocupado, instruido, y hecho menos punzantes las espinas de mi vida. Estos tres manuscritos os confio únicamente para que los saqueis á la pública luz, si es que merecen verla. El uno es una tragedia. El otro un tratado de felicidad; y el tercero un asunto político que he meditado cuarenta años; es á saber, cuál es el gobierno mas conveniente á la especie huma-

na: el arte de proporcionar á las sociedades la mayor suma de felicidad posible es uno de los ramos mas importantes de la filosofía. Vereis que no inclino á la oclocracia, que no es otra cosa que una anarquía condecorada con el bello nombre de libertad.

Al dia siguiente se nos escapó: yo la busqué, halléla en el bosque de cipreses sentada al pie de la urna que habia de contener sus cenizas: tenia un libro en la mano, y meditaba profundamente. „¿Qué haceis aqui, la pregunté, pensativa y solitaria?" — „Estaba leyendo, me respondió, el inmortal diálogo de Platon, aquel Fédon tan famoso que contiene la narracion de las últimas conversaciones de Sócrates y su muerte. Esta lectura me confirma en la creencia de la inmortalidad del alma: su fallecimento sublime me familiariza con aquel terrible pasage. Estoy con él mismo en la prision, y veo llegar la fatal copa: Sócrates dirige sus oraciones al cielo, recibe la copa, y bebe la cicuta: oigo los gritos y llantos de sus amigos; y á él que con rostro tranquilo les reprocha su flaqueza: se pasea y se echa sobre su camilla asi que conoce que se le entorpecen las piernas: la muerte va ganando terreno en su persona, y helando graduadamente sus miembros: un esclavo le toca los pies: pero ya no lo siente: por último, se despide de sus ami-

gos, á quienes deja como solos en el mundo. Tan pacíficamente como él espero morir." Y añadió: „ Me he divertido en componer mi epitafio; no tardareis en grabarlo sobre esta urna, porque á vos os dejo este cuidado: dice asi:

» Aqui yace Lastenia, ó mas bien nada:
» Hizo esta nada el bien siempre que pudo;
» Y á lo bueno y honrado fue inclinada." 36

—¿Qué hablais? pregunté á Lastenia: ¡Siempre habeis de estar con ideas lúgubres! ¿Cómo puede conciliarse tanta fuerza de espíritu con tanta credulidad? — „ Estimado amigo, la naturaleza me pide lo que me prestó: no temo la muerte, porque ha mucho tiempo que me preparo á ella: la tengo ante los ojos, y en mi pensamiento: me circunda con sus sombras; y con todo eso la arrostro sin mudar de color. Por lo demas pronto sabreis si aquel presentimiento fue algun aviso de los dioses, ó algun movimiento de flaqueza y de error." — Pasó Lastenia lo restante del dia con nosotros y con algunos amigos sin la menor impresion de melancolía; pero trayendo muy amenudo la conversacion sobre la esencia del alma, sobre su inmaterialidad, y sobre el modo de pensar de los filósofos en cuanto á su existencia futura." „ ¿ Dónde

estaba el alma, decia Lastenia, antes de su reunion á la materia? ¿qué hace cuando dormimos, ó cuando el cuerpo yace sumido en algun letargo? ¿por qué es tan débil y tan nula en la infancia, y tan debilitada en la vejez?" Veíase claramente que deseaba sobrevivir á su mortal despojo, y que procuraba ilustrarse con las luces de los grandes filósofos, y apoyarse en sus opiniones [37].

El tercero dia, término fatal de su carrera, segun su presentimiento, corrí á su cuarto luego que me levanté, y noté en su semblante algo menos de serenidad que de costumbre. Me confesó que al despertarse habia sentido una opresion de ánimo al pensar que se despertaba por la última vez; y que no podia pasear sus miradas por todo lo que la circundaba (siendo preciso dejarlo para siempre) sin derramar lágrimas. ,, Perdonadme, añadió ella, con valerosa calma, esta flaqueza, siquiera por ser el último suspiro que exhalo por la vida." — Ved aqui ya, Lastenia, muy entrado el dia, y yo veo que lo pasais tan bien como yo. — ,, Aguardad, Antenor, que aun no se ha concluido." Aquel dia juntó á sus mas íntimos amigos, y tuvo una gran comida, y trató á todos con su facilidad y gracia acostumbradas. Parece que su entendimiento brilló con nuevos resplandores, pues hizo la comida deliciosa. ¡Ay de mí! ¡era la

última llamarada de un meteoro que iba á extinguirse!

Despues de comer hubo un concierto. Asi que acabó, solo quedaron los de casa: sintió entonces Lastenia algun frio, y pidió fuego. Hizo muchas reflexiones sobre la brevedad de la vida. „La vida es un relámpago, dijo, y eso que ha ya ochenta y cinco años que, despues de una eternidad de inexistencia, fue animada una migaja de materia, que fuí yo. ¿Qué vine á hacer sobre este globo? ¿dónde se fueron aquellos dias, aquellos meses, aquellas horas que tan frecuentemente me eran molestas, y cuya fuga tantas veces deseé? Todo cayó en el abismo de los tiempos, y aun el tiempo mismo perecerá. Voy á dar cuenta de mi conducta á aquel ser increado que crea y destruye solo con el pensamiento: sobre su bondad infinita descanso: ni he conocido el vicio ni el odio; y he obrado el bien siempre que he podido. Idme á buscar, añadió, á Teofrasto (era su autor querido), y me leereis algunos capítulos. Asi que la trage el libro, lo abrió y me dijo: Leed ese retazo que está escrito de mi mano. Leí asi:

„Teofrasto, siendo ya viejísimo, andaba por la ciudad en litera: el pueblo se apiñaba alrededor de él, y lo acogia con extremado gozo y veneracion. Dejó, á un tiempo mismo, de trabajar y de vivir. To-

da la Grecia lo lloró, y toda Atenas asistió á sus funerales. — ¡ Ay ! interrumpió Lastenia : ¡ tambien mis amigos me llorarán ! Proseguid, Antenor. — Cuando murió, rodearon su cama sus discípulos, á quienes dirigió este discurso. „ La vida nos seduce, sin embargo de que, semejante á los campos incultos, cria mas zarzas y raices amargas, que frutos gustosos; pero la esperanza camina á nuestro lado para suavizarnos las asperezas del viage. La gloria nos promete grandes placeres; pero es una fugitiva luz que nos descamina y nos engaña. No obstante, amados discípulos mios, seguid vuestras inclinaciones : si nada se os diere de la celebridad, os ahorrareis de grandes trabajos, y de sumas inquietudes; y si tuviereis valor para correr tras la gloria, acaso será ella misma vuestra recompensa. Acordaos de que los mas de los proyectos, cuidados y deseos que agitan nuestra vida, no valen los afanes que cuestan, porque son como los vapores ligeros, condensados por la noche, que se disipan al salir el sol." — „ Razon tiene, dijo Lastenia : ¡ cuántos objetos me han parecido graves é importantes, que me parecen hoy bien mezquinos !" — „ ¡O amigos mios ! continuó leyendo Antenor : ¡ qué ser tan incomprensible es el hombre ! ¡ qué mezcla tan extravagante de pasiones locas y de reflexiones sábias ! ¡ qué existencia tan corta, y qué

proyectos tan vastos! ¡cuánto saber sobre cosas casi inútiles, y qué ignorancia tan profunda sobre lo que mas le interesa! ¡Qué principio tan pasmoso es este que piensa, que ve tan lejos de sí, y que no se puede conocer á sí mismo! ¡Y qué deseo tan insaciable de felicidad tiene el hombre con tan pocos medios y luces para hacerse feliz!" — Zenon, repuso Lastenia, decia que el instante mas dichoso de la vida era el último." Acabando de hablar asi, exhaló un profundo suspiro. Yo continué leyendo. — „ Si los hombres vivieran mas tiempo, perfeccionarian las artes, y harian mayores descubrimientos. Termíno mi vida cuando empiezo á instruirme y á porfeccionar mi razon." — „ Pienso tambien como él, añadió Lastenia: ¡ Ay! ¡no he tenido tiempo para aprender!" Apenas hubo pronunciado estas últimas palabras, cuando cayó en mis brazos: la llamé muchas veces, abrió los ojos, me apretó la mano, y espiró.

Asi acabó aquella muger estupenda, cuya especie de modestia y de filosofía perjudicó á su celebridad. Igualó á Leoncia y á Aspasia en el talento, en las habilidades y en la hermosura, y les era superior en la filosofía del alma. Las primeras eran filósofas por sistema, y acaso por vanidad. Lastenia lo era por instinto, sin fausto, sin esfuerzo, y sin pensar en serlo. Las dos

primeras dejaron gran reputacion, y Lastenia solo ha sobrevivido en la memoria de sus amigos, y su nombre pereció con ellos. ¡Dichoso yo si el tributo de elogios y de agradecimiento que la pago hoy la puede merecer de la posteridad aquella misma admiracion y aprecio que consiguió de sus contemporáneos!

Muchísimo me entristeció la muerte de Lastenia: el tiempo suavizó mi dolor; pero nunca lo disipará. Yo habia perdido á Fánor y á su muger muchos años habia: mi esposa no sobrevivió largo tiempo á su hermana; y dos hijos que tuve de mi muger murieron antes de los años de la pubertad. De manera, que parecido á Deucalion y á Pirra, me encuentro solo en el mundo, circundado de escombros y de cadáveres, y cansado de una vida tan larga, que me precisa á sobrevivir á cuanto he amado. Como me veo sin amigos y sin apego á cosa alguna, me parece que voy errando entre sombras, y que la tierra se ha convertido para mí en una soledad dilatada.

Desde muy jóven tuvo Lastenia sus máximas propias: „El hombre, decia ella con frecuencia, está rodeado de tinieblas, y necesita de la antorcha de la moral, del mismo modo que en una noche obscura necesita de luz para guiar sus pasos."

Véanse sus máximas tales cuales las encontré en sus tablillas.

„No procurar aumentar los bienes, sino económizarlos y disfrutar de ellos."

„Considerar los placeres del espíritu muy superiores á los sensuales."

„Ser indulgentísimo con los hombres; beneficiarlos sin esperanza de interes ni de agradecimiento, sino por considerarlo obligacion, y por cumplir consigo mismo; respetar sus máximas y sus opiniones públicamente; y no admitirlos por buenos hasta despues de un maduro exámen."

„Tomar siempre por árbitro á la conciencia entre ella y los hombres."

„No pasar dia sin haber dado algun tiempo al estudio; porque, decia ella, quien no adelanta atrasa."

„Preferir las obligaciones á los placeres, y los placeres á la gloria."

„No poner jamas el amor propio en oposicion con el de los otros."

„Sazonar el reposo con la fatiga, y los logros con la privacion."

„Vivir mas tiempo en el campo que en poblado, y en el retiro, que en el bullicio."

„Pensar mucho en envejecer con tiempo, esto es, en proporcionarse para el invierno de la vida recursos y satisfacciones, porque la vejez es larga, y la muerte no mas que un instante."

„Oponer la buena conducta á la sátira, la dulzura á la maldad, y el olvido de los

beneficios hechos á la ingratitud."

„Cercenar alguna vez de lo necesario para aliviar al indigente."

„Preferir la buena reputacion á la celebridad, y las virtudes al talento."

FIN.

# NOTAS.

1 Era gefe de la secta cirenaica.

2 Los Chinos opulentos tienen quien les busque sepultura sobre las montañas, y pagan muy bien este trabajo. Aquellos personages ricos quieren, como Arístipo, para sepulcros situaciónes frescas y risueñas.

3 Tres Milores de los más ingeniosos de Inglaterra se citaron para pasar una tarde juntos. Púsoseles en la cabeza pedir barájas. Loke tuvo la paciencia por algun tiempo de mirarlos jugar. Sacó luego su libro de memoria, y se puso á escribir con mucha aplicacion. Uno de los señores le preguntó ¿qué escribia? „Milord, le respondió, procuro sacar provecho siempre que estoy en una sociedad como la vuestra; y no puedo hacer cosa mejor para mi aprovechamiento que transcribir vuestra conversacion: ved aqui lo que habeis dicho de una hora á esta parte." Leyóles el diálogo, y les dió á conocer lo vacío y ridículo de él.

4 La magnífica ciudad de Tebas con sus cien puertas eclipsó en su tiempo á todas las ciudades del Egipto; pero el ejército victorioso de Nabucodonosor la asoló y obscureció su esplendor. Menfis ocupó su lugar, y se mantuvo hasta el reinado de Alejandro, cuyo Monarca mandó edificar á Alejandría. Esta ciudad se aventajó á todas las demas; y los Ptolomeos fijaron su residencia en ella. El Emperador Augusto, los Sarracenos, los Mamelucos y los Turcos se apoderaron sucesivamente de ella; y bajo la dominacion de estos últimos, el Cairo llegó á ser la capital. Está situada á media legua del Nilo, enfrente de las ruinas de la antigua Menfis.

5 Sila cuando sitiaba á Atenas envió á uno nombrado Cafis, natural de la Fócida, para sa-

quear los tesoros del templo de Delfos. Cáfis llegó al templo; pero no se atrevia por veneracion á tocar á aquellos dones sagrados, y echó á llorar en presencia de los anfictiones, dolorido de la necesidad en que se veia. Uno de los asistentes dijo entónces, que oia en el santuario el sonido de la lira de Apolo. Cáfis lo creyó, ó fingió que lo creia. Dió parte á Sila de aquel prodigio. Burlóse el Romano de su simplicidad, y le respondió: „Que se maravillaba de como no habia comprendido que el canto era un signo de alegría, y de ningun modo un signo de cólera y de indignacion." Acabó la carta mandándole que saqueara los tesoros; y asi se ejecutó, por ser tan impío como Dionisio.

6 Habia tambien tablas votivas en Grecia en el templo de Esculapio: eran de bronce ó de mármol; y en ellas se exponia la enfermedad que se habia padecido, y los remedios con que se habia curado.

7 El biblo es el papiro. Esta planta se da en los lugares pantanosos. Su raiz, que es del grueso del puño de un hombre, tiene diez codos de largo, y se levanta sobre la tierra: su tronco es de cuatro codos de alto: sus hojas y tallos son endebles, y de ninguna utilidad. Dicha planta no produce fruto alguno. Su raiz es de una madera que se emplea en varias cosas; y tambien sirve para el fuego. Con ella se construyen barcos y algunos muebles. De la película que está debajo de la corteza se hacen velas para embarcaciones, manteles, vestidos y colchas de cama. Se masca la parte inferior del tronco, ó cruda ó cocida; pero solo se traga el jugo.

8 La luna emplea veinte y siete dias, siete horas, cuarenta y tres minutos y doce segundos para volver al punto de donde partió; y para alcanzar al sol veinte y nueve dias, doce horas, cuarenta y cuatro minutos y tres segundos.

9 El grado mas alto de hermosura entre las Egipcias consistia en una monstruosa gordura. Comian pastas y drogas para engordar.

10 Los demas oficiales de segundo órden, hijos de aquellos, tienen libertad, no de mudar de estado, porque eso no le es permitido á ningun Egipcio, sino de servir á su turno en los templos superiores, y aun de hablar á todo el mundo como los sacerdotes, porque estaban ligados con el juramento; y no se dignaban de exigirlo de los que habiendo sucumbido á las pruebas, habian faltado á la palabra dada á sí mismos.

11 En efecto, Orfeo instituyó los misterios de Ceres en Eleusina por el modelo de los de Isis. Dividiólos en misterios pequeños y grandes, como se distinguia en Egipto la iniciacion grande y pequeña. La primera para los naturales del pais. La otra para los extrangeros. Los iniciados de aquellos dos paises, ligados con sus juramentos, pagaban con la vida la menor indiscrecion; ya por medio de un juicio si eran cogidos, ó ya por cualquiera otra via, y en cualquiera otra parte que estuviesen; y entonces cambiaban alguna cosa de la práctica revelada. No habia en Grecia cosa mas sagrada ni mas grande que estos misterios. Atico y hasta el mismo Augusto se hicieron iniciar.

12 Como iban de todas Partes á pedir al colegio de los sacerdotes profecías y predicciones, hacian ó mandaban hacer á sus oficiales de segundo órden pesquisas é investigaciones de cuanto pasaba en el mundo, y especialmente sobre las particularidades de la vida de las gentes de alguna nota.

13 Eran aquellos famosos misterios de Isis, que tan respetables hacia el secreto en los floridos siglos del Egipto, y que sirvieron de ejemplo ó de pretexto á las disoluciones que inundaron despues los templos de la Grecia y de la Italia. Pero los sacerdotes y los asistentes del panteon jamas abusaron de aquella fiesta.

14 El Egipto es célebre por su arte de embalsamar. Unos vaciaban el cerebro por las narices con un hierro á propósito para aquello. Otros vaciaban las entrañas y los intestinos, haciendo en

el costado una abertura con una piedra afilada, y despues llenaban los vacíos con perfumes y varias drogas odoríferas. Acabada la operacion tenian que echar á corer los que habian trabajado en ella; porque los asistentes los perseguian á pedradas.

A los que embalsamaban el cadáver los trataban al contrario honrosamente: llenaban el cuerpo de canela y de toda especie de aromas. Despues de un cierto tiempo lo envolvian con fajas de lino finísimas, las cuales pegaban muy unidas con una especie de goma liquidísima; y ademas empapaban el cadáver con exquisitos perfumes. Asegúrase que con estos medios se conservaba perfectamente toda la persona, los lineamentos del rostro, y hasta los párpados y cejas.

Embalsamado de esta manera el cuerpo, lo metian los parientes en un armario abierto hecho á la medida del difunto; y lo ponian en pie respaldado contra la pared, ya fuese en sus casas, ó ya en los sepulcros.

Frecuentemente nos llegan de estas momias que se descubren en Egipto.

15 Segun esta costumbre los Griegos (instruidos por Orfeo, que habia viajado por el Egipto) inventaron la fábula de la barca de Cæron.

16 Preciso es que los Espartanos fuesen ignorantísimos en astronomía, cuando tomaban la súbita explosion de un ligero meteoro de fuego por la huida de una estrella.

17 Esta estátua célebre fue derribada al cabo de cincuenta y seis años por un terremoto; pero aun abatida asombraba la imaginacion: sus costados abiertos á trechos presentaban vastas enverdinas. Un Rey de Egipto, que se apoderó de Rodas, cargó novecientos camellos con sus reliquias, las cuales transportó á Alejandría.

18 Era aquel sepulcro tan maravillosamente grande y suntuoso, que los Romanos no se cansaban de admirarlo; de manera que para hablar de un sepulcro magnífico lo llamaban un mausoleo.

Plinio dió una descripcion de él, que no se puede contestar.

19 Voltaire impugna osadamente con su ordinaria arma de la ironía la prostitucion del sexo en los templos de Venus en Babilonia y en Chipre; pero Heródoto, testigo ocular, merece mas crédito. Estrabon confirma tambien dicha costumbre. El profeta Jeremías habla de ello ciento y cincuenta años antes que Heródoto; y dice que cuando una Babilonia salia de los brazos del extrangero se jactaba de su fortuna, y se burlaba de las que no habian tenido la suerte de ser elegidas. Nada debe maravillarnos en materia de supersticion. No hay delito alguno que no haya consagrado la intervencion de los dioses. Vertiase la sangre humana para honrarlos. Las mugeres casadas y las vírgenes se prostituian tambien en Heliópolis, en Fenicia. Constantino abolió aquel uso.

20 Habia entre los pueblos de la Grecia cuatro dialectos de una misma lengua, que eran el ático, el joniense, el dórico y el eoliense. El ático se usaba en Atenas: el joniense, que se diferenciaba poco del ático, en el Asia menor ó la Jonia: el dórico en Esparta, en Argos, en Epiro y en otras ciudades; y el eoliense se hablaba entre los Beocianos.

21 En el siglo décimocuarto Ludovico Monadelsco, natural de Orvieto, escribió memorias á la edad de ciento y quince años.

Cítase en Inglaterra á Tomas Parck, que nació en 1483, y murió en 1635. Vivió ciento cincuenta y dos años bajo diez Reyes; y confesó que á la edad de cien años tuvo convencimiento de haber puesto en cinta á una jóven, y que la justicia lo condenó á una penitencia pública. Perdió la vista diez y seis años antes de su muerte.

22 Las Cícladas son muchas islas del mar Egeo, ó del Archipiélago, como se llama hoy: se llaman Cícladas, porque forman un círculo alrededor de la isla de Delos. Bougainville dió el nombre de Cícladas á unas islas que descubrió en el mar del Sur.

23 Dícese que sirvieron higos del Atica en la mesa de Xerxes: que aquel Rey preguntó ¿de donde eran? y cuando supo que venian de Atenas, los mandó quitar de la mesa, jurando que no comeria de ellos hasta que fuesen suyas las higueras que los daban.

24 Los Ateniénses tenian la manía de ser indígenas, esto es, tan antiguos como la tierra que habitaban; y llevaron mucho tiempo cigarritas de oro ú de plata, como símbolo de su antigüedad, suponiendo que aquel insecto era engendrado de la tierra.

25 Alcibíades, colmado de todos los dones de la naturaleza, abusó de tan rico donativo, pudiéndosele aplicar lo que se dijo de los Griegos: *Fue el padre de los vicios.*

26 Cuando estaba congregado el pueblo gritaba el heraldo: ,,¿ *Quiere hablar alguno que tenga mas de cincuenta años?*" Despues que habia hablado alguno volvia á gritar: ,,¿ *Y quien mas?*" Y de esta manera cada uno á su vez. Segun la ley de Solon tocaba á los de mas edad hablar los primeros; pero en tiempo de Demóstenes ya no se observaba rigurosamente esta ley.

27 Véase lo que dicen los Rabinos sobre el estornudo. Despues de la creacion estableció Dios por regla que el hombre no estornudase mas que una vez en su vida, y que esto fuese para morir. Fue el único género de muerte conocido hasta el tiempo de Jacob. Este Patriarca sabio se humilló delante de Dios, y le rogó que lo dispensara de morir de aquel modo. Fue oido su ruego: estornudó y no murió; lo cual admiró sobremanera á cuantos presentes se hallaban. Cayó enfermo Jacob, y causó otra nueva sorpresa, porque aun no se conocia mas enfermedad que la del mortal estornudo. Ya no dudaron de que la naturaleza habia cambiado sus leyes; y tuvieron por oportuno en lo sucesivo decir á los que estornudaban: *De provecho os sirva.*

Casi todos los pueblos del mundo tienen esta

costumbre. Los Romanos la observaban puntualmente: decian *salve* al estornudante, que es un equivalente al *vivid* de los Griegos. Cuando el Rey de Monomotapa estornuda se publica inmediatamente por toda la ciudad, y todo el Monomotapa resuena con aclamaciones y gritos de *viva el Rey*.

En América, cuando el Cacique de Guacaya estornudaba (dice el autor de la Conquista de la Florida), todos los Indios se inclinaban, se prosternaban delante de él, y con las manos levantadas al cielo rogaban al sol que protegiese á su Señor, que lo ilustrase, y que estuviese siempre con él.

28 Pelias, segun la fábula, con la esperanza de que pereciera Jason lo envió á la conquista del Toison de oro. Despues del éxito volvió Jason á casa del tirano juntamente con Medea: esta para castigar á Pelias de sus crímenes aconsejó á sus hijas que lo mataran, y que lo cocieran en una caldera, asegurándolos de que aquella operacion volveria la juventud á su padre.

29 La edad de servir en los ejércitos de Esparta era desde los treinta hasta los sesenta años. Los de mas ó menos edad se destinaban á la guardia de la ciudad. Los esclavos solo tomaban las armas en casos urgentes. Las tropas Espartanas ascendian no mas que á diez mil hombres.

30 Los Atenienses erigieron á Isócrates dos estátuas; y sobre su mausoleo colocaron una columna de cuarenta pies, que tenia en su parte superior una sirena, que era imágen y símbolo de su elocuencia.

31 Aquellos Escitas eran nómades: sus mugeres pasaban su vida en carros: los hombres montaban á caballo, y los iban siguiendo sus carneros, sus bueyes y sus caballos; y permanecian en un mismo parage mientras bastaban las yerbas para los ganados.

32 El Iliso, que bañaba los muros de Atenas, no tiene ya forma de rio: está dividido en una multitud de canales, que llevan agua á los jardi-

nes de las cercanías; y el Céfiso, que atravesaba aquella ciudad, ni subsiste, ni aun se encuentra su cauce.

33 Así que los recien casados llegaban al cuarto en que ardia el hacha nupcial, iban los amigos á sacarla, temerosos de que la novia la metiese bajo la cama despues de apagada, ó de que el novio la pusiese á arder sobre algun sepulcro; lo cual hubiera pronosticado la muerte próxima de alguno de los dos.

34 Esta ciudad, que se llama hoy Tira ó Tina, ocupa el sitio en que estuvo en otro tiempo la ciudadela, edificada sobre una eminencia de cerca de una legua de circuito: hoy es cosa de poquisima consideracion. Hay otra Tina, que es la antigua isla de Tenos, cuya malvasía tiene gran fama.

35 Los Griegos no usaban mas que dos suertes de vestidos, asi hombres como mugeres, esto es, la túnica y la capa. La primera se ponia inmediatamente sobre la carne, y la capa por encima. La túnica era de lino ó de algodon. La de las mugeres llevaba cola, y se unia sobre el pecho con un corchete, y bordaban sus orillas con franjas en figura de feston. El pueblo las usaba de lana, y los ricos de oro ó de plata. Las mugeres distinguidas llevaban sobre sus vestidos un velo ó manto que arrastraba, y se unia con un corchete de oro.

36 Una dama de Lóndres, despues de haber leido una obra de Sherlok sobre la inmortalidad del alma, se ahorcó en su cuarto, despues de haber escrito sobre su chimenea el siguiente verso:

„Sherlok, aun dudo, y voy á cerciorarme."

La Duquesa de Bukingham hace hablar del modo que sigue á su marido en el epitafio que mandó grabar en su mausoleo:

*„Pro Rege sæpe, pro Republica semper:*
*„Dubius, sed non improbus vixi:*
*„Incertus morior, non perturbatus."*

37 El Abate Regnier Desmarais hizo en versos italianos el epitafio de la Duquesa do Montbazon, tan celebrada por su hermosura y por sus amores. Este epitafio junta en uno la elegancia, la precision y la finura de los pensamientos.

,,*Sotto quel duro marmo,*
,,*Di mortal velo sciolta,*
,,*La bella Montbazon giace sepolta:*
,,*Festingin le donne, piangan gli amori,*
,,*Et liberi oggi mai vadino il cori.*"

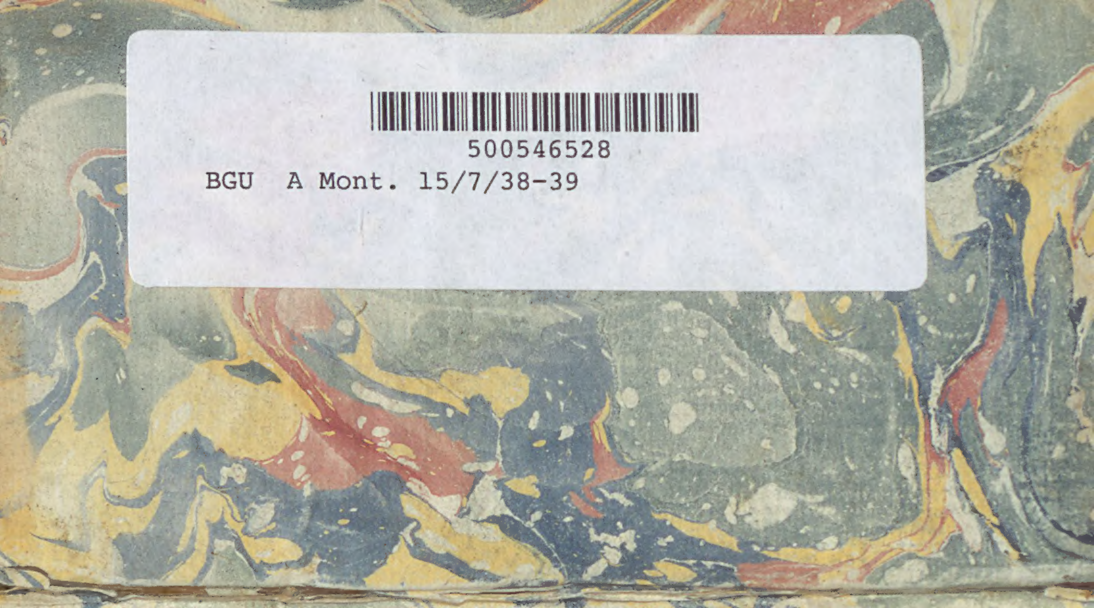


# TABLA DE LOS CAPÍTULOS.

*En la misma librería se hallan las obras siguientes.*

| | |
|---|---|
| Lorimon ó el hombre segun es, 8º dos tomos en pasta. . . . . . . . . . | 24 |
| Denevil segun debe ser, 8º dos t. en p. | 24 |
| Adelaida, 8º en pasta. . . . . . . . . . | 7 |
| El Castillo negro, 8º dos ts. en pasta. | 12 |
| Historia compendiada de la Religion, en 8º dos tomos en pasta. . . . . . | 24 |
| Tresillo, mediator y otros juegos, 8º r. | 5 |
| Revesino, malilla y los cientos 8º . . | 5 |
| Chantreau Gramática Francesa y Española, 4º menor en pasta. . . . . . | 26 |
| Adrian y Estefania, 8º en pasta. . . . | 12 |
| Historia de los naufragios, 5 ts. en 8º | 85 |
| La Corina, cuatro tomos en 8º pta. . | 56 |
| La Gitana, 8º dos tomos en pasta. . | 28 |
| D. Quijote, con notas de Pellicer, 8º marca cinco tomos en pasta. . . . . | 180 |
| Viajero universal, 43 ts. 8º may. pta. | 645 |
| Viages de Gulliver, tres ts. en 8º pta. | 39 |
| Historia del caballero Cárlos Grandison, cuatro tomos en 8º pasta. . . . | 44 |
| Nuevo Ordinario de la Santa Misa, con 7 láminas finas, 16º en pasta. . . . . | 9 |
| Ejercicio espiritual cotidiano, 7 láms. finas en 16. pasta comun. . . . . . | 9 |
| Id. de papel vitela y pasta fina. . . . . | 15 |
| Id. en tafilete. . . . . . . . . . . . . . . | 26 |
| Juanita ó la Inclusera, dos tomos en 12º pasta. . . . . . . . . . . . . . . . | 18 |






EL
ANTENOR
2
Mont 15
7 | 39


colorchecker CLASSIC
calibrite
mm